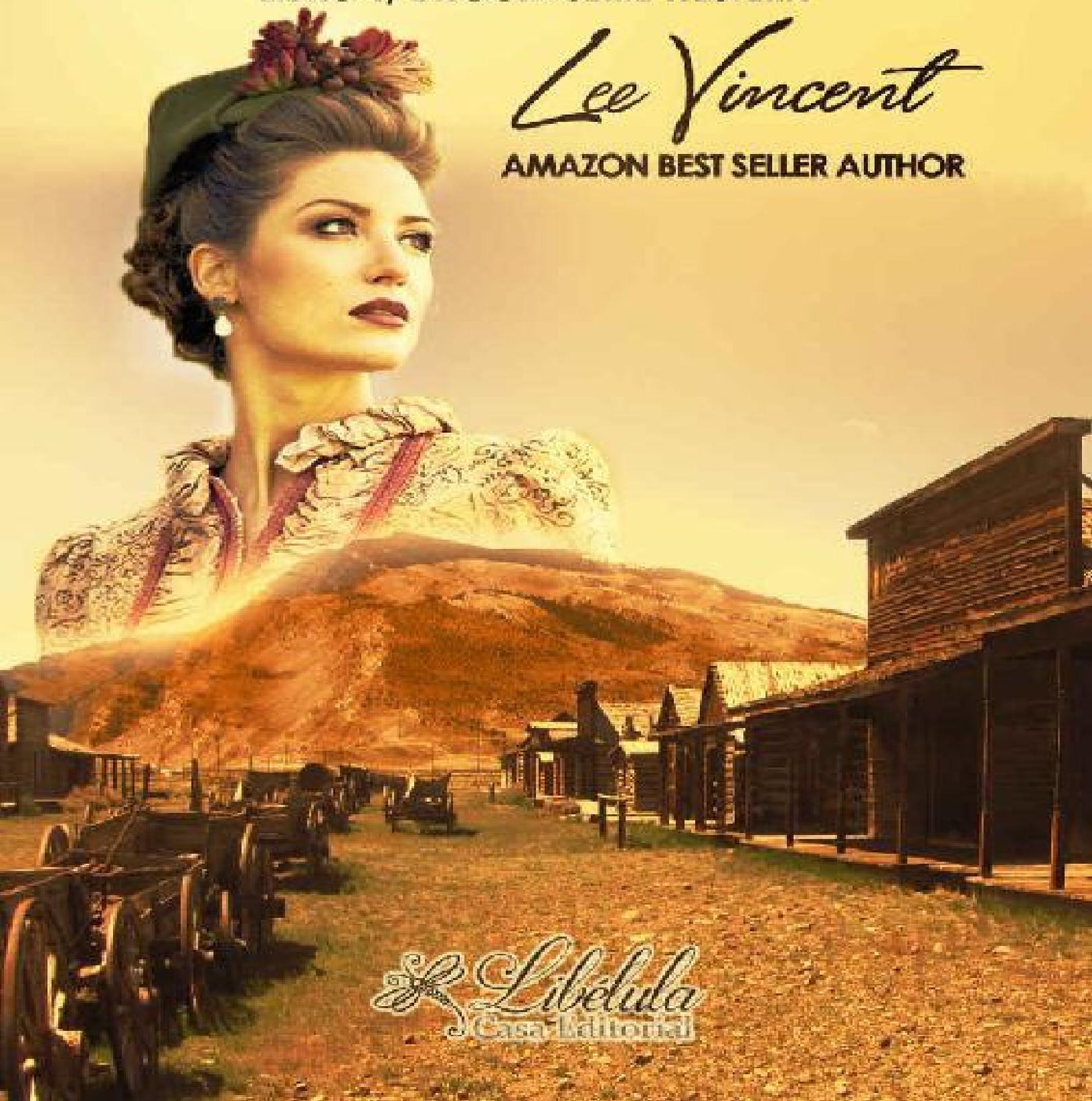


# AMOR *en la* FRONTERA

LIBRO 1/ BILOGIA SERIE WESTERN

*Lee Vincent*

AMAZON BEST SELLER AUTHOR



*Libélula*  
Casa Editorial

**AMOR** *en la*  
**FRONTERA**

*Lee Vincent*

PRIMERA EDICIÓN FEBRERO 2017  
Libélula, Casa Editorial- San Juan, Puerto Rico

Amor en la frontera- Primer libro de la bilogía Serie Western

© Lee Vincent

Oficina de Copyright de Estados Unidos 1-4405137389

Queda prohibida la reproducción de esta obra de manera parcial o total sin el consentimiento de su autora.

**Contacto:**

Email: [leevincentauthor@gmail.com](mailto:leevincentauthor@gmail.com)

Blog: [www.desdemiescritorio.info](http://www.desdemiescritorio.info)

Facebook: Lee Vincent Escritora

Twitter: @AutoraVincent

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Por lo que cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, marcas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

AVISO: Este es el primer libro de la bilogía titulada Serie Western

## ***Dedicatoria***

A mi padre, asiduo lector de las  
novelas de vaqueros  
del Viejo Oeste Americano.  
Papi, esta historia es para ti.  
Espero que la disfrutes.

## La Frontera

Hice de la Frontera mi casa,  
de los indios mis enemigos,  
del caballo mi bien máspreciado,  
del revólver mi dios.

Ahogué en *whisky* mis penas,  
disfruté de las mujeres más bellas,  
aposté hasta lo que no tenía,  
pero viví a mi modo,  
en la libertad absoluta  
que me ofreció la nueva Frontera.

Tal vez para algunos esto no es vida,  
sino miseria.

Proscrito me dicen  
porque vivo a mi modo,  
pues para mí la libertad de cabalgar  
es mi mayor riqueza.

*Lee Vincent*  
Diciembre 2016

# Proemio

*¡Adiós, Granby!*

*Verano de 1870, Lyon, Territorio de Wyoming*

**A** Bill Harrison no le quedaba mucho tiempo en su existencia terrenal, de eso era lo único que estaba seguro en aquel agónico momento. El doctor McDougal había sido rotundo en su diagnóstico, la tisis que lo aquejaba había afectado sus órganos internos, a tal punto que, según el experimentado galeno, sus pulmones colapsarían en cuestión de tiempo. Su prognosis fue contundente, en solo unos días, con suerte un par de semanas, Bill dejaría su vida en Granby, su próspero rancho ganadero en el territorio de Wyoming.

Al principio de su enfermedad se apegó a una fugaz esperanza, pero a medida que vio cómo su robusto cuerpo iba perdiendo fuerza y forma, y cómo los ojos de su esposa, Sara, se iban agobiando día a día por la tristeza, supo que no tendría ninguna oportunidad. En un principio, no tuvo otro remedio que resignarse, pese a las oraciones del reverendo, Allan Parker, y de los continuos ayunos de su mujer.

—Maldigo la hora en que no acabé con ese perro de Richard Perkins —dijo Bill en medio de la asfixia.

—Sabes que no deberías hablar así, Bill. —Sara lo cubrió con la manta de lana—. El reverendo...

—Allan solo sabe de asuntos del cielo y esto es la tierra, mujer. Tan similar a lo que imagino es el infierno —El hombre escupió en la vasija que Sara le había provisto—. Tienes que convencer a Heather y a Betty para que dejen Granby antes de que yo muera.

Bill tosió de nuevo hasta manchar con sangre el desaliñado paño que utilizaba para tapar su boca. De inmediato, la habitación se llenó de un fétido olor que no tomó por sorpresa a su mujer. Sara abrió las ventanas para que corriera el aire, con actitud resignada. Llevaba su boca y su nariz cubierta con un viejo pañuelo para evitar el contagio, según había sido la recomendación del médico.

—Sabes cómo es Heather y lo que opina —dijo Sara con su característico semblante mortecino al descorrer la última cortina de la habitación.

—¡Maldita sea! Dile que no me obligue a darle unos cuantos correazos y que se aliste para partir a Fremont mañana mismo. ¡No quiero reparos!

Su amenaza era imposible, Bill llevaba cuatro días postrado en cama y, por mucho que alardeara, suponía que jamás volvería a tener fuerzas para caminar.

—Ellas no dejarán la casa hasta que... —Sara ocultó su rostro para que su marido no advirtiera sus lágrimas cuando se refirió a sus dos hijas.

—Sabes que ya no puedo defenderlas de Richard Perkins. —Tosió una vez más—. Él vendrá por ellas y después de que ese mal nacido y sus hombres las abusen, las venderán a un burdel. Ese hombre quiere venganza. Tienes que convencerlas, Sara. Lo mejor es que se vayan lejos con mi hermana Annie.

Sara se acomodó el chal de lana que cubría sus hombros y regresó a sentarse en la orilla de la cama. La enfermedad de su marido le había opacado el brillo de sus ojos, su alegría contagiosa y su fe inquebrantable. De sol a sol no hacía otra cosa que suplicar y clamar por la mejoría de Bill, pero a

esas alturas había perdido toda esperanza de un milagro, tanto que había calculado llamar al curandero de los indios *choctaws*. Asunto que no había compartido con su marido por temor a ser juzgada. Desvió ese pensamiento, según el reverendo, no existían más milagros que los que hacía el buen Dios.

—Fremont no es un lugar para chicas como ellas y lo sabes —dijo la mujer al rato con su peculiar sencillez de esposa abnegada—. Martha Stevenson, la esposa de Elmo, me dijo que estuvo un corto tiempo en ese lugar visitando unos familiares y quedó impactada por la proliferación de burdeles y bares. Según ella es una cuna de cuatros y forajidos.

—¡Por Dios, mujer! Monroe Park queda en el extremo sur del condado. La última vez que fuimos apenas vivían doscientas personas. Es un pueblo tranquilo. Además, sabes lo rigurosa que es Annie. Sé que no estarán en mejores manos.

Precisamente era el carácter de su cuñada lo que más preocupaba a Sara. Conocía muy bien a sus hijas. Heather y Betty eran chicas dulces, pero habían heredado la tenacidad y la actitud de desafío de su padre. Recordó que la crianza de ese par había sido todo menos un feliz paseo por el campo. Tuvo que disciplinarlas bajo los rígidos preceptos y dogmas de la iglesia para ver si aplacaba sus caracteres, pero a veces la actitud de sus hijas le dejaba ver que su empeño era en vano.

—Pero eso fue hace cinco años, Bill. Las niñas no están acostumbradas a... Además, Heather es una mujer adulta. El divorcio la transformó. No se dejará regir por lo que desee tu hermana.

—Deberías ayudarme a convencerla. Sabes que ella es la que más peligro que corre si permanece aquí. Incluso, he pensado en que cuando ya yo no esté, tú también...

—Permaneceré aquí, Bill Harrison —dijo Sara mostrando una actitud obstinada pocas veces empleada por ella—. Richard Perkins no se atreverá a hacerme nada.

—Estás muy segura de que ese desalmado...

—El solo quiere que le regreses a Heather. No soporta la idea de que la hayas alejado de su lado.

—¿Cómo querías que mi hija siguiera siendo esposa del líder de una banda de cuatros? —preguntó Bill con determinación—. A ese hombre le espera la horca. Hubiese sido la deshonra de Heather y de la familia.

—Lo sé. —Sara bajó su mirada y asumió una actitud triste.

—¿Qué te sucede?

—Me da lástima con Tina —dijo la mujer en referencia a la madre del cuatrero—. La pobre no es responsable de que Richard haya decidido por esa vida de delincuente.

Tina Perkins había sido una viuda muy querida en los alrededores del condado de Lyon—donde ubicada el rancho Granby—, pero desde que su hijo menor escapó de sus manos para hacerse vida como cuatrero en los inmensos campos de Wyoming, no había logrado evadir la vergüenza. Sus allegados la habían rechazado como si se tratara de la peor paria. Incluso hacía más de un año que no asistía a los servicios religiosos de la iglesia Christian Chapel para evitar el bochorno de sentirse repudiada.

—Habla con las chicas, por favor.

—Te prometo que les hablaré, Bill. Ahora descansa. —Sara le acomodó el almohadón a su marido y se aseguró de que estuviera protegido por la manta—. El médico dijo que no puedes pasar malos ratos ni sobresaltos.

—Quiero dejar todo en orden. Entrégale la caja a Heather y dile que cuide muy bien de Betty.

La mujer se tornó hacia la cómoda que había señalado su marido y en un gesto resignado buscó la caja en la última gaveta. Era un arca pequeña, con una inscripción en latín, que hacía varios años Bill había preparado en caso de cualquier imprevisto. Sara se aseguró de que la carta dirigida a Annie

estuviera allí y que parte del dinero de los ahorros de su marido también. Soltó un suspiro triste.

—Habla con Jeff para el viaje. Sé que no me negará ese favor.

—No pueden ir con él. Sabes los peligros que hay en el camino y Jeff es un pobre viejo...

—Es el mejor pistolero que he conocido jamás. Me sentiré más tranquilo de que sea él quien las lleve. Confía en mí, estarán bien.

Sara frunció el ceño mostrando preocupación. Jeff Anderson era un hombre de aspecto débil. Tal vez su marido se refería a cuando el hombre fue joven y vigoroso, pero ahora apenas podía subirse al pescante de su destartada carreta para conducirla.

—Quiero que salgan al amanecer, así que por favor diles que empaquen sus cosas.

—Querrán despedirse.

—No les permitas entrar a la habitación. Lo último que quiero es que se contagien. —Sara contempló a Bill con una mezcla de nostalgia y lástima—. ¡Ve, mujer!

Entonces, no tuvo más remedio que caminar hacia la puerta con pasos dubitativos. No estaba muy segura de que la mejor alternativa para sus hijas era que se fueran a vivir a Monroe Park de forma definitiva. Suspiró y salió de la habitación decidida a obedecer a su marido, pero con un mar de temores que la abatían.

\* \* \*

**H**eather Harrison estaba en su habitación recostada en su cama junto a su hermana Betty. Ambas conversaban acerca de los chicos con quienes habían compartido en la última feria agrícola celebrada en el condado de Lyon durante la visita del teatro itinerante hacía unos días. Eran muy parecidas y, si no fuera por la diferencia de dos años y medio entre una y la otra, podrían pasar por hermanas gemelas, aunque Heather tenía su cabello de color cobrizo y Betty de un rubio cenizo muy hermoso.

—Greg no te quitaba los ojos de encima, Heather. —dijo Betty con su mirada risueña—. Ese chico es lindo. Creo que está enamorado de ti. Te mira como si fueras un caramelo.

—¡Claro que no! Deja de decir tonterías. —Heather se levantó del colchón para arreglarse los rizos de su cabello frente al espejo del tocador—. Está comprometido con Denisse.

—Por favor, Denisse es una mojigata. —Betty soltó una risotada—. No hacen pareja.

—Es buena chica.

—Pero tonta como una oveja, y Greg merece una chica inteligente como tú. ¿Me vas a negar que ese joven y apuesto ganadero te gusta?

Heather le sonrió a su hermana a través del reflejo del espejo, ocultó la mirada con cierta timidez, y se volteó con desánimo.

—Sí, me gusta, pero yo soy una mujer divorciada.

Desde niña, Heather había soñado con la idea de que Gregory, el rico heredero del rancho Redlin, en algún momento se convirtiera en su esposo, pero la inoportuna aparición del despiadado Richard Perkins acabó con cualquier posibilidad. Ahora los chicos del pueblo no se atrevían a cortejarla por miedo a que el cruel cuatrero los acabara con su rifle. Sabían que Perkins jamás le permitiría un chance con su exmujer.

—Hace unos días que Greg me envió una carta con uno de sus sirvientes —añadió Heather.

—Quiero verla —demandó Betty. A veces su predisposición al enamoramiento se tornaba insoportable.

Heather no alcanzaba a contar cuántos chicos le gustaban a su hermana para ese momento, aunque la rigidez de la crianza de sus padres no le permitiría a Betty casarse con cualquier insulso. Su padre estaba claro que para su pequeña quería a un hombre temeroso de Dios, un buen cristiano, de preferencia que se dedicara a la ganadería.

—¡Enséñamela!

—No. Claro que no, Betty.

—¿Qué te decía?

—Que me encontraba linda y que pensaba mucho en mí, pero no sé. Su familia es muy conservadora. Jamás permitirían que una mujer divorciada...

Betty se dejó caer en el colchón simulando un desmayo.

—Está enamorado, Heather, eso es lo que importa —suspiró con histrionismo—. Olvida a su puritana familia.

—Bueno, también decía que le preocupaba el asunto de Richard.

—Richard se ha convertido en una maldición para esta familia.

En ese momento llamaron a la puerta y las hermanas se sobresaltaron.

—Niñas, ¿puedo entrar? —La voz de su madre al otro lado de la puerta las hizo espabilarse. Guardaron las novelas de amor que conservaban de forma clandestina, se arreglaron las enaguas y se irguieron frente a la puerta ocultando una risita cómplice.

Sara Harrison oteó la habitación desde el umbral de la puerta, gesto que le dejó saber a sus hijas que su madre era más suspicaz de lo que creían. A Heather le llamó mucho la atención la caja que cargaba su madre en las manos.

—¿Cómo está papá? —Heather fue la primera en preguntar.

—De eso mismo quería hablarles. —Sara cerró la puerta—. Su padre quiere que partan para Fremont mañana en la madrugada. Quiere que vivan por un tiempo con su tía Annie.

Las hermanas soltaron una retahíla de quejas que su madre asumió con probada paciencia. Después de sus múltiples argumentos, Sara le extendió la caja a su hija mayor.

—Heather, esta caja contiene una carta dirigida a tu tía.

—¡No me voy a ir! —Dejó caer los brazos—. Jamás me obligarán a vivir en Monroe Park.

—Su padre ha determinado que es mejor para ustedes.

—Nuestro hogar es aquí, en Granby —se empeñó Heather.

—Sabes que no se pueden quedar. Cuando su padre falte, Richard Per...

—¡No le tengo miedo! —gritó Heather. Estaba harta del asedio de ese hombre. —¿Ni tan siquiera a la media docena de delincuentes que lo acompañan? Sabes que te obligara a ir con él tan pronto compruebe que tu padre está enfermo. —Sara las apuró con un ademán—. Vamos, por favor, muéstrense cooperadoras. No es fácil para nosotros dejarlas ir, pero es lo mejor.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Betty.

Sara guardó silencio por unos segundos. En su cara se reflejaba que ni ella misma sabía de cuánto tiempo sería la estadía.

—En esa caja hay suficiente dinero para que vivan por un período. Luego... no sé... Les enviaremos más dinero —Sara explotó en llanto—. Tampoco quiero que se vayan, pero sé que en este momento es lo mejor.

Heather miró el contenido de la caja y la cerró de inmediato, pues en ella estaba su destino. ¿Por qué tenía que huir de la crueldad de su ex marido? ¿Cuándo Richard aceptaría que ya no estaban casados? Lucharía por permanecer en Granby. Una pataleta más y ablandaría a su madre, y ella a su vez a su padre.

—No nos iremos —añadió Heather con gran desafío.

—Ya hablé con Jeff y él las llevará. —Sara se limpiaba las lágrimas con las mangas de su vestido.

—Ese viejo apenas puede sostenerse de pie, mamá. —soltó Betty—. ¿Y si se muera en el camino?

—¡Betty! —la reprendió su madre—. No quiero más quejas y argumentos. Hagan su equipaje. —Enjugó sus lágrimas como si tuviera prisa—. Mañana Jeff estará en la puerta a las cuatro y media de la mañana, y no quiero hacerlo esperar.

—Mamá... —iba a decir Heather, pero el rostro adusto de su madre la detuvo.

—Harán la voluntad de su padre y no se diga más.

Sara caminó hacia la puerta.

—Quiero verlo.

—Sabes que eso es imposible, Heather. Bill no quiere exponerlas a un contagio.

—Pero tú... —iba a decir Betty.

—Hagan su equipaje. No quiero escucharlas. Juro que, si esta vez no me hacen caso, las montaré en esa carreta por el pelo. ¿Oyeron?

Su madre recostó su frente contra la puerta en un gesto de impotencia, y Heather y su hermana se contemplaron turbadas. Jamás su madre había asumido un comportamiento tan violento.

—Se va a morir, ¿verdad? —Ante el argumento de Heather, la habitación se inundó de un pesado silencio.

Su madre se quedó petrificada frente a la puerta con su mano en el pomo, al rato la mujer soltó un suspiro ahogado.

—Si lo aman harán su voluntad —dijo la mujer sin girarse—. Le diré a Rose que las ayude con el equipaje.

Cuando su madre dejó la habitación, las hermanas se sentaron en el borde de la cama para pasar la conmoción ante el cambio de vida inminente que les esperaba. La última vez que Heather estuvo en Monroe Park le pareció un pueblo soso y aburrido, donde no pasaba nada en absoluto. Repleto de ancianos amargados, fundado por un reverendo puritano proveniente de Europa, y custodiado por un sheriff malhumorado que insistía en que los forasteros solo traían problemas.

Soltó un suspiro resignado y dejó que todas sus emociones fluyeran. Granby era su vida, su hogar desde que tenía memoria. Jamás imaginó dejar el rancho de aquella forma, sin poder despedirse de su padre y saliendo de madrugada como si fuera una forajida. Pensar en que tendría que vivir con su melindrosa tía la llenaba de angustia.

Miró el compungido rostro de su hermana menor y la abrazó para consolarla. Con veintitrés años era muy poco lo que Heather podría hacer por ambas en un pequeño pueblo de la Frontera, en el oeste americano del siglo diecinueve. Le enjugó las lágrimas a Betty mientras pensaba que tal vez era mejor resignarse y enfrentar con gallardía lo que viniera.

Lo que jamás imaginó fue que esa sería la antesala a una cadena de eventos que la llevarían a los brazos del amor, de la mano de un hombre al que jamás pensó que podría amar.

# Capítulo Uno

*En la llanura de los cheyennes*

*“Querido padre: Le escribo esta carta a manera de despedida. Madre dice que no podemos entrar a verle antes de irnos con la tía Annie por el asunto de su enfermedad, y no sabe lo triste que me hace sentir no poder abrazarlo. Haré su voluntad de irnos a vivir a Monroe Park. Sé que, por nuestra seguridad, es la mejor opción. Estoy muy triste por dejar Granby, mis animales, mis libros, mis mejores recuerdos. Espero en que la misericordia de Dios cambié el pronóstico, y que Betty y yo podamos volver a estas tierras que amamos tanto. Se despide con amor, su hija, Heather”.*

Bill Harrison leyó la carta varias veces sin poder contener las lágrimas. Aunque estaba convencido de que era lo mejor, no dejaba de ser una decisión desgarradora. Sin duda, lo angustiaban los nuevos peligros que amenazarían a sus hijas en Monroe Park, pero estaba seguro que, de la mano de Annie, las jóvenes escogerían buenos maridos y formarían sus propias familias, lejos de las garras de Perkins. Al menos le quedaba ese consuelo. Cerró los ojos, abatido por el cansancio y la aflicción, y se quedó dormido de inmediato.

Sara se aseguró de que la manta lo cubriera y permaneció a su lado clamando al buen Dios para que su marido se sanara y todo en Granby volviera a la normalidad.

\* \* \*

Estaba segura de que el candente sol de mediodía castigaba la abundante calva de Jeff Anderson de forma despiadada. Por la abertura del toldo que cubría la abertura trasera de la carreta, Heather observó que el viejo sacó una desgastada franja de tela de su bolsillo trasero para secar el sudor de su amplia frente. Llevaban casi seis horas de camino por la inmensa explanada que separaba los condados de Johnstown y Fremont.

Evocó el momento en que esa madrugada tuvo que despedirse de su madre frente a su casa. Antes había ido hasta el establo para despedirse de su yegua de la raza *appaloosa*. Un ejemplar de casi mil kilos, de pelaje de color ladrillo. Mona soltó varios relinchos en medio de la oscuridad como si sospechara la partida de su ama. Heather no tuvo otro remedio que besarle la cara con cariño. Tal vez nunca más se volverían a encontrar.

Después de ese triste momento, se despidió de Ralph Ferguson, el capataz de las tierras de su padre, y le encomendó que cuidara de Mona y de su potrillo. Convencida de que los recuerdos de Granby la acompañarían por siempre, se subió en la parte trasera de la carreta junto a su hermana, quien en ese momento también estaba debatiendo con el dolor de la separación de sus padres.

—Señoritas, hora de descansar —anunció Jeff, sacando a Heather de sus cavilaciones—. Los caballos necesitan un poco de descanso.

—¿Falta mucho? —preguntó Heather.

—Con suerte estaremos en Monroe Park antes de que caiga el sol.

El viejo alineó la carreta al lado del polvoriento camino bajo un árbol de escaza sombra. Uno de los caballos lanzó un relincho a la vez que batía su cola para evitar que los insectos se posaran en su trasero. Jeff descendió con extrema dificultad para descorrer el toldo que cubría la parte posterior de

la carreta.

—Si desean pueden bajar para que estiren las piernas un rato.

—Por fin —dijo Betty tras soltar un quejido. Cuando alcanzó el suelo polvoroso con la ayuda del viejo, se acomodó la amplia falda de su vestido y se puso su sombrero para cubrirse de la asfixiante resolana.

—¿No es peligroso que nos detengamos en el camino? —preguntó Heather con actitud precavida al descender.

Jeff optó por ignorar su comentario.

Heather estaba muy bien enterada de las historias de viajeros que circulaban por el oeste y que eran víctimas de bandoleros o de indios que buscaban hacer fortuna sin mucho esfuerzo. Fue la señora Boylestad, asidua feligrés de la comunidad religiosa de Lyon, quien le contó a su madre, frente a ella, de su último viaje a Illinois, en el cual un grupo de indios había asaltado la caravana en que viajaban. Un suceso que marcó la psiquis de la joven con imágenes violentas de las aberraciones que habían realizado los *seminolas*. Aquel día murieron alrededor de diez hombres y la caravana perdió todos sus suministros, incluyendo los caballos.

—¿No es mejor que nos detengamos en el próximo pueblo? —comentó Heather, con expresión angustiada—. Creo que es más seguro.

—El pobre hombre necesitaba ir al baño —dijo Betty en su acostumbrado tono chistoso cuando Jeff se perdió entre la maleza—. Se ve apurado. No pasará nada.

Heather hizo un mohín de disgusto mientras contemplaba los alrededores. No se sentía segura en aquel páramo. Media docena de mesetas se alzaban en la vasta estepa frente a su mirada. El paisaje era demasiado árido y caluroso para su gusto, muy diferente al clima templado de Granby. De lo único que había disfrutado durante ese inesperado periplo fue el cruce sobre las vías del recién estrenado ferrocarril interestatal. Se prometió que algún día viajaría hasta California para disfrutar de la costa del Océano Pacífico. Sentía que las gotas de sudor le corrían por la espalda e inundaban su ajustado corsé, y que los risos de su cabellera se le pegaban a la nuca, por eso tomó su abanico de mano para acabar con aquella tortura.

—Qué bueno que nos detuvimos, ya me empezaba a doler el trasero —comentó Betty.

—Jeff está tardando demasiado —le dijo Heather a su hermana menor al calcular un tiempo prudente.

—Es viejo. —Betty sonrió con malicia—. Le toma más tiempo.

Uno de los caballos soltó un relincho agudo que llamó la atención de las hermanas.

—¡Señoritas! —Una voz cavernosa tras sus espaldas las sorprendió.

De improviso, un par de hombres a caballo las rodearon. Heather se percató, por su aspecto, de que no se trataba de una caravana de amables viajeros, por el contrario, los hombres cubrían sus rostros con pañuelos, tal y como lo hacían los bandidos que no querían ser identificados.

—¿Qué... qué quieren? —preguntó Heather con voz entrecortada, colocándose como un escudo entre los hombres y su hermana.

El líder, un tipo de aspecto temible, se lanzó del caballo en un movimiento rápido para intimidarlas. Una enorme cicatriz surcaba su desagradable rostro desde la nariz hasta la oreja, recorriendo todo el pómulo. Llevaba el cabello desaliñado y mugriento, y un olor hediondo a cuero y *whisky* añejo destilaba por sus poros. Se quitó su sombrero para fingir un acto de cortesía frente a las jóvenes.

—Fred, creo que estamos de suerte. —El hombre las rodeó para mirarlas con excesiva lujuria y de paso amedrentarlas—. Dos damitas que huelen a rosas. ¿Y qué hacen dos mujeres tan bellas en un

lugar tan peligroso y solitario como este?

—No estamos solas —dijo Betty con voz trémula, pero con actitud desafiante—. Nuestro chofer aparecerá de un momento a otro.

—¿El viejo decrépito que las acompaña? —El hombre soltó una carcajada sardónica—. Sepan que no podrá defenderlas. Acabará con el cuello mutilado. Nos daremos un festín con sus cuerpos y luego las venderemos a algún burdel de la zona. ¿Qué crees, Fred? Siempre están buscando mercancía nueva. Creo que nos darán dinero suficiente como para beber *whisky* por un mes. —El bandido le pegó a Betty en el trasero y la joven comenzó a lloriquear. En cambio, Heather lo desafió con la mirada—. No me gusta que las mujeres me reten.

—Bueno... Comencemos la fiesta —dijo el tal Fred a la vez que descendía de su caballo. Heather observó con repugnancia que ese hombre masticaba la espiga de un matojo reflejando un gesto lascivo en su repulsivo rostro—. Quiero mi premio.

El líder del dúo y más osado de los dos, se le acercó a Heather para acariciarle el rostro.

—¡No me toque! —dijo ella con un ademán para detener su caricia—. Me da asco.

Tras esa manifestación la joven recibió la primera cachetada. Gesto que no logró evadir y que la impulsó a caer de bruces sobre el polvoriento camino. Ocasión que el hombre aprovechó para desabotonarse el cinto y tomarla por el cabello sin piedad.

—Voy a domar a esta damita, Fred. Puedes divertirte con la otra.

Tan pronto el bandido hizo amague de arrastrar a Heather por el pelo hacia la maleza, se escuchó el primer disparo. Confusa por la situación, la joven se quedó petrificada en el suelo con los ojos cerrados, rogando porque a Betty no le hubiera sucedido nada. Un segundo fogonazo provocó que se cubriera los oídos. Fue en ese instante que abrió los ojos para ver al líder caer moribundo a su lado. La joven se tapó la boca por miedo a que se le escapara un grito, pero no dejaba de mirar el rostro agonizante del bandido.

Levantó la vista despacio para ver cómo el otro malhechor detenía su juego con la ropa de su hermana, a la que apenas la cubría su corsé y su enagua. El tipo intentó sacar su pistola de la cartuchera, pero no tuvo tiempo de implementar su maniobra porque una tercera descarga le penetró los sesos.

Betty soltó un grito aterrador al ver al hombre desplomarse frente a sus pies y se dejó caer al piso abatida por una incontrolable histeria a la vez que Heather permanecía inmóvil intentando descifrar lo ocurrido.

Entonces, apareció Jeff desde la maleza con un revólver humeante en sus manos.

—Señoritas, ¿están bien?

Ambas permanecieron en silencio ante la conmoción de los sucesos. El viejo remató al par de atracadores. Luego, revisó los cuerpos con una pasividad pasmosa para asegurarse de que estaban muertos, retiró las armas de los bandidos con la idea de conservarlas y se subió de nuevo al pescante de la carreta como si el pasado suceso solo hubiese ocurrido en las mentes fantasiosas de las jóvenes.

—Bienvenidas al mundo real de la Frontera. Si quieren pueden elevar una oración por esos malditos o subirse a la carreta —dijo Jeff, pero al ver que no se movían les gritó—: ¡Dense prisa! No podemos permitir que este incidente nos retrase.

Las hermanas se miraron consternadas, pero obedecieron las órdenes del anciano sin rechistar. Ya no estaban en los lindes seguros de Granby, ahora estaban en el mundo real y salvaje del medio oeste, sin la protección de Bill Harrison, a merced de sus propias circunstancias y de su destino.

Pasada las horas, Heather no dejó de consolar a su hermana, quien se había recostado en su regazo

y no paraba de lloriquear. Durante el resto del viaje fue consumida por una mudez asfixiante y por un intolerable pavor que atravesaba su garganta. Sin dejar de acurrucar a Betty, tuvo la certeza de que desde ese día sus vidas cambiarían para siempre.

# Capítulo Dos

## *Bienvenidas a Monroe Park*

El anuncio de la llegada de nuevos visitantes que le acababa de dar la recepcionista de la delegación, Reneé Reagan, le ocasionó gran angustia al comisario, John Cassidy. Tal y como siempre sucedía, tendría que interrumpir sus tareas para atender lo que posiblemente serían nuevos problemas, como si ya de por sí no tuviera que enfrentar múltiples situaciones. Por su experiencia de veinte años como sheriff en los diferentes pueblos del condado de Fremont era previsible que los forasteros trajeran sus malas costumbres al pequeño pueblo de Monroe Park, malas costumbres con las que él tenía que lidiar a diario.

Se arregló el sombrero de ala mediana que le había regalado su nueva esposa, se aseguró la placa que lo autorizaba como máxima autoridad del lugar, ajustó la cartuchera de su revólver alrededor de su enorme abdomen y salió de la delegación, tras darle unas cuantas indicaciones a Reneé. La chica de cabello rojizo y rostro pecoso hizo una mueca, pero levantó el trasero del cómodo asiento que ocupaba para obedecer las directrices de su jefe. Sabía por experiencia propia cómo se ponía Cassidy con aquel que transgrediera alguna de sus órdenes.

De cuerpo rechoncho, de cabello rubicundo y bigote abundante, Cassidy era el hombre fuerte al que todos acudían en caso de cualquier dificultad en Monroe Park y sus alrededores. Se podía decir que no se caía un alfiler en ese lugar sin que él lo supiera, pues según solía afirmar estaba en medio de ese lejano pueblo para sortear cualquier dificultad, y en el lejano oeste las dificultades abundaban más que el oro o el agua. Desde forajidos que entraban al *saloon* del mexicano Eladio Valverde para emborracharse, apostar y luego disparar al aire, hasta las peleas doméstica de una esposa encelada por las frecuentes visitas de su marido al estafalario burdel de Sophie Sinclair. Su trabajo no le daba tiempo para ningún tipo de esparcimiento más allá de leer los periódicos, pero su pesadilla constante era su ayudante. «¿Quién me mandaría a reclutar a mi propio hijo como asistente?», solía pensar cuando cavilaba en las veces que Jake Cassidy le había hecho quedar mal, como el día en que el joven permitió a dos asesinos peligrosos marcharse tras uno de ellos convencerlo de que tenía que ir a ayudar a su esposa moribunda. Después de las debidas investigaciones resultó que el par de asaltantes se dedicaba a robar diligencias y que no tenían mujer.

El hijo del sheriff era el típico joven buen mozo, enamoradizo y con un grado de fanfarronería que lograba exasperarlo. No había moza del pueblo que no anduviera arrastrada tras las espuelas de sus botas de cuero. Su padre no lo culpaba por su fortuna con las mujeres. Su metro noventa de estatura, su cabello rubio, que peinaba con descuido, y sus ojos claros eran la mejor carnada para las jóvenes casaderas de Monroe Park, pero su cebo por excelencia era la verborrea que utilizaba, sin dejar de lado la ingenuidad de aquellas criaturas que le creían cualquier cosa sin cuestionar.

Precisamente, cuando Cassidy dejó la delegación esa tarde, después de discutir con la impertinente de Reneé, se encontró a su hijo en la calle. Esta vez hablaba con su mejor amigo, otro picaflor llamado Mathew Miller. El sheriff los observó con fastidio, pues era de los que pensaba que a la juventud de la época le fascinaba perder el tiempo.

—¿Qué diablos esperan ahí? —gritó a la vez que se les acercaba—. No hay duda de que son dos buenos para nada. ¿Es que no hay oficio en este pueblo?

—Reneé nos dijo que Arthur avisó que viene de camino una carreta con viajeros —dijo Jake con denotado desinterés.

En efecto, Arthur Macoy era el centinela del pueblo, un hombre en edad madura que siempre se adelantaba con las noticias más trascendentales galopando sobre su rápido caballo. Los vecinos decían que el emblemático hombre no había perdido su habilidad de cabalgar a toda velocidad, pues todavía conservaba la maña de cuando trabajó como uno de los jinetes más destacados en la desaparecida empresa Pony Express. La ayuda que le brindaba al pueblo era muy bien recompensada por el sheriff, pues con su diligente servicio había salvado a los vecinos de la llegada inesperada de bandas de asaltantes en infinidad de ocasiones.

—Estoy aquí por si acaso hay problemas, padre —añadió Jake.

El sheriff resopló y agradeció en su mente cuando vislumbró una deteriorada carreta girar en la esquina y tomar la calle principal. El viejo chofer se acercó hasta la oficina de la delegación. Cuanto antes el comisario acabara con los trámites y los forasteros dejaran clara cuál era su intención de visitar el pueblo, volvería a su oficina para leer la prensa. Era la única forma de estar en contacto con lo que sucedía en otros pueblos y condados cercanos. Más aún cuando ese mismo día había recibido un telegrama del aguacil de Fremont sobre dos bandidos que se dedicaban a asaltar a viajeros en el cruce de Johnstown, en las llanuras de los cheyennes.

—Buenas tardes —saludó Jeff, el viejo chofer, sin bajar aún del pescante de la carreta. De inmediato se quitó el sombrero en señal de respeto.

—Buenas tardes —le respondió Cassidy con un apretón de mano cuando el viejo logró pisar tierra firme—. John Cassidy, sheriff de Monroe Park. A su orden.

—Jeff Anderson, vecino del condado de Lyon en el territorio de Wyoming.

—Un poco tarde para atravesar la peligrosa llanura de los cheyennes, ¿no cree? —mencionó el sheriff.

—Creo que tuvimos suerte. —El viejo abrió el toldo sobre la parte posterior de la carreta para dejar al descubierto a las hermanas Harrison y su equipaje. Las chicas sonrieron con un gesto tímido.

A Cassidy no le agradó el cambio abrupto en el semblante de su hijo al ver a tan hermosas criaturas. Intuyó que la presencia de aquel par de bellezas traería dificultades. Lo mismo había sucedido con la llegada de las hermanas Watson hacía tres años. Un par de escocesas que habían llegado desde el este con su madre viuda para probar fortuna. Causaron tal revuelo entre los muchachos que las escaramuzas no se hicieron esperar, hasta que cada una decidió con cuál de los pelafustanes del pueblo se emparejaría. De aquella forma se casaron con los hermanos Hollister y Monroe Park recobró su característica paz. Esperaba que este no fuera el caso y que aquel dúo solo estuviera de paso para pasar la noche.

—Bienvenidas, jóvenes —dijo Cassidy a la vez que observaba con gran aprensión cómo Jake le sonreía a la jovencita de cabello cobrizo—. ¿Qué las trae por aquí?

—Mi nombre es Heather Harrison y ella es mi hermana Betty. Venimos a pasar una temporada con nuestra tía, Annie Stewart —le informó la joven cuando logró descender de la carreta con la ayuda de Jeff.

—¿Son las sobrinas de la señora Stewart? —Cassidy pareció recobrar la calma en su voz.

—Sí, nuestro padre nos envió a vivir con ella —señaló Heather.

El rostro de Cassidy se transformó, era como si dudara de lo que iba a decirles.

—Hace un mes que su tía emprendió un viaje a Nuevo México para buscar mercancía para su tienda y no ha regresado —comentó el comisario.

De inmediato una punzada de angustia se apoderó de Heather. Las sienes le comenzaron a latir de

forma descontrolada y se le secó la boca. Jamás paso por su mente un imprevisto como ese. La mirada angustiada de su hermana la conmovió. ¿Qué harían a cientos de kilómetros de Granby, solas y a merced de cualquier peligro?

—No es posible —dijo Heather con voz afligida.

—Sí, señoritas —aseguró el sheriff—. Algunos comentan que volverá a finales de mes, pero nadie lo puede asegurar.

Jeff Anderson, el chofer, se giró hacia Heather.

—Si desean podemos regresar —dijo el viejo, pero Heather no consideraba seguro regresar por ese camino tan peligroso, mucho menos a esa hora cuando ya comenzaba a caer la noche.

—Considero que será mejor que pasen la noche aquí y que descansen —intervino el sheriff—. Después de la caída del sol el camino puede tornarse muy peligroso. Es preferible que alquilen una habitación en la posada de la viuda Thompson, a menos que prefieran el hotel.

Heather titubeó por unos segundos. Abrumada con los acontecimientos se sentía incapaz de tomar una decisión. Jamás imaginó enfrentarse a un imprevisto como aquel. Lo único que tenía claro era que regresar a Granby no era una alternativa viable.

—Creo que la posada estará bien —dijo al final.

—La posada queda en esta misma dirección a dos cuadras de aquí—dijo el sheriff señalando en dirección del lugar—. Darán con ella tan pronto pasen la sastrería. Tengo que regresar a la delegación para resolver unos cuantos asuntos, así que me disculpo. Me pongo a su disposición para cualquier cosa que necesiten, señoritas.

—Muchas gracias —dijo Heather.

—Puedo acompañarlas si desean —se ofreció Jake con galantería.

Cassidy vio la sonrisa de agradecimiento de Heather ante el ofrecimiento de su hijo e hizo un gesto de disgusto.

—Será en otra ocasión, Jake —le dijo el sheriff a su hijo y le palmeó el hombro para encaminarlo hacia el interior de la delegación—. De momento nos esperan asuntos importantes, hijo.

Jake no rehusó en obedecer la orden de su padre, les sonrió a las jóvenes y caminó junto al sheriff. Lo que el comisario jamás sospechó fue que la llegada de las hermanas Harrison desataría en el pueblo la furia de un rufián que pondría a Monroe Park en jaque.

\* \* \*

**D**urante el recorrido hasta la posada a Heather le pareció que el pueblo se había desarrollado bastante desde la última vez que estuvo allí hacía cinco años. Contempló el edificio del banco, las instalaciones de un hotel mediano, la entrada al famoso bar *Paradise Saloon*, tres restaurantes y variedad de tiendas de conveniencia, entre ellas algunas dedicada a la venta de ropa femenina.

En el trayecto le pareció conveniente ver varias oficinas de servicios. Recordó que hacía un par de años, cuando las cosas con Richard se tornaron insostenible, tuvo que emplearse como oficinista precisamente en la oficina de un doctor muy destacado en Lyon. Con el objetivo de solventar las agobiantes deudas que había dejado su marido antes de abandonarla para ir a probar suerte en el territorio de Iowa como cuatrero, tuvo que aprender el oficio de la maquinilla y el archivo. Período en que sus padres no supieron nada de las penurias que estaba pasando, hasta el día en que Bill Harrison fue a visitarla a las afueras de Lyon y la encontró viviendo en una reducida choza en medio de un árido valle. Fue el último día que vivió con Richard. Desde ese momento comenzó su calvario,

pues su marido no se daba por vencido. Su padre tuvo que pagar una cuantiosa suma de dinero para lograr la disolución del matrimonio, más no pudo lograr borrar la deshonra de su hija por ser la ex mujer de un bandido.

Al llegar frente a la posada, Heather se sintió insegura. Miró a Betty de reojo y recordó la petición de su padre, que salieran de Granby cuanto antes. Su permanencia en el rancho suponía un gran riesgo para ellas. Sin embargo, la joven se sentía incapaz de tomar una decisión definitiva a la ligera.

—Mañana regresaremos a Granby, ¿verdad? —insistió Betty.

—Aún no decido qué haremos.

—¿Cómo que no decides? No tenemos nada que hacer en este pueblo.

—Podemos esperar el regreso de la tía Annie.

—Ya escuchaste al sheriff, nadie puede asegurar cuándo regresará. —Lamentaba que el carácter vivaracho de su hermana se hubiese tornado agresivo, pero entendía que era su forma de manejar sus nervios.

Heather inspiró todo el aire que sus pulmones le permitieron para calmarse.

—Betty, no podemos volver a Granby.

—Yo me voy mañana con Jeff —dijo Betty con determinación—. Y tú haz lo que quieras. ¡No me quedaré en este pueblo!

¿Cómo pudo pasar por alto la terquedad de su hermana menor? Betty era de las que cuando algo se le metía en la cabeza raras veces desistía.

—Granby no es seguro y lo sabes —explicó Heather intentando parecer serena.

—Es mucho más seguro que quedarnos aquí, desamparadas, y a la espera de alguien que no sabemos si volverá.

Entre tanto las hermanas discutían frente a la posada, el chofer bajaba el equipaje de la carreta. Antes de que desaparecieran por el umbral de la puerta, el viejo apercibió a las jóvenes sobre no divulgar el incidente en la llanura de los cheyennes. El hecho le podría costar la cárcel y en el peor de los casos la horca por haberlos asesinado, por esa razón las hermanas hicieron un pacto de silencio que sirvió para calmar la angustia del anciano.

Las dejó en la puerta del alojamiento, un edificio de madera un poco descuidado, y se excusó para darle de comer y beber a los caballos. Aun cuando Heather insistió en alquilarle una habitación, el viejo se negó a dejar su carrera a la suerte de algún bandido. “No es la primera vez que duermo en mi carreta, señorita”, había dicho Jeff antes de retirarse.

Cuando las hermanas entraron al vestíbulo del mesón se encontraron en medio de un recinto pequeño y sencillo, pero muy acogedor. Tras el mostrador una mujer de algunos sesenta años, espigada y de finos ademanes atendía a un hombre de enorme corpulencia. El individuo que estaba de espaldas a la puerta llevaba un abrigo de cuero oscuro que le alcanzaba las pantorrillas. Heather se percató de que el cabello negro, sobre el cual exhibía un sombrero Stetson, le cubría el cuello hasta rozarle el nacimiento de los hombros. El sujeto ni se inmutó en girarse hacia la puerta para saludar.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarlas? —preguntó la mujer y salió de detrás del mostrador con una enorme sonrisa—. Mi nombre es Margot Thompson.

—El sheriff nos envió para que nos alquile una habitación. —Al ver que la mujer extendió su mano a manera de saludo, Heather le correspondió—. Me llamo Heather Harrison y ella es mi hermana Betty.

En ese momento, el extraño se giró. Sus ojos grises y penetrantes se fijaron de primera intención en Heather. Su cara aguileña y su inquietante aspecto la intimidaron. Un repentino frío de miedo

recorrió a la joven. Tanto pánico le causó el individuo que sin ser consciente retrocedió dos pasos. Le llamó la atención que su rostro estuviera oculto por un bigote y una barba un poco desaliñada. Optó por desviar su mirada con temor y recobró la tranquilidad al ver que el hombre se giraba de nuevo para darles la espalda.

—¿Por cuántas noches? —preguntó Margot.

—Solo por una noche.

—Por el momento solo tengo disponible una habitación de una cama, pero creo que podrán acomodarse.

—Será perfecta.

La mujer le hizo saber el precio y le exigió el pago por adelantado. Cuando Heather se acercó al mostrador para finiquitar los trámites, el hombre se volteó para echarle un vistazo como quien tasa una res para la venta, pero ella no se dio por aludida, aunque era inútil no sentir el calor de su incisivo recorrido, que discurría desde su rostro hasta sus pechos, incluyendo su estrecha cintura. Se convenció de que el individuo era un descarado.

Conocía muy bien a los hombres de su calaña, los que empezaban con sus babosos halagos y terminaban con sus comentarios subidos de tono, lo mejor era ignorarlo. Se acordó las veces que al visitar el mercado de Lyon muchos de los hombres la miraban de la misma forma. Asumió una postura de soberbia que casi nunca empleaba, pero que siempre funcionaba para mantener a distancias los avances indeseables de algunos.

—Señorita, Harrison, deme unos minutos para preparar la habitación —dijo Margot tras guardar el dinero en uno de los bolsillos de su desaliñado vestido—. Vuelvo enseguida.

El espacio se llenó de una pesadez asfixiante cuando la mujer desapareció por las escaleras. Heather tamborileó con sus dedos sobre el mostrador para calmar su ansiedad mientras Betty se distraía con algunos periódicos dispuestos en una estantería de la recepción.

—¿Van de paso? —preguntó el hombre con su voz cavernosa. Esta vez se apoyó en su codo y se recostó del mostrador de forma despreocupada.

—Vinimos a pasar una temporada con una pariente —contestó Heather en tono cortante, sin tan siquiera dirigirle la mirada. Prefería que pensara que era una arrogante maleducada.

El hombre se incorporó y extendió su mano a manera de saludo.

—Luke Montana.

Titubeó en si permitir un gesto íntimo entre ambos era lo más conveniente, pero al final accedió a saludarlo.

—Heather Harrison.

La mano del vaquero era áspera y grande. Sin duda, manos dedicadas al trabajo duro. Supo que no era un caballero cuando ni tan siquiera hizo ademán de besarle la mano.

—¿Y hasta cuándo piensan quedarse?

—No estamos seguras. Esperaremos a que nuestra tía regrese. —Evitaba el contacto visual.

—¿Y quién es su tía?

—Annie Stewart.

—Lleva un mes fuera. Algunos piensan que no regresará.

—Debemos esperarla —Heather se reprendió mentalmente al escuchar su voz trémula.

—¿De qué huyen?

—¿Huir? —Esta vez lo enfrentó sin ocultar su enfado ante su comentario fuera de lugar—. ¿A qué se refiere?

—Dos señoritas de su clase en un pueblo como este y sin la protección de un hombre no es algo

muy común. Mucho menos a esta hora.

—¿Y quién le dijo que estamos sin protección? —Se mostraba desafiante. El hombre comenzaba a incomodarla.

—No veo un anillo en su dedo, ni un padre o un hermano que las acompañe. —A medida que planteaba su argumento Luke fingía mirar alrededor de Heather como si buscara a alguien—. Pedir alojamiento no es un asunto de una mujer.

—Supone demasiado, señor Montana. —Desvió la mirada para ignorarlo.

El hombre volvió a mostrar su media sonrisa.

—Hay muchos peligros por aquí para dos jovencitas tan hermosas.

—Sabemos cuidarnos. —Heather fingía buscar en su bolso.

Esta vez Luke soltó una carcajada.

—Espero que tengan suerte, pero me parece que necesitarán más que suerte para sobrevivir en Monroe Park.

Heather agradeció la oportuna aparición de Margot Thompson en ese momento. La mujer le entregó las llaves y les indicó que la habitación quedaba en el segundo piso al iniciar el pasillo. Las jóvenes cargaron sus maletas con actitud resignada y se encaminaron hacia la escalera. Heather podía sentir la mirada del vaquero clavada en su espalda. Rogó porque durante su estancia en ese lugar, fuera larga o corta, jamás volviera a coincidir con ese hombre.

Tan pronto las hermanas desaparecieron Margot le dirigió una sonrisa mordaz al vaquero.

—No pierdes tiempo, Luke Montana. Te la comías con los ojos.

—Me he portado como me has pedidos siempre, como todo un caballero. Incluso no le besé la mano porque vi que temblaba de miedo.

—No es para menos. Eres un hombre muy intimidante.

—¿Intimidante?

—Sí, usas esa encantadora sonrisa para encandilar a todas, pero tu presencia es inquietante.

El vaquero se inclinó para besarle la mano a la mujer con extrema galantería y luego le guiñó un ojo.

—Intenta no buscar problemas esta noche, vaquero.

—No busco los problemas, ellos llegan solos.

—Deberías irte a tu rancho a descansar.

El hombre mostró una sonrisa traviesa.

—De tan solo imaginarme solo en mi enorme cama me da escalofríos.

—Deja de andar buscando problemas con mujeres.

—Ya obvié las casadas, tal y como me aconsejaste. No pretenderás que me olvide de todas.

La anciana contempló cómo el hombre desaparecía por la puerta y pensó que lo que necesitaba Luke Montana era el cariño de una mujer que le curara las heridas de la guerra. Suspiró al recapacitar que el problema era que el vaquero no quería abrirle su corazón a ninguna.

# Capítulo Tres

## *Malicia lujuriosa*

**H**eather contempló el interior de la habitación con desasosiego cuando lograron acceso al interior. En ningún momento imaginó que todo estuviera en tan avanzado deterioro. Una pequeña cama ocupaba el centro y una desvencijada cómoda cubría el extremo derecho. El olor a humedad le resultó desagradable, pero no comentó nada para evitar que Betty se soliviantara. Conocía muy bien el carácter de su hermana, así que era preferible no alentarla para que diera inicio a sus quejas.

—Esto no se puede llamar habitación —comentó Betty a la vez que pasaba un dedo por encima de la superficie de la cómoda—. Parece que no han limpiado en meses.

—Agradece que hoy pasaremos la noche en una habitación segura. —Heather colocó su maleta sobre la cama después de cerrar la puerta y abrir un poco la ventana—. De lo contrario, estaríamos en la calle durmiendo en una carreta a la intemperie.

—Creo que hubiese sido preferible.

—¿Cómo puedes pensar así? Parece como si no supieras los peligros que enfrentamos. Aquí estaremos seguras.

Betty se paseó por la habitación con una expresión de inconformismo que comenzaba a irritar a su hermana.

—Quiero regresar a Granby.

—Deberías ponerte tu camisón y acostarte. Necesito dormir.

Heather intentó ignorar la sucesión de reproches de su hermana, pero era casi imposible que su agudo tono de voz no invadiera sus oídos. Se convenció de que Betty solo buscaba perturbarla. Se metió a la cama después de ponerse el camisón y cubrió su cabeza con la almohada para evitar sus gimoteos. Sentía los párpados tan pesados que para ese momento no podía abrir los ojos, aunque se esforzara.

—Debimos regresar cuando el sheriff nos advirtió que la tía no estaba en el pueblo —continuó Betty.

—Deja de decir boberías y apaga la vela. ¡Duérmete ya, Betty Harrison! —gritó, colérica—. Ha sido un día largo y estoy rendida.

—¿Te imaginas si esos dos bandidos en el camino...

—¡Cállate! A veces te pones muy pesada.

Betty gruñó.

—Eres una inconsciente, Heather. No podemos permanecer aquí.

La joven se levantó de la mecedora para contemplar la calle desde la ventana, oportunidad que Heather aprovechó para acomodarse en el colchón. Necesitaba descansar su mente. Primero, no pensar en que extrañaría su vida en Granby más de lo que había supuesto; segundo, borrar el horrible incidente con los bandidos en el valle de los cheyennes; y tercero, afrontar esa nueva vida que no aguardaría a que estuviera preparada.

—Extraño el beso de buenas noches de mamá —dijo su hermana con melancolía sin dejar de mirar hacia el exterior a través de la ventana.

En un principio, Heather pensó que era conveniente fingir que dormía, pero sabía que Betty era la consentida de su madre, así que debería ser más duro para ella. Ponderó si sería beneficioso levantarse para confortarla, pero estaba rendida. No le quedaban fuerzas ni para consolarse a sí

misma.

—Es normal —dijo desde la cama—, pero ya nos acostumbraremos. Apaga la vela, por favor, y duérmete.

Cuando su hermana se acercó a la cómoda para apagar la cerilla se escuchó una ráfaga de disparos proveniente de la calle principal. Como no estaban acostumbradas a ese tipo sucesos, en un inicio no reaccionaron con rapidez, por el contrario, se petrificaron, pero pasado el primer sobresalto ambas se tiraron al suelo y cubrieron sus oídos. Heather no supo con certeza cuánto tiempo duró la reyerta, pero se aferró a la fría y temblorosa mano de su hermana mientras oraba sin parar. A cierta distancia se escuchaba la discusión de varios hombres y el sonido de cristales al quebrarse. Los indeseables profirieron un par de palabrotas, soltaron amenazas y luego se escucharon varias voces reconciliatorias.

Durante su llegada a Monroe Park, Heather no vislumbró que esa primera noche se desataría aquel infierno. Del pueblo tranquilo que recordaba parecía no quedar ni la sombra. Tal vez el vaquero Luke Montana tenía razón y necesitarían más que suerte para sobrevivir en ese lugar.

\* \* \*

**L**a figura de Margot Thompson, la posadera, bajo el umbral de la puerta con un rifle en su mano izquierda y una lámpara de gas en la derecha parecía una visión surrealista. Jamás Heather hubiese imaginado ese lado desatado de la mujer.

En un inicio les hizo señas a las jóvenes para que se mantuvieran en silencio.

—Quédense aquí y no le abran la puerta a nadie —musitaba—. Al lado de la cómoda hay un hacha. Tómala —dijo dirigiéndose a Heather—. Si alguien entra por esta puerta no dudes en utilizarla.

Su bata blanca y su maraña de pelo repleto de canas, junto a su parsimonioso caminar la hacían más temible aún, parecía la imagen de un alma en pena que se paseaba por el pasillo de la posada.

—Señora... —iba a decir Heather.

—¿Quieren que esos malditos bandidos les hagan daño? —Margot se tornó irónica—. Pues guarden silencio y hagan caso. Si alguien se atreve a entrar, lo rebanas. ¿Entendido?

La joven asintió sin chistar. Margot cerró la puerta y las hermanas permanecieron ocultas, utilizando el camastro como parapeto, en la más absoluta oscuridad, acompañadas únicamente del ruido de los disparos que se alcanzaban a escuchar.

—Vendrán por nosotras, Heather —gimoteó Betty.

—¡Cállate! Además, la señora Thompson...

—Es solo una mujer mayor. ¿No te das cuenta? La matarán y vendrán por nosotras.

A gatas, Heather fue tanteando en la oscuridad los objetos a su alrededor hasta que encontró el hacha. Se atrincheró frente a la puerta con la determinación de que, si alguien se atrevía a cruzar la entrada, no dudaría en utilizarla.

—¡Váyanse! —escucharon que gritó la mujer desde la planta inferior—. Juro que los dejaré tendidos de un plumazo como se atrevan a entrar.

Las risas terroríficas de los hombres angustiaron mucho más a las jóvenes. Otra ráfaga de disparos y un intercambio de palabras precedieron a un largo silencio. Tras varios minutos dominados por un absoluto silencio, Heather se aventuró a abrir la puerta despacio para asomarse. Llevaba el hacha levantada presta para utilizarla.

—¿Por qué abrieron la puerta? —Heather soltó un corto grito al toparse con Margot en el pasillo

—. Les dije que por nada del mundo deberían abrir la puerta.

—Es que dejamos de escuchar... —balbuceó Heather.

La mujer las rodeó sin soltar el rifle, alumbrándoles sus rostros. Betty estaba resguardada detrás de su hermana.

—Son tan ingenuas. En estas tierras hay hombres perversos, como esos que estaban en la puerta, que solo buscan hacerles daño a señoritas inocentes como ustedes. Todos tienen la malicia lujuriosa en la mente. Espero que lo aprendan, porque de lo contrario, estarán en problemas.

Las hermanas se internaron en su habitación con ligereza y se metieron en la cama bajo la manta de lana después de asegurar la puerta y cerrar la ventana. Por un período considerable se mantuvieron en silencio en medio de la espesa oscuridad, intentando que su respiración se ralentizara.

—Heather, tengo una duda. ¿Qué quiso decir la señora Thompson con eso de que todos los hombres tienen malicia lujuriosa?

No contestó de inmediato, la ingenuidad de Betty a veces lograba sulfurarla, aunque no la juzgaba, su hermana no tenía ninguna experiencia íntima.

Cuando Heather regresó a Granby, después de que su padre la rescatara de las garras de Richard, su madre se había encargado de exigirle que por nada del mundo compartiera con su hermana aspectos íntimos de lo que ocurría dentro de un matrimonio. Petición que ella había respetado, pese a que su hermana insistía en saber.

—Son asuntos de personas adultas, Betty.

—Ya soy una adulta. —Chascó la lengua—. Tengo edad suficiente para saber. ¿Se refería a cuando los hombres y las mujeres hacen el amor? ¿Cómo en las novelas que leemos?

—Deja de decir tonterías y duérmete. Estoy cansada.

Heather se acomodó de costado para darle la espalda. De esa forma esperaba que Betty se mantuviera en silencio y la dejara descansar. Antes de quedar rendida, la imagen del vaquero que había conocido cuando llegaron a la posada se coló en su mente de forma fugaz. ¿Serían todos los hombres de Monroe Park tan temibles como había dicho Margot Thompson? ¿Acaso ese tal Luke Montana sería uno de ellos?

Cubrió su rostro con la manta y se quedó dormida, considerando si también él tendría lo que la señora Thompson había llamado malicia lujuriosa.

\* \* \*

**A**l otro día, después de comer unas raquílicas porciones durante el desayuno en la cocina de la pensión, las hermanas subieron a su habitación para decidir si la opción final y más conveniente era emprender su regreso al rancho de su padre, pero tras una enardecida discusión, Heather logró hacer entender a Betty que en Granby corrían más peligro que en ese remoto pueblo de la Frontera.

—¡Odio a Richard Perkins! —gritó Betty—. No sé cómo pudiste enamorarte de ese truhan.

Heather ocultó su rostro. Esa era la pregunta que muchas veces había rondado su mente. ¿Cómo fue capaz de deslumbrarse por las promesas y engaños de Richard? No negaba que el hombre tenía un rostro muy apuesto y que sus atenciones iniciales, a su llegada como vaquero a Granby, marcaron una gran diferencia entre obedecer a sus padres o fugarse con él. Al final, huyeron una madrugada, ahora se daba cuenta de que esa había sido la peor decisión de su vida. Hizo un gesto de pesadumbre

y miró a su hermana con resignación.

—La tía Annie va a regresar —dijo Heather mientras le acariciaba el cabello, aunque en el fondo ni ella misma estaba convencida de esa aseveración—. Ya verás. Confía en mí. Todo estará bien.

—Ojalá y tengas razón.

\* \* \*

Cuando Heather entró a la oficina del telégrafo le extrañó que a esa hora de la mañana el lugar estuviera desierto. Solo se encontró con la sonrisa de un dispuesto despachador que al verla se arregló su camisa y se alisó el cabello. Era un hombre de enorme calvicie que podría ser su padre, pero que le sonrió con cierta zalamería.

—Por el momento estamos confrontando problemas con la emisión de mensajes, señorita —anunció el individuo detrás de un destartalado escritorio repleto de piezas y herramientas—. Si puede esperar, tal vez tenga suerte con esto. —El hombre le mostró una pequeña pieza y sonrió como un tonto.

—Esperaré.

Quería dejarle saber a su madre que habían llegado bien, pero obviaría el hecho de que no habían encontrado a su tía. Prefería que Sara no tuviera más preocupaciones de las que afrontaba, pues con la enfermedad de su marido tenía suficiente.

Se entretuvo escudriñando los avisos que colgaban de las paredes. De esa forma se enteró de información detallada de los bandidos que acechaban la región. Para su sorpresa se encontró con la foto de los malhechores que las habían atacado en el camino. Por cada uno de ellos las autoridades ofrecían una recompensa de quinientos dólares vivos o muertos. Según exhibía el papel habían cometido multitud de robos, asaltos y violaciones. Cerró los ojos con angustia al pensar en las vejaciones que esos delincuentes pudieron hacerle a ella y a su hermana.

Una premonición angustiosa la acogió. ¿Y si al final se descubría el suceso y resultaban implicadas? Se convenció de que era imposible, pues el autor del hecho había abandonado el pueblo muy temprano en la mañana, y su hermana y ella estaban comprometidas en mantener el secreto.

—No sabía que fuera una caza recompensas. —Escuchó una voz grave muy cerca. No tuvo que girar por completo su cabeza para darse cuenta de que Luke Montana estaba a centímetros de ella. Si bien la sorprendió, le agradó que el comentario viniera acompañado de una sonrisa masculina muy atractiva.

—Se... se equivoca.

—Hace un rato que no hace otra cosa que observar los avisos de los bandidos, señorita.

—Me llaman mucho la atención.

—¿Los bandidos? —Se arrepintió de girar su cara por completo hacia él porque se encontró con una mirada pícaro y sensual, que tenía como eje central unos ojos grises muy seductores.

—No me refiero a eso. —Heather dejó de mirarlo y se concentró de nuevo en los avisos. Buscaba disimular que la presencia de ese hombre no la alteraba.

—¿Cómo le fue la primera noche en Monroe Park? —El tono usado por el hombre exhibía cierto sarcasmo, por eso Heather se mantuvo en silencio inicialmente—. Imagino que la paz nocturna las acogió.

—Creo que sabe perfectamente lo que sucedió, señor Montana.

—Es muy común que los vaqueros que vienen a divertirse desde otros pueblos, después de beber

hasta casi la inconsciencia, discutan por cualquier tontería. Anoche se trató de una trampa en una de las mesas de juego del bar.

Con frecuencia los camorristas nocturnos, provenientes de comarcas cercanas, traían sus malas maneras junto a sus armas y su carácter presto para desencadenar en actos de violencia.

—Señorita, creo que no podré resolver el problema por el momento —interrumpió el encargado del telégrafo desde su escritorio—. Si desea vuelva en la tarde.

—Gracias de todas formas —dijo Heather con un dejo de tristeza.

—Si desea puedo ayudarla —intervino Luke—. Ahora mismo voy saliendo hacia Johnstown. Puedo enviar el mensaje desde el próximo pueblo.

Una chispa de esperanza le iluminó el rostro a la joven, pero de inmediato desistió al pensar en que no debería confiar en ningún extraño, más ahora que estaba en una situación tan vulnerable. No obstante, el deseo de que su madre supiera que habían llegado bien sobrepasaba su precavido proceder y la hacían dudar.

—Le agradezco, pero prefiero esperar.

—Le aseguro que el servicio puede tardar varios días —insistió Luke.

Volvió a titubear, pero al final le pidió al encargado un papel para anotar la información. Era una escueta nota dejándole saber a su madre acerca de su llegada a Monroe Park. Le entregó el recado al vaquero junto a un par de monedas, que Luke le devolvió.

—Esto le costará, pero no en dinero, señorita Harrison —le dijo Luke con voz apenas audible a manera de despedida.

Un candente rubor se apoderó del rostro de la joven de inmediato. El diabólico hombre sonrió con malicia, guardó el mandado en el bolsillo de su pantalón y salió tras hacer un gesto de despedida al toque de la punta de su sombrero.

La joven se quedó allí, en medio de la oficina del telégrafo, petrificada. Hacía tanto tiempo que no sentía la conquista audaz de un hombre, que a eso le atribuyó la invasión de una sensación de ardor que recorrió todo su cuerpo. Recordó que, en un principio, cuando comenzó su relación con Richard, su marido se había esmerado en conquistarla, pero tras su matrimonio todo cambió de forma abrupta. Tanto que de las caricias pasó, sin darse cuenta, a recibir los golpes del despiadado cuatrero. Desvió sus pensamientos intentando no recordar una de las peores épocas de su vida.

Dejó el lugar para retomar el camino hacia la pensión con la certeza de que definitivamente Luke Montana tenía la malicia lujuriosa de la que había hablado la señora Thompson y que tanta curiosidad le produjo a su hermana.

# Capítulo Cuatro

*Evanston*

**E**vanston quedaba a casi veinte millas de Monroe Park, a los pies de la montaña Hoback, bordeando la llanura de los cheyennes. Con el doble de población, era un pueblo muy próspero, pero con mayor nivel de violencia e intolerancia. Allí se respiraba un ambiente diferente, de ciudad convulsa, desde que se vislumbraban las primeras residencias camino al centro.

Luke contempló los alrededores porque le agradaba mucho ver cómo todo cambiaba por allí de forma acelerada. Desde su última visita, hacía cuatro meses, ya se sumaban varias casas y comercios de todo tipo.

Pensó que pronto ese pueblo sería casi irreconocible, cuando el ferrocarril que planificaba llegar hasta Nuevo México lo atravesara. Precisamente se encontró con los peones que trabajaban en las vías del tren. Una comunidad de hombres negros y corpulentos que habían atravesado llanos y montes desde las plantaciones del sur al lograr su libertad, luego de la guerra de Secesión, culminada hacía cinco años. Cambiaron la esclavitud y la siembra de algodón por una nueva condición de supuesta libertad en la cual tenían que trabajar de sol a sol por una paga miserable, retirando tierra y piedra, y soportando los insultos de un despiadado capataz, que parecía no estar enterado de que hacía cinco años se había abolido la esclavitud.

Más adelante, se encontró con la casa de la madama Blanche Faure-Dumont, una mujer francesa que llevaba décadas dedicada a administrar un grupo de mujeres destinado a la prostitución bajo su amparo y protección. Se comentaba que no solo tenía disponibles chicas, sino que uno que otro barón ganadero de los alrededores pedía los favores de algún mozo complaciente, servicios que se cotizaban a mayor precio.

Luke vislumbró a las chicas de la casa sentadas en el balcón cuchicheando y riendo. Al verlo sobre su caballo soltaron unos cuantos piropos subidos de tono, comentarios que no ruborizaron a un experimentado Luke Montana, por eso contestó con una sonrisa mundana.

—Guapo, te hacemos el favor que quieras y de gratis. Pocas veces se ve un hombre como tú por estas tierras —dijo una mujer pelirroja, quien se subió su vestido para mostrar sus pálidos muslos hasta casi alcanzar su entrepierna.

—Ven —dijo otra mostrando el nacimiento de sus enormes pechos—. Tenemos láudano y opio.

—Gracias, chicas, pero ando con prisa. —Luke le hizo un gesto de saludo con el sombrero—. Otro día nos divertimos.

Antes de perderlas de vista, otra chica muy osada le enseñó parte de su trasero. El vaquero sonrió divertido y continuó su camino. Tenía una misión, enviar el telegrama de la señorita Harrison cuanto antes.

Recordó lo hermosa que era esa joven y se llenó de deseo. Le encantó su cándida sonrisa y su sobresalto cuando le habló de cerca en la oficina del telégrafo, pero sabía que una mujer como esa no era para una buena noche simplemente, una chica como esa se merecía un recorrido al altar, y a sus treinta y cuatro años ya no estaba para eso. Además, por experiencia, sabía que cuando las mujeres se encariñaban le daba por indagar el pasado y esa parte de su historia estaba enterrada, por nada del mundo la compartiría. Así que era preferible gozar de los favores de alguna moza aventurera o de una viuda necesitada, nada que lo comprometiera más allá de un colchón caliente.

El recuerdo de Zoe, vestida de blanco caminando hacia el altar de la iglesia metodista de Richmond, le llegó de improviso. Ese día se veía tan hermosa con su ramo de margaritas y su sonrisa cálida y serena. Fue el día más feliz de su existencia. Maldita la guerra y malditos todos aquellos que no pensaron en nada más que en sus propios intereses.

—Mira a quien tenemos aquí —le dijo un hombre en la calle. Luke agradeció que aquel comentario lo devolviera al momento actual. Lo menos que necesitaba era remover el pasado—. Imagino que una cuadrilla de ladrones acabó con ese pueblo inmundo en donde vivías, Luke. ¿Cómo era que se llamaba?

El vaquero se bajó de su caballo para atar la brida en el palenque, se giró hacia el hombre con su rostro hosco y luego soltó una carcajada.

—Si no te quisiera tanto, Tom, juro que te mataba de dos plomazos en la cabeza —dijo Luke antes de estrechar su mano.

—Pasaría a los anales de la historia por ser asesinado por el mejor pistolero del condado de Fremont.

—Sabes que Monroe Park es el mejor pueblo de toda la comarca, aunque te duela.

—¿Y qué te trae a este inmundo pueblo de vicios y prostitución, vaquero? Hace mucho que no te veía.

—Voy de paso. —Ambos caminaron en dirección a la oficina del telégrafo—. Mi destino es Johnstown.

—Donde George, el niño. ¿Sigues comprándole la madera?

—Su astillero ofrece lo mejor. Estoy construyendo un nuevo establo.

—Es un usurero, Luke. —El hombre escupió el tabaco que masticaba—. ¿Cómo va el negocio de crianza de caballos?

—Va muy bien, lo único que lamento es que haya uno que otro cuatrero que quiera robarme.

—No me digas que no es entretenido matar a esos desgraciados.

Luke se mantuvo en silencio y le palmeó el hombro a su viejo amigo frente a la puerta del telégrafo a manera de despedida. Lo más conveniente era que el chismoso de Joe Kendrick no se enterara de las gestiones que iba a realizar.

—Gusto de verte, Joe.

—Igualmente, Luke. Un día de estos paso por Monroe Park y nos echamos unas cuantas copas.

—Cuando gustes. Todavía tenemos el mejor *whisky* de la Frontera.

—Eso tengo que confirmarlo.

Luke entró cuando vio que Joe tomaba la calle principal y se perdía entre los transeúntes. El encargado del telégrafo a esa hora era otro de sus conocidos, Lenox Munrray, un hombre de mediana edad, de cuerpo aguilucho y melena descuidada.

—Hola, Luke. ¿No funciona el telégrafo en Monroe Park?

—Una avería. —Luke sacó la nota que le había entregado Heather—. Creo que el asunto va a tardar.

—¿Qué tenemos por aquí? ¿Un mensaje a una nueva enamorada?

—Es un favor a una amiga.

El hombre tomó la nota para emitir el mensaje, tiempo que Luke aprovechó para mirar los avisos colgados en las paredes. A veces anunciaban la venta de algún caballo que valía la pena.

—¿Te enteraste? —preguntó el telegrafista de manera casual.

—¿De qué?

—Ayer encontraron a dos hombres muertos en el sendero de los cheyennes entre Johnstown y

Fremont. Varios balazos. —El hombre le mostró el papel donde se anunciaba la recompensa—. El más joven es el hermano de James Larousse. Dicen que el hombre está dando el doble para encontrar a los responsables. Contrató a la agencia de detectives Pikerton.

—Estos dos no eran precisamente angelitos. Por lo que dice aquí parece que eran bastante peligrosos.

—Pero ya sabes cómo es Larousse.

—¿Ya enviaste el mensaje?

A Luke no le gustaba andar chismorreando de la gente.

—Sí.

—Gracias, entonces.

—Si vas por ese camino, ten mucho cuidado, Luke.

El vaquero se tocó la culata de su revólver y sonrió. Luke se giró para salir de la oficina, pero en la puerta se topó con Mary Ann Reed y su insoportable madre, Celine.

El vaquero hizo una mueca de hastío. Sabía que de esa casualidad no saldría nada bueno. Mary Ann podía tornarse muy pesada con sus reclamos. Luke trató de evadirse, pero Celine lo tomó del brazo.

—No tan rápido, vaquero —dijo la señora frente a su risueña hija—. Me gustaría saber cuándo piensas ir a mi casa a pedir la mano de mi hija.

Luke se acarició la barbilla.

—Señora Reed, Mary Ann y yo terminamos hace un tiempo.

—Sí, claro, pero le robaste su honor y tienes que responder por eso.

Luke se le quedó mirando a la chica. Sonrió con sarcasmo al pensar que Mary Ann era todo menos una inocente señorita cuando decidió compartir su cama. Hacía seis meses que la chica había llegado al rancho de La Alamosa, propiedad de Luke, y pese a que el hombre le había insistido en que se marchara, se metió desnuda a su colchón. En principio se contuvo, pero al final sus deseos lo arrojaron a sus brazos, asunto que conllevó varios dolores de cabeza. Recordó que la última vez que Mary Ann se empeñó en invadir su casa tuvo que utilizar su rifle Winchester para disuadirla, aunque hubiese sido incapaz de dispararle. Un buen susto, y los deseos lujuriosos de la joven desaparecieron.

—Siento mucho no poder hablar en este momento, señora Reed. —Luke se encaminó al palenque donde había atado a su caballo—. Llevo prisa.

—Creía que eras más valiente para enfrentar tus responsabilidades, Luke Montana —dijo Celine, indignada.

—Creo que su hija debería explicarle cómo se dieron las cosas.

—¡Cobarde! —gritó Mary Ann y le tiró con su abanico de mano, objeto que Luke esquivó con un movimiento rápido.

Espoleó a su caballo y salió de aquel pueblo a toda prisa. Por lo complicadas que solían tornarse sus visitas a Evanston era que siempre pasaba de largo. Sonrió al pensar que por la señorita Harrison bien valía la pena el pasado sacrificio.

\* \* \*

**H**eather cruzaba el pequeño vestíbulo de la posada cuando se topó con un hombre enano que le sonrió de forma simpática, gesto que la hizo desconfiar de sus intenciones reales, por eso se fijó en

él con cierto recelo. Llevaba poco tiempo en aquel lugar, pero si algo le habían enseñado las pocas horas vividas en Monroe Park era que el peligro se presentaba en cualquier momento.

El hombrecillo, que llevaba su cabello de color ocre en un estilo un poco desaliñado a la altura de los hombros, le sonrió a través de una abundante barba un poco más oscura. Tenía un rostro rectangular y envejecido. Una vestimenta de caballero —que más parecía un disfraz— lo hacía lucir un aspecto un tanto aristocrático.

—Buenos días, madame —la saludó el hombre cuya altura alcanzaba en promedio un metro—. Emile de Tours, a su orden. —Hizo una exagerada reverencia sin apartar su vista del rostro atónito de Heather después de besarle el dorso de la mano.

—Mucho gusto. Heather Harrison.

El hombrecillo se paseó por la antesala con sus manos entrelazadas, apoyadas en su espalda. Parecía observar cada detalle del lugar con extrema asiduidad.

—¿Extraña el condado de Lyon, miss Harrison?

El temor que experimentó Heather, debido a la sagacidad del extraño, se reflejó en su rostro de inmediato. ¿Cómo aquel hombrecillo sabía su proceder? Recordó que había sido muy cuidadosa con la información compartida.

—¿Cómo sabe que...?

—La placa en su colgante muestra un búho amarillo con destellos de color marrón, signo característico de ese condado.

De forma automática la joven acarició la insignia que colgaba como un péndulo en su cuello. El objeto fue un regalo de su padre en su cumpleaños número dieciocho, un obsequio que en contadas ocasiones había sustituido por otra prenda.

—Es bueno que desconfíe de todo y de todos en este lugar, señorita Harrison. Sobre todo, del hombre con quien acaba de hablar en el telégrafo.

El aire enigmático con que se manejaba Emile la desconcertaba. Comenzaba a inquietarse.

—¿Se refiere al señor Montana?

Emile asintió con un leve movimiento de cabeza. Esta vez el rostro del hombrecillo se transformó para exhibir una sonrisa burlona.

—Luke Montana puede ser tan ángel como demonio, miss Harrison. —Acarició una planta reseca que había junto a la puerta que daba a la calle—. Espero que disfrute su estadía en Monroe Park.

Emile de Tours atravesó la salida no sin antes hacer una leve reverencia a modo de despedida. Heather permaneció allí mirando a través de las ventanas de cristal hasta que el hombrecillo se perdió entre la gente que circulaba por la calle.

—No te dejes impresionar por Emile. —La voz de Margot a sus espaldas la sorprendió—. Es dueño del salón de juego Le Marne donde también maneja un cuarto de adivinar el futuro. Creo que su alianza con la gitana que lee la bola de cristal lo ha atolondrado. —La mujer le extendió un papel doblado—. Tu hermana te dejó un recado.

Heather miró a la mujer sin comprender a qué se refería. Suponía que Betty estaba en la habitación. Incluso, le había prometido que no saldría por nada del mundo. ¿Acaso había decidido salir a curiosear por el pueblo? Pensó en todos los peligros que la pudieran asechar y se llenó de angustia.

“Heather: Siento mucho que te enteres de mi decisión de esta forma, pero prefiero regresar a Granby. No estoy de acuerdo en permanecer en este peligroso pueblo a merced de cualquier bandido. Lo de anoche me ayudó a convencerme de que lo mejor es regresar con papá ante la incertidumbre de que tía Annie no aparezca. Además, el problema de Richard es contigo. Así que no correré peligro

alguno en Granby. No te preocupes por mí. Esta mañana, cuando saliste, conseguí una caravana de viajeros que precisamente iban hacia Wyoming. Son mormones. Estaré bien”.

—Hace unos veinte minutos abandonó el pueblo —añadió la posadera.

Sin duda, aunque la nota llevaba un tono conciliador, la noticia no dejó de aturdirla. Cerró el papel con manos temblorosas y los palpitos de su corazón atravesando su garganta. Sabía lo impulsiva que solía ser Betty cuando quería salirse con la suya, pero jamás pasó por su mente que se atreviera a tal desafío.

Tuvo que sosegar para intentar entender el alcance de la locura de su hermana. ¿Cómo se le ocurrió confiar en unos viajeros extraños para regresar por su cuenta por ese peligroso camino? Si le ocurría algo jamás se lo perdonaría. Las lágrimas le anegaron los ojos, por eso Margot le extendió un desgastado pañuelo. La mujer le acarició el brazo a modo de consuelo.

—No debes angustiarte —le aconsejó la posadera—. El reverendo Patterson la llevará a la puerta del rancho de tu padre. Te lo aseguro. Son muy buenas personas.

—Es un hombre serio —argumentó Eugene, la cocinera de la posada, una joven de apariencia tímida, que acababa de unirse a la conversación llevando un tazón humeante en sus manos—. En Monroe Park lo conocemos desde hace muchísimos años. Seguro que mañana tendrá buenas noticias de su hermana, señorita Harrison.

—Creo que es mejor avisarle al sheriff para que intente dar con ella —dijo Heather, ignorando el tazón de té que Eugene le extendió. Su histeria no le permitía ser amable en un momento de tanta tensión—. No deben estar muy lejos.

—Cálmate, Heather. Piensa que pronto, tal y como dice Eugene, tendrás buenas noticias de tu hermana.

—Me llevaré el té —dijo la cocinera con cierta cortedad en su ánimo.

—Perdóname, Eugene —dijo Heather—. No tengo cabeza para nada que no sea pensar en Betty.

Margot aprovechó la ausencia de la joven cocinera para escoltar a Heather hasta una de las butacas.

—No está demás que hables con Cassidy, —Margot se acomodó sus anteojos—, pero te advierto que el sheriff y su hijo no son muy diligentes en sus gestiones, más aún cuando esas gestiones van más allá de los límites del pueblo.

La joven hizo un mohín de tristeza y volvió a enjugarse las lágrimas con el pañuelo.

—Lo único que te queda es esperar, hija.

También le quedaba otra opción, buscar la manera de regresar a Granby, aunque fuera a riesgo de su seguridad. Después de todo, no existía una razón para quedarse a esperar el incierto regreso de su tía. Decidió que, si Betty no se comunicaba en un tiempo prudente, emprendería su regreso a Lyon.

Si la vida quería que enfrentará a Richard, eso haría.

# Capítulo Cinco

## *La linterna mágica*

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, Heather apenas probó bocado en el desayuno para no perder tiempo y acudir a la oficina del telégrafo. Precisaba saber si había llegado algún mensaje de Betty, sin embargo, el encargado le dejó saber que, pese a que el aparato comunicador funcionaba a la perfección, no había ningún mensaje destinado a su persona. Sospechó que tal vez el aparato seguía averiado y aquel alcornoque se negaba a admitirlo.

Reconoció que una de sus fortalezas no era precisamente la paciencia. Inspiró todo el aire que fue capaz e intentó serenarse, pero el hombre y su baboso proceder no ayudaban, así que prefirió ignorar sus acercamientos.

—Si quiere, tan pronto llegue algún mensaje, yo mismo se lo llevo a la posada.

—Muchas gracias, señor.

—Milton Doval, pero me puede decir Milton.

Heather torció la mirada para ver si le daba a entender a aquel individuo que no le inspiraba el más mínimo agrado, pero el Romeo no se daba por aludido.

De todas formas, a la salida del telégrafo dialogó con varios servicios de transporte, pero para su infortunio ninguno llegaba hasta Lyon, lo más cercano era Johnstown y desde allí tendría que procurar una conexión hasta Wyoming. Pensó que sería arriesgado para una mujer sola, más aún cuando tenía en sus recuerdos la vez que Richard le dijo que si algún día se escapaba de la cabaña en que vivían quedaría expuesta a todo tipo de hombres dedicados a vender mujeres en variedad de pueblos. ¿Y si se topaba con uno de esos traficantes en el camino?

—Buenos días, ¿puedo ayudarla? —se encontró con la sonrisa de Jake Cassidy, el hijo del sheriff, cuando giró la cabeza.

—Buenos días. Busco un transporte seguro para regresar a Wyoming.

—Seguro no es ninguno. Todos están expuestos al valle de los cheyennes. —El joven se recostó de una viga de madera mientras la miraba de arriba a abajo—. ¿Piensan regresar tan pronto? ¿No esperarán a Annie?

—Lo que sucede es que mi hermana se adelantó ayer con la caravana de mormones y quiero asegurarme de que haya llegado bien.

—Entiendo.

—Todo el mundo me ha dicho que el reverendo Patterson es un hombre serio que la llevará hasta casa de mis padres, pero...

—No puede estar en mejores manos. Las caravanas de los mormones son famosas por llevar más de treinta carretas entre viajeros y suministros, y suficientes hombres armados. No arriesgarían a su familia. Si su hermana se fue con ellos llegará bien. Tenga la seguridad.

Heather respiró más tranquila después de la garantía que representó aquella conversación.

—¿Por qué no espera a mañana? Seguramente recibirá buenas noticias de su hermana.

La joven lo observó con cierta ansiedad.

—Soy muy afanosa —dijo ella mostrando una tímida sonrisa.

—Es normal, se trata de su hermana.

—Ha sido usted muy amable, Cassidy.

—A su orden, señorita —dijo el joven con un ademán de cabeza para despedirse.

Heather lo perdió de vista cuando el ayudante del sheriff se internó en la comisaría. Tal vez era lo que todos le habían dicho y Betty estaba en manos prestas para entregarla a salvo en Granby. Se abrazó a sí misma para dirigirse a la posada. Durante el trayecto rogó porque su tía regresara lo antes posible.

Lo que no vislumbró es que para que ese encuentro tuviera lugar pasaría mucho tiempo.

\* \* \*

**R**eneé Regan transcribía una carta en la vieja maquinilla de la delegación, por órdenes del sheriff. Odiaba cuando su jefe le daba ese tipo de tareas porque no dominaba las teclas del aparato y con cada error tenía que empezar de nuevo. Hizo un mohín de desazón cuando vio a Jake cruzar la entrada. Hacía días que su relación de amistad iba en picada, como si de pronto hubiesen caído por un precipicio de malos entendidos y peleas. Le dolía saber que el joven no la veía como una posible pareja, aunque hacía unos días se habían dado su primer beso a escondidas en el cuarto de los archivos. Una experiencia inolvidable para ella, pero que aparentaba no tener significado para él.

Por eso, había decidido un cambio de estrategia recomendado por su abuela, la indiferencia.

—¿Y mi padre?

—Salió a Evanston.

—¿Y por qué no me informó?

Reneé se mantuvo callada, concentrada en su trabajo. Ese día llevaba un vestido que le pronunciaba los pechos y la cintura. Jake se le quedó mirando un poco extrañado.

—Te noto rara.

—No sé por qué dices eso.

—Siempre me recibes en la mañana con una sonrisa amable y los incidentes del día. —Él jugaba con un papel—. Hoy, tan siquiera has levantado la vista de ese dichoso papel para saludarme.

—Estoy muy ocupada, Jake. Tu padre me dejó una lista de pendientes que tengo que terminar antes de que regrese.

El joven se paseó por la oficina y luego se dejó caer en una de las butacas con cierta pesadumbre.

—¿Cómo vas con Bob? —preguntó Jake en referencia al más reciente pretendiente de la joven.

Ella fingió que su comentario le parecía indiferente.

—Todo va muy bien.

—Hace tiempo que no aparece por aquí.

—Está en la arreada en Georgetown, pero debe regresar en estos días.

La pelirroja se levantó de su silla, dobló la carta y la metió en un sobre.

—¿Van en serio?

—Muy en serio.

Reneé se adelantó hasta la puerta. Le agradaba ver el rostro desencajado del joven. Tal vez de esa forma se daba cuenta de lo que sentía por ella.

—Por favor, mantente aquí, Jake. Regresaré tan pronto lleve esta carta al notario —dijo ella y salió.

Fuera de la delegación sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero tal como le había dicho su abuela, en estos casos lo mejor era la resistencia. Si Jake Cassidy la quería se daría cuenta

muy pronto.

\* \* \*

Esa noche, a insistencias de Margot y de Eugene, Heather asistió a la sala de proyecciones que había sido recién inaugurada en el pueblo. De las pocas formas de entretenimiento existentes, en las cuales no estuvieran presentes el alcohol o el juego, esa era la más concurrida. Al final se dejó convencer, pues era cierto, era preferible mantener su mente ocupada y encerrándose en su habitación lo único que conseguiría sería aumentar su angustia.

La idea de desarrollar una sala de proyecciones surgió de la viuda Adeline Collins, una emigrante suiza que había perdido a su marido durante la travesía desde el Mississippi hasta las Grandes Llanuras cuando pretendían establecerse en aquella nueva región de oportunidades ilimitadas. Víctima de un enorme oso pardo, fue poco lo que Ned Collins pudo hacer, excepto ofrendar su vida por salvar a su mujer. Muchos no entendían cómo la viuda había sobrevivido en un territorio inhóspito plagado de indios. Después de todo, lo insólito era que Adeline se había repuesto de su pérdida con gran entusiasmo en muy poco tiempo. Incluso se decía que tenía una fila de pretendientes a sus pies.

Con la apertura de la concurrida sala, la viuda había logrado un sustento digno que le dejaba buenos dividendos. Tan buenos que en menos de un mes tuvo que abrir una segunda sala para atender la gran demanda. Por lo bajo se rumoraba que después de las diez de la noche el lugar se convertía en una guarida para algunos hombres que disfrutaban de ver imágenes de mujeres con poca ropa. Asunto que tenía muy alterado al círculo distinguido que conformaba el Consejo de Damas Respetables de Monroe Park. Poco faltaba para que aquellas honorables damas se agrupasen frente al lugar para exigir el cierre inminente de lo que llamaban “la puerta hacia el pecado”. Si hasta el momento el grupo de moralistas no se había salido con la suya se debía a la intervención pacífica del reverendo francés que administraba la única iglesia protestante del pueblo, Didier Doezis, y del cura mexicano, Isidro Benítez, quien ofrecía la homilía todos los días desde la parroquia de San Agustín.

Hastada del asedio de Margot y de Eugene, Heather se dejó arrastrar hasta la localidad. Resignada, se colocó en la fila para comprar los boletos. Para su sorpresa, después de unos minutos, se topó con el atractivo rostro de Jake Cassidy.

—Buenas noches, señorita Harrison —la saludó el hijo del sheriff—. No me imaginaba encontrármela aquí.

—Buenas noches. La señora Thompson insistió. —Heather se acomodó el chal de lana sobre los hombros pues, aunque era verano se perfilaba una fría noche—. ¿Ha sabido algo de su hermana?

—Nada todavía.

—Mañana con seguridad tendrá noticias.

Cuando lograron abrirse paso a través del gentío, el trío de mujeres ocupó el lateral derecho desde donde se podía apreciar a la perfección la pared en que serían proyectadas las imágenes. Jake aprovechó para acompañarlas.

—¿Es la primera vez que disfruta de la linterna mágica, señorita Harrison? —le preguntó Jake.

—El año pasado se presentó algo similar en mi pueblo, pero después de un tiempo los residentes dejaron de asistir porque solían presentar las mismas imágenes. El propietario optó por cerrar.

—Tal vez sea lo mismo que pase en Monroe Park. Le confieso que es como la décima vez que

vengo.

Ambos se rieron. A medida que iba pasando el tiempo desfilaban una multitud de mujeres muy encopetadas, exhibiendo vistosos vestidos de encajes y grandes faldas, acompañadas por sus maridos. Damas de narices respingonas y miradas altivas. Parecían muñecas de porcelanas, sensibles al tacto y también al trato.

A Heather le llamó la atención que existía una evidente separación entre los adinerados y los ciudadanos menos privilegiados. Esa segregación le disgustó, pero no comentó nada al respecto. Solo se dedicó a mirar cómo eran tratadas algunas mujeres de aspecto un tanto vulgar. Eran discriminadas por exhibir escotes pronunciados y llevar sus rostros recargados de maquillaje. Un hombre vestido con sotana intentaba asegurarles un lugar.

—Ese es el padre Benítez y esas son algunas de las chicas del burdel de Sophie Sinclair —le comentó Margot—. No son muy queridas en el pueblo por el tipo de trabajo que realizan.

—No las deben tratar de esa forma —dijo Heather con tono indignado.

A lo lejos reconoció a Edward de Tours conversando con varios hombres. No se podía negar que el hombrecillo era un personaje muy conocido entre los ciudadanos del pueblo. En ese momento, se había subido en una silla para abrazar a una chica por la cintura.

—Ella también es una de las chicas del burdel —dijo Margot en referencia a la mujer que acompañaba al hombrecillo—. Es la preferida de Emile. Se dice que muy pronto le pedirá que sea su esposa, pero a ese enano no se le puede creer nada.

—Me parece un hombre misterioso.

—Ya te dije, es lo que quiere proyectar siempre, pero es más bien un bufón.

En medio de su escrutinio Heather pudo distinguir a Luke Montana con su rostro sombrío bajo su sombrero de ala ancha en el otro extremo del salón. Charlaba con un matrimonio de forma amena. Al encontrarse con su mirada gris, el hombre le hizo un gesto de saludo con su sombrero, pero esta vez el vaquero le guiñó un ojo.

—Veo que tiene un admirador, señorita Harrison —comentó Jake—, aunque Luke Montana es un picaflor. Asume ese comportamiento con todas.

Heather ignoró el comentario del joven. Sin embargo, cuando regresó su mirada hacia el vaquero este ya había desaparecido. Lo buscó entre el público, pero fue imposible distinguirlo entre la gente.

—Le agradas a Luke —le murmuró Margot al oído con una sonrisa traviesa—. Lo noté desde que te vio la primera vez

—¿De qué habla, señora Thompson? —Heather prefería pasar por tonta.

—Que a Luke Montana le fascinas. No puede evitar mirarte con insistencia.

—Claro que no, señora Thompson.

—Pocas veces me equivoco, querida.

En ese momento y para su buena fortuna comenzó la proyección de imágenes iluminadas con una lámpara de aceite. Para que el humo pudiera salir se había dotado al lugar de una vistosa chimenea. Heather quedó fascinada con las figuras que aparecieron en la pared. Se trataba de la representación de distintas situaciones caóticas que provocaron risas estruendosas por parte del público.

Casi al final de la función se escucharon varios disparos desde el exterior. La proyección fue interrumpida y la encargada se vio obligada a pedirle a los asistentes que abandonaran el lugar. Una decisión poco inteligente si se tomaba en consideración que las personas saldrían en estampida y quedarían expuestas en la calle, a merced del tiroteo.

—Discúlpeme, señorita, debo encargarme —dijo Jake antes de retirarse—. Tenga mucha precaución al salir.

En medio de la caterva, Heather perdió de vista al dúo de mujeres que la acompañaba, por eso al llegar al exterior, decidió que lo mejor era intentar buscar refugio en la posada. Apuró el paso al llegar a la esquina de la calle principal cuando advirtió que dos hombres la seguían. Sin poder evitarlo fue interceptada por los individuos, quienes la tomaron por los brazos en volandas para llevarla hasta un callejón cercano, pese a toda su resistencia. El lugar era tan estrecho y solitario que Heather temió lo peor. Si corría con suerte, después de que abusaran de ella, la dejarían desnuda y mancillada en aquel sitio.

—¡Déjenme! —gritaba y pataleaba—. ¡Auxilio!

—¿Qué hace una señorita solita en las calles de Monroe Park a estas horas? —dijo el más viejo sonriendo con lascivia—. ¿Papá no te ha enseñado de los peligros que existen?

—¡Suéltense! —Heather luchaba porque el otro quitara sus brazos de alrededor de su cintura. Perdió la oportunidad de continuar gritando cuando ese mismo individuo le cubrió la boca con la mano.

El más viejo de los atracadores dejó el cinturón que cargaba la cartuchera de sus revólveres en el suelo y se abalanzó sobre Heather. Su aliento a *whisky* y tabaco era nauseabundo. En un intento por defenderse, la joven levantó su rodilla para pegarle en la entrepierna, pero falló. A raíz de esa acción Heather recibió el primer puñetazo en la cara. Un sabor amargo, como a hierro, le inundó la boca. La malicia del bandolero era tan grande que no se detuvo. Intentó quitarle las enaguas, pero Heather luchó sin descanso.

—Les convendría dejar a la señorita en paz —La voz sórdida que se escuchó entre la penumbra se le pareció a la de Luke Montana, pero pensó que era imposible. Se lo atribuyó a que tal vez comenzaba a ofuscarse por ese hombre.

Entonces, cuando el recién llegado prendió un fósforo para encender su cigarro, el reflejó dejó ver su tenebroso rostro. Soltó el humo tras una primera calada y se acercó despacio.

—Mete las narices en tus asuntos. Luke —vociferó el más viejo de los atacantes—. Si quieres a una mujer, búscala en otro lugar. Esta es nuestra.

—¡No te atrevas a hacerle daño, animal! —gruñó el vaquero.

—¿Quieres un plomazo, vaquero?

—Si te atreves a dañar a la joven, no dudaré en volarte los sesos, Pat. —Luke exhibió su Colt. 45 niquelada—. Te aseguro que esta noche te irás directo al infierno.

Pat Foster parecía conocer el alcance de la ira del vaquero, por eso le exigió a su compañero que soltara a Heather.

—Mandy, vamos, este miserable vaquero no nos permitirá terminar la fiesta. —Después de eso el atacante soltó un escupitajo denotando su enojo, tomó su cinturón del piso junto a sus armas y le dirigió a Luke su mirada airada.

—Qué bueno que lo comprendan, chicos. La fiesta se acabó —dijo el vaquero—. Las chicas del burdel de Sophie le pueden dar todo el entretenimiento que desean.

—Las chicas de Sophie no son como esta mujer y lo sabes muy bien. —Luke acalló al atacante con un primer disparo que rebotó cerca de sus botas.

—Ya me hastiaron sus malos modales, bestias —dijo Luke y soltó otro disparo que rozó la oreja izquierda de Pat.

El vaquero soltó una risotada al ver a los sujetos correr despavoridos y perderse entre la oscuridad. Heather se llevó una mano al pecho y dejó escapar un suspiro al saberse segura.

—Perece que estoy perdiendo habilidad —dijo Luke de forma reflexiva a la vez que miraba su revólver, aunque estaba más que seguro que si su intención hubiese sido eliminar al dúo lo hubiera

logrado sin problemas—. ¿Se encuentra bien, señorita Harrison? —le preguntó después de guardar su Colt en la cartuchera.

—Sí, gracias por su ayuda.

Sorprendida, vio al vaquero sacar un pañuelo para retirarle la sangre que se escurría de sus labios. Un gesto tan íntimo que la desconcertó. Tal vez su salvador se convertía en su próximo verdugo. Retrocedió con pavor.

—Siento mucho el comportamiento de algunos individuos del pueblo, pero la carencia de mujeres los lleva a enloquecer. —Hubo un silencio pesado en medio del cual se miraron fijamente—. La acompañaré hasta la posada. No tiene que temer, cuando me lo propongo puedo ser un caballero.

—Muchas gracias, señor Montana —dijo ella con un leve temblor en su voz.

Durante el camino se mantuvieron en silencio hasta que Luke se animó.

—Parece que Jake Cassidy es más un hombre de ley que un caballero. Solo a él se le ocurre abandonarla en la sala de proyecciones en medio de una reyerta.

—Tenía que cumplir con su deber.

—Si usted fuera mi pareja ni por una guerra la dejaría —dijo el hombre con voz aterciopelada.

—No soy pareja del señor Cassidy. Coincidimos en el lugar.

Otro silencio los acompañó.

—¿Y a su hermana no le gusta divertirse?

—Abandonó el pueblo ayer. Decidió regresar con nuestros padres. Creo que tomó la mejor decisión. Tal como usted dice, Monroe Park es muy peligroso.

El vaquero hizo una mueca.

—Siento mucho que su hermana se haya ido y espero que mejore su estadía en este pueblo.

Heather lo miró de reojo. Buscaba descifrar si Luke Montana era un hombre en quien podría confiar.

\* \* \*

**P**ara cuando atravesaron la puerta de su habitación en la posada a insistencias de Luke, el corazón de Heather latía con el ímpetu de un caballo desbocado. Temía que el hombre la forzara a algo impropio cuando estuvieran en el interior, pese a que se había comportado como un caballero durante todo el trayecto. Lo peor de todo es que dentro de la alcoba quedaría a su merced.

El espacio estaba consumido por una tupida oscuridad, así que Heather tuvo que palpar sus alrededores con cuidado para guiarse hacia la cómoda y encender la vela, pero antes de lograr su cometido sintió las manos poderosas del vaquero cerrarse sobre su cintura. El cálido aliento del hombre recorrió su nuca provocándole sensaciones indescriptibles. Con gran maestría, pero sin prisa Luke fue depositando pequeños besos en un recorrido que la estaba enloqueciendo. De pronto, la joven notó que su respiración se hacía más entrecortada y que su sangre hervía hasta que el ardor alcanzó cada rincón de su cuerpo.

—Esto es mejor que ver ridículas formas proyectarse en una pared —dijo Luke con voz ronca—. ¿No le parece, señorita Harrison?

El sentido común le gritaba a Heather que debía detenerlo, pero la sensación que le provocaban sus manos y sus besos era demasiado placentera como para cometer la imprudencia de parar. Recostó su cabeza del pecho masculino, movimiento que Luke aprovechó para besarle el lóbulo de la oreja y mordisquear su mejilla izquierda.

—Eres muy suave, Heather.

—Señor Montana...

—Luke. Dime Luke. Quiero escucharte.

—Luke —Heather dejó escapar un gemido.

El hombre la giró para reclamar su boca en un gesto feroz. Heather no tuvo tiempo para pensar en nada. Sintió el hambre de esos labios calientes y anhelantes, y abrió su boca para recibir el embate. En un intento de aferrarse a la dulce locura que representaban los besos del vaquero, acomodó sus brazos alrededor de su cuello.

Por su parte, Luke no cesó en su empeño de enloquecer a la joven posando su mano en la nuca para no dejarla escapar. Sus gemidos eran la mejor recompensa para él.

—Luke, por favor...

—Me encanta cuando mencionas mi nombre. Me vuelves loco, Heather Harrison.

La joven sonrió un poco más relajada, momento que el hombre aprovechó para exigir su cuello. El ímpetu empleado por Luke lo había llevado al borde del deseo. La reclamaba como suya cuando una advertencia relampagueó en la cabeza de Heather, hecho que hizo que recuperara la conciencia y se separara del abrazo del hombre, pero él no se dio por vencido y volvió a demandar su entera rendición. Sin embargo, la resistencia impuesta por ella, logró alejarlo.

—Gracias por ayudarme —dijo Heather mientras buscaba el pomo de la puerta entre la oscuridad con sus manos trémulas.

Luke soltó una carcajada divertida.

—Buenas noches. Perdona por robarle un beso, pero es el saldo de la deuda por el envío del telegrama. Ya le lo había advertido. Que descanse.

Aquello había sido todo menos un beso robado. De eso Heather estaba segura, convencida. Para ella había sido el acto más emocionante y sensual que jamás había experimentado, incluyendo su escasa experiencia sexual con su exmarido, que durante los tres años que duró el matrimonio solo buscó auto complacerse con su cuerpo

Tan pronto Luke salió, la joven corrió el cerrojo y se recostó de la puerta con el alma en vilo. Sintió un latido poderoso en su entrepierna. Los besos y los abrazos de aquel hombre fueron encantadores. Se tocó sus labios, que para ese momento estaban hinchados y un poco adoloridos, y sonrió complacida, evocando la pasión, el olor y la malicia lujuriosa del vaquero, Luke Montana.

# Capítulo Seis

“Expulse al demonio de entre nosotros”

Eladio Valverde tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa. En un gesto nervioso, se atusaba su abundante bigote tras el cual ocultaba sus finos labios. Eso le sucedía al mexicano solo cuando su bar se convertía en un hervidero de cuatrerros, vaqueros, bandidos y forajidos ávidos de más *whisky*. Con ambas manos apoyadas en la espléndida barra de madera, el hombre de cuerpo robusto y copiosa cabellera, no dejaba de pensar en que la bodega en la parte posterior estaba vacía. Solo quedaba el alcohol servido recientemente. Sospechaba que, después del pasado incidente, en el cual Sam Harding, un pendenciero y engreído cuatrero, había salido expulsado por las puertas batientes del local, como resultado de una patada en el trasero, otra refriega violenta era lo menos que necesitaba. Más aún, si tomaba en consideración que la noche anterior había perdido dos ventanas de cristal del establecimiento y los tacos de billar quedaron hechos añicos, era preferible terminar la fiesta en paz, pero aquellos salvajes no entendían de buenas maneras, mucho menos cuando estaban intoxicados de *whisky*, láudano y opio.

Desde hacía unos meses consideraba seriamente cerrar el local y dedicarse a una actividad menos arriesgada. Temía que una noche cualquiera resultara víctima de una bala perdida o muerto por una golpiza a manos de aquellos bárbaros. Sin embargo, reflexionó, en su vida no había hecho otra cosa que regentar bares y burdeles.

En ese preciso instante, Luke Montana atravesó las puertas batientes del bar, oteó el interior con una mirada frugal y caminó hasta la barra. Aunque sabía que, de la totalidad de los hombres reunidos, al menos media docena se consideraban sus enemigos, el vaquero dio pasos seguros hasta estrechar la mano de Eladio. Los que lo conocían jamás se aventurarían en atentar contra él y los que no le conocían se darían por enterado de su peritaje en el uso del revólver.

—Si vienes a buscar *whisky*, te informo que ya no queda —dijo el mexicano de muy mal humor a la vez que limpiaba el tope de la barra de madera con un trapo mugriento.

—Solo pasaba por aquí y entré a saludar.

—Tú no haces nada por casualidad, Luke.

El vaquero sonrió ante lo acertado del comentario del mexicano y aprovechó para acercarse a Jake Cassidy, quien en ese momento también se apoyaba en la barra mientras charlaba con su amigo Mathew.

A sus espaldas, en un rincón del salón, un grupo de jóvenes bailaba en una tarima improvisada para entretener a los lujuriosos clientes. Eran parte de las chicas del burdel de Sophie Sinclair, una mujer procedente de California que hacía dos años había establecido el primer y único burdel en Monroe Park, aunque se rumoraba que la llegada de una atractiva mujer proveniente de Noruega, conocida como Cecilia Clayton, se debía a su interés en hacerle competencia a la californiana. Incluso, desde hacía unas semanas cada vez que llegaban las carretas con provisiones del este traían un nuevo mueble que dejaban frente a la residencia de dos plantas de la mujer. Lo último que llegó fue un modesto piano y una lámpara estilo araña.

—Una reyerta más y le ganaremos en violencia a Evanston —señaló Luke, como si de un comentario sanano se tratara, cuando se acomodó cerca de Jake. En sí lo que buscaba era provocar al ayudante del sheriff. Sus riñas eran legendarias.

—Hacemos mucho con los recursos que tenemos —soltó Jake.

Luke se sentó en un viejo taburete de madera que amenazó con ceder al peso de su morrocotudo cuerpo. Sacó un cigarro y lo encendió con gran parsimonia, como si durante todo ese tiempo entretijera lo que estaba por decir.

—Ya ni las señoritas decentes de este pueblo se pueden divertir sin estar a merced de algún bandido. —El vaquero le dio una calada a su cigarro.

Jake se giró hacia Luke en medio de un enorme desafío.

—¿Qué quieres decirme?

—Que hace un rato acabo de encontrarme con la señorita Harrison en la calle y si no llego a tiempo dos desalmados hubiesen abusado de ella.

Mathew sostuvo a Jake del brazo para evitar que el ayudante del sheriff depositara en el vaquero la enorme ira que lo dominaba. Furia que pretendía desquitarse con el rostro de Luke.

—Como le hayas hecho algo a esa señorita...

—Tranquilo, soy un hombre de honor. —Luke expulsó el humo de su cigarro en la cara de Jake.

—¿Tú, un hombre de honor? —resopló—. Por favor, Luke. Tu fama te precede. ¿A cuántas mujeres has llevado a La Alamosa bajo engaño?

—Engañada, a ninguna. Todas van a su propio riesgo —sonrió—. No debes creer todo lo que se dice de mí, pequeño Jake. Hay mucho de mito en las historias que corren por ahí.

—No te atrevas a hacerle nada a Heather.

—Tranquilo, Cassidy, solo la acompañé hasta el interior de la posada. —Luke sonrió con perversidad—. Alguien tenía que ocuparse de ella ¿no? Te puede dar fe de lo bien que me porté. —Levantó su mano derecha—. Palabra de hombre.

Hubo un silencio durante el cual Jake se tomó el resto de su *whisky* de un solo sorbo. Para ese momento una de las jóvenes *alterne* se le acercó al vaquero con una sonrisa coqueta. Esa chica, de ascendencia mexicana, era una hija de Eladio Valverde con una india de la tribu Cheyenne. Hacía unos meses su madre la había enviado al pueblo para que el mexicano se hiciera cargo de ella. Le decían Juanita La Revoltosa, pero Luke la llamaba Jane porque le parecía que el mote era demasiado ofensivo. Juanita le paseó el pronunciado escote de su vestido por la cara, entonces el vaquero le besó la mejilla, le dijo algo al oído que la hizo sonreír, metió dinero en su corsé y le palmeó el trasero. La chica desapareció en ruta a una de las mesas de juego contorneando sus caderas.

—Te vi hablar con ella de forma galante en la sala de proyecciones —continuó Luke—. ¿Te gusta la señorita Heather, Jake? Porque si es así deberías cuidarla. Ya sabes cómo son los hombres de por aquí. —El vaquero hizo un gesto irónico—. No son confiables.

—No te quiero cerca de ella. —Jake escupió sus palabras.

Luke sonrió, aplastó el resto de su cigarro en el cenicero, se levantó y se giró hacia Jake.

—Tranquilo, sheriff, deja que sea ella quien decida cuán cerca me quiere. —El vaquero hizo un gesto simulando sacarle una paja del hombro al ayudante del sheriff y lo miró a los ojos de forma retadora—. Espero que antes del amanecer pongas orden en este tugurio. —Se le acercó al oído para hablarle en voz baja—. Eladio me acaba de decir que se acabó el *whisky*, así que buena suerte con eso. Será una noche larga, Cassidy.

Luke se despidió con su característico gesto de tocar la punta de su sombrero y salió del lugar. Afuera, desamarró la brida de su caballo, Sombra, y de un salto lo montó. Acababa de recabar la información que necesitaba, al ayudante del sheriff se le caían los calzones por Heather, asunto que no lo alegraba para nada. Cabalgó fuera del pueblo y cuando llevaba varios minutos de camino en dirección a su rancho escuchó los primeros disparos. Lo esperado había ocurrido, los malhechores

reclamaban alcohol.

—¿Cuándo aprenderás, pequeño Jake? —sonrió y espoleó el caballo para apurarse.

Necesitaba refugiarse en su cama y recrear aquella magnífica escena en la cual besó a una criatura que, hasta ese momento, le parecía la joven más adorable. Se reprendió, no debería agitar la leña del fuego cuando no planificaba calentarse. Resopló a la vez que se trataba de convencer de que un encuentro futuro con Heather Harrison sería una soberana estupidez, aunque su cuerpo le gritara lo contrario.

\* \* \*

**E**l Consejo de Damas Respetables de Monroe Park se amotinó frente a la comisaría a la mañana siguiente. Exigían hablar con el sheriff Cassidy de inmediato, pero Reneé intentaba disuadirlas en el balcón de la delegación y evitar así que tomaran por asalto el lugar. La señora Daniels Parker, dama distinguida y piadosa, esposa del boticario del pueblo, llevaba la voz cantante.

—El sheriff no está —mintió Reneé.

Era la parte que más le desagradaba de su trabajo, cuando su jefe la obligaba a decir cosas falsas. Si tuviera un poco más de valor permitiría que aquellas fieras encopetadas entraran hasta la oficina de Cassidy y lo lincharan.

—¡Es mentira, jovencita! —dijo Daniels con tono avieso—. Dile a tu jefe que no nos iremos hasta que no nos dé audiencia.

Reneé gruñó, colocó sus manos en jaras y las observó con ira. No era la primera vez que aquellas damas histéricas intentaban irrumpir en la delegación de forma imprevista. Lo único que esta vez las acompañaba la conocida periodista del Boston Tribune, Virginia Mason. Reneé observó a la mujer rubia, de estilo moderno y figura estilizada, y supo que su presencia supondría graves problemas, como el día que otro periodista de Nueva York se dedicó por meses a hacer una serie de reportajes que culminaron con la llegada de un aguacil federal que impuso reglas arbitrarias, pautas que supusieron para el pueblo gran represión, pero que después de unos meses Cassidy obvió.

—La señorita Virginia Mason no ha venido desde tan lejos para que el señor Cassidy le haga este desplante —dijo Daniels—. A menos que el sheriff quiera ser la primera plana de la próxima tirada.

Reneé torció el rostro y arrastró los pies al interior, mostrando su desgano. Después de varios minutos, durante los cuales las mujeres se acomodaron bajo las sombras cercanas para abanicar sus rostros, la joven apareció.

—Cassidy solo ha accedido a reunirse con usted, señora Parker. El resto tendrá que esperar fuera.

—¿Ni tan siquiera dejará pasar a la periodista? —preguntó Daniels con preocupación.

—Las reglas son las reglas, y aquí las dicta mi jefe.

Daniels les dio instrucciones a las damas para que se retiraran y las mujeres emprendieron camino hacia sus hogares, refunfuñando.

—Señorita Mason, me tendrá que disculpar. —Daniels se dirigió a la periodista—. Hablaré con el sheriff para anunciarle el motivo de su visita.

—Gracias, señora Parker —contestó la periodista y empuñó su equipaje—. Aprovecharé para registrarme en el hotel.

—Después de mi audiencia con el sheriff la veré allí. ¿Le parece?

—Por supuesto.

La periodista caminó por la calle en ruta al hotel y la señora Parker acompañó a Reneé al interior

de la delegación. Cuando accedieron a la oficina del sheriff, el hombre se levantó de la desvencijada silla detrás de su escritorio con dificultad y fingió una sonrisa. Reneé salió y cerró la puerta para que dialogaran en privado, tal y como había solicitado su jefe.

—¿A qué debo su amable visita, señora Parker?

—Buenos días, Cassidy —dijo Daniels a la vez que aceptaba que el sheriff le besara el torso de la mano—. ¿Por qué no ha accedido a recibir a la señorita Virginia Mason, corresponsal del Boston Tribune?

—Estoy ocupado con varias situaciones —dijo el sheriff mientras miraba el desorden de papeles sobre su escritorio, pero en realidad ninguno de esos asuntos tenía gran relevancia—. ¿Qué demanda esta vez el Consejo de Damas Respetables?

—¿Acaso ignora los disturbios de las últimas noches? Esto es inaguantable. Tienen que cerrar el cuchitril de ese mexicano. Los borrachos...

—Es la única forma de entretenimiento que tienen los hombres del pueblo. No pretenderá que pasen sus noches en la iglesia

—Deberían estar con sus familias.

—La mayoría de esos hombres no tiene familia. Vienen al pueblo para pasar la noche.

—¿Cree que bebiendo *whisky* todo el día y apostando toda la noche es una forma digna de vivir?

—Señora Parker, hay cosas que las mujeres jamás lograrán entender.

Cassidy hizo un gesto de fastidio.

—Y encima de todo, acabamos de enterarnos que en unos días celebrarán el Día de Independencia. Es el colmo que en medio de esta ola de violencia tengamos algo que celebrar.

—La celebración del cuatro de julio es un acto patriótico, señora Parker.

—¿Sabe algo? Este pueblo se ha convertido en una cuna de indeseables. ¡Exigimos que también cierren el prostíbulo de Sophie Sinclair y cierren la sala de proyecciones! No crea que no sabemos todas las cosas que se hacen en ese cochino lugar. Tiene que expulsar el demonio de entre nosotros, Cassidy, por favor. —La mujer hizo su ruego en medio de un dramático gesto— Toda esta inmundicia arrasará con Monroe Park, tal y como sucedió con Sodoma y Gomorra. Lo mismo ha sucedido en Evanston.

—Por favor, no puede comparar nuestro pueblo con esa enorme ciudad.

—¿Cree que en un principio no era un sencillo pueblo como Monroe Park?

El sheriff se ajustó el cinturón en donde descansaba la cartuchera para guardar su Colt Peacemaker, se acomodó el sombrero y le dirigió una mirada cansada a la refinada mujer.

—Esas mujeres del burdel cumplen una función.

—Son fulanas, Cassidy. Mujeres de mala vida que corrompen a nuestros maridos.

—Maridos insatisfechos con sus mujeres.

La señora Parker observó al sheriff boquiabierta.

—Es usted un insolente.

—Creo que es hora de que se vaya, señora Parker.

—Le diré a mi marido de su trato.

Cassidy la tomó por el codo para escoltarla hasta la puerta.

—Buenas días, señora Parker. Fue un placer verla. Dele mis saludos al señor Parker.

Tan pronto la mujer salió de la delegación, el sheriff se dejó caer en su silla. Las revueltas en el pueblo, la llegada de un nuevo alcalde impuesto por el gobernador del estado y el arribo de un juez federal, que estaba de camino, lo tenían abrumado. Sin embargo, no cesaría en sus esfuerzos en hacer de Monroe Park un pueblo habitable, respetuoso de las leyes y la moral.

# Capítulo Siete

*Inclinado hacia el mal*

Como era domingo y la oficina del telégrafo permanecería cerrada, tan pronto Heather abrió los ojos decidió participar del servicio dominical en la iglesia del reverendo Doezi. Así que después de asearse, se puso su mejor vestido y bajó hasta la cocina de la posada.

—Es increíble lo que está pasando en este pueblo y que el sheriff no haga nada para remediarlo —decía Margot mientras ojeaba el periódico—. Buenos días, niña.

—Buenos días, señora Thompson. —Heather ocupó una de las sillas y de inmediato Eugene colocó una taza de café frente a ella.

—Enseguida le traigo el desayuno, señorita —dijo la cocinera.

—Gracias. —Heather le sonrió a la joven.

—La revuelta de anoche alcanzó el límite —dijo Margot, encolerizada—. Tienen que hacer algo. Me quedé preocupadísima por ti, pero después vi salir a Luke y me dijo que te había acompañado.

—Sí, el señor Montana fue muy amable.

Eugene, la cocinera carraspeó un poco.

—Luke es un hombre formidable —comentó Margot.

Emile de Tours irrumpió en la cocina en ese momento y se acomodó en una de las sillas del comedor después de saludar. El hombre vivía en la pensión desde que su mujer huyó con otro hombre para labrarse una nueva vida en Kansas.

—No cabe duda que Luke Montana es un buen hombre, pero tiene un grave problema —comentó Emile en el momento en que tomaba un pedazo de pan de una canasta—. Tal vez el mismo mío.

—¿Y cuál es ese problema? —preguntó Eugene cuando le sirvió café al hombrecillo.

En un movimiento inesperado, Emile posó su mano en el trasero de la cocinera con firmeza, pero Eugene logró apartarlo de un manotazo.

—Nos gustan demasiado las mujeres —sonrió.

—Bueno... —intervino Margot—. En tu caso te gustan todas, pero Luke no es así.

—Margot, sé que Luke es tu protegido —Emile masticaba con la boca abierta—, pero la verdad es que el hombre es un mujeriego empedernido.

La anciana apartó su vista del periódico y observó al enano con su ceño fruncido.

—Pensé que lo considerabas tu amigo.

—Sabes lo mucho que lo aprecio, pero eso no quita que reconozca sus defectos. Mujeriego, pistolero y a veces un poco brutal.

—Si te refieres al incidente de los dos cuatreros en La Alamosa te aclaro que ese par lo tenían muy bien merecido —expresó Margot.

—Ahorcar a dos hombres porque le iban a robar su mejor caballo...

—Sabes lo que Sombra representa para Luke. Ama a ese animal.

La relación de Luke y Sombra trascendía la de un amo y su animal. El vaquero adoptó a su inseparable amigo cuando unos cuatreros lo dejaron por muerto en un barranco. Al principio fue difícil lograr que el caballo confiara tras el insólito maltrato que había recibido, pero con dedicación y paciencia, después de unos meses, Sombra se repuso. Su pelaje negro en compañía de su crin, que

casi tocaba el suelo, lo hacían un ejemplar hermoso, pero su mayor fortaleza era su fuerza y astucia para sacar a su amo de situaciones en extremo peligrosas. Como la vez que, durante una trifulca en Arizona, mediante un ataque a patadas y a mordiscos se deshizo de unos bandidos, logró que Luke saliera de su inconsciencia y cabalgó con el vaquero a costas hasta una comunidad segura en donde su amo recibió cuidados para curar dos heridas de balas, una en su mano y la más peligrosa en un hombro.

—En fin, miss Harrison, escuche todo lo que se dice de Luke y saque sus propias conclusiones. — De aquella forma Emile despachó la conversación.

Antes de culminar el desayuno Heather aprovechó para leer el periódico que Margot dejó sobre la mesa. No le interesaban los asuntos de política ni de gobierno, pero se detuvo en los anuncios cuando vio un aviso a media página en el cual se ofrecía una recompensa de mil dólares por algún testigo que pudiera señalar al responsable del asesinato de Fred Larousse en la llanura de los cheyennes. Firmaba su hermano, James Larousse. Heather sintió un leve estremecimiento en su panza, pero trató de disimular su conmoción. Tanto pavor le ocasionó la noticia que se atragantó con el café.

—¿Estás bien? —le preguntó Margot al verla un poco asfijada. Emile le dio unos cuantos golpecitos en la espalda.

—Sí, solo que... Ya estoy bien. Gracias.

Durante el trayecto a la iglesia se mantuvo divagando en la posibilidad de que se descubriera que ella fue parte del episodio en el valle de los cheyennes. Al final se convenció de que si no abría la boca nadie podría inculparla. Las otras dos personas que sabían detalles de ese incidente estaban a miles de millas de distancia. Evitó que la preocupación predominara en su mente.

La iglesia resultó ser un pequeño recinto en donde apenas cabían cincuenta feligreses. Su estructura de madera y su aspecto sencillo le parecieron muy acogedores. El reverendo, Didier Doezi, resultó ser un hombre alto, de cuerpo enjuto y aspecto envejecido, pese a que acababa de cumplir cuarenta años. Vestía una sotana negra y un cuello clerical que le daba un aspecto más mortecino aún. Lo acompañaba una mujer de cabello negro, sujeto en un apretado moño que descansaba en su nuca, y un par de niños que pululaban entre los asistentes.

A su salida del servicio, Heather aprovechó para detenerse en la delegación. Tenía la esperanza de recibir alguna noticia de Betty, pues no esperaba ningún telegrama de su hermana hasta el próximo día.

—Lamento informarle que no tenemos ninguna noticia —dijo Reneé dejando ver cuánto le desagradaba la presencia de Heather.

Sospechaba que la recepcionista veía en cada mujer una fuerte competencia para ganar la atención de Jake Cassidy. Reneé la miró de arriba abajo con vilipendio y continuó realizando sus tareas como si Heather no existiera.

—Siento haberte molestado.

—Solo hago mi trabajo —comentó la pelirroja.

Cuando Heather se disponía a salir se tropezó con Jake en la puerta.

—Hola —la saludó Jake—. No sabía que estaba aquí, señorita.

—Vine para saber si tenían alguna noticia de mi hermana. Hoy es domingo y el telégrafo está cerrado.

—Entre las incidencias de esta mañana no se reportó nada, pero eso son buenas noticias porque ya la caravana debe ir más allá de la llanura de los cheyennes.

—Sí, eso espero.

De vez en cuando Reneé levantaba la mirada hacia la pareja y hacía muecas de disgusto.

—De todas maneras, muchas gracias, Cassidy.

—Siento mucho haberla dejado sola anoche, pero...

—No se preocupe. El señor Montana me ayudó.

—Debe tener precaución con ese hombre.

En eso se escuchó un estruendo proveniente del escritorio de René.

—Lo siento —dijo la chica fingiendo una inocente sonrisa—. Se me cayó el pisapapeles.

Era imposible que el objeto se hubiese caído sin ayuda, por eso Heather sonrió ante la astucia de la chica.

—Jake, tu padre ha pedido que te encargues de esto —René le extendió unos papeles—. Dijo que quería que trabajaras con ese asunto de manera urgente.

Su actitud sugería que estaba a punto de patearle el trasero al ayudante del sheriff y de sacar a Heather de la delegación por el pelo.

—Que pasen buen día. —Heather se despidió.

—Luego pasaré por la posada a saludarla, si no le molesta.

Heather se mantuvo en silencio y al ver el rostro torcido de la recepcionista, salió. No era una buena idea que Jake Cassidy provocara a aquella fiera. Capaz y los castigaba a los dos.

Tan pronto salió a la calle y respiró el aire fresco, caminó por las calles para recrearse con los escaparates de las tiendas aledañas y así distraer su mente. Le llamó la atención un vestido azul de encajes fastuosos que exhibían en la vitrina de un bazar de moda femenina recién inaugurado. Los carteles que presentaban las ofertas destacaban que todos los vestidos eran confeccionados por una modista que importaba los patrones desde Europa.

Permaneció mirando el traje por un buen rato e imaginándose en un enorme salón de baile en los brazos del temible vaquero. Al final se reprendió por tamaña imprudencia. ¿Desde cuándo se imaginaba cosas como esas con ese hombre?

—Buenos tardes, señorita Harrison. —La voz de Luke Montana a sus espaldas la sobresaltó. ¿Es que ese hombre no conocía otra manera de presentarse que no fuera de forma súbita?

Heather se giró lentamente para encontrarse con su fascinante rostro. Le parecía que Luke Montana tenía un encanto diabólico para seducir a cualquier mujer con aquella media sonrisa tan ladina y coqueta.

—Buenas tardes, señor Montana —intentó parecer serena, aunque en su interior era un manojo de nervios.

—No entiendo cómo pasé de Luke a señor Montana en menos de veinticuatro horas.

El hombre se acercó, pero la joven retrocedió un par de pasos hasta chocar contra el cristal de la vidriera. Tenía sus ojos como platos y temblaba como una hoja.

—Prefiero tratarlo de usted.

Luke le contempló los labios. Parecía que disfrutaba al intimidarla porque continuaba exhibiendo una expresión de lo más burlona.

—Como deseas, Heather. —El tono empleado por el hombre al pronunciar su nombre le pareció una provocación—. ¿Tan mala te pareció la experiencia?

Heather se pasó la lengua por sus labios reseca a la vez que luchaba para que las palabras no se le quedaran atravesadas en la garganta. Le fascinaba la manera que tenía ese hombre al mirarla. Recordó los besos que ese canalla había dejado sobre su nuca y se estremeció, aunque tuvo que reconocer que ese pensamiento se había convertido en una constante en su mente.

—Creo que no estuvo bien lo que pasó —titubeó ella.

Luke se apartó para recostarse en el balaustre de madera que separaba la calle del paseo peatonal,

ocasión que ella aprovechó para relajarse un poco.

—¿Sabes? —reflexionó él a la vez que cruzaba sus potentes brazos a la altura del pecho—. El mundo se divide entre el bien y el mal. Debo admitir que a veces tengo una inclinación al mal, mucho más si el mal viene con el rostro de una mujer tan hermosa como tú.

—Debo irme.

Luke se irguió, pero antes de perderse entre la gente se tocó la punta de su sombrero a modo de despedida.

—Que tenga linda tarde, señorita Harrison.

—Igual para usted, señor Montana.

—Ojalá y algún día quieras inclinarte un poquito hacia el mal, Heather —dijo, sonriendo con excesiva malicia—. Sin duda lo disfrutarías mucho.

Tan pronto el hombre se perdió, Heather soltó todo el aire contenido en sus pulmones. Luke Montana la inquietaba, tanto que su presencia se volvía insoportable.

Emprendió camino de vuelta a la posada, convencida de que jamás le daría la oportunidad a otro bandido para que le destruyera el corazón. Eso ya lo había hecho y lo había pagado con creces. Por eso juró en su mente que, aunque su cuerpo insistiera en traicionarla, jamás permitiría que Luke Montana se adueñara de su corazón.

\* \* \*

**B**etty Harrison acababa de despertar en su habitación en la casona del rancho de su padre. Después del trayecto de casi un día en medio de la caravana de los mormones estuvo durmiendo doce horas corridas cuando logró llegar a su hogar. Le agradaba saberse segura. Había sopesado los reclamos de su madre al dejar a Heather sola con su tía, pues había sido incapaz de decirle a Sara la verdad de que había huido para dejar a su hermana mayor en un infierno conocido como Monroe Park.

Se estiró sobre el mullido colchón y se quedó mirando hacia el techo. Lamentaba que Heather no hubiera aceptado su sugerencia de regresar, pero no tuvo más remedio que ser un poco egoísta y pensar en su propio bienestar. De esta forma buscaba justificar sus hechos.

—Betty —la voz de su madre se escuchó a través de la puerta—. ¿Ya despertaste, hija?

—Sí, mamá.

Sara abrió la puerta con dificultad para que la bandeja recargada de comida no terminara en el piso. Betty iba a levantarse, pero su madre se lo impidió cuando le dijo:

—Mantente en la cama. Tienes que reponer fuerza. —Sara la besó en la frente.

—¿Y papá?

—Hoy amaneció un poco mejor.

La mujer guardó silencio al ocupar la orilla de la cama. Jamás le diría a su hija que desde que un curandero indio había visitado a su padre este había mostrado una notable mejoría. Nadie debía saber que había utilizado ese método alternativo, régimen que de seguro sería tildado por la iglesia como una vil herejía.

—¿Cómo te trataron los mormones?

—Son increíbles, mamá. Muy devotos a Dios y respetuosos de sus familias.

—El reverendo Patterson tiene fama de buen hombre, pero antes de ser mormón se dedicaba a matar indios en toda esta región. Así que cuando te vi con él por poco me muero. —Sara le acarició

el cabello a su hija.

—Te lo vi en la cara. —Betty sonrió—. Estabas espantada.

—¿Y por qué ese repentino regreso? Les dije que permanecieran con Annie.

—No me acostumbro a ese lugar.

—Un día no es suficiente, Betty.

—Mi tía sigue siendo igual de fuerte y amargada. —Le dolió mentirle a su madre. —

Annie no ha tenido una vida fácil. Estuvo casada con un veterano de la guerra y me imagino que el hombre le pagaba.

Betty abrazó a su madre para despistarla.

—Lo importante es que estemos juntas, mamá.

—Por ahora no le diremos nada a tu padre para no preocuparlo.

La joven asintió ante la petición de su madre.

—Y mañana mismo iremos al telégrafo para dejarle saber a Heather que estás bien.

Sara besó a su hija, ajena a los peligros que sorteaba Heather en Monroe Park. Betty escondió su rostro en el cálido pecho de su madre y trató de convencerse de que había hecho lo mejor.

\* \* \*

**E**l rancho de La Alamosa quedaba a ocho millas de Monroe Park, en un hermoso valle rodeado por varias mesetas. Era un vasto terreno de diez acres dedicado a la crianza de caballos, ganado y un huerto dispuesto para el cultivo de frutos menores. Luke Montana estaba trabajando en el techo de lo que sería la extensión del potrero a la vez que tarareaba una canción. Luchaba con la madera cuando escuchó el silbido particular de Roig Buchanan. Se asomó para ver a su hombre de confianza observarlo con su rostro turbado.

Su expresión solo significaba problemas, por eso apartó el martillo y se incorporó.

—Adeline ha regresado —le dijo Roig, un hombre mestizo, hijo de una colona inglesa y un indio comanche. Su cabello lacio y largo hasta la cintura, en combinación con su piel cobriza y su nariz aguileña eran prueba de que por sus venas corría la sangre de los indios de la pradera.

La sola mención del nombre de esa mujer hizo encabritar a Luke. Se quitó su sombrero para retirar el sudor de su frente con la manga de su camisa a cuadros y soltó todo el aire contenido. Buscaba la manera de calmarse antes de inferir unas cuantas palabrotas. Ese lunes prometía ser un día muy calamitoso si tomaba en cuenta que esa madrugada comenzó con la atención del delicado parto de una yegua, la reparación del molino de viento que bombeaba agua desde el pozo, una increíble lucha con una serpiente que amenazó con envenenar a un nuevo ternero y ahora, tendría que lidiar con la odiosa viuda Adeline Collins, la dueña de la sala de proyecciones.

—¿Quieres que le diga que se vaya? —preguntó Roig—. Marta está luchando con ella —añadió en referencia a la ama de llaves del rancho, una mujer de carácter recio, pero de muy buen corazón—. Dos minutos más y la echará con tu rifle.

Mediante una peripecia algo arriesgada, Luke se lanzó del techo.

—Intenta culminar lo que falta. Regreso enseguida.

Roig le dirigió una sonrisa burlona.

—Tan rápido como te lo permita la viuda Collins.

Luke prefirió no contestarle no fuera que al final tuviera que comerse sus propias palabras. Cuando llegó al salón, que servía como recibidor, Marta y Eleonor estaban enfrascadas en una

tremenda discusión.

—No sé por qué Luke te da tantas atribuciones cuando en realidad eres una simple sirvienta —decía Adeline escupiendo su ira.

—Marta tiene toda mi confianza —dijo Luke.

Adeline Collins se giró para contemplar al vaquero a través de sus ojos de un tono turquesa poco común. Era una de las mujeres más hermosas del pueblo y en un principio, con su gran experiencia en asuntos de cama, había logrado embelesar al vaquero, pero fue cuestión de un tiempo porque tan pronto la viuda comenzó a sacar sus garras de mujer controladora, Luke tomó distancia mediante una retirada elegante que no había dejado de ser dolorosa para ella. A eso se debía su constante insistencia, y él sabía que en aquella ocasión no sería diferente.

La ama de llaves se escabulló por el pasillo que conducía a la cocina en medio de una retahíla de murmullos malhumorados.

—Luke, quisiera que habláramos. —Eleonor se le acercó para besarlo, pero Luke no contestó el gesto—. Me haces mucha falta y te necesito. La otra noche, durante la revuelta, quise buscarte, pero ya te habías marchado. Te noto algo distante conmigo.

Tan directa como solía ser la viuda le tomó la mano al vaquero para llevarla a uno de sus pechos, se pasó la lengua por los labios de manera insinuante y le acarició la entrepierna sin ningún pudor. Luke era un hombre que había aprendido mucho acerca del autocontrol, así que se mantuvo impávido sin dejar de mirarla a la cara.

—Solo una vez más, por favor.

Recordó lo buena amante que era la viuda y lo placentero que eran sus encuentros, pero suponía que si le daba esa última oportunidad jamás acabaría con sus constantes demandas. No era la primera vez que Adeline acudía a La Alamosa decidida a seducirlo.

—Lo siento, Adeline. Ya lo hemos dicho todo.

—Solo quiero que me hagas tuya. Te necesito.

A Luke Montana le fastidiaban sobremanera las mujeres que suplicaban. Eso le restaba un cincuenta por ciento a su libido y en ese momento Adeline había comenzado con un lloriqueo desagradable que lo comenzaba a sacar de quicio.

—Debes irte.

—Tienes a otra. ¿Eso es? ¿Está aquí? —La mujer comenzó una búsqueda frenética que la llevó a examinar detrás de los muebles, en el comedor, hasta llegar a la habitación del vaquero—. ¿Dónde está esa cualquiera? ¿Es Lauren? No, sí ya sé... Naty, la hija del carnicero. Siempre ha estado loca por ti esa poca cosa. La he visto cómo te devora con la mirada.

—No digas tonterías y vete, Adeline.

En un acto ilógico y en medio de la habitación, la mujer comenzó a desvestirse a la vez que Luke luchaba porque se mantuviera cubierta. El vaquero tragó hondo cuando los hermosos pechos femenino saltaron ante su vista. Hacía casi un mes que no tenía sexo y su cuerpo se lo reclamaba con frecuencia. Cerró los ojos para disfrutar de los besos que la viuda Collins le ofreció. La mujer tenía una maestría en seducción y para ese momento Luke se sentía vulnerable, casi en un punto sin retorno.

Entonces, evocó su encuentro con Heather, el olor jazmín de su delicioso cuello, su estremecimiento ante sus caricias, y se admiró a sí mismo por el temple que tuvo al contenerse durante su encuentro en la habitación de la posada. Hubiese sido delicioso disfrutar de su ardiente cuerpo allí en medio de la oscuridad. Saciarse de su boca y de sus sobresaltos ante cada caricia. Le gustaba mucho esa joven y se imaginó todo con ella. Brindándole placer con total desenfreno, descubriéndola, mostrándole lo que pasa entre un hombre y una mujer que se desean. Imaginó que

quien lo besaba en ese momento era ella. Cuando sintió que le besaban el cuello y el pecho, la visualizó a ella, con su maraña de pelo cobrizo despeinado, jadeante, con los labios hinchados y dispuestos.

—Luke, ¿qué te pasa? —dijo la viuda—. ¡Mírame! Abre los ojos.

Las palabras de Adeline fueron suficientes para sacarlo de su ensoñación. Tan pronto se encontró con el rostro de la mujer toda esa pasión contenida se esfumó. Se acomodó de nuevo sus pantalones y el cinturón.

—Lo siento, Adeline. —Luke le ayudaba con el vestido—. Tienes que irte. Tengo mucho trabajo. Hoy no ha sido un buen día.

Tan pronto la viuda se acomodó el traje, la tomó por el brazo y la acompañó hasta la puerta de la habitación.

—Por favor, no vuelvas más.

Adeline lo observó patidifusa y con su rostro desencajado.

—Eres un canalla, Luke Montana. ¡Te odio!

Acostumbrado al melodrama de algunas mujeres, la dejó ir, cerró la puerta y apoyó su frente en la pared contigua con sus ojos cerrados y su rostro contrito. ¿Cuándo fue que permitió que los recuerdos de Heather Harrison hicieran mella en su vida sexual?

# Capítulo Ocho

*No te estoy invitando a mi cama*

—Traigo noticias —dijo un hombre de apariencia desaliñada cuando entró en una casa abandonada en medio de un espeso bosque de coníferas. La arcaica estructura le servía a la banda de cuatros de Richard Perkins como refugio desde hacía unos meses—. Me dijeron que Bill Harrison se está muriendo.

Richard, un hombre de cabello rubio platinado y gran estatura, apartó el plato de comida sobre la mesa de mala manera y se limpió los dientes con un palillo improvisado. No confiaba en que Nelson Simmons estuviera diciendo la verdad. Conocía la debilidad del hombre por exagerar.

—Como me estés engañando te mataré de un solo disparo. —Richard se levantó de la silla para empuñar su revólver.

Los restantes seis hombres que compartían la mesa se dedicaron a observar al jefe de la banda con recelo. Dejaron de lado la partida de dados que habían empezado hacía un par de horas y se levantaron.

En sin fin de ocasiones Richard había dejado claro lo cruel y despiadado que podía ser. Hacía un año que le había cortado el dedo meñique al más joven del grupo, un chico paliducho de apenas quince años, con una fantástica puntería. En esa ocasión el impasible hombre justificó su ajusticiamiento a que el chico robaba comida. Todos sus hombres pensaban que había corrido con suerte porque Richard pudo cortarle la mano. No sería la primera vez. Un par de años atrás le había cortado la mano a un hombre que le robó una gallina a su madre.

—Jamás lo engañaría, je.. jefe —tartamudeó Nelson a la vez que sostenía su sombrero entre las manos con nerviosismo—. Adams, el dueño de la carnicería de Lyon, me... me lo dijo. Se... se enteró cuando requirió unas reses de Granby y el capataz del rancho le contó. Dijo que tiene tisis.

—¡No puede ser! —Richard soltó una carcajada que fue secundada por sus compinches—. Al fin la vida me retribuye con justicia. —Levantó las manos con alegría—. Con la muerte de ese viejo miserable podré recuperar a mi mujer.

Manny Thomas, el hombre de confianza del cuatrero, intervino:

—No nos podemos dejar llevar por hablaturías. Debemos averiguar qué tan cierto es lo que dijo ese carnicero.

—En este momento no puedo regresar a Lyon —dijo Richard mientras encendía un cigarro—. Tengo una orden de arresto. Me colgarán sin pongo un pie en el condado.

—Nadie está diciendo que seas tú quien vaya —dijo Manny a la vez que dirigía su mirada hacia el más joven de la banda—. Es hora de que Jesse empiece a tomar cierto liderato.

—Olvídalo, con lo burro que es, nos delata. —Richard soltó una humareda.

—Es el único que aún está limpio, Richard —insistió Manny—. Le daremos las instrucciones específicas.

Manny se le acercó a Jesse y le colocó un cuchillo en su garganta. Era cuestión de que el chico hiciera un movimiento y moriría con su gajate rebanado.

—Si fallas, chiquillo, iremos a tu casa y violaremos a tus dos hermanas. Son unos bombones —dijo Manny sonriendo con lascivia—. ¿Verdad muchachos?

Los demás soltaron sonoros alaridos. Uno de los más temibles hizo un gesto vulgar con su

entrepierna y dejó ver la lujuria a través de sus ojos.

—Si nos hemos contenido ha sido porque eres miembro de esta banda. Si nos traicionas, como ya no serás parte de la banda, quedará anulado el código de honor y nos deleitaremos con el trasero de tus hermanas.

Jesse comenzó a gimotear.

—¡Cállate! —gritó Richard mientras llenaba un vaso con *whisky*—. Fue una pésima idea reclutar a este muchacho.

—Déjame a mí, jefe. Ya lo estoy domando —mencionó Manny.

Richard sabía que, ante la falta de mujeres, sus hombres habían saciado sus bajas pasiones con el chico, pero ninguno de los integrantes de la banda se atrevería a confesarlo. Una revelación de ese tipo conllevaría una muerte tortuosa.

—Dejaré el asunto de Bill Harrison en tus manos, Manny, pero no tardes en conseguir esa información —dijo Richard y salió de la cabaña.

Si todo lo que había dicho Nelson era cierto, pronto recuperaría a Heather. En principio tenía un gran castigo para esa traidora, abusar de su hermana ante sus ojos hasta verla revolcarse de dolor. Su exmujer no soportaría que la tierna Betty Harrison sufriera un suplicio como ese. Luego se encargaría de hacerle pagar por cada una de las humillaciones y vejámenes que le había provocado desde su separación.

Ningún hombre la haría su mujer, porque Heather Harrison le pertenecía, y si alguno osaba en desafiarlo, tendría una muerte segura.

\* \* \*

**L**a primera plana del Boston Tribune, al siguiente día, fue devastadora, tanto que John Cassidy se encerró en su oficina para evitar las feroces críticas de los ciudadanos que pululaban dentro de la comisaria. Andaba tan furioso que a media mañana ya había consumido la mitad de una botella de *whisky*. Su mente divagaba entre las opciones que tenía. Esa tarde tendría que enfrentar la inminente llegada de un nuevo alcalde nombrado por el estado. Maldijo la hora en que Colorado pasó a ser parte de la Unión. Todo era mucho más fácil cuando Monroe Park era un simple villorrio de menos de veinte cabañas de tronco, pero de eso habían pasado trece años.

Recordó al fundador del pueblo, el reverendo Jonathan Monroe, un escocés de la religión metodista, quien junto a su esposa y sus nueve hijos se asentaron en la ribera del río Alamosa en el mil ochocientos cincuenta y siete. A Monroe se le conocía en la región como el “reverendo armado”, pues nunca dejaba su rifle. Predicaba los domingos bajo un árbol de álamo con La Biblia en la mano y la correa de su Winchester sujeta a su hombro. Todos concordaban que era un hombre pacífico, temeroso de las leyes de Dios, pero también audaz y sabio, por eso estaba dispuesto a repeler los ataques de los indios *cheroqui* que, aunque se suponía vivieran asentados en el “territorio indio” constituido por ley, muchas veces acudían para saquear los pueblos colonos.

De esta forma, la visión comunal de Monroe dio paso al desarrollo del pueblo. Luego, otros colonos se fueron enterando de las tierras fértiles y del buen pasto de los alrededores, y constituyeron una comunidad primordialmente agrícola, hasta que fueron llegando las reses desde Texas. Fue triste cuando a los cinco años el fundador murió y su esposa decidió regresar al este con su familia tras un devastador incendio que consumió la mitad del pueblo.

El sheriff abandonó sus pensamientos y tomó de nuevo el periódico en sus manos. Absorbió todo

el licor que quedaba en el vaso y se atusó su descuidado bigote. “Monroe Park: La Babilonia de las llanuras”, leía el titular. Según lo que había escrito Virginia Mason, la periodista del Boston Tribune, ese pueblo estaba a la cabeza de otras cinco ciudades en violencia, juegos y prostitución. Además, señalaba que no tenía un tribunal en propiedad. Criticaba las gestiones de los diferentes comisarios que habían pasado a administrar la ley y destacaba que era un lugar donde únicamente imperaba la ley del revólver.

Recostó la cabeza del espaldar de su silla. Con dos años en el puesto de administrador de la justicia en el pueblo se sentía fracasado. Lo peor de todo era que sospechaba que Virginia Mason trabajaba bajo las órdenes de alguien en el este, que buscaba perjudicarlo. Y, aunque no era partidario de las teorías de conspiración, estaba casi seguro de que el nuevo alcalde de Monroe Park, Wilson Woodrow, estaba detrás de todo aquel entramado. Se odiaban mutuamente desde que se conocieron en Kansas bajo otras circunstancias, esa era la verdadera razón para aquella acción de guerrilla.

El sheriff chascó el periódico hasta dejarlo hecho una bola irreconocible. Si Wilson Woodrow quería guerra, la encontraría. John Cassidy no se dejaría quitar el poder tan fácilmente.

Dos contundentes golpes contra la puerta lo hicieron sobresaltarse. ¿Por qué Reneé no podía seguir sus indicaciones al pie de la letra? Le había dejado claro que no atendería a nadie, así se presentaran las cacatúas del Consejo de Damas Respetables.

—Es el padre Benítez, hijo, ábreme —la voz del hombre a través de la puerta espabiló al comisario.

—Sí, claro, padre.

El cura asomó su cara regordeta y su sonrisa pacífica cuando Cassidy corrió el pestillo de la puerta. Era un hombre de mediana edad, mestizo —de padre mexicano y madre comanche—, muy sencillo en su forma de actuar. Llevaba una sotana negra y un rosario de madera colgado de su cuello.

—Bendición, padre —le dijo el sheriff cuando el sacerdote tuvo acceso a su oficina.

—Dios te bendiga, hijo. —El cura se encaminó al escritorio de Cassidy, tomó la botella de *whisky* y vertió su contenido por la ventana, pero el sheriff no se atrevió a rechistar—. El alcohol te hará tomar decisiones idiotas, Cassidy. Te necesitamos sobrio.

—Me ayuda a meditar.

—Meditar no es suficiente, hijo. Solo te sacará por un tiempo de tu realidad. Tenemos que hacer algo decisivo. Nuestro pueblo se desploma.

El sacerdote caminó por la oficina como si intentara dar con las palabras precisas.

—El tal Wilson Woodrow llega esta tarde y viene acompañado.

Cassidy observó al cura sin entender.

—De Fremont me escribieron un telegrama —continuó el padre Benítez—. El juez federal James O’Riley se unió a la comitiva que llega hoy.

—Me habían dicho en Fremont que su llegada no estaba pautada hasta dentro de dos semanas.

—Pues te engañaron, Wilson lo traerá de la mano.

La llegada de ese magistrado suponía una situación extrema para el pueblo, pues el juez llegaría a implantar leyes federales a las cuales la comunidad de Monroe Park siempre se había opuesto. O’Riley impondría penas más severas, extremas restricciones para controlar la portación de armas de fuego, altos pagos de aranceles por parte de los comercios y la construcción de un patíbulo.

—Lo peor de todo es que cuando terminé la misa en San Agustín esta mañana no vas a creer quien me esperaba en el último banco... Kid Curry.

Al sheriff se le dibujo una cara de expectación. Kid Curry era uno de los pistoleros más buscados

de la Frontera. La recompensa por su captura alcanzaba la friolera de dos mil dólares. Vivo o muerto, la entrega de ese bandolero podría resarcirlo frente a sus superiores.

—No puede ser —dijo Cassidy, exaltado—. Tenemos que arrestarlo de inmediato, padre.

—Escúchame, hijo. Kid ha venido desde Abilene en Kansas porque allá lo persigue el sheriff. Aparenta ser que el muchacho se fugó de la cárcel y se acostó con su hija.

Cassidy se pasó la mano por la cara con incredulidad. No podía creer que Curry fuera tan estúpido como para desafiar al sheriff de esa forma, pero se decía que el pelirrojo era tan notorio entre las mujeres que se habían desatado peleas callejeras por sus amores. Asunto al que Cassidy le restaba cierta credibilidad.

—Obvio, vino hasta aquí cuando se enteró de que en Monroe Park jamás se ha practicado el ahorcamiento —mencionó el cura—. Está dispuesto a entregarse si prometes que permanecerá en la cárcel local y que no se lo entregarás a los yanquis. Pretende que yo lo envíe a México.

El sheriff resopló.

—¿Qué se creen los delincuentes? ¿Qué están en posición de negociar?

—Te conozco, Cassidy. Eres un hombre justo. Es solo un chico de veinte años. Merece una oportunidad

—Tiene entre sus haberes media docena de muertos, padre. No estamos hablando de un ciudadano común. Es un delincuente.

—Por Dios, Cassidy, el chico ha tenido mala suerte. Eso es todo.

El sheriff no estaba seguro de que Kid Curry fuera la víctima que el cura Isidro Benítez quería hacerle ver. Sabía que el sacerdote era muy amigo de defender las causas justas y además casi siempre abogaba por los criminales más temidos, pues según él, Dios perdonaba cualquier pecado. Su fama se extendía más allá de los cuatro puntos cardinales de Monroe Park. Cassidy recordó una vez que Ben Johnson, un temible pistolero de Knoxville, lo mandó a buscar para que intercediera por él frente al aguacil federal. Al final el delincuente se libró del patíbulo, pero no de cumplir una condena en la cárcel estatal.

—Mantenlo en la cárcel hasta que el sheriff deje de buscarlo —le dijo el cura—. Luego, yo mismo me encargo de enviarlo a México.

—¿Con el nuevo alcalde y el juez federal pisándome los talones? ¿Quiere que me arriesgue a eso? El que terminará en el patíbulo seré yo, padre.

—Manda a recoger todos los avisos de recompensa de Kid que hayan distribuidos en el pueblo —el padre casi susurraba mientras mantenía una actitud de complicidad—. Le cambiaremos el nombre y yo mismo me encargaré de rasurarle el cabello.

—¿Y qué hacemos con las pecas?

Si por algo Kid Curry era notorio en la Frontera era por su buena puntería y por las pecas diseminadas por su rostro.

—No es el único pecoso en el medio oeste. Hazme caso, Cassidy.

—Espero que esta acción me la tome en cuenta San Pedro cuando llegue a las puertas del cielo —bufó Cassidy.

—Ya verás que sí. —El cura le palmeó la cara y lo persignó—. Dios te bendiga, hijo. Antes de que lleguen el alcalde y el juez, traigo a Kid. Ya verás, ni tú mismo lo reconocerás.

Cassidy asintió con reparo.

El cura abandonó la oficina con un aire optimista. Parecía que había logrado librarse de un gran peso, aunque el sheriff aún tenía graves dudas. Sería cuestión de que el nuevo alcalde o el juez federal advirtieran la presencia de Kid Curry en el pueblo, bajo su amparo, para que Cassidy

terminara con el lazo al cuello.

\* \* \*

“Llegué a Granby bien. Le dije a mamá que regresé porque los extrañaba. No mencioné nada de la tía Annie. Te quiero”. Heather recobró la serenidad al leer el telegrama de su hermana. Al menos la acuciante angustia por la seguridad de Betty culminaba con aquel mensaje. No dejó que sus lágrimas fluyeran porque el telegrafista la observaba con desmedido interés. Su mirada inquisitiva iba cargada de segundas intenciones.

—¿Piensa quedarse en el pueblo, señorita? —inquirió el encargado.

—Por un tiempo. —Heather buscaba que el hombre desistiera de tratarla.

El individuo sonrió mostrando una mueca coqueta.

—Espero poder servirle siempre, señorita Harrison. Me gustaría saber si algún día acepta tomarse un café conmigo. Perdone el atrevimiento, pero en este pueblo apenas hay mujeres solteras tan bonitas como usted.

Heather torció el gesto y se dirigió al hombre con irritación.

—¿Y quién le ha dicho que estoy soltera? —El hombre abrió los ojos como platos—. Soy la esposa del cuatrero más peligroso de todo Wyoming. Imagino que ha oído hablar de Richard Perkins. —Por la cara del individuo supo que sí conocía de las hazañas de su exmarido—. Muchas gracias por su atención.

En ocasiones, su relación con Richard le presentaba ciertas ventajas. De esa misma forma se había librado de los avances descarados de ciertos viejos babosos que en Lyon intentaron pretenderla ante las especulaciones de su divorcio.

—No sabía que era casada. —Se topó con Luke Montana a la salida del telégrafo.

Después de la impresión inicial que le causó ese encuentro inesperado, Heather intentó parecer serena.

—Tampoco yo sabía que se dedicaba a escuchar conversaciones ajenas.

El vaquero sonrió divertido.

—¿Y su marido? ¿Dónde lo oculta?

—En realidad soy divorciada.

—No fue eso lo que le dijo a Mark ahí adentro. El pobre solo intentó ser amable.

—¿Qué quería? ¿Qué aceptara el café?

El hombre sonrió con sorna a la vez que se acomodaba el sombrero y la miraba con el ceño fruncido.

—Jamás. —Se le acercó un poco para hablarle con voz melosa—. ¿Sabes lo que quisiera? Que ninguno de los hombres del pueblo pudiera pretenderte, solo yo. Sé que Jake Cassidy también está interesado.

—Se equivoca, señor Montana. —Heather fingía que buscaba algo en su bolso, pero en realidad buscaba no deslumbrarse con el travieso rostro del vaquero—. Solo ha sido amable conmigo.

—Eso no fue lo que me dijo en el bar la otra noche. Parece que se siente muy atraído hacia usted.

—No sé por qué, no le he dado motivos

A Luke se le dibujó una enorme sonrisa. Acababa de confirmar que el hijo del sheriff no le llevaba ventaja con la joven.

—Espero que no te molesten mis atenciones.

Heather bajó la mirada con timidez. A veces la franqueza del hombre lograba abrumarla.

—¿Noticias de su hermana? —Heather asintió—. Siento mucho que se haya ido. A veces vivir aquí se vuelve insoportable. —El vaquero miró con añoranza las montañas que se alzaban a la distancia—. Espero que tu tía llegue pronto.

—Si mi tía tarda, tendré que regresar con mis padres en poco tiempo.

—Rezaré para que eso no suceda.

La mujer hizo una mueca de recelo. Sospechaba que Luke Montana no era un hombre devoto.

—¿Te atreverías a tomarte ese café conmigo?

—No es conveniente, señor Montana.

Luke la tomó del mentón para que lo mirara a los ojos.

—No te estoy invitando a mi cama, Heather. Solo es un gesto amable entre dos amigos.

—Usted no es mi amigo.

—Pensé que sí lo éramos.

—Debo irme.

El hombre se apartó para que ella pasara. La contempló hasta que se perdió en la calle. De algo estaba seguro, ahora más que nunca esa mujer tenía que ser suya, en su cama, bajo sus sábanas, presa bajo el peso de su cuerpo, ardiente y dispuesta, así tuviera que robársela. Si había un exmarido peligroso, Luke Montana estaba dispuesto a mostrarle por qué lo habían bautizado, hacía cinco años, como el mejor pistolero en la ribera del Mississippi.

# Capítulo Nueve

## *La llegada de la justicia*

La presencia del notario Noah Cooper en La Alamosa solo podría significar el arribo de nuevos problemas, por eso Luke observó al hombre descender del carruaje aparentando serenidad. Estaba apoyado en el resquicio de la puerta de su cabaña con su rostro turbado. Sentía un extraño desazón que le carcomía la mente. ¿Acaso había llegado el momento que por los pasados cinco años había rehuido? ¿Tendría que emprender una nueva fuga?

—Quita esa cara, Luke —le dijo Noah apoyado en su bastón. El hombre de plácido semblante se despojó de su sombrero de copa para retirarse el sudor de su frente con un pañuelo—No recuerdo un verano tan caluroso como este. En agosto nos estaremos rostizando.

—Tiene razón, Cooper. Así de frío, sin dudas, será el invierno.

El notario era un hombre que rondaba los sesenta años, de cuerpo débil y caminar cansado, ya comenzaba a encorvarse. Su mayor fortaleza era su carácter, pues era de los pocos hombres incorruptibles casi inexistentes en la Frontera. Había practicado el derecho desde muy joven cuando culminó sus estudios en Virginia. Luego se asentó en la ribera del Mississippi al servicio de algunos comerciantes y hacía unos años que había hecho de Monroe Park su residencia permanente debido a la enfermedad de su difunta esposa. Conoció a Luke bajo unas circunstancias muy difíciles, cuando sin querer descubrió la verdadera identidad del hombre a quien para ese momento consideraba como a un hijo.

—Por su cara debo suponer que no son buenas noticias las que trae —dijo Luke.

—Quisiera que no tuvieras razón, pero acabo de venir directo desde Fremont. Han enviado un juez federal a Monroe Park junto al nuevo alcalde.

Ambos se refugiaron en la casona en cuyo interior la temperatura era mucho más tolerable.

—Con esa primera plana del Boston Tribune era de suponerse —comentó Luke mientras dirigía al notario hasta su biblioteca —. ¿Cassidy está enterado?

—Imagino que sí. Esta mañana antes de dejar el pueblo intenté hablar con él, pero se había ocultado en su oficina y no permitía que nadie le hablara. Ya sabes cómo suele actuar ante los problemas.

El vaquero le ofreció *whisky*, pero Noah no lo aceptó. Se dejó caer en una de las butacas con cuidado, evitando lastimarse.

—Tienes que buscar la forma de marcharte de este pueblo, Luke, aunque sea por un tiempo —dijo cuando consiguió acomodarse.

El vaquero resopló y se relajó en la enorme butaca tras su escritorio. Lo que le proponía Noah no era viable. Ahora mucho menos con lo bien que le estaba yendo con la crianza y venta de caballos.

—La Alamosa es mi hogar, Cooper. Usted muy bien sabe lo mucho que me ha costado.

—Ante esta situación tienes que actuar con la cabeza, Luke. Si este juez, O'Riley, se mantiene en Monroe Park comenzará a averiguar. Estuve recabando información y dicen que el tipo es muy minucioso en sus asuntos. Y con Wilson Woodrow de su lado no habrá ninguna posibilidad de sobornos. Te investigarán.

—¡Maldita sea! —Luke se levantó exasperado.

—Y cuando descubran tu verdadera identidad, te entregarán a los yanquis.

Vació su vaso de *whisky* de un solo sorbo.

—No puedo irme, Cooper. Demasiadas personas dependen de mí. ¿Qué pasaría con la operación de la escuela? ¿La construcción del hospital que está a punto de culminar? Los niños menos afortunados.

—Podrías delegar esos asuntos en Roig. Es tu hombre de confianza.

—No es lo mismo. —Luke intentó relajarse de nuevo al sentarse en el borde del escritorio—. Me prometí no huir nunca más. Además, todas y cada una de las cosas que he hecho han sido en honor a la justicia. Cuando he tenido que matar ha sido para defenderme.

—Ellos no solo vendrán por eso. Vendrán por Jimmy Fitzgerald, el rey de los tapetes en la ribera del Misisipi. Esta vez ni la barba ni el pelo largo los despistará, Luke. ¡Entiéndelo! Vete a Nuevo México. ¿No tenías una mujer allá?

Recordó a Eva Mirabal, una hermosa mexicana de cabello negro y cintura estrecha. La “chaparra”, como le decía de cariño. Era un encanto de mujer, pero sus celos enfermizos aborrecieron a Luke durante su corta estancia en Laredo, aunque la verdad era que había huido ante una propuesta muy tentadora, que conllevaba una magnífica suma de dinero por arrear unas dos mil reses hasta Abilene. Una expedición peligrosa que por poco le cuesta la vida. El grupo de cowboys salió extremadamente armado para sortear los peligros del camino que nunca faltaron, desde salteadores que buscaban quedarse con el ganado hasta indios que pretendieron acabar con ellos, pero lo peor fue cuando escaseó el agua. Tuvieron que acudir a medidas extremas e inhumanas como cortarles la garganta a algunos de los caballos para beber su sangre. Al final cuando encontraron el río Pecos, en Castle Cap, los vaqueros lucharon para evitar que el ganado se precipitara al río. A duras penas, los hombres pudieron evitar la desbandada, que provocó la pérdida de trescientas cabezas. No obstante, después de ese trágico periplo llegaron a su destino y cobraron el dinero pactado.

Luego de esa arriesgada peripecia, Luke pensó que era hora de dedicarse a una tarea menos riesgosa que ser cowboy. De esa forma que, cuando se asentó en Monroe Park, adquirió La Alamosa y se dedicó a la crianza de caballos para el arreo. En un principio le costó mucho levantar el rancho que estaba en ruinas, pero con determinación lo había convertido en uno de los más productivos de la zona.

—A estas alturas debe odiarme —dijo Luke en referencia a Eva Mirabal—. Le prometí que regresaría y de eso hace casi tres años. Digamos que no terminamos bien.

—Solo piénsalo. Puedes irte a Texas, allí los vaqueros son bienvenidos. Es preferible que dejes Monroe Park por un tiempo. Tan pronto O’Riley se vaya podrás regresar.

—Pueden pasar años.

—¿Crees que los ciudadanos de este pueblo le den una calurosa bienvenida al hombre que traerá el patíbulo en el hombro? Lo echarán de inmediato.

Monroe Park tenía fama de rebelde. Durante la guerra de Secesión no había tomado posición ni con el norte ni con el sur. Únicamente se había dedicado al alcance de sus propios intereses.

—También está el asunto de la permanencia del alcalde. Hay que ver con qué ideas viene. Prométeme que al menos lo pensarás —le dijo Cooper.

Luke asintió para darle tranquilidad a su amigo, aunque en su interior sabía que ya estaba cansado de huir. Quizás era hora de enfrentar sus fantasmas.

**H**eather acababa de atravesar la puerta de su habitación en la posada con el ánimo quebrantado. Acababa de comprobar que en ese remoto pueblo escaseaban las oportunidades de trabajo. Lo peor es que necesitaba encontrar un sustento pronto, pues el dinero de su padre escasearía en poco tiempo.

Entre el pago diario de la habitación, que la señora Thompson exigía puntualmente cada noche, más el costo por todas las comidas, el dinero se iba agotando de forma acelerada. Durante su último conteo se había percatado de que tan siquiera le quedaba para emprender un viaje de regreso a Lyon. La angustia de verse sola y a punto de la ruina la estaban consumiendo.

En eso tocaron a la puerta.

—Niña, te traigo un pedazo de tarta que preparó Eugene. —Se oyó la voz de Margot al otro lado de la puerta.

—Pase.

La mujer entró y al ver el rostro desencajado de la joven comentó:

—¿Qué te sucede? Tienes una cara de angustia que asusta.

Le extendió el plato con el dulce, pero Heather lo dejó sobre la cómoda. Los nervios y la tensión le habían espantado el apetito.

—Estuve recorriendo el pueblo en busca de trabajo, pero aquí las oportunidades no abundan.

—Sí, tienes razón. Pasamos por la peor racha económica y luego de esa primera plana del periódico creo que estaremos peor.

—Todo el mundo habla de eso.

—Conozco un lugar en donde siempre están buscando trabajadoras.

A Heather se le iluminó el rostro de esperanza.

—Puedo recomendarte.

—¿Haría eso por mí? —preguntó la joven con entusiasmo.

—Por supuesto. Me conviene que busques un trabajo para que me pagues la habitación y las comidas. —Margot le guiño un ojo—. Así no se afecta mi negocio.

A Heather solía asombrarle la sinceridad de la mujer, que no se andaba con paños tibios, pero ante todo agradecía su transparencia, así no se llevaría sorpresas desagradables.

Tomaron la calle principal para llegar hasta las afueras del pueblo. De vez en cuando se topaban con las carretas que cargaban suministros o con los vaqueros que venían de Evanston a jugar en los centros de juegos de Monroe Park. Uno que otro hombre le dirigió piropos groseros a Heather. Acciones que Margot acallaba al sacarle el dedo del medio y gritarle unas cuantas palabrotas. La joven estaba sonrojada pues en dos millas de camino había escuchado desde maldiciones hasta insultos cuya existencia desconocía.

Cuando por fin llegaron a una casona de dos pisos construida en madera sólida, Heather quedó impresionada con los ventanales recargados de diseños, pero lo que capturó su atención fue la puerta roja que servía de entrada. Margot tocó la campanilla que anunciaba la llegada de algún visitante. Una joven con una encantadora sonrisa las recibió.

—¿Está madame? —preguntó Margot.

—En este momento atiende a un cliente. Ha pedido que no le molesten.

—Dile que Margot Thompson quiere verla.

Tras diez minutos de espera en la fastuosa recepción del lugar fueron conducidas a través de un pulcro corredor cuyas paredes estaban cubiertas con papel de flores. Una majestuosa escalera las esperaba en medio de un amplio recibidor.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Heather intrigada por la estructura y la exquisita decoración.

Suponía que se trataba de un hotel de lujo. Al ver las puertas numeradas en el segundo piso le pareció que su apreciación era acertada.

Margot no le contestó, aunque Heather insistió. Cesó en su inquisitiva demanda cuando una puerta al final del pasillo se abrió y apareció la figura de una mujer rubia de figura estilizada. Calculó que debía tener alrededor de cuarenta años. Llevaba su cabello corto en bucles y mostraba sus labios rojos carmesís enmarcados por un lunar que la hacía lucir muy sensual. La mujer se recostó del marco de la puerta con sus brazos cruzados a la altura del pecho.

—Margot, querida —Tan pronto reconoció a la mujer relajó su rostro y la besó sin apenas tocarle la mejilla—. Qué milagro tenerte aquí. Pasen.

El interior de la habitación reflejaba un ambiente muy acogedor. Lo impregnaba un olor a lavanda delicioso. Varias velas encendidas le daban un aspecto místico que fascinó a Heather. Reconoció que la mujer tenía un gusto exquisito para la decoración. Cada mueble, mesa, espejos y alfombras estaba dispuesto de forma simétrica y perfecta. Quedó impresionada con la alcoba. Jamás imaginó que un lugar como ese existiera en un pueblo tan remoto.

—Perdonen que las haya hecho esperar, pero estaba atendiendo a uno de mis mejores clientes. Ustedes dirán en qué puedo ayudarles.

—Ella es Heather Harrison. Una de mis huéspedes. —La presentó Margot mientras la empujaba para que le estrechara la mano a la mujer—. Llegó hace unos días. Es la sobrina de Annie Stewart.

La sola mención de su tía le desdibujó la sonrisa a la mujer. Aparentaba ser que conocía muy bien a Annie.

—Pero como sabes —prosiguió Margot—, Annie no ha regresado de Nuevo México. Mientras eso sucede, Heather se está hospedando en mi pensión. Sin embargo, sus reservas de dinero se están agotando. El asunto es que necesitamos tu ayuda, Sophie. Esta chica necesita trabajar e imagino que tendrás algo para ella. Tú dirás.

Sophie Sinclair escudriñó a Heather con detenimiento. Le examinó la cara, los pechos, el vestido e hizo que le mostrara sus dientes.

—Es hermosa —dijo Sophie mientras la rodeaba—. Dejará buenos dividendos al burdel, Margot.

—¿Burdel? —preguntó Heather utilizando un tono atontado. ¿Margot se había atrevido a llevarla a un burdel?

—Pero no quiero problemas con Annie Stewart. Tan pronto la mujer sepa que he reclutado a su sobrina hará lo imposible porque me cierren el burdel.

Heather las miraba a ambas con gesto expectante.

—No, no me has entendido —intervino Margot—. No la traje para que la emplearas como una chica de tu burdel, Sophie. Trabajará en los quehaceres de la casa.

Sophie levantó sus manos en señal de exasperación y caminó a la cómoda para encender un cigarro.

—¿Estás loca, Margot? —Soltó la primera bocanada—. Esto es un negocio, no un centro de beneficencia. Aquí las mujeres se venden.

—Solo ayudará con los quehaceres. —Margot pasó su mano por el tope de una de las mesas que exhibían bellas figuras—. Me imagino que tendrás que quitar el polvo de las superficies, lavar las sábanas, trapear los pisos...

—Creo que será mejor que nos vayamos —intercedió Heather y caminó hacia la puerta decidida a no permanecer en ese lugar un minuto más.

Pensó que Margot desvariaba al considerar la posibilidad de que trabajaría en un lugar como ese. Si sus padres se enteraban se morirían de la vergüenza, pues su madre decía que los lugares

destinados a tales fines eran la pérdida espiritual de los hombres. Además, no se imaginaba ser tocada por uno de esos sujetos que solían acudir a lugares de tan baja reputación.

—Lo siento, señora. —Heather iba a girar el picaporte de la puerta cuando Margot la detuvo tomándola del brazo.

—Sabes lo mucho que me debes, Sophie. —Se empeñó Margot—. ¿Te has olvidado de todo lo que hice por ti en California? Si no llega a ser por mi ayuda aún te estuvieras muriendo de hambre en aquel estrafalario bar, con los chinos y el opio.

—¿Me estás sacando en cara los favores que me has hecho? —La indignación se apoderó del rostro de la madama.

—Solo te estoy recordando, querida. A veces a las personas como tú le hace falta que le recuerden sus orígenes. Una casa grande y media docena de chica y olvidan las penurias del pasado. Para ser madama te falta mucho, Sophie. Creo que lo sabes muy bien.

Margot Thompson había sido la madama más conocida en California en el año mil ochocientos cuarenta. Hizo su inmensa fortuna regentando un burdel cerca de las minas de oro del condado de Trinity, pero cometió un grave error. En medio del gran éxito de su negocio, se enamoró de un hombre que la fue despojando de toda su fortuna y ella no fue capaz de detener su inmensa necesidad de afecto. Al final, le dio todo cuanto poseía hasta quedarse sin nada, incluso se quedó sin él, un chulo diez años menor que ella que al verla en dificultad se largó hacia Oregón.

En medio de esa gran bonanza y antes de caer en desgracia, había rescatado a Sophie Sinclair de las garras de un proxeneta abusador y la había llevado a su burdel a atender hombres de gran alcurnia, en su mayoría viajeros que iban a California a hacer fortuna.

Tras su bancarrota tuvo que conformarse con administrar la pensión de una hermana moribunda, por eso hacía casi diez años que había llegado a Monroe Park.

—Dime si tenemos un trato, Sophie —insistió Margot.

La madama observó de nuevo a Heather.

—Trato hecho. Trabajarás en la limpieza junto a Cathie. Ella te enseñará lo necesario —Sophie hizo una pausa—, pero si después te convences, te podrías ganar diez veces más de lo que te ganarás barriendo. Tengo clientes que pagarían por ti una fortuna.

\* \* \*

Cuando la llamativa carroza, pintada con tonalidades turquesa y marrón, cruzó la colindancia entre Evanston y Monroe Park, el juez federal James O'Riley tuvo el presentimiento de que aquel sería el trabajo más difícil en su exitosa carrera. Sus superiores en el este le habían advertido sobre la tendencia del sheriff John Cassidy de transgredir las leyes y de ser un hombre demasiado permisivo, tanto que se rumoraba que la cárcel del pueblo permanecía vacía la mayoría de los meses del año.

—Es un reto trabajar en un lugar tan primitivo —le comentó el juez a su acompañante Wilson Woodrow, el nuevo alcalde del pueblo—. De todos los lugares a los que he ido este es el más rudimentario.

—Ya te irás acostumbrando, James —dijo Wilson de forma despreocupada—. Al menos hay un lugar decente en donde disfrutar de buenas mujeres y se dice que tienen el mejor *whisky*, aunque sospecho que son exageraciones.

El juez hizo una mueca de disgusto. Conocía la fama de Wilson y de todos los problemas que

dejaba en cada pueblo que administraba. Eran polos opuestos y eso podría ser la mayor dificultad en el desempeño de su deber. Lamentaba que sus superiores no se hubiesen guiado por su recomendación de nombrar a Julius Lamar, un hombre de fuertes convicciones judeocristianas como alcalde.

Wilson hizo amague de encender un cigarro, pero el juez lo detuvo con un gesto.

—Ni se te ocurra, Wilson. En este espacio reducido y con el calor tan sofocante que hace, me podría dar un síncope.

Frente a ellos un hombre joven leía el periódico. Fingía no escuchar las interioridades que compartían los hombres, pero en realidad estaba atento a todos los detalles. De vez en cuando el vaivén del carruaje le provocaba vértigo, pero disimulaba para evitar las burlas de su jefe. Era el ayudante especial que Wilson había contratado para que le ayudara en los menesteres que le permitirían tomar el control del pueblo de forma inmediata. Un joven de finos ademanes, anteojos y traje elegante, hecho a la medida. Por su apariencia se podía descifrar que jamás había desempeñado ningún trabajo fuera de una oficina.

En una cultura que le hacía culto al hombre bravío, la presencia de un joven como Frank Freedman destacaba demasiado por su delicadeza y, aunque siempre buscaba disimular sus ademanes, sus intrínsecos gestos lo traicionaban.

—¿Revisaste la agenda esta mañana, Frank? —le preguntó el alcalde después de retirarse el sudor de la frente—. No quiero que ningún movimiento se vea como una improvisación.

—Me he asegurado que todo esté como lo ha pedido, señor alcalde.

Durante todo el trayecto desde Fremont, el juez había tratado de ignorar la presencia de Frank. Para un hombre tan conservador y religioso como él era inaceptable su conducta.

Repasó en su mente las prioridades que lo habían inducido a dejar su cómodo despacho en Virginia. En primer lugar, la constitución de un tribunal decente, no el que los ciudadanos de Monroe Park solían levantar para los pocos juicios que celebraban. Era una vergüenza, que tal como informaba el artículo del Boston Tribune, los procesos judiciales los llevaran a cabo en el *Paradise Saloon*. Sabía que aún en muchos pueblos de la Frontera esto era una práctica normal, pero para eso estaba él allí, para procurar la vanguardia en asuntos de ley y orden. Luego, se enfocaría en la construcción del patíbulo. Acababa de firmar un contrato con un verdugo que no tardaría en llegar. Con suerte esperaba que en menos de dos meses dejara todo bien establecido para regresar con su mujer y sus hijos. El juez era un hombre de algunos cincuenta años, muy estricto en su proceder, un hombre temeroso de Dios y fiel defensor de las leyes de la nueva nación que se había levantado. Se conceptuaba a sí mismo como un ferviente servidor del presidente, Ulysses S. Grant, y de la Constitución.

A la llegada de la comitiva, el sheriff y su ayudante los esperaban frente a la delegación con sus rostros expectantes. La primera impresión que le ocasionó el dúo al juez fue que eran lo suficientemente ignorantes y por esa razón mantenían al pueblo en aquel deterioro social tan violento. Tan pronto se reunió con ellos confirmó sus sospechas, los Cassidy no tenían ni idea de lo que significaba la imposición de las leyes, pero para eso estaba él allí, para hacer que se cumplieran.

Contempló de reojo al alcalde Wilson Woodrow para convencerse de que el administrador sería arrastrado por toda la inmundicia que rodaba por las calles de Monroe Park. Pronto se daría cuenta que estaba solo en la peligrosa Frontera.

La mirada reticente que recibió de Cathie Coleman le advirtió a Heather que su nuevo trabajo en el burdel conllevaría un reto enorme. La joven la saludó con un dejo de desdén que le pareció un gesto grosero tomando en cuenta que era la primera vez que se veían. El ambiente frente a la covacha en donde se guardaban los instrumentos de limpieza se tornó pesado, aunque Sophie Sinclair intentó suavizar el asunto dejando claro que Cathie conservaría la autonomía en los deberes y que Heather tendría que acatar sus órdenes.

Cuando la madama desapareció por el pasillo Heather pensó que la joven iniciaría una cruenta batalla por demostrar su liderazgo, pero sin embargo se percató de que su semblante se convirtió en una mueca de tristeza y preocupación. Vio cómo la chica levantaba un cubo con agua mientras arrastraba su pierna izquierda con dificultad. Intentó ayudarla, pero recibió una mirada de odio.

—¡No necesito tu ayuda! —gritó Cathie.

Heather retrocedió para no incomodarla.

—Lo siento.

—Coge un cubo y sígueme.

Evitó preguntarle sobre su padecimiento no fuera que le volviera a gritar. Se sorprendió ante la dedicación de Cathie para realizar sus tareas con esmero en la más absoluta mudez. Pese a su discapacidad física, no permitía espacio para errores y mucho menos pérdidas de tiempo, excepto para tomar alimentos al mediodía.

Acostumbrada a una vida menos difícil, a Heather le fue muy difícil dominar la técnica de trapear los pisos o vestir una cama, no obstante, no se acobardó ante las muecas burlonas de la joven cada vez que cometía un error. Cuando estaba a punto de tirar el trapo contra la baldosa o desvestir una cama con ira, se recordaba a sí misma que necesitaba ese trabajo para sobrevivir hasta que la tía Annie regresara. A veces pensaba que todo aquel esfuerzo era en vano y que terminaría regresando a Granby para someterse a las exigencias de Richard Perkins. Se reprendía cuando esos pensamientos calamitosos acudían.

A media tarde, con la cintura y las rodillas adoloridas, se recostó de una de las paredes para recuperar el aliento. Le bastó ese minuto de tregua para recibir la primera reprimenda de Cathie.

—A la señora Sinclair no le gusta que holganeemos durante horas de trabajo.

—Lo siento, es que como no estoy acostumbrada.

—Si consideras que el trabajo es demasiado fuerte, deberías pensar en buscar otro.

Con dignidad suficiente Heather se sacudió la pereza, tomó el paño y continuó su faena de trapear el piso sin añadir quejas. Sentía que la piel de las manos le ardía y que un repentino hormigueo le recorría las rodillas, pero al ver la tenacidad de su compañera, se esforzaba en estar a la altura, aunque lo que quisiera fuera gritar de frustración.

—Recuerda que antes de entrar en las habitaciones debes tocar la puerta —le advirtió Cathie a media tarde tras un incidente en el cual encontró a una de las chicas y un cliente en plena faena amorosa. Asunto que la había sonrojado, pero que Cathie logró solventar—. Y evita ser insolente con los clientes.

—Sí —expresó Heather con voz cansada. Estaba harta que la comandante Cathie Coleman no le diera respiro. Pocas veces en la vida le deseaba mal a las personas, pero ya casi al finalizar las tareas del día pensó en que sería formidable tirarle el agua sucia del cubo de trapear en la cara. Se sorprendió de cómo había pasado de la conmiseración a la ira en unas horas.

Desde el corredor se podían escuchar los gemidos placenteros y las palabrotas proferidas por los clientes. De vez en cuando también se oían azotes y gritos. A Heather se le enrojecía la cara al oír los

insultos que esas pobres chicas tenían que soportar y de imaginar lo que pasaba en el interior de esas habitaciones. Pensó en las manchas de sangre que encontró en las sábanas de la segunda habitación que tuvo que limpiar y se le revolcó el estómago. Jamás imaginó que los seres humanos tuvieran ese tipo de aberraciones.

Para ser su primer día en aquel lugar todo le pareció fuera de proporción. Desde las suculentas bandejas de comida que traía la cocinera de cuerpo rechoncho, hasta la cantidad innumerable de botellas de alcohol. Escuchó decir que el láudano se estaba acabando y cuando le preguntó a Cathie qué contenía esa bebida, la joven le torció los ojos para que parara con su inquisitiva conducta. Parecía escuchar las palabras de la madama al contratarla. “La primera y más apreciada virtud para que conserves tu trabajo en este lugar es la discreción, Heather”, había dicho Sophie.

De soslayo contempló a hombres de buen vestir acudir a las habitaciones llevando de la cintura a las chicas, cuyo promedio de edad debería rondar los veinte años. Se percató que la mayoría de los clientes lucía un anillo de casado. Le resultaba imposible concebir que cosas como aquellas ocurrieran bajo el más absoluto oscurantismo. “Discreción, Heather”, entonces, volvía a escuchar la voz musical de la madama en su cabeza.

Durante el día varios vaqueros se habían aventurado a solicitar los favores de las chicas, pero eran despedidos en la puerta por no poder pagar las cuantiosas tarifas. El encargado de que los hombres rechazados se fueran sin ataques violentos era un hombre negro de gran corpulencia que los arrastraba hasta el camino y si se negaban a dejar la propiedad los amarraba a sus caballos y los dejaba marchar a galope. No obstante, Heather vio cómo unos cuantos bandidos, cargados de dinero mal habido, fueron tratados como reyes sin tomar en cuenta su aspecto grotesco y su mala conducta. Compadecía a las jóvenes que tenían que lidiar con esas carroñas mal habladas y estrafalarias. Se convenció de que ni todo el oro del mundo pagaría un sacrificio como ese.

—Necesito que limpies los balaustres de las escaleras —le dijo Cathie cuando se acercaba el final de la jornada.

Con resignación se dirigió a la escalera suplicando en su mente que anunciaran la hora de salir. Se sentía tan agotada que pensó que se quedaría dormida sobre los balaustres. Lo peor de todo es que tendría que regresar hasta el pueblo caminando por aquel peligroso camino.

El tránsito de clientes aumentó de forma dramática cuando se acercaba la noche, tanto que algunos hombres fueron invitados al salón de las bebidas para esperar por la disponibilidad de las chicas.

—¿Y esta preciosidad? —dijo un caballero desde los primeros peldaños de la escalera mirándola de forma deslumbrante. Andaba del brazo de la señora Sinclair.

—Es una de las chicas de limpieza —explicó la madama.

—Pagaría una tarifa triple por estar con esta belleza. —El hombre tomó a Heather por la barbilla para escudriñar su rostro—. Tiene una boca maravillosa y una figura como pocas. —La joven le detuvo la mano cuando el individuo intentó acariciar su cuello. Un desafío enorme se desató entre ambos—. Me gustan las mujeres de carácter. Será delicioso atarte a la cama y demostrarte quién manda.

—Ella no está a la venta, Robert —canturreó Sophie—. Vamos, querido. Tengo una hermosa chica para ti y muy complaciente.

Como si fuera poco la ofensa del hombre, se atrevió a dejarle un rollito de billetes en la base de su corsé.

—Esto es un adelanto por si cambias de opinión —dijo el perverso.

Heather quiso arrojarle el dinero a la cara, pero Sophie le hizo señas de que se aplacara.

—Aquí tienes que ser más astuta, cariño —le dijo la madama al oído.

Heather no perdió de vista al hombre hasta que desapareció con Sophie por el pasillo. Contó el dinero y se sorprendió al comprobar que la totalidad cubría una semana de trabajo. Dudó, pensaba que era un acto humillante mantener el dinero, pero después aceptó que lo necesitaba, por eso los guardó en su corsé de nuevo.

Tal y como Sophie Sinclair le había dicho, necesitaba actuar con astucia si quería sobrevivir en medio de toda esa inmundicia.

\* \* \*

Cuando Heather llegó a la posada estaba por oscurecer. Agradeció que un hombre que venía a dejar provisiones a Monroe Park le hubiese hecho el favor de acercarla al mesón. Para su sorpresa se topó con Luke Montana en la recepción. Tuvo que hacer un esfuerzo para reconocerlo cuando se volteó para mirarla, pues había dejado su aspecto de temible vaquero para darle paso a un elegante caballero. Llevaba el cabello atado en una cola de caballo a la altura de la nuca y vestía un traje elegante de color marfil. Por un momento se deslumbró con la imagen. Le parecía el hombre más guapo que había visto en toda su existencia, pero al ver su sonrisa socarrona desvió la mirada. Prefería que el hombre no advirtiera lo mucho que le atraía.

Margot soltó una risita burlona desde detrás del mostrador que mortificó a la joven. La mujer fingía acomodar una correspondencia a la vez que tarareaba una canción que hablaba de amor, se veía divertida con el encuentro.

—Buenas tardes, señorita Harrison —dijo el vaquero con tono galante.

—Buenas tardes —contestó Heather de forma parca.

—Luke ha venido para acompañarme a una reunión con el nuevo alcalde. —La mujer caminó hacia la escalera—. Voy a buscar mi bolso en mi habitación. Hija, atiende a Luke mientras regreso.

Tan pronto la mujer desapareció hacia la segunda planta, la joven intuyó que todo se trataba de una treta de la dama para dejarla a solas con el vaquero, por eso se dedicó a ignorarlo, aunque sentía su mirada curiosa sobre ella.

—¿No te han dicho que cuando te pones nerviosa te ves más hermosa aún? Se te encienden las mejillas y haces un puchero con la boca que volvería loco a cualquiera.

El vaquero le tomó la mano, aunque ella puso un poco de resistencia. Sentir la caricia del hombre la hizo estremecer.

—¿Me permites?

¿Qué pretendía con su comportamiento? ¿Enloquecerla? Depositó un tierno beso sobre el dorso de su mano trémula y fría, pero fue más que un parco beso, sino más bien una caricia sensual e íntima. Heather jamás imaginó lo que le produciría la sensación del calor del aliento de aquel hombre sobre su piel.

—¿Ves? También puedo ser un caballero. —En una maniobra rápida Luke la tomó de la cintura para plantarle un beso en la boca.

En principio Heather intentó alejarlo, pero parecía que el hombre no se daría por vencido. Fue un beso corto, más bien un simple toque de labios.

—No pensarás que me conformaré con un simple beso en tu mano después de saber a qué saben tus labios —dijo él a centímetros de su boca.

La apretó contra su pecho en un gesto desesperado en medio de unos sensuales jadeos que estaban enloqueciendo a la joven. La inmovilizó sujetándola por la nuca para agudizar el beso. Ella estaba a punto de perder el aliento cuando él se apartó.

Heather rogaba porque la señora Thompson apareciera pronto o sería ella quien esta vez le tomaría la boca por asalto. Tuvo que admitir que le gustaba ese hombre, sus caricias, sus besos, su sagacidad para salirse con la suya.

—Ya estoy lista —anunció Margot cuando bajaba las escaleras y ambos fingieron que no se habían tocado, Luke se limpió alrededor de la boca y Heather se acomodó algunos mechones—. Que tonta soy, tenía el bolso detrás del mostrador. —La mujer fingió inocencia. Tal y como Heather imaginaba, Margot había propiciado aquel encuentro—. Querida, ve a cenar. Eugene preparó un guiso exquisito. Llegaré un poco tarde.

Heather asintió y la vio marcharse del brazo del vaquero. El hombre, por su parte, aprovechó antes de desaparecer para guiñarle un ojo. No pudo evitar que ese gesto la emocionara. ¿Qué tenía ese hombre que le fascinaba tanto?

# Capítulo Diez

## *Toque de queda*

Esa noche, a instancias del alcalde y del juez, citaron en la delegación a todos los miembros del consejo vecinal y de seguridad de Monroe Park. Como parte del cuerpo, Luke y Margot se vieron obligados a asistir a la concurrida reunión. Desde comerciantes, autoridades religiosas hasta los miembros conservadores del Club de Caballeros Nobles se congregaron para saber de primera mano las reglas que impondrían las nuevas autoridades.

Tan pronto Luke entró en el reducido espacio notó que en la mesa presidencial primaba una fuerte tensión entre el bando del sheriff y el bando del alcalde. Lamentó constatar que varios de los vecinos se habían abanderado con Wilson Woodrow para lograr su favor. Conocía muy bien a aquel hombre, pues en Fremont tenía fama de bebedor, apostador y mujeriego, aunque siempre encontraba cómo solapar sus fechorías.

Del otro hombre que compartía la mesa no sabía nada, pero sospechaba que gozaba de la confianza de los congresistas, procedentes de Virginia. Le disgustó que sonriera sin parar, mostrando un gesto forzado.

Se acomodó en la última fila entre Margot y el reverendo, Didier Doezi.

—¿Quieres pasar desapercibido, Luke? —le preguntó el religioso a manera de broma.

—Me gusta primero tener una visión clara de mi contrincante antes de dispararle —contestó Luke con una enorme sonrisa.

—Con tu atuendo de caballero imagino que no cargaras con tu Colt.

—Se equivoca, reverendo —le mostró el revólver sujeto a su cintura—. Prefiero dejar el cinturón que a mi acompañante.

—Esperemos que podamos llevar esta reunión en paz.

Luke se arrellanó en la silla y estiró las piernas para cruzarlas. Pensó que sería extraordinario presenciar ese espectáculo con una copa de *whisky* y un buen cigarro.

—Buenas noches —saludó el sheriff para dar comienzo a la reunión cuando todos se acomodaron—. Primero, me place presentarles al nuevo alcalde de Monroe Park, asignado por el gobernador del estado, Wilson Woodrow. —Luke bufó en su mente ante las palabras hipócritas de Cassidy. Sabía que aquellos dos se odiaban—. El señor Woodrow no ha estado ajeno a los desafíos que como pueblo hemos solventado en los últimos años y ha aceptado el cargo porque está convencido de su capacidad de ayuda. Además, con sumo placer les presento al juez federal que ha sido designado por la Unión para ayudar en la restauración de la sana convivencia de nuestro pueblo, el distinguido, James O’Riley.

Luke conocía muy bien a los tipos como O’Riley, los que pensaban poner en cintura a todos los pueblos al oeste del Mississippi. Siempre presumían de lo que no eran, pretendiendo ocultar un pasado bochornoso. Con esos había tenido que lidiar desde que acabó la guerra hacía cinco años.

—Precisamente, hay dos asuntos importantes que debemos tratar, por eso decidí reunirlos —dijo el alcalde después de una corta presentación sobre su laureada carrera como administrador en varios pueblos en la Frontera. Luke sospechaba que le hombre había ingerido una gran cantidad de *whisky* porque hablaba con la lengua pesada—. Primero, junto al juez O’Riley me embarcaré en la

construcción inmediata de un tribunal y, en segundo lugar, construiremos un patíbulo.

De pronto surgió una gran conmoción entre los presentes. Jamás había existido un lugar destinado al ahorcamiento de personas en Monroe Park. Desde la constitución de aquella comunidad se había convenido entre los residentes originales en que jamás se utilizarían penas tan extremas.

—¡Traeremos la decencia a este pueblo! —gritó el alcalde fuera de sí.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué aquí vivimos personas indecentes? —lo enfrentó Wally Harding, una de las ancianas de la comunidad. Se decía que aquella mujer tenía tanto carácter que ni el más temido de los pistoleros osaría en enfrentarla. En su casa tenía una colección de armas, que decía utilizaba para enfrentar a los demonios, en referencia a la escoria que llegaba de otros pueblos.

—Mire anciana... —dijo el alcalde.

—Me llamo Wally Harding. Si se va a dirigir a mí que sea con respeto, señor alcalde.

—Haremos de Monroe Park la mejor ciudad de la Frontera.

La vieja bufó mostrando sus dudas.

El reverendo Doezis levantó la mano para intervenir. Tan pronto le dieron permiso, se puso de pie, se arregló la sotana, les dio una breve bendición a los presentes y prosiguió:

—El fundador de este pueblo, el reverendo Monroe, mi antecesor, dejó claro que su voluntad para esta comunidad era que se rigiera por reglas de convivencia pacíficas. Por lo tanto, jamás se ha contemplado el ahorcamiento dentro de nuestro sistema.

O'Riley se levantó de su silla. Su estatura y su morrocotudo cuerpo eran imponentes.

—Como representante de la ley tengo que aplicar las leyes del estado y eso obviamente incluye el ahorcamiento, reverendo —dijo el juez con una pasividad asombrosa.

—Disculpe, señor Juez, tal y como ha dicho el reverendo, los vecinos de Monroe Park se han mostrado renuentes a ese tipo de castigo desde siempre —intervino el sheriff. Como máxima autoridad pretendía que su demanda fuera escuchada.

—Pues ya es hora de implantar la ley tal y como está dictada. —El magistrado se proyectó firme—. Desde hace dos años Colorado pasó a formar parte de los estados de la Unión y por eso Monroe Park, como parte del condado de Fremont, debe regirse por las reglas federales.

Otro alboroto se escuchó entre los presentes. Las quejas provenientes desde cada esquina ocasionaron que el juez diera con su mazo contra la superficie de la mesa. El rostro destemplado del magistrado mostraba la indignación que lo dominaba.

—¿Y al que mate en defensa propia también se le aplicara la sentencia de ahorcamiento? —comentó Luke con toda la malicia cuando las aguas volvieron a su nivel, pese a que Margot lo sujetaba del brazo. Un silencio absoluto dominó la escena. Al otro extremo del salón el notario, Noah Cooper, resopló mientras se pasaba su mano por el rostro—. Lo pregunto porque aquí abundan los bandidos, los cuatreros y los indios comanches. ¿Qué vamos hacer? ¿Permitir que nos masacren? Si entran en mi propiedad, ¿debo dejar que roben y hagan con mis bienes lo que le plazca?

James O'Riley le sonrió para dejarle saber que suponía su intención de hacerlo quedar mal frente a todos los vecinos que para ese momento volvieron a alborotarse. La tensión de la reunión era palpable a través del comportamiento de los vecinos.

Jake Cassidy, quien ocupaba la silla contigua a su padre, observaba al vaquero con una sonrisa burlona. Esperaba que muy pronto el juez pusiera a Luke en su lugar.

—¿Cómo dijo que era su nombre, señor? —preguntó el juez.

—Luke Montana.

El vaquero no tomó en consideración los gestos que le hacía su amigo, Noah Cooper, para que se callara.

—Señor Montana, todos los casos se verán en detalle —dijo el magistrado un poco más sosegado—. Por el momento lo importante es que todos sepan que se aplicarán las leyes del estado sin excepción.

—Disculpe, señor juez —interrumpió el sacerdote, Isidro Benítez, con la candidez que le caracterizaba—. ¿No es mejor encarcelar a la persona en una prisión del estado? Es lo que han hecho en Princetone y hasta ahora ha funcionado.

—El pueblo de Princetone es una excepción —intervino el alcalde—. Por el momento hemos decidido reforzar la vigilancia con dos nuevos ayudantes del sheriff. No creo que, con un solo asistente, el sheriff puede hacer un trabajo satisfactorio. ¿No es así Cassidy? —El sheriff se mantuvo impasible ante la burla del alcalde—. Así que corran la voz entre los jóvenes interesados.

A Jake Cassidy se le desdibujó su sonrisa burlona. La asignación de dos nuevos ayudantes le robaría cierto grado de protagonismo a sus funciones. Miró en dirección de su padre, pero el sheriff no se dio por aludido.

—Juez —El sacerdote Isidro Benítez se levantó de su silla—, ¿usted cree que matando violentamente lograremos la paz? Nuestro Señor Jesucristo no nos enseña eso en su Evangelio. Matar es un pecado.

—También lo es robar —dijo el juez—. Padre, yo también soy temeroso del Señor, pero tengo un deber para que se cumplan las leyes y lograr que haya una sana convivencia en este pueblo. —O’Riley se dedicó a leer unos documentos que tenía ante sí—. Además, se fijará un toque de queda comunal a las once de la noche. Nadie debe estar en las calles después de esa hora o será encarcelado.

Eladio Valverde, el dueño del *Paradise Saloon*, levantó la mano.

—Preséntese —le solicitó el alcalde.

—Soy Eladio Valverde, dueño del *Paradise Saloon* —dijo el mexicano con su peculiar voz ronca—. Perdóneme, señor juez, pero no estoy de acuerdo con el asunto del toque de queda. Eso arruinará mi negocio y el de otros compañeros.

—Nuestro asunto es la seguridad comunal —sostuvo O’Riley—. Lo demás es cuestión de cada cual.

—Disculpe, juez —intervino Emile de Tours a la vez que se paraba sobre su silla para sobresalir entre los presentes—. En unos días celebraremos el Día de Independencia y esa misma noche tendremos el baile de bienvenida al nuevo alcalde. Entonces, ¿cómo terminaremos esa fiesta antes de las once? Tendrán que construir una cárcel que albergue al menos a mil personas. Eso si tomamos en consideración que vecinos de Evanston y de los pueblos limítrofes vendrán a la celebración.

El hombrecillo culminó su comentario con una risita irónica que fue secundada por los vecinos. Todos reían menos el alcalde y el juez.

—¿Cómo me dijo que se llamaba? —preguntó el alcalde.

—Nunca dije mi nombre, pero me llaman Emile de Tours, hijo de Charles de Tours, uno de los padres fundadores de este pueblo. Que en paz descanse. —El hombrecillo se persignó, pero lo hizo de forma incorrecta. El cura bufó, pues desde que Emile fue bautizado, cuando recién nacido, jamás había vuelto por la parroquia de San Agustín.

—Durante la noche inaugural haremos una excepción hasta las dos de la madrugada —dijo Wilson—. ¿Alguien tiene dudas de las reglas?

—¿Y en cuanto al burdel? —preguntó el viejo boticario, Charles Parker, un puritano extremista que ocupaba la silla de vicepresidente del consejo—. Creo que hay que regular sus servicios. Además, se comenta que hay posibilidad de que se establezca un nuevo antro dedicado a la

prostitución. Las mujeres que componen el Consejo de Damas Respetables, entre ellas mi esposa, están muy preocupadas ante esta posibilidad.

—Estaré mirando la operación de ese tipo de negocio —dijo el mandatario, aunque en su interior sabía que ni los bares ni los salones de juego y mucho menos los prostíbulos sufrirían ningún cambio. La inmundicia era el mayor motor económico de la Frontera. Y si cerraba los burdeles, ¿dónde encontraría compañía accesible?

Otra ronda de murmullos se escuchó. Para Luke estaba claro que al menos aquel juez, supervalorado por los amigos congresistas del este, tenía sus días contados en el pueblo.

En cuanto al alcalde, saldría por la puerta ancha tan pronto dejara ver que estaba parcializado con los vicios y los juegos. Estaba seguro de que a Wilson Woodrow le sucedería lo mismo que le aconteció al último aguacil federal, que no salía del burdel y andaba con un frasco de láudano para calmar su ansiedad, eso sin contar que se decía entre los vecinos que solía fumar opio en su casa. Al final abandonó Monroe Park casi a punto de perder la cordura, con una comitiva de vecinos que lo escoltaron hasta Evanston.

El vaquero rogaba porque las mujeres le encontraran algún fallo al dinámico dúo pronto, antes de que se desatara la furia comunal.

\* \* \*

Una semana después Heather recibió otro telegrama de su madre diciéndole que la salud de Bill Harrison estaba estable. Sospechaba que tal y como hacía ella, su madre le ocultaba detalles de lo que en realidad estaba pasando en Granby. En el mismo mensaje Sara le enviaba saludos a la tía Annie. Torció la boca con tristeza al comprobar lo mal que se sentía al mentirle a su madre.

—¿Problemas? —preguntó el indiscreto telegrafista al ver su rostro pesaroso, sin importar que su supervisor esta vez estuviera cerca.

—No —dijo Heather con actitud tajante.

—Espero que todo se resuelva pronto y su tía regrese. —El hombre sonrió y le mostró una flor silvestre—. Al ver que tenía mensaje la corté para usted. Es un detalle simple, pero espero que le guste.

El rostro de la joven reflejó enormes dudas de si era conveniente aceptar aquel presente, pero al final lo aceptó para no hacer sentir mal al hombre.

—Sé que el otro día bromeaba acerca de que está casada con Richard Perkins. No creo que una joven tan bella como usted sea la esposa de ese pelafustán.

Heather guardó silencio. No lo sacaría de dudas.

—Muchas gracias por el detalle, señor Doval. Debo regresar al trabajo.

—Pronto pasaré por el burdel de Sophie —murmuró él—. Espero que me atienda usted.

La joven se detuvo en seco antes de alcanzar la puerta, se giró despacio y caminó hacia el telegrafista con su rostro desfigurado por la ira.

—¿No es ahí donde trabaja?

—Sí, pero no soy una de las chicas del burdel. Me dedico a la limpieza.

—Perdone, señorita. Pe... pensé que... Soy un idiota.

Heather salió del lugar con el rostro encendido por la rabia. Tuvo que contenerse para no estrellar su mano contra el rostro de aquel hombre tan imbécil. Intentó ralentizar su furia, pero cuando estaba por conseguirlo se encontró con la figura de Luke Montana coqueteando con una hermosa mujer en la

entrada del único hotel del pueblo. Los dos parecían muy divertidos. La rubia le sonreía con afecto desmedido mientras le acariciaba el brazo y el vaquero parecía encandilado con sus enormes pechos.

Soltó un suspiro iracundo y caminó con prisa hacia las afueras del pueblo. Lo mejor era desquitarse su frustración con las baldosas del burdel y olvidarse de las pretensiones falsas de aquel mentiroso. Después de todo, no necesitaba complicaciones en su vida. Solo necesitaba convencerse de que el vaquero era un seductor.

A su llegada se sorprendió al descubrir a Cathie llorando en el interior de la minúscula covacha. Estaba con su espalda pegada a la pared de fondo y sus rastro oculto en sus piernas flexionadas.

En un principio Heather pensó que era preferible ignorar lo que veía, pero los sollozos de la joven la conmovieron. Temía que rechazara sus atenciones, pero al final decidió acercarse con cierto recelo.

—¿Qué sucede?

—Que no sirvo para nada —dijo Cathie entre sonoros sollozos.

—¿Por qué dices eso? Eres muy dedicada a tu trabajo. No he visto a nadie que se esfuerce tanto como tú.

Cathie levantó su cabeza para enjugarse las lágrimas con el delantal.

—La señora me dijo que llevara unas bandejas a una de las habitaciones y me he tropezado. — Soltó un llanto compungido —. ¡Ya no sirvo para nada!

—No digas eso.

—¿No entiendes? ¡Mi pierna no funciona! —se golpeó la pierna con amargura.

Heather buscó un espacio a su lado. Se recostó de la misma pared y dejó que el silencio la aliviara un poco. Sabía que la sola presencia de otra persona a veces era el mejor consuelo.

—Hace un año, cuando mi padre murió, tuve que venir a Monroe Park para vivir con una pariente lejana, pero de camino la carreta en donde viajaba se accidentó. De las tres personas que íbamos en ese viaje, solo sobreviví yo, pero esta es la consecuencia. —Cathie contempló su pierna—. Nunca más podré caminar bien. —De nuevo se limpió el rostro con el delantal.

—¿Y tu pariente? —Heather pensaba que su familiar debería hacerse cargo de la chica y evitarle esas penurias.

—Murió a los pocos meses. Era una tía lejana de mi padre, pero estaba muy anciana. Desde entonces la señora Sophie me ayudó. Creo que se compadeció de mí cuando me encontró en la calle. Si pierdo este trabajo, tendré que mendigar en las calles o prostituirme por unas cuantas monedas.

—No perderás tu trabajo. —Heather le tomó la mano a la joven.

—Si no puedo tan siquiera hacer las tareas básicas posiblemente la señora me tire a la calle.

A Heather se le cerró la garganta mientras intentaba que las lágrimas no la traicionaran.

—¿Sabes? No me vendría mal una compañera de habitación —dijo Heather con entusiasmo.

—¿Estás loca?

—Vivo en la pensión de la señora Margot Thompson. Si te despiden, te vas a mi habitación. La cama es suficientemente grande para las dos, así me haces compañía.

—¿Y si nos despiden a las dos?

—Yo mendigo y tú cocinas. —Heather le acariciaba la cabeza con cariño. Después de todo, Cathie era una chica tan joven y vulnerable que terminó por tomarle cariño—. Con lo que ganemos podremos alquilar una casa. ¿No crees?

Ambas soltaron sonrisas. Lo que Heather quería era que la chica saliera de su angustia y mirara la situación con mayor optimismo, aunque era realista, la situación de ambas era caótica.

Tres días después ambas lavaban la ropa de cama en la parte posterior del burdel bajo un sol

apabullante. Para ese momento habían logrado compenetrarse y hasta hacerse cómplices de algunas travesuras durante sus horas de trabajo. Travesuras que Heather sospechaba que en algún momento le costarían el trabajo.

—En tres días será la celebración de la independencia —le comentó Cathie—. Lo celebrarán en la calle principal y también será el baile de bienvenida del nuevo alcalde.

A Heather le dio una punzada de nerviosismo al recordar que la noche anterior Jake Cassidy había ido a visitarla a la pensión para pedirle que fuera su acompañante durante el baile. Aún no contestaba su petición porque no tenía un atuendo adecuado para un evento de tan gran envergadura.

—Jake Cassidy me ha pedido que sea su pareja para el baile —mencionó Heather.

—Cassidy —Cathie hizo una mueca—. Tienes que tener cuidado. Reneé está muy enamorada de él.

—Me di cuenta un día que visité la delegación.

—Esa chica es capaz de arrancarle los ojos a quien le parezca competencia.

—¿Entonces me aconsejas que no salga con él? —Heather tendía una sábana en uno de los cordeles.

—No he dicho eso. Mi consejo sería que consiguieras dos rifles Winchester para defenderte de la pelirroja.

Ambas rompieron en risas.

—Además, creo que no podré ir. —Heather volvió a acomodarse el delantal para hincarse frente al baño en donde lavaba la ropa—. No tengo un vestido adecuado.

—Eso es lo de menos. Es fácil conseguir un vestido en alguna de las tiendas del pueblo.

—¿Sin dinero?

—Ya se nos ocurrirá algo, pero de que vas a ese baile es un hecho.

La imagen del vestido azul en la tienda del pueblo invadió su mente, pero desistió. Necesitaba guardar dinero en la eventualidad de que Annie Stewart se retrasara en su regreso. Al final suponía que tendría que decirle al hijo del sheriff que no podría acompañarlo. Hizo una mueca de tristeza, empuñó la sábana y continuó esmerada en la faena.

\* \* \*

**R**eneé Reagan estaba en la comisaría ocupada archivando unos documentos cuando Bob King apareció. Era un hombre que rozaba los treinta años de edad. Entre los vecinos se decía que era uno de los mejores jinetes en muchos kilómetros a la redonda. Su devoción hacia la pelirroja databa de un par de años, pero ella jamás le había mostrado interés. Tal vez se debía a que el hombre no gozaba de buena apariencia.

Bob colocó una flor sobre el escritorio de Reneé sin decir nada.

—¿Y eso? —preguntó ella al girarse.

—Pensé que te alegraría el día.

La joven tomó la flor en sus manos para disfrutar el aroma que expelía de sus pétalos.

—Es un hermoso detalle, Bob.

—Vine para ver si me quieres acompañar durante la celebración de independencia. Eres una excelente bailarina y este año estarán otorgando premios en dinero. —El joven sonrió.

La pelirroja dudo unos segundos, pero después aceptó su propuesta.

En ese momento Jake Cassidy arribó a la delegación. Al ver a Bob merodeando a Reneé su

aspecto sereno se transformó en una mueca airada.

—Buenos tardes —lo saludó Bob, pero el hijo del sheriff simuló no escuchar nada—. Reneé, será mejor que me vaya. Hablamos luego. No olvides lo que te dije.

—Gracias, Bob —dijo la joven fingiendo un repentino enamoramiento.

Tan pronto se quedaron a solas, se mantuvieron en silencio por un tiempo, Reneé acomodando unos expedientes y Jake ojeando un periódico.

—¿Bob te regalo esa flor?

—¿Por qué preguntas?

—Simple curiosidad.

—Sí, vino para invitarme a la celebración de independencia.

—¿Y vas a ir?

—Aún no le contesto.

—Creo que deberías aprovechar. Tal vez es una buena oportunidad para que se conozcan. Él siempre ha estado interesado en ti.

Reneé sintió que un fuerte nudo le oprimía la garganta, por eso evitó mirar a Jake a los ojos.

—Creo que te tomaré el consejo, Jake, y le daré esa oportunidad a Bob.

—Te deseo toda la suerte, Reneé. Eres una joven estupenda.

El hijo del sheriff caminó a la puerta para salir de la delegación. A las afueras de la oficina lio un cigarro y tan pronto lo encendió le dio dos caladas profundas. Necesitaba calmarse y convencerse de que soportaría ver a la pelirroja disfrutar en los brazos de otro como él disfrutaría con Heather Harrison.

Sonrió al pensar en esa hermosa mujer que lo deslumbraba con su tímida sonrisa. Apostaba a que después del baile lograría convencerla de que compartieran la cama.

\* \* \*

**A** la salida de la jornada en el burdel, y a instancias de Cathie, fueron a la tienda de moda. Ese día Heather había recibido la paga por sus primeros días de trabajo, más una propina que le dejó uno de los barones del ganado por ayudarle a deshacerse de una mancha en su camisa. Mancha que sospechaba que la pícara de Cathie había provocado mientras el hombre estaba entretenido en sus amores con una de las chicas.

Habían recorrido el camino hasta el pueblo sin mucha dificultad gracias a que recibieron el ofrecimiento de uno de los choferes de las carretas con provisiones. Cathie había quedado encantada con el joven porque no paró de dirigirle piropos por sus ojos verdes. Heather aprovechó cuando bajaron para dejarle saber al chofer que su ahora amiga trabajaba como ama de llaves en el burdel. Enfatizó en el asunto de ama de llaves para que el individuo no supusiera cosas erróneas.

—Gracias por subastarme frente al chofer —reprochó Cathie cuando estuvieron a solas—. Un poco más y le dices que me lleve con él.

—Estaba lelo contigo. —Heather sonrió con picardía—. Tal vez hubiese sido interesante.

Cathie chascó la lengua. Cuando alcanzaron la entrada de la tienda Heather titubeó.

—Tienes el dinero, entonces ¿por qué dudas? —dijo Cathie, crispada.

—Pero no lo debo gastar en comprarme un vestido. Lo necesito para pagar la habitación y las comidas. ¿No entiendes?

—Si Jake Cassidy me pidiera que fuera su acompañante durante el baile creo que robaría un banco. No me vas a negar que es muy guapísimo.

—¿Y qué hago? ¿Me muero de hambre durante la semana?

—No seas boba. Robaremos comida en el burdel.

—¿Estás loca?

—No es la primera vez que lo hacemos. ¿No recuerdas que el otro día nos comimos el pan? Ese, el que era para uno de los barones.

Ambas soltaron unas risitas cómplices.

—Ni lo menciones. Me he sentido culpable desde ese día.

—Heather, vamos, entremos. Tal vez conseguimos que te lo vendan a plazos.

Volvió a dudar, pero tras un empujón de la chica estuvieron adentro sin darse cuenta. El lugar tenía una decoración glamorosa. Todo estaba presentado con gusto exquisito, lo que de seguro equivaldría a costoso. Heather se paseó a través de los vestidos para deleitarse con sus detalles de encaje y bordado.

Después de comprobar el precio de algunas piezas se convenció de que tendría que trabajar un mes corrido para pagarse un atuendo tan costoso.

—¿Viste los precios? —señaló Heather, pero su acompañante optó por ignorarla. Entretanto, Cathie contemplaba un vestido corte imperial de color champán.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó la dependiente, una mujer de finos ademanes y gran estatura. Llevaba unos guantes blancos y un sombrero de lo más cursi.

—No, ya nos íbamos —dijo Heather, pero cuando casi alcanzaba la puerta Cathie la retuvo tomándola del brazo.

—Mi amiga quiere medirse el traje azul que tienen en exhibición en el escaparate.

Heather le dirigió una mirada airada a su amiga.

—Por supuesto, señoritas. Acompañenme. —La mujer las guio hasta el costado de la tienda, al interior de un pequeño espacio destinado para los cambios de ropa—. Vengo enseguida.

Regresó con el vestido a los pocos minutos. Heather tuvo un último segundo de dudas, pero Cathie comenzó a desabotonarle el traje raído que tenía puesto.

—Creo que lucirá sensacional, señorita —le dijo la dependiente tan pronto le abotonó el último broche del vestido azul.

La ayudó a salir tras bastidores para que Heather se pudiera contemplar en un espacio más amplio frente a un espejo de cuerpo entero, sin embargo, al descorrer la cortina lo primero que se encontró fue con la figura de dos metros de Luke Montana.

—Tiene una figura hermosa, señorita —decía la dependiente sin percatarse de la presencia del hombre.

—Que hermosa te ves —dijo Cathie con entusiasmo. Tampoco había advertido que el vaquero se deleitaba con la escena.

Heather quiso gritar para armar un escándalo que provocara que sacaran a la calle a aquel hombre, pero se mantuvo petrificada ante su mirada.

—Pienso lo mismo —dijo él—. Tiene usted una figura hermosa, señorita Harrison. Ese traje está hecho para usted.

Heather no daba crédito a lo que sus oídos acababan de escuchar.

—¡Oh, señor Montana! —le dijo la dependiente con una expectación momentánea. Sus sobreactuados ademanes sacaron de quicio a Heather—. ¡Qué gusto que nos haya venido a saludar!

—Hola, Rose Mary —dijo Luke sin apartar su mirada de Heather—. Pasé para saber si habían

llegado los corbatones que encargué.

—Sí, por supuesto. —La dependiente desapareció con el hombre hasta la parte trasera de la tienda.

—Luke Montana cada día se pone mejor —comentó Cathie a la vez que le acomodaba la falda del vestido—. ¿Has visto lo guapo que es?

—No me he fijado —fingió Heather.

—Por Dios, Heather, es imposible no fijarse en que está más bueno que el pudding de cerezas. —La joven se relamió.

Heather se mantuvo en silencio, pensando en por qué, si el vaquero era el hombre más codiciado de Monroe Park, no estaba casado.

—No es mi tipo —dijo al rato para despistar a Cathie.

La chica bufó.

—Eres una mentirosa, Heather. Se te ha subido todo el rubor a la cara. No te es indiferente.

—Es un patán y un mujeriego —susurró Heather.

—Bueno... Tal vez no ha conseguido una mujer que le agrade.

Heather hizo una mueca de incredulidad.

Después de quince minutos ambos aparecieron sonriendo y charlando de forma amena desde la parte posterior. Heather no podía creer el coqueteo descarado que estaba contemplando por parte de la dependiente. Parecía que a la tal Rose Mary se le caería la enagua por el vaquero y el hombre se valía de su típica sonrisa para embobarla.

—Como siempre, Rose Mary, ha sido un placer verla. —Luke se tocó la punta de su sombrero—. Señoritas, que pasen buenas tardes.

Tan pronto estuvieron a solas, Heather pudo respirar con normalidad. Agradecía la desaparición del hombre.

—¿Sabe, señorita Harrison? —comentó Rose Mary con tono cómplice—. Es usted una mujer muy afortunada. No sabe cómo la envidio.

—¿Por qué dice eso?

—El señor Montana siente una profunda admiración por usted.

Heather se sintió incómoda con aquel comentario tan impertinente.

—Ha pagado por el vestido.

Cathie soltó un corto grito de emoción mientras aplaudía.

—¿Cómo que ha pagado por el vestido? —preguntó Heather, atónita.

—Sí, lo dejó saldo como un regalo para usted.

La joven miró a la dependiente sin comprender lo que decía. Cuando al fin fue capaz de procesar la actuación de Luke Montana se prometió a sí misma que la próxima vez que se encontrara con el vaquero le demostraría que ella no era una más de las mujeres de Monroe Park. Estaba decidida a no deberle nada.

# Capítulo Once

“Las degollaré como vulgares perras”

El baile inaugural tuvo lugar en un salón privado propiedad de uno de los barones del ganado más rico de Monroe Park, Henry Rose. Dueño de un rancho muy próspero, con cerca de veinticinco hectáreas dedicadas a la crianza de ganado, ubicado a las afueras del pueblo. Solía presumir que tenía dos mil quinientas cabezas para exportar hacia el norte, aunque en realidad su rebaño solo alcanzaba ochocientos ejemplares. Por su empeño de presumir, hacía un año que había ordenado la construcción de aquel enorme lugar que había servido para las celebraciones más vanas de los pueblos aledaños.

Cuando Heather atravesó el ostentoso salón del brazo de Jake Cassidy sintió cómo la mayoría de las miradas se concentraron en ellos. Le resultaba incómodo observar de soslayo los comentarios de algunas mujeres chismosas y las murmuraciones de algunos caballeros.

El vestido azul resultó ser el foco central de la noche entre las mujeres más interesadas en la moda, tanto que algunas se acercaron para preguntarle sobre los detalles de la confección. Durante la primera hora de la velada Heather se dedicó a bailar con Jake, luego se confundió con un grupo de jóvenes que tomaba el aire en la terraza, momento en que el joven Cassidy aprovechó para interactuar con algunos hombres y beber *whisky* en la barra.

—Entonces, ¿eres la nueva pareja de Cassidy? —preguntó Janet, una de las jóvenes.

—Solo soy su amiga.

—La pobre Reneé debe estar devastada —comentó otra joven de finos ademanes. Desde el inicio de la conversación había observado a Heather con cierto desprecio.

—No creo que esté tan devastada como dices, querida —dijo Bertha Allen, una joven de apariencia poco privilegiada, pero con una enorme pecunia a su disposición, pues era la hija de un rico lugarteniente de Evanston—. Acabo de verla del brazo de otro chico, no tan guapo como Jake, pero sonreía feliz. Estaba en la calle Main disfrutando de la fiesta de independencia.

—Deberíamos estar allá —comentó Janet—. Así no nos aburriríamos como ostras.

—¡Qué asco! —dijo la joven de finos ademanes—. ¿Y permitir que esos estafalarios vaqueros nos saquen a bailar?

Heather se disculpó para apartarse del grupo. Le parecía que la conversación carecía de importancia. Odiaba la gente prejuiciosa. Por un momento pensó que si esas jovencitas descubrieran el origen de su lugar de trabajo terminarían por arrastrarla hasta la salida. Miró su vestido. No podía creer que una simple prenda de vestir fuera la llave para que ciertos círculos sociales declararan a alguien “persona grata”.

Se apoyó en la balaustrada de madera que daba hacia un hermoso jardín y cerró los ojos para relajarse un poco.

—Luces hermosa con ese vestido. —Una vez más el vaquero la sorprendía.

Después del sobresalto inicial, Heather se giró para enfrentarlo. Quedó impactada al verlo con un traje formal de color oscuro que destacaba el color grisáceo de sus ojos.

—Le pagaré hasta el último centavo que gastó en este vestido.

—Prefiero tus besos —dijo con tono meloso.

—¡Descarado!

Luke sonrió. Fue en ese momento en que Heather sospechó que al hombre se le había ido un poco la mano en la cantidad de copas ingeridas porque se veía más liviano que de costumbre.

—Sí, me debes el vestido. Tienes que remediarlo, Heather. La última vez que me pagaste por un favor quedé muy satisfecho.

—¿No le da vergüenza? ¡Está ebrio!

—Un poco —sonrió con sus ojos mareados.

—Pues debería retirarse de la fiesta. Su comportamiento es reprochable.

—Te dije que solo a veces me comporto como un caballero —Volvió acercarse para hablarle al oído—. Es la única manera de disimular lo cabreado que me pone verte bailar con el idiota de Jake Cassidy.

A Heather le agradó su confesión, pero logró disimular con su indiferencia.

—¿Bailamos?

—¿No ve que ando acompañada?

—Ahora mismo te veo sola. —Luke apoyó ambas manos en el balaustre para atraparla—. Cassidy es un imbécil. Si fueras mi acompañante no te dejaría sola en esta manada de lobos. Te cuidaría como mi más grande tesoro.

Se le acercó al punto de que Heather podía sentir su aliento recorrerle la mejilla. Intentó evitarlo al empujarlo, pero el cuerpo del hombre era como una mole de piedras.

—Déjeme, por favor. No quiero que este encuentro se preste para malas interpretaciones.

—¿Tanto te importa lo que piense Cassidy?

—Jake ha sido muy atento.

Luke volvió a sonreír, solo que esta vez no mostró los dientes, por el contrario, apretó su mandíbula.

—Cassidy se ha convertido en el caballero perfecto, entonces.

—Luke, te andaba buscando. —La mujer rubia que había visto con el vaquero frente al hotel apareció de forma inoportuna—. No sabía que...

El hombre se alejó para disimular.

—Ella es Heather Harrison, una amiga —la presentó Luke.

Al ver que la mujer extendió su mano Heather no tuvo otro remedio que corresponderle el saludo.

—Virginia Mason, corresponsal del Bostone Tribune. —Se presentó la rubia—. Van a dar el brindis, por eso te buscaba.

Ante los ojos atónitos de Heather, la periodista se apoyó del brazo de Luke y, aunque el hombre lucía un poco incómodo, no hizo nada para remediarlo.

—Vamos —dijo él.

Quiso abofetearlo por falso. Jamás había sentido tanta indignación y cólera. Tuvo que contenerse para no delatarse, pues los celos la consumían. Se giró hacia el jardín y apretó sus manos en el pasamanos del balaustre para intentar contener su frustración. Sintió terror al pensar que comenzaba a albergar sentimientos por ese hombre. Era imposible, Luke Montana era el último hombre en la tierra al que debía prestarle su interés. Se convenció de que se trataba de una infatuación momentánea y que con un poco de esmero de su parte comenzaría a verlo tal cual era, un aventurero.

A mitad de la noche, fue testigo de cómo el vaquero disfrutaba en los brazos de la tal Virginia Mason, razón suficiente para que no pudiera disfrutar de las atenciones de Jake ni de las amenidades de la fiesta. Veía cómo ambos sonreían y bailaban al compás de la música. Era imposible negar que hacían una linda pareja. Incluso, deberían tener casi la misma edad y no la diferencia de una década entre ella y Luke. Sintió un resquemor y unas ganas inmensas de reprocharle al hombre que

desde su llegada a Monroe Park le había robado su atención, pero se arrepintió al entender que entre ella y ese hombre no existía nada.

—¿Te sientes bien, Heather? —Pensó que disimulaba muy mal, pues hasta Jake se había dado cuenta de su cambio de humor.

—Sí, solo que estoy un poco cansada.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Un par de piezas más y me acompañas a la pensión.

Intentó centrar toda su atención en el apuesto rostro de Jake Cassidy, pero fue difícil interesarse cuando tenía al vaquero a veinte pasos de distancia, disfrutando en los brazos de una hermosa mujer. Se valió de toda su osadía y en un impulso le plantó un beso al hijo del sheriff. Buscaba que ese acto contundente le hiciera sentir al vaquero lo mismo que ella estaba sintiendo.

\* \* \*

A esa hora de la madrugada la tensión por los pasados acontecimientos no la dejaban dormir por más que se había empeñado. Suponía que su insomnio se debía al arrepentimiento que sentía al haber utilizado a Jake Cassidy con el propósito de fastidiar al vaquero, aunque el hijo del sheriff pareció encantado con sus besos. Al punto de que cuando se despidieron frente a la puerta de la posada el hombre aprovechó para repetir el suceso. Heather tuvo que insistir para que se separaran.

Jake había persistido en acompañarla hasta la habitación, pero si hubiese aceptado su ofrecimiento, el hombre tal vez lo hubiese confundido con una invitación para que compartiera también su cama. Le pareció escuchar el discurso de su madre sobre las relaciones sexuales fuera del matrimonio: “Las mujeres decentes esperan a casarse. Lo demás es pecado”.

Cerró los ojos para ver si así lograba poner su mente en blanco a la vez que rogaba para que esa noche no surgiera una escaramuza que la obligara a dormir debajo de la cama. Presentía que con la celebración de independencia que se vivía en las calles el pueblo viviría un nuevo episodio de violencia.

Entonces, por si fuera poco su tormento, le vino a la mente el malsano pensamiento de que en ese momento Luke Montana debería estar intimando con la periodista en alguna habitación del hotel. La imagen que se coló en su cabeza fue dolorosa, por eso se empeñó en pensar en otra cosa. Recordó que cuando no podía dormir su madre le decía que pensara en un valle repleto de margaritas.

El intento estaba funcionando, pero cuando estaba a punto de caer en un profundo sueño le pareció escuchar un ruido proveniente de la ventana. Como medida de precaución se levantó para asegurarse de que estaba cerrada. Con seguridad era la brisa la que producía ese sonido, pero para su sorpresa se topó con que la figura del vaquero irrumpió en la habitación en medio de la oscuridad.

—¿Qué... qué hace aquí? —Se llevó la mano al pecho, aterrada—. ¿Cómo se le ocurre entrar por la ventana?

—¿Esperabas a alguien más? —Los rayos de la luna le permitían descifrar que el vaquero tenía el rostro parco. Parecía le había pasado el mareo de la ebriedad—. ¿Jake Cassidy, acaso?

—¿De qué habla? —Heather hablaba en susurros para evitar despertar a los demás huéspedes de la pensión.

—Vi cómo te besaba en la entrada.

—¡Váyase!

—¿Te ibas a acostar con él?

—¿Cómo se atreve? ¿Con qué derecho irrumpes en mi habitación? Lárguese o gritaré.

Heather estaba determinada a estrellar su mano contra el rostro de Luke cuando el hombre la tomó de la muñeca.

—¿Por qué lo besaste?

—Porque se me antojó. —Quería provocarlo.

Luke fijó su mirada en los labios de Heather.

—Estabas hermosa en el baile.

—¡Suélteme!

—Lo único que lamento es haberte contemplado bailar en los brazos de ese idiota.

—Sí, lo vi muy compungido en los brazos de la rubia.

—Es bueno ser amable con la prensa, ¿no crees?

La joven intentó zafarse de las manos del vaquero.

—¡Engreído!

—¿Qué te sucede conmigo? —preguntó él muy cerca de su oído, provocándole unos espasmos muy placenteros—. Ante eras más dulce.

—No quiero ser dulce con usted. —Lo enfrentó con desafío—. No soy como sus amiguitas que le rinden pleitesías. ¿No le funcionó la conquista de la periodista? Parecía atada a su cuello.

—¿Estás celosa?

Heather soltó una carcajada irónica.

—Usted me es indiferente señor Montana. Entiéndalo de una buena vez.

Luke la liberó.

—Tu cuerpo te delata. Estás temblando.

—Si entra un hombre a la habitación de una mujer decente a la medianoche, ¿cómo cree que reaccionaría?

—No haré nada que no quieras —dijo él con actitud insinuante.

—Lo que quiero es que se marche.

—No suenas muy convincente, Heather.

Luke volvió a sonreír.

—Le pagaré el vestido, señor Montana.

Buscó su bolso en medio de la oscuridad, pero calculó mal su maniobra porque el hombre aprovechó para acercarse a su espalda, la rodeó por la cintura con sus potentes brazos y se adueñó de su cuello con una furia que redujo todas sus defensas. Con gran destreza la fue enredando hasta que provocó que perdiera la voluntad.

—¿Te hubieras acostado con ese imbécil? —le preguntó él con voz aterciopelada a la vez que la giraba.

—Ni con ese imbécil ni con ningún otro.

—No te creo. —La besó hasta que la escuchó jadear—. Dime que no me deseas y me marcharé.

—No me haga esto, por favor.

—Los dos lo deseamos.

Luke fue jugando con su camión hasta tenerla completamente desnuda ante sí.

—Eres más hermosa de lo que imaginé. —La admiró fascinado.

Con ternura le acarició los dos promontorios que adornaban su pecho sin dejarla de mirar a la cara. Se deleitó rozándolos a su antojo hasta que vio que la joven cerraba los ojos para entregarse al goce.

—¿Te gusta?

—Mucho. —Era sincera.

—Voy a besarlos.

La delicadeza con que el vaquero la trataba la conmovía, pues sospechaba que el hombre contenía toda su pasión para que ella a su vez disfrutara. La boca de Luke Montana sobre sus pechos la hicieron perder la noción del tiempo y para cuando fue consciente vio que él se arrodillaba ante ella para darle placer con su boca. Se aferró al cabello del vaquero para guiarlo a su interior, hasta el centro de su placer. No supo cuántas veces disfrutó de aquel frenético cosquilleo que la devolvía a la vida, pero el temblor de sus piernas y la leve debilidad que la recorría le dejaban ver que fueron suficientes como para pedir una tregua, que el hombre no parecía querer otorgarle.

Luego, él se incorporó para deshacerse del corbatón y de la camisa. Fue la primera vez que ella veía su amplio pecho, fuerte, completamente desnudo, por eso le pareció imposible no acariciarlo.

—Te advierto que no soy un amante tradicional, Heather. En la cama no suelo ser un caballero, pero te prometo que lo disfrutarás tanto como yo.

La joven lo miró en medio de un mar de incertidumbre, con sus ojos ansiosos y su cuerpo tiritando de deseo.

—Bésame —le pidió el hombre cuando estuvo completamente desnudo frente a ella.

Su poca experiencia en asuntos de cama la hicieron dudar, pero la experiencia de Luke la fue guiando hasta que sus instintos despertaron. De esa forma lo besó en su cuello y en su pecho hasta que el hombre comenzó a lanzar gruñidos de placer. Hizo que lo tocará en su excitación, una experiencia que, aunque no era nueva para ella, era demasiado apasionante, pues en ese momento no lo hacía por obligación o bajo amenaza, sino por puro placer.

—Quiero que te relajes y disfrutes —le dijo él al oído.

—Es demasiado lascivo lo que estoy haciendo. Jamás...

—Para nada, preciosa. Es una de las mejores formas de darle placer a un hombre. —Volvió a devorarle la boca con la intención de que olvidara todos los prejuicios impuestos por la sociedad.

Pese a que la consciencia de la joven le gritaba que dejara de acariciarlo de aquella forma tan maliciosa, su deseo era más fuerte. Se sentía poderosa al verlo estremecerse con solo cerrar su mano y continuar un movimiento lento y rítmico sobre su miembro.

Sin embargo, el recuerdo doloroso de las imposiciones de Richard la agobiaron. Evocó las veces que el cuatrero la obligó a arrodillarse frente a él para hacer cosas con las que no estaba de acuerdo. Era humillante y doloroso.

—¿Estás bien? —le preguntó Luke al ver su semblante—. Quiero que todo lo que hagamos lo disfrutes.

—¿A ti te gusta? —preguntó ella con cierta ingenuidad.

—Demasiado. No sabes cuánto —confesó él.

La joven le besó el pecho y fue bajando por su vientre hasta colocarse frente a él de rodillas. A diferencia de las veces anteriores, en las cuales se sintió asqueada, esta vez se sentía atraída. Escuchar los gruñidos del vaquero y sentir sus potentes manos halando de su cabello para guiarla era fascinante, junto a sus palabras alentadoras. Lo escuchó decirle: “Cariño eres hermosa”, “Te deseo tanto”, “No pares, por favor”. Frases muy distintas a las que escuchaba de la boca de su exmarido, un egoísta, poco hombre que la trataba como su esclava.

Pero en esa ocasión se sentía poderosa y los jadeos del vaquero le resultaban tan apasionantes que se esmeró en propinarle todo el placer que le fue posible, olvidando todas sus culpas, creencias y miedos.

—No voy a poder aguantar —dijo él sin apenas abrir la boca a la vez que la ayudaba a

incorporarse—. Eres una bruja, Heather Harrison y me has hechizado.

La tendió sobre la cama despacio sin dejar de acariciarle su húmeda femineidad. De vez en cuando durante ese candente encuentro el vaquero tuvo que ahogar los jadeos de la joven con sus besos para evitar que su desenfreno se escapara fuera de la habitación. Maldijo en su mente, hubiese sido delicioso poseerla en su cama, en La Alamosa y que sus gritos se escucharan a millas de distancia.

—Esto no está bien, Luke. —Un último instante de lucidez hizo que lo empujara.

—Es lo que hace un hombre y una mujer cuando se desean como nosotros lo hacemos, cariño. Entrégate y no pienses en nada más. —Le besó la frente—. Solo en nosotros... En lo mucho que nos deseamos.

El hombre le acalló la boca con la suya y continuó deleitándose con su cuerpo. A pesar de que era una mujer diminuta, se acopló muy bien al enorme cuerpo del vaquero. En un principio se resistió a hacer el amor sobre él, pero con tenacidad Luke logró convencerla. Verla cabalgar sobre su fibroso cuerpo como si se tratara de una experta amazona lo volvió loco. Su cabello libre y salvaje, junto a su boca hinchada, lo encendieron de deseo. Esa mujer era exquisita. Una amante tímida, mas no remilgosa, que tan pronto vencía las barreras iniciales del pudor, se entregaba al goce y al placer que él le daba.

Luke no pudo contar las veces que la llevó hasta el infinito, pero fueron varias, hasta que no pudo contener su propio deseo y entrelazó sus manos con las de ella para entregarse. Una paz sublime lo invadió cuando la mujer quedó rendida sobre su cuerpo, con el corazón palpitante y su cuerpo bañado en sudor.

Era suya. Esa era la única certeza absoluta, Heather Harrison era su mujer.

\* \* \*

**J**ake Cassidy parecía caminar sin rumbo entre los vecinos que aún disfrutaban de la fiesta de independencia. A pesar de que estaba a punto de amanecer todavía quedaba una masa compacta que atiborraba la calle principal. A medida que el joven se adentraba en el grupo, iba saludando a los conocidos. Se arrepintió de terminar la fiesta en el *saloon* de Eladio Valverde, pero después de recibir el rechazo solapado de Heather frente a la puerta de la posada, no tuvo más remedio que desquitarse el enojo con un varias copas de *whisky* y varias mesas de billar entre una turba de forajidos y hombres de baja estima.

Ahora trastabillaba entre los transeúntes. Lo que quería era evitar llegar a la habitación en la casa de su padre, aquel rincón que su progenitor había dispuesto en la residencia de su nueva mujer. Se sentía como un arrimado al cual había que compadecer. Maldecía la miseria que acarreaba su trabajo. No quería conformarse con la paga de menos de un dólar al día. A veces acudía a su mente la loca idea de irse del pueblo a probar suerte como vaquero en Texas. Al menos allí tendría nuevas oportunidades. Sabía que tenía las dos cualidades esenciales para destacar en el desempeño de la tarea: buen tirador y buen jinete.

De pronto, la imagen de Reneé golpeó su mente. Pensó en que sería fantástico amancebarse con la chica. Disfrutar de su cálido cuerpo y saciarse de placer ante sus caricias, pero sería utilizarla para calmar la frustración que lo dominaba. Chascó la lengua y tiró su cigarro. Lo mejor era dirigirse a su cama y acabar rendido, de esa forma no tendría que pensar en nada.

Entonces, le pareció ver a lo lejos una figura muy parecida a la pelirroja. Cuando agudizó la vista

contempló que iba del brazo de Bob. Ambos sonreían y de vez en cuando se besaban. Una furia centellante lo impulsó a caminar en su dirección.

—Hola, Jake, ¿qué haces aquí? —preguntó Reneé evidenciando que apenas se podía sostener de pie por la borrachera.

—¿Has bebido, Reneé?

—Un poco —dijo la pelirroja, sonriente—. Tú también, Cassidy. Apenas puedes sostenerte.

—La chica anda conmigo, Jake —intervino Bob.

Jake lo empujó con el propósito de que se apartara de la joven, pero el hombre repelió el ataque propinándole un puñetazo certero en la barbilla, que provocó que el hijo del sheriff fuera a parar al suelo. Se recuperó de inmediato y embistió a Bob con su hombro para tirarlo. Ambos rodaron por el polvo en medio de una lluvia de golpes, unos más certeros que otros hasta que algunos vecinos intervinieron.

Al final, Jake terminó con su labio partido y un ojo amoratado, pero Bob llevó la peor parte, pues apenas podía abrir los párpados. La pelea culminó cuando el propio John Cassidy apareció entre la multitud para llevarse a su hijo hasta la delegación.

Cuando estuvieron dentro de su oficina, el sheriff le propinó una cachetada dolorosa.

—Escúchame bien —Lo tomó por la camisa para que lo mirara a la cara—. No necesito que te comportes como un imbécil ahora que estamos en medio de la batalla con estas alimañas que acaban de llegar al pueblo. ¿No entiendes? Estamos a punto de perderlo todo, Jake.

—Es que ese tipo emborrachó a Reneé para aprovecharse de ella.

—¿Y crees que Reneé necesita que la defiendas? Ella se vale por sí sola. La he visto pelear con dos imbéciles a la vez.

Era cierto, un día dos forajidos invadieron la delegación con ciertas amenazas, pero la joven, entrenada por sus cinco hermanos varones, les fustigó una paliza en la cual los hombres tuvieron que suplicarle piedad.

—Eres tan imbécil que la dejas ir y ahora cuando la ves con otro no lo soportas. Lávate la cara y ve a dormir. Mañana hablaremos.

Jake obedeció a su padre y salió de la delegación.

En cambio, Cassidy se quedó dentro de su fortaleza con el pensamiento que por los últimos días le había rondado en la cabeza, tal vez la mejor alternativa era enviar a Jake a Knoxville cuanto antes. Monroe Park era una bomba de tiempo a punto de estallar y cuando eso sucediera no quería que su único hijo estuviera allí porque quizá no tendría la oportunidad de defenderlo.

\* \* \*

**E**sa mañana, cuando el resplandor que se colaba por la ventana la despertó, Heather abrió los ojos despacio para acostumbrarse a la claridad que invadía la habitación. De primera intención, el sopor no la dejó recapacitar sobre su desnudez. Entonces, recordó lo sucedido y se cubrió la cara para contener la culpa que la acogió de manera avasalladora. El remordimiento ante su liviano comportamiento era como un cruel azote en su mente.

De la figura de Luke Montana no quedaba ni la sombra. Pensó que estaba enloqueciendo y que todo lo ocurrido la noche anterior había sido producto de su imaginación. Sin embargo, las indiscutibles señales de su cuerpo en forma de cardenales y el dolor en algunas partes le confirmaron que todo fue real y que se había entregado al vaquero. ¿Cómo se permitió la ligereza de acostarse

con ese hombre?

Lloró sobre su almohada con amargura y desazón, pesando en que una vez más caía en el error de enamorarse de un hombre que no le convenía.

Los golpes de Margot en la puerta la obligaron a calmarse. Se cubrió con el camisón, se sacudió la nariz con un pañuelo e intentó poner orden en la cama antes de dejar que la mujer entrara. Limpió su rostro frente al espejo de la cómoda e intentó acomodarse el cabello.

—Niña, ya comenzaba a preocuparme —dijo la mujer cuando logró acceso a la habitación. Aparentaba no saber nada de lo acontecido. Por un momento Heather temió que la posadera viniera a reclamarle por los ruidos de la noche anterior—. Es media mañana. ¿Te sientes bien?

—Sí, solo que me siento un poco cansada. —Heather ocultó su rostro.

—La celebración duró hasta hace unas horas. Los vecinos han comenzado a recoger los desperdicios. Dicen que se cuentan en docenas los intoxicados en el viejo hospital y que la fila en la delegación para hacer querellas llega hasta la calle. Es una barbaridad. Está muy oscuro aquí. —Margot abrió la ventana de la habitación—. Gracias al cielo que anoche no hubo ninguna desgracia, excepto algunas peleas. —La mujer regresó su mirada para contemplar a la joven—. Puedo hacer una excepción, y si te sientes mal, traerte el desayuno.

—No tengo hambre, señora Thompson —dijo la joven, sin ánimo—. Gracias por preocuparse.

Margot cruzó sus brazos a la altura del pecho.

—¿Has llorado?

Heather se mantuvo en silencio.

—¿Extrañas a tu familia? Cielo, pronto tu tía regresará. Ya verás.

El dolor de la separación de su familia había quedado en un segundo plano en comparación con la compunción que predominaba en su mente en aquel momento.

—Le diré a Eugene que te suba algo ligero. Con una sopa te animarás. Trata de descansar.

Cuando la mujer salió, Heather buscó agua para preparar el baño. Lo que necesitaba era remover el olor de Luke Montana de su cuerpo y acabar con las huellas de sus caricias y sus besos. Tal vez de esa forma lograba también recobrar la sensatez y de paso sacarlo de su mente, de su vida y de su corazón.

\* \* \*

**L**o último que vio Ralph Ferguson, el capataz del rancho Granby, durante su huida del lugar fue que una enorme llamarada consumía la casa principal y el corral de los caballos. Jamás olvidaría el bramar de los animales ante su histeria por salir de aquel infierno. Al menos le quedaba la satisfacción de que pudo liberar a la mayoría de los caballos, entre ellos a Mona y a su porillo. Fustigó su caballo para ganar velocidad y perderse en el oscuro camino.

Se convenció de que solo un golpe de suerte los libró del ataque de Richard Perkins y de sus hombres. Ahora con Bill Harrison muerto y el rancho sumido en las cenizas tenía un único destino, reencontrarse con la hija mayor de su difunto patrón para apercibirla de la amenaza del temible cuatrero. “Las encontraré y las degollaré como vulgares perras”, había jurado Perkins enceguecido por la venganza frente a los cadáveres de Bill y su esposa, Sara.

Por lo pronto, el asunto era llegar hasta Monroe Park antes de que Perkins supiese el destino de Heather y así reunir a las hermanas. Consoló a Betty, quien para ese momento estaba aferrada a su cintura, sobre el lomo de su caballo, en medio de un llanto desconsolador.

—Llegaremos pronto, señorita. Trate de calmarse.

Como buen católico, Ralph se persignó, rezó un Dios te salve y le pidió a San Judas Tadeo que lo guiara por el camino.

# Capítulo Doce

*“Eres mi mujer”*

—Hacia tiempo que no te veía tan alegre —comentó Roig Buchanan al escuchar a Luke tararear una canción.

El vaquero tenía su rostro relajado y una sonrisa, que siempre perdía a media mañana según los problemas en La Alamosa se iban desatando, pero que ese día se mantenía intacta, pese a que le acababa de informar que algunos carpinteros se habían ausentados después de la jarana de la noche anterior.

A Luke pareció no importarle.

—¿Estás bien? —insistió Roig, desconcertado.

—Mejor que nunca —dijo Luke mientras acomodaba los palos que utilizaría para la extensión del potrero.

—No suelo ser curioso, pero me rompo la cabeza por saber qué te pasa. ¿Acaso cobrarás una cuantiosa recompensa?

—Hacia mucho que no me sentía tan feliz, Roig. Eso gracias a una mujer maravillosa.

—¿Te enamoraste? —preguntó Roig con una sonrisa burlona.

Luke guardó silencio. No había querido discurrir entre si sentía amor o deseo por Heather. Lo importante era que esa mujer lo hacía sentir vivo, por eso no quería pensar en qué sucedería después. Recordó cómo su diminuto cuerpo se había contorsionado con sus caricias. Le apasionaba la manera de mirarlo, con su rostro tímido, pero anhelante de deseo. Tuvo que desviar sus pensamientos por miedo a que Roig advirtiera su deseo.

—No, no me he enamorado.

Roig soltó una carcajada a la vez que buscaba nivelar un panel de madera.

—¿No estás enamorado? Bueno... tienes cara de tonto, Luke.

—¿Mala señal?

—Malísima.

—¿Tú te has enamorado, Roig?

—Una vez.

—¿Tenías cara de tonto?

—Vivía arrastrándome por esa mujer, pero después me di cuenta que jugaba conmigo.

—No sabía esa parte tan sensible de ti. —Luke se burló.

—Sufrí tanto que se me olvidó el amor. Ahora solo disfruto de las mujeres.

Eso mismo le había sucedido a Luke. Perder a Zoe, su difunta esposa, lo había incapacitado para amar, por eso disfrutaba lo que las mujeres estaban dispuestas a darle sin mayores compromisos. Sin embargo, Heather Harrison era distinta. No era una mujer para disfrutar de una noche, si fuera así a esa hora se sentiría saciado, y ese no era el caso. Desde que abandonó la habitación de la posada esa madrugada no hacía otra cosa que pensar cuando tendrían la oportunidad de otro encuentro en donde se exploraran nuevamente. Iría esa misma noche a buscarla para poseerla.

—Luke, Steven Robinson vino a verte —interrumpió Marta, la ama de llave, cuando dejó una fiambra en una mesa de madera—. Les traje algo de comer.

—Gracias —dijo Roig mientras Luke se dirigió a la cabaña.

Odiaba que las visitas llegaran sin ser invitadas porque la mayoría de las veces le hacían perder el tiempo, pero Steven era un buen amigo que siempre lo mantenía muy bien enterado de las noticias del este, y eso era muy importante para él. Había sido su cómplice cuando se convirtió en el mejor tahúr en el oeste del Mississippi. Con él no tenía que representar ningún papel porque era de los pocos que conocían la historia verdadera de Jimmy Fitzgerald.

Cuando entró en la casona encontró a su amigo escudriñando entre los licores de su biblioteca. Sonrió al ver que su nuevo puesto en la agencia Pikerton le obligaba a vestir como un elegante barón.

—¿A quién pretendes engañar con ese disfraz? —preguntó Luke de forma jocosa.

—Tengo que despistar a la gente. ¿O quieres que me reconozcan?

Ambos se abrazaron con afecto.

—Hacía tiempo que no sabía de ti, Steven.

—Estoy en medio de una investigación y decidí visitarte. Siempre tienes el mejor *whisky*.

—¿Cómo te va en el nuevo trabajo? —Luke vertió el líquido en dos vasos.

—Esta vez no me vas a creer, persigo a una mujer.

Luke soltó una carcajada y le entregó la bebida.

—Espero que sea hermosa.

—Yo también. Podría sobornarla antes de entregarla a la agencia —dijo el hombre después de tomarse el primer sorbo de su bebida.

—¿Y qué hizo esa perversa?

—Mató a uno de los hermanos Larrousse en el valle de los cheyennes. Debe ser una gran pistolera porque acabó con uno de los dúos más peligroso. Eso o encubre al asesino.

—¿Y qué te hace pensar que una mujer participó en el hecho?

Steven sacó un abanico de mano del interior de su chaqueta. El objeto estaba cubierto por encajes y exhibía las iniciales H.H. junto al búho insigne de Lyon. Una poderosa premonición acogió al vaquero. Se quedó mirando la pieza por un periodo considerable a la vez que se le iba desfigurando el rostro. El emblema era semejante al colgante que lucía Heather, sin descartar que las iniciales coincidían con las de la chica. Demasiadas coincidencias.

—¿Y tienes algo más que la inculpe? —preguntó Luke evitando parecer demasiado interesado. Sabía lo perspicaz que era Steven.

—La verdad es que me he roto la cabeza pensando. Lo curioso es que los hombres fueron desarmados. Es todo muy confuso. No creo que haya sido ella, pero debe saber la identidad del asesino.

—Creo que deberías buscar en otra parte. —Luke vació el *whisky* de su vaso de un solo sorbo.

—¿En estos días no ha llegado alguna mujer extraña a Monroe Park?

—No, y te recomiendo que ni asomes tus narices por allí. Acaba de llegar un nuevo juez federal que insiste en ahorcar a cualquiera que le parezca sospechoso.

Stevenson soltó un gruñido.

—¡Malditos yanquis!

—Busca hacia el norte —le recomendó Luke.

—Bueno, amigo —el hombre estiró la mano para despedirse—, como siempre, es un placer saber que estás bien.

—A tu orden. Suerte con la pistolera.

—Gracias. Espero dar con ella pronto.

Cuando al fin el hombre abandonó La Alamosa, Luke pudo recuperar la calma, aunque no estaría en paz hasta enfrentar a la descarada de Heather Harrison. Esa mujer tenía mucho que explicar.

¿Acaso había montado todo aquel espectáculo de mujer decente y desprotegida para ocultar las fechorías de su exmarido? ¿Lo estaría ocultando?

\* \* \*

**R**eneé intentaba poner orden en la recepción de la delegación. Ya iba a ser mediodía y las incalculables querellas de los vecinos no cesaban. Desde robos de caballos hasta desapariciones fueron el saldo de la celebración de independencia. Lo peor de todo era que sentía que la cabeza le estallaría de un momento a otro tras la resaca de la noche anterior.

A esa hora Jake Cassidy no había asomado las narices por el lugar. Sospechaba que, tras la pelea con Bob, el hombre intentaba recuperarse. Sin embargo, quince minutos después el hijo del sheriff apareció con su cara desfigurada y su labio hinchado. Quiso consolarlo, pero recordó lo vil y cruel que solía ser cuando la trataba como si no le importara. Además, estaba segura de que se estuvo revolcando con la tal Heather Harrison. Así que aquella golpiza la tenía muy bien merecida.

—Buenos días —le dijo, pero la pelirroja fingió que estaba inmersa en su trabajo—. ¿No me escuchaste? Te di los buenos días.

—Buenos días. —Reneé se manejaba con ligereza tomando nota de los incidentes que los vecinos le compartían.

—¿Amaneciste bien?

—Perfecta.

—Espero que tu novio haya terminado en el hospital.

—Es una roca. Imposible que eso sucediera.

En ese momento Jake ayudó con las peticiones de los vecinos que quedaban. Con ello buscaba quedarse a solas con la pelirroja.

—Me disgustó mucho verte borracha —dijo él cuando salió el último querellante.

—No tienes ningún derecho.

Jake la tomó del brazo.

—Eso no significa que no me importes.

—Creo que deberías ir al hospital para que te atiendan.

—No quiero que salgas con ese tipo.

—Saldré con quien quiera porque soy soltera y no serás tú quien precisamente me brinde ese tipo de consejos.

—Lo hago por tu bien.

—Suenas como mi abuela. —La pelirroja se le acercó para desafiarlo—. No quiero nada contigo, Jake Cassidy. Espero que lo tengas muy claro.

La pelirroja se perdió en el pasillo ante los gritos y exigencias de su jefe. Jake golpeó contra la superficie del escritorio. No quería perder la oportunidad de conquistar a Heather Harrison, pero lo volvía loco la posibilidad de que Reneé terminara con otro hombre.

\* \* \*

**L**uke Montana atravesó la entrada de la posada con la furia de un torbellino. La felicidad que lo había acogido esa mañana se había esfumado después de su descubrimiento. Se lanzó de su caballo apenas llegó frente a la estructura. Su semblante rudo y su rostro serio revelaban que manejaba una

ira de mil demonios. Margot dejó de atender a un nuevo huésped al verlo entrar.

—Disculpe, señor Hamilton —se excusó con el anciano—. Debo atender un asunto.

La mujer salió de detrás del mostrador para acercarse al vaquero.

—¿Está Heather? —preguntó Luke.

Margot revisó el reloj que colgaba de una de las paredes.

—Aún no sale del trabajo.

—¿Trabajo?

—¿No sabes? Hace unas semanas que Sophie Sinclair la contrató.

Ese desafortunado dato fue como si hubiesen derramado un balde de agua fría por la cabeza del vaquero. Se giró sobre sus talones para dejar el lugar y, aunque Margot intentó detenerlo, no le dio espacio para que defendiera lo indefendible. Instigó a Sombra con sus espuelas para dirigirse al burdel a toda prisa. Esa farsante de Heather Harrison conocería todo lo cruel que él era capaz de ser. Se arrepentiría de su juego.

La rabia lo consumía a medida que iba dejando el pueblo. ¿Cómo fue tan estúpido de pensar que esa mujer era distinta? La imaginaba en los brazos de esos vagabundos que frecuentaban el burdel, desde barones del ganado hasta el más estafalario de los bandidos. ¿Cómo pudo albergar por ella el más mínimo afecto? ¿Cómo había caído en los brazos de esa meretriz? Se convenció de que era muy buena fingiendo cuando la noche anterior parecía más una virgen inexperta, que una mujer divorciada. La tensión que manejaba era tanta que le dolía la mandíbula. Cada vez que el caballo buscaba un resuello, Luke le clavaba las espuelas de sus botas para que apurara el galope.

A su llegada al burdel una de las chicas lo recibió en la recepción con una sonrisa provocativa.

—Qué bueno que nos visites, Luke. Hace tiempo te echábamos de menos —le dijo al acariciarle el brazo, pero el vaquero la evitó—. ¿Alguna de las chicas que sea tu favorita?

—Heather Harrison. —Le dolió tener que pronunciar su nombre.

La chica lo miró sin entender.

—No tenemos a ninguna chica con ese nombre.

—Tal vez se lo ha cambiado. Es una joven menuda, de cabello cobrizo. Acaba de llegar al pueblo.

—La verdad es que la señora Sinclair no ha contratado a ninguna joven en los últimos meses.

—Elvia, tal vez Luke se refiera a la nueva —intervino otra chica—. La amiguita de la coja.

Luke comenzaba a impacientarse.

—Ven, vaquero, te llevaré a donde ella.

La joven, de movimientos insinuantes, condujo a Luke hasta el final de un pasillo.

—Está ahí adentro —le señaló la joven frente a una puerta y desapareció.

Tuvo que controlar la respiración para intentar calmar su rabia antes de entrar, pero irrumpió en la habitación sin avisar. Quería verla en medio de su fechoría, así ella no tendría excusas y él no tendría remordimientos cuando la tomara por el cuello hasta asfixiarla.

Para su sorpresa la encontró de rodillas trapeando la baldosa y tarareando una canción. Sintió dudas, jamás pensó encontrarla en esa faena.

—Heather. —Los nervios se le tensaron a la joven al distinguir la voz del vaquero a sus espaldas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Heather, aturdida ante la sorpresa de verlo en el umbral de la puerta.

De primera intención intentó evitar mirarlo. ¿Cómo iba a verlo a la cara tras haber cabalgado desnuda sobre su cuerpo hacia unas horas? Se le alteraron tanto los nervios que sentía su cuerpo tiritar.

El hombre tiró la puerta a sus espaldas y la tomó del brazo para que se incorporara.

—¡Suéltame! —gritó ella, indignada—. Lo que pasó anoche no te da derecho a...

—¿Cómo te atreves a engañar a todos? —Luke la tomó del cuello con furia enceguecida para arrinconarla contra la pared—. ¿Cuándo me ibas a decir que eres una meretriz que disfruta con sus engaños?

Heather intentó soltarse, pues su intención era abofetearlo ante tamaño insulto.

—¡Déjame! ¿De qué hablas? —Apenas podía pronunciar. La ira en los ojos del vaquero la asustó. Parecía haber perdido la cordura.

—¿Cuándo me ibas a decir que trabajas en este lugar?

—No tengo que darte explicaciones. —Heather cerró los ojos cuando sintió más presión sobre su cuello.

—¿Te gusta acostarte con muchos hombres?

La joven intentó zafarse. Luchó, pero la fuerza del vaquero la reducía. Luke relajó sus manos y Heather aprovechó para poner distancia. Se acarició el cuello mientras tosía en busca de aliento.

—Trabajo en la limpieza. ¡Salvaje!

El vaquero caminó por la habitación.

—Participaste de la muerte de esos hombres en las llanuras de los cheyennes, por eso el día que te encontré en la oficina del telégrafo estabas mirando los avisos. —La acusó—. Me pregunto a quién estás encubriendo.

Heather abrió los ojos como dos platos cuando el hombre la volvió a atrapar, pero esta vez la rodeó con sus brazos.

—Estás loco. No sabes lo que dice —dijo ella con voz ahogada.

—¿Participaste de esos asesinatos? —preguntó él entre dientes.

—No sé de qué hablas.

La soltó de nuevo.

—De un abanico blanco con tus iniciales y el dibujo del búho que cargas en tu cuello.

Ella permaneció patidifusa, apoyada en la cómoda. Buscaba no enfrentar al vaquero, pues sabía que si Luke se empeñaba tendría que confesar. Con eso lo único que conseguiría era comprometer a Jeff. El anciano solo había actuado para defenderlas del ataque de esos criminales.

—Si me dices la verdad prometo ayudarte, pero si te empeñas —Él la asechaba—, yo mismo te entregaré al juez O'Riley para que te cuelguen.

—¡Eres un desgraciado! —Heather se le fue encima para pegarle, ofuscada de rabia y miedo—. ¡Déjame en paz! ¡Te odio, Luke!

El hombre le sujetó las muñecas con fuerza.

—Dime que sucedió ese día. ¿Estás encubriendo a tu exmarido?

Qué lejos estaba el vaquero de la verdad. De Richard Perkins no sabía desde hacía un año. Ponderó si decirle la verdad o mantenerse firme, y que la entregara a las autoridades.

Ambos se mantuvieron en silencio, cada uno intentando aplacar su ira.

—Ese día, cuando veníamos de camino a Monroe Park, nuestro chofer se detuvo en el camino para hacer sus necesidades —dijo ella al rato a la vez que lloriqueaba—. Los hombres nos sorprendieron. Iban a abusar de nosotras y el chofer lo único que hizo fue protegernos. No tuvo más remedio que dispararles.

Luke soltó un suspiro que Heather no supo descifrar si fue producto del alivio o del hastío, pero al final el vaquero se sentó en la orilla de la cama y ocultó su rostro tras sus manos.

—¿Por qué al llegar al pueblo no dieron cuenta del suceso? —preguntó él sin dirigirle la mirada.

—Jeff insistió en que era mejor callar ante la posibilidad de que lo acusaran y lo colgaran.

—Ahora el problema es que la agencia Pikerton está tras la pista de una mujer con tus iniciales y con la insignia del búho que cargas en tu cuello. —Luke se levantó para arrancarle el colgante.

—¿Por qué haces eso? —Heather intentó detenerlo—. Es un obsequio de mi padre.

—Tienes que deshacerte de esto. —Luke guardó la prenda en el bolsillo de su pantalón—. Es como un estandarte que te inculpa del hecho. ¿No lo entiendes? James Larousse, el hermano de uno de los asesinos, no descansará hasta aclarar los hechos. Tiene el dinero y las influencias para lograr lo que se ha propuesto.

Heather volvió a soltar un llanto ahogado.

—No quiero que me cuelguen —sollozó ella.

—Eso no sucederá.

La tomó de la barbilla para que lo mirara.

—¿Qué haces trabajando en este lugar?

—Fue lo único que conseguí cuando comenzaba a quedarme sin dinero.

—Recoge tus cosas.

Heather lo miró sin comprender qué pretendía.

—Le dirás a Sophie que hoy es tu último día.

—¡No voy a dejar mi trabajo!

—Te irás conmigo.

—¡Claro que no!

—Así tenga que atarte a mi caballo.

Luke la tomó del brazo para sacarla al pasillo. La joven se resistía. Cuando alcanzaron la recepción del burdel, después de recoger sus cosas en la covacha frente al rostro atónito de Cathie, se toparon con Sophie.

—¿Qué sucede? —preguntó la madama.

—Me llevaré a Heather —dijo Luke—. No cuentes más con sus servicios.

—¡Suéltame! —gritaba Heather.

—No puedes llevártela en contra de su voluntad, Luke —dijo Sophie.

—Sí puedo porque es mi mujer.

En eso apareció el hombre de seguridad del lugar y se enfrentó a Luke. Zack Clayton no amilanó al vaquero, aunque le llevaba medio metro de ventaja en estatura y varios kilos en peso.

—La chica no quiere irse —dijo el hombre negro cruzado de brazos en la entrada para evitar la salida.

—Solo gimotea por terca —comentó Luke sin dejar de agarrar a Heather de la cintura.

A Heather le pareció una idea genial decirle a Zack que golpeará a Luke, pero luego pensó que si por su causa le pasaba algo no se perdonaría.

—Me iré con Luke, Zack, no te preocupes —le dijo Heather con voz calmada—. Tengo varias cosas que discutir con él.

El hombre se hizo a un lado para permitirles la salida. El vaquero la arrastró ante la mirada atónita de la madama y de algunas chicas. Heather buscaba que la soltara, pero la fuerza del vaquero parecía inquebrantable.

La soltó cuando llegaron a donde Sombra los esperaba. Heather se arreglaba el vestido mientras Luke tomaba las riendas del caballo.

—¡Eres un mentiroso! No soy tu mujer.

—¿Acaso olvidaste lo que sucedió anoche? ¿Quieres repetirlo? Yo me muero por que suceda de

nuevo.

—¡Atrevido! Eres un desvergonzado. Además, eso no te da ningún derecho a...

—Todo el derecho. De ahora en adelante harás lo que te diga.

—¡Tendrás que matarme!

Luke se le acercó de forma peligrosa.

—No me tientes, Heather Harrison, soy muy bueno con el revólver.

—¡Cobarde! ¿Te atreverías a dispararle a una mujer? Eso no forma parte del código de honor de un vaquero y lo sabes.

La joven se mantuvo en silencio cuando Luke la acomodó en la grupa del caballo, pero luego comprobó que sus quejas la aliviaban.

—Tengo que trabajar —dijo ella—. Mi tía aún no llega. ¿Cómo crees que le pagaré a Margot?

—No tendrás que trabajar.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué me vaya a vivir contigo?

Ella soltó una risita irónica.

—Es lo más romántico que he vivido en mi vida, créeme —dijo ella de forma irónica.

—Pretendo que no corras peligro ni que se ponga en entredicho que eres una mujer decente.

—¿Llevándome a la fuerza?

Luke instó al caballo y Heather no tuvo más remedio que asirse a su cintura. Pensó en morderlo, pero con lo terrible que era ese hombre tal vez lo tomaba como una señal sexual de su parte. Prefería no provocarlo.

—Guarda silencio, necesito pensar —dijo Luke.

—Pues no voy a callarme. —Si sus berrinches lo sacaban de quicio, utilizaría eso a su favor.

—Heather, cállate, por favor.

La joven continuó divagando en sus comentarios hasta que Luke, harto de sus provocaciones, espoleó el caballo y Sombra reaccionó galopando a toda velocidad.

—¡Detén a esta bestia! —gritó ella a la vez que se aferraba de la cintura del vaquero por miedo a caer contra el polvoriento camino.

—Si le vuelves a decir bestia a mi fiel amigo, lo haré levantarse en dos patas.

Esa última amenaza bastó para que Heather comprendiera que, al temible vaquero Luke Montana, era preferible no desafiarlo, pues tal como le había advertido Emile de Tours, lo que tenía de ángel lo tenía de diablo.

\* \* \*

**W**ilson Woodrow se asomó a la terraza de la habitación del hotel Bella Vista frente a la calle principal del pueblo. El alcalde llevaba una bata de seda oscura y su cabello revuelto. Contemplaba los alrededores con una sonrisa satisfecha. Hacía mucho que no disfrutaba de una celebración tan intensa como la de la noche anterior. «Vivan los padres de la patria, pero sobretodo la libertad de esta ingente nación», pensaba.

Hacía un par de horas que había dejado ir a Virginia Mason tras un encuentro exquisito. Recordó que antes de pagarle por el encargo de hundir en el bochorno a Cassidy, le había pedido que culminara su labor con un gesto de agradecimiento muy peculiar. Con lascivia, evocó a la mujer desnuda de rodillas ante él brindándole el mejor placer. Se había esmerado en complacerlo y él solo había pensado en que la periodista perdía frívolamente sus talentos en esa inutilidad de mantener a un

pueblo ignorante enterado de lo que ocurría a su alrededor. Si se hubiese decidido a trabajar con su cuerpo y con su boca lograría mejores dividendos.

Había insistido en que la rubia le dijera si se había acostado con el vaquero, pero después de fumar un poco de opio, la mujer con cara lastimosa le confesó que fracasó en el intento de seducirlo y que tal cual caballero Luke había huido después del baile sin tocarla. Ese asunto lo consoló. No le agradaba intimar con mujeres que acababan de revolcarse con otros hombres. Incluso, cuando visitaba los burdeles insistía en que las chicas tenían que tomar primero un baño. Con eso se aseguraba cierta pulcritud en el acto de intimar.

Alzó su mano para saludar a varios vecinos afanados en la tarea de recoger los desperdicios y dejar las calles en un estado mínimo de decencia. Dejó su momento de confort para tomar un baño. Era mejor que se apurara a asumir su cargo, sino quería que O'Riley comenzara a enviar quejas a sus superiores.

\* \* \*

A su llegada a la calle principal del pueblo, Luke mantenía un voto de silencio que estaba enloqueciendo a Heather, aunque sospechaba que su locura provenía de estar sujeta a la cintura de ese hombre, apoyada en su ancha espalda. Por encima de todo lo bruto que pudiera ser el vaquero tenía que ser sincera con ella misma, la derretía su malhumor, saberlo celoso, sentir que la cuidaba y que buscaba su bienestar. A diferencia de su exmarido, Luke Montana sabía cómo cuidar de una mujer. Tal vez no era un fino caballero en su manera de proceder, pero era sincero y apasionado, razones suficientes para conquistarla.

—Todo el mundo nos está mirando —murmuró ella.

El problema en un pueblo en donde escaseaba la diversión era que cualquier asunto se prestaba para el chisme, por eso vio a varias mujeres señalarla.

—Sonríe, querida. La idea es que todos sepan que eres mi mujer.

En ese momento se toparon con la cara desfigurada y atónita de Jake. Los observaba desde el balconcillo de la delegación. Heather sintió tanta vergüenza que ocultó su rostro en la espalda del vaquero. No entendía por qué no apuraba su caballo para evitar esa bochornosa procesión.

—Quiero matarte. ¿Podrías apurar a tu caballo?

—No tengo prisa. Es bueno que cada hombre, que albergó alguna esperanza contigo, sepa a qué atenerse.

Heather quiso pegarle, pero en cambio intentó calmarse. Lo único bueno de todo ese deshonroso espectáculo fue que Milton Dovan, el telegrafista, también había sido testigo. Eso suponía que evitaría cualquier acercamiento futuro.

Para su fortuna también ocurrió que se toparon con la periodista, Virginia Mason, quien esperaba un carruaje frente al hotel. A Heather le agradó ver a la mujer con una maleta a su lado, eso significaba que volvía a Boston. Le sonrió triunfante mientras la rubia los observaba perpleja. El muy granuja del vaquero la saludó al toque de su sombrero y prosiguió sin preocupación.

—¿No vas a despedirte? —preguntó Heather de forma irónica.

—Lo consideraré, pero no quiero irritarte.

Heather le dio un puntillazo en la parte trasera de sus pantorrillas que le sacó un corto grito de dolor.

—Es mejor evitar el espectáculo de que le arranques los ojos a la periodista —dijo él—. La

noticia trascendería a la prensa nacional.

—No me importa si te despides, te acuesta o te largas con ella. Me es indiferente.

Luke hizo amague de girar su caballo en dirección del hotel, pero la joven lo pellizco en la cintura.

—¡Llévame a la posada, Luke Montana!

—Tus demandas son órdenes, querida.

El vaquero soltó una divertida carcajada. Parecía que sacarla de quicio le encantaba. Heather se juró que se vengaría, ella sabía cómo y cuándo.

\* \* \*

Cuando el juez O'Riley atravesó la puerta de la cárcel de Monroe Park se convenció de que aquel lugar era todo menos una prisión. Solo había dos celdas mal construidas y con muchas fallas de seguridad. Mientras hacía el recorrido por el lugar acompañado del sheriff Cassidy, el asistente del alcalde, Frank Freedman, tomaba nota en un cuaderno.

—¿Y su jefe, señor Freedman? —preguntó el magistrado, aunque conocía muy bien la respuesta. Con seguridad el hombre había sido incapaz de levantarse tras la resaca con motivo de la celebración de la noche anterior.

—Está atendiendo unos asuntos que se le presentaron esta mañana muy temprano.

El magistrado hurgó sobre cada detalle del lugar, incluyendo las listas de visitas, las personas en custodia e indagó sobre el hecho de que solo tenían a dos detenidos. Entre ellos un chico enclenque, de mirada esquiva, con pecas en la cara, de cabeza rapada y piel rojiza. Ese reo llevaba un mameluco desgastado y unas botas a los tobillos que ya estaban para decomisar.

El otro era un hombre de cabello amarillo. Parecía que todos le temían y él lo sabía porque bufaba sin parar, profería improperios y orinaba a quien se le acercara. O'Riley lo obvio, evitaba de esa forma recibir un baño con sus orines. Aquel era el líder de la banda de Los invencibles, Tom Clement, un hombre con un amplio récord delictivo, de mirada atolondrada y aspecto siniestro. Se decía que él y sus hombres habían enfrentado un episodio de canibalismo en las Montañas Rocosas durante el peor invierno que se había desatado en la zona hacía dos años. Según los rumores, para asumir el hambre que los había atrapado en el lugar, tuvieron que comerse la carne de uno de los miembros de la banda que murió tras el inclemente frío.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —le preguntó el juez al joven, ignorando los improperios de Clement.

Para ese momento John Cassidy se había encargado de remover todos los avisos de “se busca” que implicaran la imagen de Kid Curry, tal y como sugirió el cura. El sheriff le hizo señas al joven para que disimulara.

—Sam Reding —contestó con voz trémula.

—¿Y de qué te acusan?

—Este joven le robó una gallina a uno de los vecinos —intervino Cassidy—. Pronto estará en libertad. El tiempo que ha permanecido en la cárcel lo ha hecho reflexionar. ¿Verdad, Sam?

El joven asintió, temeroso, pero no se libró de la mirada inquisitiva del magistrado.

—No sé por qué, pero tu rostro me parece conocido —mencionó O'Riley a la vez que se acariciaba el mentón—. Señor Freedman, acérquese —dijo en referencia al ayudante del alcalde—. ¿No le parece conocido este joven?

Frank lo miró por un rato a través de sus anteojos. Recorrió su cara y su cuerpo, pero hizo un

gesto negativo con su cabeza.

—A mi todos los pecosos se me parecen, pero este en particular no se me parece a nadie conocido —dijo Frank.

Cassidy soltó un suspiro apenas audible. Le ocasionaba pavor que O’Riley descubriera el engaño.

—Quiero ver el expediente de estos reos. ¿Me los puede facilitar, sheriff?

Cassidy carraspeó.

—No levantamos un expediente por cada delito —mintió.

—Es una irresponsabilidad de su parte no guardar evidencia de su trabajo. ¿Y el otro reo?

—Está de paso. La carreta en que lo llevaban a Fremont sufrió un desperfecto y nos pidieron que lo custodiáramos hasta que enviaran una nueva diligencia.

—¿De qué se le acusa?

—Es el líder de la banda de Los Invencibles, Tom Clement.

O’Riley miró al sheriff pasmado.

—Es muy peligroso tener a este hombre aquí, Cassidy. Sus compinches pueden reclamarlo. ¿Sabe a lo que arriesga al pueblo con un reo como este?

—Fue por hacer un favor.

—Quiero una custodia permanente en este lugar.

—Solo somos mi hijo y yo quienes brindamos vigilancia.

—Di instrucciones de contratar a dos hombres más.

—Ha sido difícil reclutar. La paga no es buena.

El juez gruñó.

—He encontrado demasiadas fallas en su manejo, sheriff, creo que tendremos que relevarlo de sus funciones.

—Eso es imposible —dijo Cassidy—. Tengo un mandato del pueblo.

—Celebraremos nuevas elecciones —dijo el juez—. Vamos a ver qué opina el pueblo.

Kid Curray observó al sheriff con su rostro preocupado. El sheriff era su única esperanza para no enfrentarse el patíbulo. Un nuevo comisario significaría que tendría que huir de nuevo. Rogó en su mente para que el padre Isidro lo enviara a México cuanto antes.

\* \* \*

**H**eather agradeció que a esa hora de la tarde no había nadie en la recepción de la posada. Aprovecharía para dejarle claro al vaquero que no aceptaría sus imposiciones. Se giró para enfrentarlo, pero Luke la tomó del brazo.

—No voy a permitir...

—Lo que tengas que decirme me lo dirás en la intimidad de la habitación —dijo él.

La llevó casi a rastras por las escaleras, pese a que Heather mostraba oposición. Al llegar al interior de la alcoba el vaquero tiró la puerta y dejó su sombrero sobre la cómoda.

—¿Por qué haces todo esto? —Heather esperaba obtener una respuesta sincera de su parte.

—Porque no es bueno que una mujer decente trabaje en un lugar como ese.

El descarado vaquero se quitó el cinturón en el cual cargaba su revólver para acomodarse en la cama como si fuera a tomar una fiesta.

—¿Quién te ha dado permiso para que te acuestes en mi cama?

—¿Olvidas que desde anoche es mi cama también?

Ella caminó hasta la puerta.

—Quiero que te vayas y que dejes de inmiscuirte en mi vida, Luke Montana.

—Busco protegerte.

Contrario a lo que Heather esperaba, el hombre se acomodó en medio del colchón.

—Sé cuidarme sola. Te lo dejé claro cuando llegué a este pueblo. No necesito tu protección ni tu ayuda.

—No sabía que eras tan respondona.

—Por lo general me comporto bien con las personas que no me tratan como si fuera un crío.

Heather se quedó en silencio recordando el momento cuando el vaquero recogió todas sus cosas para sacarla del burdel. Nunca olvidaría la cara de asombro de Cathie Coleman, su compañera de labores y la respuesta de Sophie Sinclair: “Tienes razón, Luke, es mejor que saques a esta chica de aquí. No está hecha para un lugar como este”. Poco faltó para que las mujeres vitorearan la acción tan opresora del vaquero.

—Entonces, pretendes que me quede encerrada aquí todo el día para protegerme —se quejó ella.

—No se trata de eso y lo sabes. Quería que no estuvieras expuesta en un lugar como ese. Ya no tendrás que trabajar.

—No voy a dejar que me mantengas.

—Heather, no voy a discutir contigo.

—No tengo porque aceptar nada de ti. —Ella se giró para mirar por la ventana tras entender que el hombre parecía firme en el propósito de permanecer en su cama.

Al verlo cerrar los ojos resopló para expulsar su ira.

—Además, si es que la culpa por lo que sucedió anoche no te deja en paz, te recuerdo que soy una mujer y no una doncella a la cual le han mancillado su honor.

—Hablas como si fuera normal acostarte con un hombre que no es tu marido —comentó Luke sin abrir los ojos.

Heather lo miró enfadada.

—Y no es culpa lo que siento —dijo él a la vez que se le levantaba para acercársele—. Es deseo de tenerte de nuevo.

—Lo que pasó anoche no volverá a ocurrir.

—Pareces muy segura. —Él le mordisqueó la nuca y Heather fingió que no sentía nada, aunque una llamarada de deseo comenzó a consumirla.

—Lo que deseo es que mi tía regrese.

El vaquero se apartó.

—Con ella aquí no podrás acercarte a mí —aseguró ella con un gesto de triunfo reflejado en su cara—. Ella no lo permitiría.

Hablaba de esa forma porque sabía lo estricta que era Annie Stewart.

—No habrá nada ni nadie que me aleje de ti, Heather Harrison. Eres mi mujer. Lo que pasó en esa cama anoche nos une.

—¡Estás loco!

—Quiero aclararte que si no te llevo a mi rancho es para no mancillar tu honor, pero haré los arreglos para que pronto nos casemos.

Esta vez Heather estalló en una risa nerviosa.

—Sí, definitivamente estás loco. No voy a casarme contigo.

—Me valdré de mis trucos para convencerte. —La agarró desprevenida para depositar un corto beso en sus labios—. Por el momento solo quiero que me seas fiel. Nada de besos con Jake Cassidy

porque de lo contrario tendré que retarlo a un duelo.

Heather bufó.

—Sé una buena chica y pronto recibirás tu recompensa.

La joven lo observó patidifusa cuando Luke le tomó su mano y sin ningún pudor la pasó por su dureza. ¿Es que ese hombre no tenía vergüenza?

—No me mires así, querida. Hace un rato insinuaste que no eres una virginal doncella. sino una mujer de gran experiencia.

Le guiñó un ojo desde la puerta antes de dejar la habitación.

—Hasta esta noche, cariño. Descansa.

—¡Muérete! —le tiró con uno de sus zapatos, pero no alcanzó a pegarle.

Heather se quedó petrificada en medio de la habitación. ¿Es que el vaquero Luke Montana no conocía un mínimo de decencia?

# Capítulo Trece

“No te quiero cerca de mi mujer”

John Cassidy se dejó caer en la silla detrás de su escritorio en la delegación después de servirse un vaso de *whisky*. Necesitaba una estrategia que le permitiera sobrepasar la terquedad de su hijo. Tenía un plan para salvarlo de lo que pudiera pasar en caso de que perdieran el poder de administrar la justicia en Monroe Park. En múltiples ocasiones había sido testigo de lo que les pasaba a los sheriffs y su personal cuando eran relegados de sus funciones, desde venganzas a duelos forzados hasta la vergüenza de tener que dejar los pueblos como forajidos. Por nada del mundo permitiría que su Jake se enfrentara a algo similar. Era apenas un joven de veintiséis años con toda la vida para disfrutarla.

Agradeció que su hijo hubiese acudido a su llamado con prontitud, pero le disgustó ver su rostro desfigurado por la paliza de la noche anterior, aunque sabía que lo tenía bien merecido por tonto.

—Siéntate.

Antes de obedecer a su padre, Jake hizo amague de servirse un vaso de *whisky*, pero su padre le arrebató la botella.

—Necesito un trago, padre.

—Y yo necesito que escuches, Jake. No estoy jugando.

—Me asustas, padre.

—Necesito que antes de que culmine esta semana te vayas a Knorville por un tiempo. Allá he conseguido que mi amigo, Mike Sanders, te reclute como su ayudante. Ganarás el doble.

—¿Por qué quiere que deje el pueblo? —preguntó Jake mientras jugaba con un objeto que exhibía su padre sobre el escritorio. Cassidy le arrebató la figura para tener toda su atención.

—Aquí las cosas no están bien, Jake. Vienen tiempos muy violentos.

—No te dejaré solo.

A Cassidy le conmovió la convicción de su hijo de protegerlo, sin embargo, no podía dejar que sus sentimientos interfirieran en su decisión. Como jefe debía procurar el bienestar de su hombre de confianza, pero como padre tenía el deber de protegerlo. Se lo había prometido a su difunta cuando enfermó.

—Tengo asuntos pendientes aquí, padre.

—Cásate con Reneé y vete.

—Nunca has estado muy de acuerdo con la posibilidad de una relación con ella.

—Sé que ella te quiere y tú también a ella. Cásense y vállense a Knorville. Estarán mejor. Hazme caso. He conseguido que el hombre te pague lo que jamás podría pagarte yo.

Jake no lucía convencido.

—Dejarte solo en este momento no me parece correcto.

—Es lo mejor. Créeme.

Cassidy le palmeó el hombro y en un acto sin precedente le besó la cabeza, gesto que conmovió a su ayudante hasta el punto de provocarle lágrimas.

—No dejaré que te maten como a un perro frente a mis ojos, Jake. Vete.

**L**uke Montana se acomodó en el taburete frente a la barra de madera del *Paradise Saloon*. Necesitaba un tiempo para calmarse y pensar en cómo ayudar a Heather con el asunto de la investigación de la agencia Pikerton. De todo, eso era lo más que le preocupaba porque sabía que James Larousse no se daría por vencido hasta tomar venganza por la muerte de su hermano.

—Un *whisky* doble —le pidió a Eladio después de un saludo inicial.

—El chisme de tu relación con esa señorita corre como pólvora en el pueblo.

El vaquero bebió un primer sorbo de su vaso.

—Esa es una mujer para casarse, vaquero —añadió el mexicano mientras secaba los vasos que acababa de lavar—, y no me parece que eso es lo que quieres.

—En este momento ni yo mismo sé lo que quiero, Eladio. —El vaquero jugó con el borde de su vaso. Exhibía una expresión mustia en su rostro.

—No te culpo. Es una preciosura. Cualquiera pierde la cabeza por una mujer así.

Luke sacó un cigarro, pero antes de encenderlo vio que Jake Cassidy irrumpía en el local. Si las cosas estaban difíciles se podrían poner peor, pensó. El hijo del sheriff caminó hasta la barra y sin mediar palabra agarró a Luke por la solapa de su chaleco para que se levantara. «No es un buen momento, pequeño Jake», se dijo.

—¿No te cansas de que te golpeen? —preguntó Luke con su cabeza ladeada al ver el rostro magullado del joven.

—Me vas a explicar por qué la exhibiste frente a todo el mundo.

El vaquero le removió las manos de sus solapas y encendió su cigarro.

—Que yo sepa no te debo ninguna explicación.

—Malnacido. Lo que quieres es destruir su reputación.

—Lo que quiero es que todos tengan claro que Heather Harrison es mi mujer —gruñó el vaquero.

—¿Y eso desde cuándo porque anoche...

Luke lo tomó de la camisa para sostenerle la mirada. Esta vez no tendría misericordia del muchacho. Jake había rebasado los límites de su paciencia.

—No te quiero cerca de mi mujer, Jake. Con que sepas eso es suficiente.

—Quiero que sea ella quien me lo diga.

Eladio abandonó la barra para intervenir.

—¿Por qué no se calman, muchachos? No necesitamos un problema adicional.

Los separó con cierto temor, pues recordó que hacía unos meses, en medio de un duelo de titanes entre esos mismos rivales, resultó golpeado. Además, buscaba que en su tugurio no hubiese más problemas. Sospechaba que pronto las autoridades le exigirían que cerrara.

—Muchachos, cálmense. Si la señorita ya escogió, hay que respetar su decisión, Jake.

—Hazle caso al mexicano y evítate problemas —le aconsejó Luke mientras le palmeaba el rostro.

—No creo que Heather quiera algo con una escoria como tú. —Jake le retiró las manos de mala manera.

Luke se arregló la camisa, se tomó el resto de su *whisky* y sonrió tras apagar el cigarro contra el cenicero.

—Quiere un hombre, no un niño. No voy a repetírtelo, Jake. No te quiero cerca de mi mujer. Evitemos problemas.

El vaquero dejó un billete sobre la barra y caminó a la salida.

—Aproveché cuando vi salir a Luke —le dijo Cathie a Heather cuando entró a la habitación de la posada—. La patrona se quedó muy preocupada, por eso mandó a Clayton a traerme para saber de ti. Dice que es la primera vez que ve al vaquero tan enojado. Temía que te hubiese pegado.

Heather abrazó a la joven con cariño. En el poco tiempo que llevaban de conocerse habían entablado una amistad sincera, muy valiosa para Heather porque le ayudaba a solventar su soledad.

—No creo que llegue a tanto, Cathie.

—Pero, ¿por qué hizo eso? Parecía desquiciado. Por lo general es bastante callado y comedido. Sí, a veces ha intervenido en alguna pelea callejera —decía la joven como si hablara con ella misma—, pero nunca lo habíamos visto así.

—Es una historia larga —dijo Heather con pesar a la vez acomodaba unas piezas de ropa en los cajones de la cómoda.

—¿Es tu amante tal y como dijo?

Heather guardó silencio.

—Han pasado cosas entre nosotros. —No entraría en detalles, pues sospechaba que al igual que su hermana, Cathie carecía de experiencia.

—Entonces, quiere decir que está enamorado y por eso le preocupa que trabajes en ese lugar.

—No creo que esté enamorado. —Heather chascó la lengua—. Lo que pasa es que es muy dominante. Tal vez piensa que soy como sus vacas y lo único que quiere es marcarme como si fuera su propiedad.

Ambas se rieron.

—Es guapo —expresó Cathie con un dejo de ilusión.

—Y muy imbécil.

—Está loco por ti, lo dejó demostrado. Me fascinó su cara de rabia al enfrentar a Clayton. ¿Quién se enfrenta a ese gigantón?

—Un loco como Luke Montana. —Heather se arreglaba el cabello—. Me ha dicho que nos casaremos.

Cathie soltó un grito de alegría.

—Heather, no sabes cuánto me alegro. Luke es un buen hombre, pese a su carácter. Por si esto te consuela te diré que fue quien construyó la escuela y ahora está terminando el nuevo hospital. Se dice que mantiene a varias familias de bajos ingresos, aunque a él no le gusta presumir de todo eso.

—A veces no sé qué pensar. —Hizo un gesto de confusión con sus labios—. No lo conozco. No sé nada de su pasado.

—Nadie lo sabe, amiga. Siempre ha sido muy reservado con ese tema, pero poco a poco con tu cariño te ganarás su confianza y él te irá diciendo quién es en realidad.

—¿Y si al final me topó con que es un delincuente peligroso?

—No pienses cosas malas. Confórmate con saber que te quiere y que ha sido bueno con este pueblo. Tiene muchas cosas a su favor. Es un hombre de honor.

—Lo del honor lo dejaremos en el tintero.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque he escuchado que es un mujeriego.

—Puras habladurías mal intencionadas. Aquí la gente es muy chismosa. Sí, me imagino que ha tenido amoríos con varias mujeres. Con lo guapo que es sería imposible que no tuviera a más de una

tras las espuelas de sus botas, pero te quiere, Heather. Ningún hombre le pide casamiento a una mujer sino la quisiera.

Heather se mantuvo pensativa. Esperaba esta vez no equivocarse, aunque la verdad era que le entusiasmaba la idea de vivir aquella pasión tan deliciosa en los brazos del vaquero, tanto, que anhelaba que llegara la noche para sentir el calor y el placer que le brindaban sus caricias.

\* \* \*

**E**mile de Tours atravesó la puerta del salón de juegos de Fremont, un lugar frecuentado por los hombres más adinerados del condado, muy diferente a su propio local. De vez en cuando, durante sus visitas a la ciudad, iba a recibir los consejos de Henry Houston, dueño del establecimiento y famoso tahúr. Cuando ambos se reconocieron, se saludaron con afecto. Al hombrecillo se le hacía raro que a esa hora casi todas las mesas estuvieran desocupadas, excepto por varios hombres que insistían en tentar la suerte.

—¿*Whisky*, láudano o vino? —le preguntó Henry.

—*Whisky*.

Una joven que lucía ropa ligera recibió la orden de traer las bebidas y se perdió por una puerta. Los hombres se sentaron cerca del salón en una sala finamente decorada.

—¿Cómo van tus negocios, Emile?

—Muy bien —dijo, sonriente, aunque sabía que últimamente había tenido que recurrir a varios hombres adinerados para palear sus gastos y así conservar la operación del negocio. Ya ni sus trampas estaban surtiendo efectos.

En eso un hombre con estilo distinguido se levantó de una de las mesas y se dirigió hacia el propietario para despedirse.

—Steven —dijo Henry en referencia al amigo de Luke, el investigador de la agencia Pikerton—, cuando desees puedes regresar.

—Lo tendré en cuenta cuando acabe con esta investigación.

—Espero que tengas suerte con la misteriosa mujer.

Emile no perdía detalles de la conversación.

—Déjame ver el abanico por última vez —pidió Henry—. Tal vez Emile nos pueda arrojar alguna pista.

Emile de Tours vio el abanico de pluma, pero no le llamó para nada la atención. Encontraba esos objetos poco prácticos. Para lo que servían era para ser rotos en la cabeza de algún hombre. Sin embargo, al ver la insignia del búho de Lyon se extrañó. Lo tomó en sus manos para contemplarlo con calma. Tuvo que convencerse de que no desvariaba. Las iniciales grabadas en el objeto coincidían con las de la jovencita de la posada. Indagó detalles de por qué estaban llevando a cabo la investigación, así que cuando le dieron todos los ángulos se convenció de que Heather Harrison estaba implicada.

—Si sabe alguna pista no dude en enviar un telegrama a la agencia —le dijo Steve y guardó de nuevo el abanico en su chaqueta—. El señor James Larousse está ofreciendo una gran cantidad de dinero a la persona que le ayude a descubrir al culpable.

—Por supuesto —dijo Emile con una enorme sonrisa. De pronto una idea, que consideró osada pero genial, se le cruzó por la mente—. Cuento con eso.

Decidió guardarse la información. La agencia Pikerton tenía fama de que otorgaban poco dinero

al que diera información que ayudara en el esclarecimiento de una investigación, pero tal vez Luke Montana estaría más que interesado en mantener el hecho oculto. De seguro obtendría mejores beneficios por parte del vaquero.

Emile le sonrió al hombre hasta verlo desaparecer.

\* \* \*

Sabía que el asunto de Heather no podía tomárselo a la ligera, y por más que había analizado la situación con mente fría, la realidad era que le parecía una mujer adorable. Por primera vez en mucho tiempo, Luke sentía que quería vivir de nuevo la sensación de tener a alguien a su lado de forma permanente. Se aterrorizó al recordar el amargo momento que supuso vivir sin Zoe. Hacía cinco años que frente a su tumba juró que jamás se arriesgaría a amar a alguien más.

Aún tenía serias dudas sobre sus verdaderos sentimientos por Heather, pero de lo que sí estaba convencido era de que esa mujer tenía algo en su interior que lo hacía sentir pleno, no era un mero asunto sexual, aunque debía admitir que no recordaba una noche como la anterior desde hacía mucho tiempo. Estaba convencido de que la intimidad en combinación con la ternura, el deseo y el amor era lo más sublime de la vida.

—Parece que la vida te sonríe, vaquero —le comentó Emile de Tours cuando se encontraron en la entrada de la oficina del notario Noah Cooper.

Luke se mantuvo en silencio. Conocía la fama de Emile como bocajarro oficial de Monroe Park.

—La felicidad tiene que ver con el dinero o el amor —añadió el hombrecillo—. En tu caso me inclino a pensar que se debe a dinero porque amor... Eres un picaflor.

—Siempre habla quien menos puede.

—Soy un hombre de una sola mujer.

—Sí, mientras dure la noche.

—Me gustaría que un día de estos pasaras por mi salón. Tengo un negocio que proponerte.

El vaquero sonrió. Jamás había considerado la posibilidad de una alianza con aquel hombrecito de tan mala fama.

Luke se despidió con cortesía y caminó al interior del despacho del notario. Siempre había considerado a Emile como una persona poco confiable, pues los Tours tenían una pésima reputación de usureros y tramposos. Se preguntaba cómo el hombrecillo había sobrevivido en el pueblo tanto tiempo. Entre los vecinos se decía que todas las mesas de su salón de juegos estaban corrompidas por trucos. Asunto que Luke no dudaba, él mejor que nadie conocía los timos que se hacían sobre los tapetes.

—No te esperaba —le dijo Noah Cooper cuando Luke entró en el reducido recinto, compuesto por una estrecha recepción ocupada por un escritorio desordenado cuya superficie estaba repleta de expedientes y correspondencia—. Es desesperante cuando buscas un papel y no lo encuentras.

Luke se quitó el sombrero y le estrechó la mano al notario.

—Un poco de orden no vendría mal.

—Me entiendo en mi desorden.

El vaquero se paseó por la recepción para buscar la forma de abordar al hombre.

—Lo que vengas a decirme, no tienes que decirlo con rodeo —dijo el notario. Sin duda era la mejor persona que lo conocía—. Me preocupa tu semblante.

—Vengo a pedirle un enorme favor.

Noah soltó un suspiro. Tenía experiencia en concederle favores a Luke, pero muchas veces en contra de sus propios principios, como el día que le confeccionó una nueva identidad para que dejara su pasado atrás.

—Espero que esta vez sea algo menos riesgoso —le advirtió al quitarse sus anteojos.

—Necesito que le brinde empleo a una amiga.

Noah dejó de indagar entre los papeles para mirarlo con preocupación. De nuevo se acomodó sus anteojos, gesto que realizaba de forma continua cuando estaba ansioso.

—Vamos a ver, Luke. ¿De qué se trata?

—Es una joven que llegó a Monroe Park hace un par de semanas y está viviendo en la posada de Margot, pero necesita un sustento y no acepta mi ayuda. Ya sabe cómo son algunas mujeres.

El notario se irguió para apoyar sus manos sobre el escritorio.

—Esta mujer debe interesarte mucho para que te tomes esta molestia.

—Es una joven ingenua y... pues está sola. Sabe que en este pueblo hay muchos peligros. Es la sobrina de Annie Stewart. Espera a que su tía regrese.

Noah reinició su búsqueda.

—Consejo, no te inmiscuyas, Luke, o cuando Annie regrese te convertirá en papilla. Conozco muy bien a esa mujer.

—Usted y yo sabemos que posiblemente no regrese. Ha pasado mes y medio...

—Entonces, dile a esa joven que regrese por donde vino. —Noah se detuvo pensativo—. ¿No tiene familia?

—Sus padres la enviaron junto a su hermana a vivir un tiempo en Monroe Park. Su hermana se regresó al día siguiente, pero Heather ha decidido esperar a Annie.

—De algo estará huyendo cuando no quiere regresar con su familia.

—Sospecho que de su ex marido.

El notario se pasó la mano por la cara de forma exasperada.

—¿Es divorciada?

—Estaba casada con Richard Perkins.

La sola mención del cuatrero provocó que Noah tomará asiento con cierto pavor reflejado en su semblante.

—Sabes quién es Richard Perkins, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Luke, estamos hablando del criminal más buscado de todo Wyoming y los territorios aledaños. Sobre él pesa una condena de muerte. Ha matado a más de treinta personas, sin contar entre sus fechorías asaltos al ferrocarril, bancos, violaciones, robos menores. Es un delincuente como pocos. Si ella está huyendo de él, es mejor que te mantengas al margen.

Luke hizo una mueca.

—Entendí, Luke —El notario chascó la lengua—, no te mantendrás al margen. Es de esperarse que quieras rescatarla.

—Me gusta esa mujer —dijo el vaquero de forma súbita.

—De las casi cien señoritas casaderas que hay en Monroe Park te viniste a enamorar de esa chica.

—No estoy enamorado.

—Jamás te interesaste tanto por una mujer. —El notario se le acercó—. Puedes tratar de engañarte a ti mismo, pero a mí no.

—Dije que me gusta.

—Si fuera solo un gusto, no actuarías así y lo sabes.

Hubo un silencio prolongado.

—El asunto es, ¿puede ofrecerle trabajo? Sé que podría ser de mucha ayuda para organizar la oficina.

Noah contorsionó su expresión.

—A veces pienso que, si no te quisiera como a un hijo, te mandaría al diablo.

Ese era el sí que el vaquero había esperado.

—Una última cosa —añadió Luke—. Ella no puede enterarse de esta conversación. Tendrá que parecer que consiguió el trabajo por su propio esfuerzo.

—Sabes que odio las mentiras.

—Si se descubre diga que fue idea mía, Cooper. Así que tranquilo.

—Espero que no sea una mala idea.

Luke se acomodó en una de las butacas.

—La otra noche, durante la reunión del Consejo Vecinal, asumiste un riesgo demasiado alto —comentó Cooper al rato—. Por más que te he dicho que mantengas un perfil bajo, tú no puedes mantenerte callado.

—Lo sé, pero encuentro ilógico que con todo lo que está pasando allá afuera pretendan que nos quedemos sin hacer nada.

—Tienes razón, pero es preferible que no te hagas notar.

Cooper le ofreció té, pero Luke hizo un gesto de rechazo.

—Hay otro asunto —mencionó el vaquero—. Prefiero serle sincero.

—Me vuelves a preocupar.

—Heather está metida en un lío.

El notario entornó su mirada. A ese paso de sobresaltos no sobreviviría.

—¿Qué clase de lío?

Luke confiaba en aquel hombre porque sabía que era muy discreto.

—Antes de llegar al pueblo con su hermana se vieron involucradas en un asalto en la llanura de los cheyennes. Un dúo de bandidos intentó abusarlas, pero el chofer de su carreta los asesinó para protegerlas. Resulta que uno de esos bandidos es el hermano de James Larousse.

—No puede ser. —Cooper levantó sus manos con aspaviento—. Sabes cómo es ese hombre. Moverá cielo y tierra para dar con el asesino. Esa joven tiene que denunciar...

—No quiere denunciar al chofer. Obvio, el hombre las defendió. Sería injusto que...

—Esto no pinta bien, Luke.

—Lo peor es que James contrató a la agencia Pikerton y me enteré que tienen evidencia que la involucra con el suceso.

—¿Qué clase de evidencia?

—Un abanico con sus iniciales y el búho emblemático del condado de Lyon.

El pesar de ambos hombres era palpable en su expresión. Luke jugó con su sombrero pensando en que, si lo peor ocurría y Heather era descubierta, huirían. No la iba a dejar, sin importar lo que pasara. No la iba a dejar. Era suya.

# Capítulo Catorce

*“Quiero saber quién eres”*

Esa noche Luke montó su caballo para dejar atrás a La Alamosa. Si no fuera porque se moría por dormir al lado de Heather, se dejaría caer en su cama vencido. El cansancio que dominaba su cuerpo combinado con la necesidad urgente de remover el olor a caballo de su piel, le provocaban quedarse, pero el deseo de estar con ella, de sentir sus besos, su piel y su calor, lo llevaron a iniciar el viaje hacia Monroe Park.

Cuando llegó a la posada, se encontró con Margot en la recepción.

—Pensé que entrarías por la ventana —dijo la mujer de forma casual.

Luke sonrió con sorna ante la perspicacia de la dama.

—Un poco tarde para visitas. ¿No crees? —añadió Margot—. Van a ser las diez.

—Espero que estés de mi parte.

—Si no estuviera de tu parte créeme que anoche te hubiera corrido de la posada por los ruidos inconvenientes que provenían de la habitación de la señorita Harrison.

—¿Se escuchaba?

—Imposible que no se escucharan tus gruñidos y sus jadeos.

Luke bajó la cabeza, un poco avergonzado.

—Me enteré de tu última hazaña ¿Qué pretendías al exhibirla frente a todos?

—La saqué de ese horrible lugar.

—El trabajo que realizaba era digno.

El vaquero hizo una mueca.

—Sé que el trabajo era digno, pero el lugar no es para ella. Un descuido y cualquiera de esos hombres hubiese podido hacerle daño.

—Creo que piensas que la señorita Harrison es débil, pero te equivocas.

—¿Puedo subir?

—¿Estará ella de acuerdo? Me dijo hace un rato que se iba a acostar. Su última conversación con Jake Cassidy le provocó jaqueca.

Luke no alcanzó el primer peldaño de la escalera cuando se detuvo en seco.

—¿Estuvo aquí?

—Sí, hace unos cuantos minutos que salió.

La escalera se le hizo eterna, pese a que la subió en cuatro zancadas. Tan pronto estuvo frente a la puerta de la habitación tocó de forma brusca. Sentía todo el calor de su sangre recorrerle su interior hasta apostarse en su cabeza. Sus labios secos y el leve temblor producto de la ira, manifestaban su enfado.

¿Qué diablos había estado haciendo Cassidy en la habitación de Heather? ¿Y por qué ella le había permitido la entrada?

—¿Quién? —preguntó Heather desde el otro lado.

—¡Abre! —gritó él.

Heather se asomó con su rostro adormecido.

—Es tarde, Luke, creo que....

El hombre empujó la puerta para adentrarse en la habitación. De igual forma tiró la puerta con fuerza.

—¿Para qué vino Jake?

En un principio Heather titubeó.

—¡Te estoy preguntando, Heather! No me hagas ir hasta donde él a cuestionarle.

La joven recordó que no había permitido que Jake cruzara el umbral de la puerta. La escueta conversación que habían sostenido tuvo lugar en el pasillo. Un encuentro que solo sirvió para confirmarle a Jake lo que él sabía, Luke lo mataría si se le acercaba. En principio el hijo de sheriff se mostró porfiado, pero al final le había deseado buena suerte y se había marchado dándose por vencido.

Luke la sacudió tomándola por el brazo.

—¿No vas a contestarme? ¿Te faltó el respeto?

—Solo le aclaré que no quería que me visitara ni quería avances de su parte.

El rostro del vaquero se relajó.

—¿Satisfecho?

El hombre le acarició el brazo con sensualidad para enmendar su error.

—Perdóname —le dijo Luke con voz almibarada—. Tal vez me he comportado como un necio, pero es que...

—¡Bruto! Todo el día me has hecho sentir como la peor mujer del mundo.

—No es lo que quiero, cariño. —Apoyó su frente contra la de ella—. El día se me ha hecho eterno. Solo ansiaba que llegara esta hora para estar aquí contigo —Intentó besarla, pero ella mostró resistencia.

El vaquero le besó el cuello, pese a su rechazo.

—¿Me quieres castigar?

—Quiero que entiendas que no me agrada cómo me tratas.

—Lo siento. —Le acarició la mejilla con ternura—. Me gustas demasiado. ¿No te das cuenta que estoy loco por ti?

—Luke... —dijo ella en medio de un jadeo anhelante cuando sintió los besos del vaquero en la base de su cuello.

—¿Quieres que me detenga?

—Eres insufrible.

—Así me gusta, cariño. Dispuesta para mí.

El hombre la empujó hasta la orilla de la cama.

—Creo que debo tomar un baño antes —dijo él cuando se quitaba las botas—. Ha sido un día de mucho trabajo. Al final acabé arreando unos caballos que se fugaron.

—Puedo disponer del baño. —Estaba más calmada. El torso desnudo del hombre la había suavizado. De pronto sintió que la boca se le hizo agua y que solo acariciándolo saciaría su deseo, por eso pasó su mano por el pecho.

—Si haces eso por mí, me convertiré en tu esclavo esta noche y, aunque estoy cansado, sacaré fuerzas para dejarte satisfecha.

Ambos sonrieron. Dejando a un lado sus miedos y el pudor, Heather fue más allá y le acarició la entrepierna. Le fascinaba ver cómo el rostro del vaquero se transformaba en una mueca placentera.

—Si continúas torturándome de esta forma, no te aseguro que lleguemos al baño.

—Mejor iré por el agua —dijo ella.

—Te ayudo.

Ella lo observó con dudas.

—Es lo que hace un caballero, ¿No?

Tan pronto el baño estuvo listo, Luke se fue sumergiendo lentamente en el agua helada a la vez que Heather le iba mojando el cuerpo con una sonrisa traviesa. Para ella fue placentero pasar sus manos por su fibroso cuerpo para sentir toda esa amalgama de músculos macizos que tantos pensamientos indecorosos le provocaban.

No entendía cómo ese hombre tenía la habilidad de enojarla hasta el punto de querer matarlo y al minuto tenerla rendida de deseo. Continuó deleitándose a su gusto.

—Tienes mirada lasciva, cariño —le dijo él sonriendo.

—Eso quisieras.

—Te mueres por tocarme. —El hombre tomó su mano para guiarla hasta su entrepierna—. Mira lo que me provocas.

Lo acarició con movimientos lentos. Buscaba enloquecerlo, reducirlo, sentirlo a su merced.

—Te diría que entrarás al agua, pero está mugrosa.

Heather lo besó para acallararlo. Los espasmos del hombre le indicaban que estaba al borde del deseo.

—Si no apartas tus manos, no respondo.

Decidió darle un poco de respiro, por eso la joven dirigió sus manos hasta el pecho. Al ver una cicatriz en su hombro se detuvo.

—¿Un balazo?

Luke asintió con sus ojos cerrados, recostado del borde del baño.

—¿Una pelea?

Esta vez el vaquero no expresó nada.

—Me gustaría saber más de ti, Luke.

El vaquero le besó la mano con cariño para distraerla.

—Tienes unas manos muy bonitas.

—Sé que me escuchaste, Luke. Si vamos a mantener una relación tenemos que ser sinceros.

—¿Respecto a qué?

—A nuestro pasado.

—¿Qué importa el pasado? Debemos enfocarnos en el ahora. En que te deseo y en que muerdo por estar dentro de ti otra vez.

Intentó desnudarla, pero Heather no se lo permitió.

—Quiero saber quién eres.

—Soy dueño de un rancho dedicado a la crianza de caballos. A veces tengo un genio de mil demonios, pero con una mujer como tú, soy inofensivo.

Le dio un ligero beso en los labios.

—¿En dónde naciste?

El vaquero resopló y se hundió en el agua para mojar su cabello. Cuando regresó a la superficie Heather lo recibió con la misma expresión curiosa.

—Nací en una granja de Virginia.

—¿Y cómo llegaste a vivir en Monroe Park?

Luke se levantó de la tina para secarse.

—Si te cuento la historia de mi vida perderemos la noche entera y una magnífica oportunidad para hacer el amor.

El vaquero la había despojado de su camisón.

—Me gustaría que me recibieras desnuda todas las noches, eso facilitaría mucho nuestro asunto, cariño.

Ella le detuvo la mano.

—No haremos el amor, Luke Montana. Hasta que no me digas quién eres, nunca más volveré a ser tuya.

El hombre la miró sin entender.

—No me gusta que me chantajeen, Heather.

—No se trata de un chantaje. Quiero saber cosas de ti.

El vaquero se giró para buscar su ropa. Se vistió con prisa y en silencio. Parecía que de pronto todo el influjo pasional que rodeaba la habitación se había roto.

—¿Por qué te molestas? Tengo derecho a saber.

Luke continuó vistiéndose con la firme convicción de que necesitaba escapar de ese asfixiante lugar. ¿Cómo terminó cediendo a eso?

—¿Me vas a contestar? Con esto me demuestra que eres un cobarde.

—Gracias por el baño. Que pases buenas noches, Heather. Deberías descansar y yo también.

El vaquero abandonó la habitación. Heather lo contempló a través de la ventana hasta que se perdió entre las calles del pueblo sobre el lomo de su caballo. Lamentó su reacción, pero si era incapaz de confiar en ella lo mejor es que todo terminara. Quiso fingir una fortaleza que no tenía, por eso cuando llegó a la orilla de la cama se desplomó en un llanto demoledor.

\* \* \*

Cuando llegó frente a la oficina del notario al otro día, Heather titubeó un poco, pero al final ganó impulso y anunció su llegada al tocar la campanita de entrada. Esa mañana, durante el desayuno en la posada, vio un aviso en la recepción en el cual se solicitaban los servicios de una recepcionista en ese lugar.

Un hombre de mirada apacible apareció para recibirla.

—Buenas días, señorita —la saludó—. Pase. ¿Cómo puedo ayudarla?

—Buenas días. Mi nombre es Heather Harrison y vengo por el anuncio en el cual solicitan los servicios de una recepcionista.

El hombre miró el desorden a su alrededor con cierta vergüenza.

—Creo que necesito un ejército que se ocupe de todo esto —El hombre sonrió—. Noah Cooper, notario de Monroe Park y de los pueblos circundantes. Mucho gusto.

—Encantada.

Se estrecharon la mano.

—¿Tiene usted experiencia en poner orden en una oficina?

—Sí, estuve trabajando con un doctor en el pueblo de donde provengo.

—Me alegra saber que tiene experiencia, pero la paga no es muy buena. Corren tiempos de mucha estrechez económica.

Heather le prestaba toda su atención con gran expectativa. Ese trabajo era su ideal. Con que le fuera suficiente para pagar la pensión y la comida estaría más que complacida. Sin dudas, mucho mejor que en el burdel de Sophie. En ese momento recordó el comportamiento primitivo de Luke y le regresó la ira.

—El asunto es que no podría pagarle lo que quizás recibía cuando trabajaba en su pueblo.

El notario le hizo una pequeña prueba taquigráfica en su vieja maquinilla, le hizo recitar el abecedario por el asunto de los archivos y le advirtió que le desagradaba sobre manera la

impuntualidad. El trabajo lo tendría que realizar con un voto de confidencialidad y su horario era de seis horas de lunes a viernes. Además, a veces se requería viajar a otros pueblos por el asunto de la gestoría de documentos. Acordaron una cifra conveniente para los dos y firmaron un contrato.

—Pues creo que ya tengo recepcionista —sonrió complacido y le informó que la esperaba al día siguiente a las ocho en punto, la acompañó a la puerta y le estrechó la mano a modo de despedida.

El hombre resopló aliviado cuando la joven salió. Odiaba que su cariño por Luke Montana lo llevara a mentir.

\* \* \*

**T**an pronto Heather emprendió camino hacia la posada la invadió una alegría inmensa. Una sensación diferente, quizá la seguridad que le brindaba saberse a miles de millas de distancia del asedio de Richard, aunque su felicidad estaba incompleta hasta que su padre no lograra sanarse.

Lo que no previno fue que un simple empleo no significaba la culminación de los problemas y que ni con mil millas de distancias lograría estar a salvo del cuatrero.

\* \* \*

**L**a construcción de madera era tan ordinaria que casi se podía vislumbrar desde cualquier parte del centro del pueblo. Parecía mentira que en aquella estructura se quisiera quebrantar el deseo a la vida de un pueblo. Los vecinos se habían arremolinado a su alrededor desde que Bobby Stuart, el bocajarro, oficial de Monroe Park, había develado que un par de carpinteros, traídos desde Knorville, estaban construyendo el lugar destinado al ahorcamiento.

Entre el alcalde y el juez intentaron sobornar a algunos buenos ciudadanos para que defendieran su obra, pero no habían podido convencer a ninguno. Incluso tuvieron que reclutar hombres fuera de la ciudad para llevar a cabo aquella fatídica misión. Hombres que desde media mañana recibían los insultos y escupitajos de todo el pueblo.

Esa tarde, el reverendo Didier Doezis contemplaba la estructura con pavor junto al sacerdote, Isidro Benítez. Ambos, aunque con puntos de vistas diferentes respecto a sus dogmas religiosos, eran muy unidos cuando de defender las causas justas se trataba.

—¿Cómo fue que llegamos a esto? —se preguntaba el sacerdote con cara de terror—. Alguien tiene que detener esta obra del demonio.

—Lo peor de todo es que acabo de enterarme de que, antes de que acabe el día, llegará el verdugo —dijo Doezis—. Por más que intenté que el alcalde entendiera, fue imposible.

—¿Qué dice Cassidy a todo esto?

—Anda alicaído. Se enteró de que habrá elecciones pronto para reemplazarlo.

—Se nos derrumba el pueblo, Didier. Esto es imperdonable —expresó el cura—. ¡Tenemos que organizar a la gente! No podemos quedarnos de brazos cruzado.

—He intentado saber la reacción de algunos, pero están temerosos. Dicen que no harán nada por temor a ser ellos los primeros que estrenen el patíbulo.

El sacerdote hizo un gesto de impotencia. Acarició el rosario que colgaba de su cuello y recordó las injusticias que había vivido durante algunas sublevaciones en su natal México. Tuvo que soportar las remembranzas del ahorcamiento de algunos jovencitos que, para proteger los bienes de sus familias, habían tomado las armas. Niños que apenas alcanzaban los quince años, cuyas vidas

acabaron en el patíbulo. Esperaba que aquella tragedia no se replicara en Monroe Park.

No entendía cómo la novena a San Judas Tadeo todavía no había surtido efecto. Debería insistir. Encerrarse en San Agustín y orar con vehemencia.

Por su parte, Doezi pensaba en extender su ayuno y duplicar sus oraciones. Le pediría a su congregación que incrementaran sus ruegos. Mientras otros a su alrededor pensaban en quién sería el primero en estrenar el patíbulo.

# Capítulo Quince

## *La llegada de malas noticias*

Ralph Ferguson batallaba para que el caballo que lo llevaba a Monroe Park no desmayara en medio del camino. Después de lidiar con el terrible calor en las llanuras en el valle de los cheyennes y del asecho de algunas bandas, el hombre había logrado llegar a territorio seguro con Betty Harrison aferrada a su cintura.

La chica lucía débil. No era extraño que las altas temperaturas le hubiesen provocado una terrible deshidratación, pese a los dedicados cuidados del hombre.

—Señorita, ya estamos llegando —le dijo Ralph.

Betty intentó abrir los ojos, pero la fragilidad de su cuerpo y su mente se lo impidieron. El hombre se aseguró de que la joven mantuviera sus brazos firmes alrededor de su cinto. No se podía dar el lujo de que se volviera a caer. Las últimas dos veces le había provocado un susto de muerte recoger su deleznable cuerpo del polvoriento camino. Estaba casi seguro de que si no llegaba a Monroe Park antes de que cayera el sol la joven moriría, por eso instigó al caballo para que se apurara.

\* \* \*

El cocinero de La Alamosa. Alan Patterson, lucía concentrado en sus faenas. Esa tarde tenía como objetivo la cocción de un buen guiso que reviviera a los domadores de caballos. De complexión musculosa y piel pálida, el hombre era un irlandés puro y muy orgulloso de sus raíces. Había venido a la Frontera como otros tantos, en busca de una mejor vida, pero después de alistarse en el ejército para pelear por el bando del norte, había desertado. Cansado de los abusos de los mismos coroneles y superiores, y aterrado de lo vil y violento que se iban tornando los hombres, una mañana tomó su carabina junto a un bulto improvisado con una manta y se perdió en el campo.

Lo persiguieron durante días, pero su habilidad para ocultarse junto a su magnífica destreza para nadar le permitieron atravesar largas distancias, siempre sorteando ríos, pantanos y valles infectados de todo tipo de alimañas. Alcanzó Misuri en primavera de mil ochocientos sesenta y ocho, y discurrió a los territorios del sur trabajando en diferentes expediciones vaqueras como cocinero hasta el día que puso sus pies en Monroe Park por primera vez.

Conoció a Luke durante una reyerta en el *saloon* de Eladio. Al ver que el vaquero acabó con cuatro rivales que lo habían asediado desde su llegada por ser forastero, decidió que quería que aquel fuese su patrón. Con los labios partidos y los ojos hinchados, le juró lealtad a Luke por haberle salvado la vida. Esa noche salieron de Monroe Park después de una refriega de tiros.

Escuchó el sonido de la armónica a sus espaldas y sonrió. Se limpió sus manos en el delantal y se giró para encontrarse con su patrón.

—Parece que tendremos fiesta esta noche —mencionó Alan.

—Le dije a los muchachos que después de todo lo que hemos hecho por domar a esos caballos tomaríamos *whisky*, comeríamos tu guiso y bailaríamos al son de la armónica y el violín.

Luke se recostó de una vieja mesa que ocupaba el centro de la cocina en la cabaña de los trabajadores para continuar tocando el pequeño instrumento.

—Faltan las chicas —dijo el cocinero tan pronto le dio la espalda para traer un saco de papas.

—Esa se las debo. La última vez que cometí esa imprudencia Marta por poco nos mata. Por respeto a ella esta vez solo *whisky*, música y comida.

—No quiero ni acordarme de esa noche, patrón. ¿Y logró vender todos los caballos?

—Sí. —Luke le dio un mordisco a un albaricoque que alcanzó de una canasta—. Traje veinte nuevos potrillos para domar.

—El trabajo no se acaba.

—Solo en invierno.

—Pues que llegue el invierno ya —suplicó Alan con las manos alzadas.

—Para ti no hay descanso. Necesitamos que nos alimentos —Luke le palmeó la espalda al hombre y salió—. Voy a ver si Garner fue por el violín.

—No olvide traer el *whisky*, patrón.

—Por supuesto.

Antes de salir, Luke le arrojó un objeto que el cocinero logró atrapar en el aire. Ver la cara de asombro de Alan Patterson lo conmovió. Su deseo era tener un reloj para saber la hora y el vaquero le había conseguido el mejor.

—Patrón, yo...

—Así no tendrás excusa para tener la avena en las mañanas a tiempo.

—Se lo pagaré.

—Suficiente con que cocines tan delicioso como siempre.

Luke salió mientras Alan miraba el reloj con ilusión. Después de admirarlo por un rato lo guardó en uno de sus bolsillos. Los que decían que el vaquero era el mismo demonio cuando tenía su Colt .45 en la mano no lo conocían realmente, pensó.

\* \* \*

Heather entró en la oficina del telégrafo con un par de mensajes que el notario quería que se enviaran a otros condados. Le extrañó que esta vez, Milton Doval, el telegrafista, no la recibiera con su acostumbrada zalamería, por el contrario, se proyectaba muy serio. Cuando ella le dictó los mensajes se concentró en su envío sin dirigirle la palabra.

Por su parte, Heather se sintió aliviada hasta que un par de damas arribaron en la oficina. Pudo reconocer entre ellas a Adele, la dueña de la sala de proyecciones. Le parecía una mujer muy hermosa.

—Buenos días —dijo la mujer cuando se acercó al escritorio, en cambio su acompañante permaneció distante observando los avisos en las paredes.

Heather le contestó el saludo de forma amable.

—Qué bueno que nos hemos encontrado —le dijo Adele—. ¿Cómo es tu nombre?

—Heather Harrison. —La actitud tirante de la mujer junto a su escrutinio no le resultaban agradable.

—Me imagino que no sabes quién soy.

—Usted es la dueña de la sala de proyecciones.

—Soy más que eso, querida. —Adele se acomodaba sus guantes blancos con una expresión altiva—. Soy la mujer de Luke Montana.

Heather sintió como si le hubiesen propinado una patada en el estómago, pero intentó disimular

que la declaración de Adele no le afectaba. Hasta el telegrafista prestó atención al comportamiento de la dama.

—No entiendo por qué me dice eso —dijo Heather.

—Porque conozco muy bien a las mosquitas muertas como tú. No quiero que te excedas en confianza con mi hombre.

Esta vez Heather no pudo evitar hacer una mueca de disgusto con sus labios. La expresión posesiva de “mi hombre” la sacó de quicio.

—Pues díglele a SU hombre que me deje en paz. —Heather escupió las palabras.

—Sé tu juego, jovencita. Eres de las que finges inocencia hasta que atrapas a un hombre en tu telaraña.

—Se equivoca. No necesito entrapar ni perseguir a un hombre para ganarme su afecto. —Se dirigió al telegrafista—: Doval, ¿ya envió los telegramas?

El hombre le extendió la evidencia sin pronunciar palabras. Su cara era un poema.

—Solo te aconsejo que evites problemas, Heather Harrison.

La joven sonrió para mortificar a la mujer.

—Fue un placer saludarla —le dijo Heather a forma de despedida y caminó erguida hacia la salida.

Sentía tanto coraje que lo único que pensaba era en el placer que le provocaría arañarle el rostro al vaquero por libidinoso y mujeriego. Temía que fueran varios los ataques por parte de las amantes de ese hombre.

\* \* \*

Cuando Heather vio el rostro desfigurado de Ralph Ferguson esperándola en la recepción de la posada esa misma tarde no dudó en que algo trágico había sucedido en Granby. Durante su descenso por la escalera tuvo que asirse al pasamano por temor a que sus piernas trémulas flaquearan y fueran incapaces de sostenerla. Miró de nuevo en dirección del hombre para convencerse de que la imagen sombría de su rostro, y su ropa raída y sucia eran reales.

Ralph sostenía su desaliñado sombrero en sus manos. Tan pronto Heather se acercó el capataz bajó la cabeza.

—Señorita, no pude hacer nada —dijo con voz quejumbrosa.

—¿De qué hablas, Ralph?

—Richard Perkins arrasó con todo.

Heather agradeció que Margot estaba a su lado, pues tuvo que apoyarse del brazo de la mujer para no desvanecerse. Sabía lo implacable que solía ser Richard cuando ejecutaba sus venganzas.

—Papá...

—Su padres están muertos —dijo el hombre en medio de un sollozo.

De primera intención Heather soltó un grito ahogado. Un gesto que provocó que los demás huéspedes acudieran de inmediato.

—No puede ser —dijo ella mientras intentaba ocultar su rostro entre las manos. Pese a que Margot y la cocinera hicieron esfuerzos para contenerla Heather luchó para liberarse.

Pensar en los agónicos momentos que con seguridad vivieron sus padres en sus últimos minutos de vida la estaban enloqueciendo. No entendía cómo el monstruo de Perkins se había ensañado con su familia.

—¡Betty! —gritó cuando logró aclarar su mente—. ¿Dónde está Betty?!

—La traje conmigo, pero no está bien, señorita —expresó Ralph.

—¿Dónde está? —Heather corrió al exterior, al ver a su hermana desvanecida sobre el lomo de un caballo pensó lo peor. Se acercó para mirarle su rostro agónico—. Betty, soy yo, Heather. Cariño, ¿me escuchas?

La joven no respondía a ningún estímulo.

—Hay que llevarla a la habitación —dijo Margot a la vez que le pedía a varios de los huéspedes que le ayudaran a llevar a la joven al interior.

De esa manera lograron subirla hasta la alcoba de Heather.

—Esta niña necesita un médico —dijo la posadera al comprobar la agonía de Betty—. ¡Eugene! ¡Eugene! Ve por el doctor Edward. Dile que venga de inmediato.

La joven cocinera se quitó el delantal y bajó las escaleras de prisa. Heather intentaba reanimar a su hermana. Su cara estaba pálida y sus labios llenos de llagas. Tomó el vaso de agua que Margot le extendió para intentar que Betty bebiera.

—Mamá... —La joven comenzó a delirar—. Mamá...

—Cariño, Ya estás a salvo. Intenta no pensar en nada y descansa —le decía Heather mientras la acurrucaba en sus brazos en medio de su propio llanto—. Ya estás segura.

—Papá... Richard le disparó a papá en la cabeza —insistía sin abrir los ojos.

—Ya, cariño. Todo estará bien —insistía Heather mientras contenía sus propias ganas de gritar, pero sabía que ese amargo momento requería de su fortaleza.

—Iré por el reverendo —dijo Margot—. Creo que les será de apoyo.

La mujer se retiró junto al capataz de Granby, quien había solicitado agua para lavarse. Además, tenía que atender a su moribundo caballo.

—Mataron a mamá, Heather. —Betty escondió el rostro en el pecho de su hermana mientras temblaba—. Esos hombres la iban a violar, pero ella no lo permitió. Los instigó tanto que Richard la mató antes.

Heather cerró los ojos para recrear la fatídica imagen. Pudo visualizar a su madre, espantada, muerta de miedo frente a esos depredadores ansiosos por hacerle daño. Sara siempre fue una mujer delicada, pero de un espíritu fuerte, así que se convenció de que su madre actuó de forma astuta. Al final esos desalmados no se salieron con la suya.

—¿Dónde estabas tú?

—Escondida en uno de los armarios. Nunca supieron que estaba allí. —Betty hizo una pausa—. Luego le prendieron fuego a la casa y después al potrero.

—Mona... — Heather no pudo evitar pensar en su yegua y en su potrillo. Cerró los ojos pensando en que la vida era injusta. En tan solo unos minutos había perdido a casi todos los seres que amaba.

—Ralph logró liberarla hacia campo abierto junto al potrillo después de rescatarme. Entonces huimos. —Volvió a aferrarse a los brazos de su hermana—. Ellos vienen por nosotras, Heather. Vendrán.

—No saben que estamos aquí. —Heather le daba pequeños besos en el rostro—. Estamos seguras. Trata de tranquilizarte.

—No, Richard vendrá a buscarnos. Sus hombres abusarán de nosotras. Tenemos que huir. —Betty parecía que había perdido el juicio.

En eso llegó el médico. Un hombre calvo de mediana edad y sonrisa dulce. Las saludó a ambas e inició la revisión.

—Está muy deshidratada —dijo el galeno—, pero con descanso, agua y alimento en un par de días

estará mucho mejor. Trate de que descanse y que despeje un poco la mente. Sé que es un poco difícil, sin embargo, es la única manera de que mejore.

—Gracias, doctor. Me preocupa el delirio.

—Es normal por la falta de hidratación —decía el galeno mientras regresaba sus instrumentos al pequeño maletín después de recibir su paga—. Siento mucho lo que les ha tocado vivir, señoritas. Me reitero a sus órdenes —dijo el hombre antes de marcharse.

Tan pronto el médico abandonó la habitación Heather cayó en su propio llanto. Necesitaba sacar el dolor, la frustración y el coraje. Se acomodó al lado de su hermana para acariciarle el cabello en medio de una sensación de vulnerabilidad que la hacía tiritar. No tenían a donde huir. Sin familia y sin dinero sus opciones se habían reducido.

Soltó todo el dolor que le proporcionaba aquella tragedia mientras debatía en su mente hasta cuándo Richard Perkins seguiría asechando su vida.

\* \* \*

**A** la mañana siguiente Heather mostraba mejor semblante tras una larga conversación con el reverendo durante el desayuno. Sin duda sus oraciones y las lecturas de algunos pasajes bíblicos habían recompensado a las hermanas. Betty se había animado a cantar una alabanza que la esposa del reverendo inició y antes de media mañana se había quedado dormida después de tomarse un té que le preparó Eugene.

Ese brebaje la ayudaría con el dolor y le permitiría descansar. Como no podía ausentarse de su nuevo trabajo, Heather le pidió a Margot que estuviera pendiente de Betty, petición que la mujer aceptó con agrado.

—Vete tranquila. Tan pronto se despierte le daremos de comer y estaremos al pendiente —le había dicho la posadera antes de salir.

—Cualquier cosa por favor me avisa. No creo que hoy tenga mucho que hacer fuera del despacho del señor Cooper —dijo Heather mientras miraba a su hermana descansar—. Me duele dejarla así.

—Ve tranquila, hija, e intenta recomponerte. El trabajo te ayudará a distraer la mente. Yo me ocuparé de Betty.

Heather no estaba tan segura de eso. Incluso le preocupaba que alguna distracción le perjudicara en sus funciones, pero ahora más que nunca necesitaba dinero para la manutención de ambas.

Según lo que Ralph había contado, Granby había quedado consumido por el fuego, así que no había ningún bien que las resguardara.

—Te hubieses tomado el día —le dijo el notario tan pronto se enteró de lo ocurrido—. Lamento mucho tu pérdida. Es una desgracia.

—No quiero que se perjudique mi trabajo —le dijo Heather mientras ordenaba el archivo.

Con tan solo unas horas de esmerado trabajo el despacho iba tomando un aire distinto.

—De verdad, muchacha. Puedes ir a atender a tu hermana. Me sentiría mucho mejor.

—Creo que estar aquí me viene bien, señor Cooper. Además, ella necesita descansar y si me ve a su lado insistirá en contarme una y otra vez.

—Bueno... En eso tienes razón. —Cooper tomó unos expedientes—. Yo voy saliendo. Tengo que ir a registrar unas propiedades en Fremont—. Te dejé un manuscrito para que lo pases en la máquina y una correspondencia en mi escritorio para que la registres.

—Por supuesto, señor Cooper.

El notario caminó hasta la puerta.

—No quiero que te sientas presionada. Si necesitas regresar con tu hermana tienes mi permiso —le dijo antes de ponerse su sombrero de copa y salir—. Gracias por toda tu ayuda

A media mañana Heather contemplaba los alrededores. Al menos había logrado poner en orden los expedientes y los papeles. Ahora se concentraría en registrar la correspondencia de los pasados meses y pasar los documentos manuscritos a máquina.

En eso tocaron la campanilla.

—Pase. —No se tomó la molestia de mirar hacia la puerta.

—Buenos días.

La voz del vaquero la hizo incorporarse de inmediato. Intentó disimular el leve hormigueo que recorría su cuerpo.

—Buenos días —contestó ella, aunque evitaba mirarlo—. ¿En qué le puedo ayudar?

—Fui a buscarte a la posada. —Luke jugaba con un pisapapeles sobre el escritorio de la joven para disimular sus nervios—. Margot me contó. Siento mucho lo de tus padres.

—Gracias. —Ella ocultó su rostro. No quería que la viera con los ojos húmedos y aprovechara para acercarse en medio de su vulnerabilidad. Todavía sentía gran enfado por su actitud.

—Espero que tu hermana se recupere pronto. —La suavidad de la voz del vaquero parecía una dulce caricia ante todo el dolor que Heather estaba experimentando, pero no quería ceder ante su debilidad por ese hombre—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo.

Heather se mantuvo en silencio registrando la correspondencia. Rogaba porque Luke Montana se fuera pronto porque tenía la sensación de que si no era así acabaría refugiada en su pecho para sentirse segura.

—Debes acusar a ese hombre, Heather. —Él se le acercó—. Tiene que pagar por lo que hizo.

—En un mundo ideal eso sería lo justo como dice, pero no vivimos bajo un sistema justo. Ahora menos que nunca me puedo exponer a que sepa dónde estamos.

—No puede quedar impune.

—Le agradezco su preocupación, señor Montana, pero tengo mucho trabajo.

Si bien ella buscaba parecer indiferente, el rubor en sus mejillas y el temblor de su voz la delataban. El vaquero se le acercó despacio para tomarle la mano.

—No dejaré que te pase nada.

—Eso no le corresponde a usted, señor Montana.

—Tutéame. Después de lo que ha pasado entre nosotros no me trates como a un extraño.

—Eso es lo que usted es para mí. Usted no permite que nadie lo conozca. —Ella se giró para darle la espalda—. Y por favor, váyase. El notario puede llegar en cualquier momento y no quiero malos entendidos. Ahora más que nunca necesito mucho este trabajo.

Luke frunció la boca. Ella se movió para colocar la correspondencia en una bandeja. Movimiento que él aprovechó para atraparla.

—No importa que finjas toda esa indiferencia que solo tú te crees. Yo sé que sientes más de lo que dices. —Luke le acarició la cintura en un gesto que la hizo estremecer.

El ruido de la campana los hizo retroceder. Heather se arregló el vestido y se alisó el cabello.

—Tenemos una conversación pendiente —le dijo Luke antes de marcharse.

Tan pronto se libró de su presencia buscó calmarse para atender a la señora que solicitaba ver al notario.

**E**mile de Tours exhibía una sonrisa sospechosa que puso sobre aviso a Luke tan pronto atravesó la puerta de su salón de juego. Era un lugar que, pese al empeño del enano porque pareciera refinado, se respiraba una vulgaridad disimulada. El vaquero saludó al tahúr con un fuerte apretón de mano y luego ocupó una mesita en la antesala.

—Hace tiempo que no venías a visitarme —dijo Emile tras soltar una bocanada de humo—. No entiendo porque te resistes a jugar.

—Ese vicio destruye a los hombres.

—¿Hablas por experiencia?

—Los hombres sabios no tienen que experimentar, basta con ver a nuestro alrededor para saber qué nos conviene y que no.

—Qué bien que hayamos llegado al punto de la conveniencia.

Luke se acomodó en la butaca para encender un cigarro.

—No tengo mucho tiempo, Emile. Así que dime de inmediato la tontería que tienes en mente y ruega porque me convenga.

—Volvemos a la conveniencia. —El hombrecillo sonrió con malicia—. La ansiedad no conduce al hombre a nada bueno.

—Me estás haciendo perder la paciencia, Emile.

—La paciencia es una virtud, Luke.

—Pues digamos que no soy un hombre virtuoso.

El enano no dejaba de mostrar su rostro lleno de complacencia y misterio.

—Hace unos días estuve en Fremont, en una casa de juego. Allí me encontré con cierto hombre que va de un lugar a otro exhibiendo un objeto. Objeto que me imagino podría ser de tu interés.

El vaquero entornó sus ojos.

—Tiene una insignia muy llamativa y las iniciales de una joven que creo es objeto de tu afecto. ¿O me equivoco?

Sabía que su mejor arma en esa batalla era mantenerse sereno.

—No entiendo tus acertijos.

—La agencia Pikerton tiene evidencia que involucra a Heather Harrison en el asesinato del hermano de James Larousse.

Luke inclino su torso para acercarse a Emile.

—¿Crees capaz a la señorita Harrison de ser una asesina?

—Fue la esposa de Richard Perkins. Quien quita y el cuatrero le enseñó su oficio.

Luke resopló. O el hombrecillo era idiota o quería sacarle información.

—El asunto es que no es un secreto que tengo problemas con mis finanzas —prosiguió Emile—. Y quiero que hagamos un trato.

—¿Un trato? —El vaquero soltó una sonora carcajada.

—Yo no delato a Heather si tú me entregas tres mil dólares.

De pronto la fama que había rodeado al enano se hizo patente en sus ojos vidriosos, cargados de codicia. Luke se incorporó después de dejar el resto de su cigarro en el cenicero. Apoyó sus manos en ambos lados de los brazos de la butaca que ocupaba Emile y se le acercó para intimidarlo.

—Siempre he resuelto mis problemas sin necesidad de ceder a chantajes. Por lo general los estafadores se convierten en lacras insaciable que cada vez requieren más.

—No estoy jugando —dijo el hombrecito, pero su voz trémula delataba el terror que le provocaba

tener el rostro del vaquero a centímetro del suyo.

—Yo tampoco estoy jugando.

—Voy a delatarla.

Luke se alejó y le dejó ver con un ademán que tenía el camino libre.

—Si haces eso cometerás un grave error, Emile.

—¿Vas a matarme?

—¿Me has visto con la intención de desenfundar mi revólver?

El hombrecillo negó con su cabeza y sus ojos atemorizados.

—Emile de Tours, aprende a jugar —dijo el vaquero y se marchó con la firme convicción de que si quería acabar con esa pesadilla era preferible acudir al tronco.

# Capítulo Dieciséis

*“Mátame de deseo”*

Transcurridas dos semanas, Betty Harrison mostraba excelentes señales respecto a su mejoría. Por el asunto de ayudar a su hermana con la manutención de ambas se había embarcado en conseguir un trabajo en el nuevo hospital. Asunto que le creaba gran ilusión y le permitía mantener su mente ocupada. Poco a poco sus emociones se iban asentando. No se trataba que de inmediato olvidara la tragedia, pero que recuperara el ánimo y las fuerzas para seguir adelante, por eso Heather no se opuso.

Durante esos días también había iniciado una amistad con el mejor amigo de Jake Cassidy, Mathew, quien le daba los toques finales a las instalaciones del nuevo hospital. Entre ambos jóvenes había surgido una atracción súbita de la cual Heather fue testigo un día que acudió al lugar sin avisar. Si no hubiese llegado a tiempo, su hermana hubiese sucumbido al beso que Mathew estaba dispuesto a darle.

—¿Te gusta ese joven? —preguntó Heather con cierta preocupación.

—Es lindo y muy caballeroso.

—Betty, es mejor que lo conozcas primero. A veces las personas no son lo que pensamos.

¿Acaso lo decía por el fiasco que había resultado ser Luke Montana? Desde su último encuentro en la oficina del notario el hombre había desaparecido. A veces se sentía triste porque en el momento en que más lo necesitaba él había decidido retirarse. Por mucha curiosidad que le provocaba su extraña desaparición jamás preguntó por él. Se concentraba en su trabajo y en el bienestar de su hermana. El vaquero había pasado a ser último en su lista de prioridades.

Ese día, tan pronto culminó de almorzar con Betty, regresó a la oficina del notario. Se concentraría en la transcripción de unos contratos y en el registro de nueva correspondencia. Intentaba avanzar en sus tareas cuando sintió la campanilla de entrada. Esta vez levantó la vista y pudo ver entre las ventanillas de la puerta la figura del vaquero.

En un inicio pensó en esconderse, pero cuando iba a ejecutar su plan, Luke insistió.

—Abre, Heather —dijo él—. Sé que estás ahí.

No tuvo más remedio que abrir la cerradura con un temblor difícil de ocultar. En principio se contemplaron en silencio, ansiosos, mostrando una ufanía que no les ayudaba a vencer sus miedos. Ella fingió indiferencia y regresó a su escritorio.

—¿Se encuentra Cooper?

—Estará ausente por varios días —dijo ella.

—¿Está enfermo?

—Viajo a Knoxville por un asunto.

Luke corrió el cerrojo, bajó la cortinilla de la puerta y colocó el letrero de “cerrado”.

—¿Qué haces? —dijo ella y caminó hacia la puerta para poner todo de nuevo según estaba, pero los brazos del vaquero la atraparon—. ¡Suéltame! ¿Qué te crees?

—Te extrañé mucho —le susurró al oído—. Intenté hacerme el fuerte, pero no pude. Por eso estoy aquí, porque te necesito.

Heather resistió sus caricias.

—Tengo mucho trabajo.

—Al diablo con el trabajo.

El vaquero la levantó en volandas para acomodarla en la orilla del escritorio. De una sola barrida desechó todo cuanto había sobre el escritorio.

—¿Qué haces? Esos documentos...

Arropó su boca para evitar que continuara con sus quejas y la apretó contra su pecho, ansioso por tenerla. Fue un beso doloroso, con fuerza y exagerada pasión. Con la necesidad de hacerla suya. De saber que esa mujer le pertenecía.

Posó su mano bajo el vestido para acariciarle la pierna hasta llegar a su cadera. Maldijo la enagua que lo separaba de su delicada piel.

Cuando la joven fue poseída por el deseo lo rodeó con sus brazos para darle la bienvenida. Entonces Luke buscó el cierre del vestido con ansiedad, y si no fuera porque sospechaba que terminaría abofeteado, no se aventuró a esgarrarlo.

—No tengo la paciencia necesaria con los broches, cariño.

Ella soltó un gemido agudo que le indicó a él que estaba tan sedienta de deseo que nada podría incomodarla, así que terminó por arrebatarse el vestido de un solo tirón. En medio de ese suplicio apareció con el corsé.

—¡Maldición! —dijo él contra su hombro luego de girarla para remover la pieza—. Las mujeres deberían andar en camisón.

Heather mantenía sus ojos cerrados con sus manos apoyadas en el escritorio, entregada al goce de las palabras ansiosas del vaquero. Saberse codiciada con desespero le impartía gran lujuria a su cuerpo. Era exquisito sentir las manos anhelantes del vaquero luchar por desnudarla.

Por si fuera poco, Luke le arrancó las enaguas.

—Hoy nos saltaremos algunos pasos, querida —dijo al oído de nuevo—. No soporto un segundo más sin estar dentro de ti.

La acomodó sobre el escritorio y después de quitarse el cinto y liberar su propia excitación, la poseyó con fuerza, con ansia, con la necesidad apremiante de saberla suya debajo de su cuerpo, desnuda, frenética de deseo.

—Pensarás que soy un pésimo amante —le dijo él cuando intentaba recuperar el aliento sobre sus pechos después de poseerla.

—Ha sido la mejor experiencia —decía ella mientras le acariciaba el cabello.

—Siento que mi cuerpo no me pertenece cuando te tengo cerca.

—Exagerado.

—No podía aguantar las ganas de tenerte. Estaba en medio del campo domando unos nuevos caballos, pero me sentía enfermo. No dejaba de imaginarte desnuda debajo de mi cuerpo. Gritando mi nombre. Tuve que abandonar mis tareas frente a la mirada atónita del capataz de mi rancho. —Soltó una risa—. Creo que Roig sospechaba lo que venía hacer en Monroe Park.

De pronto la conversación con la dueña de la sala de proyecciones acudió a la mente de Heather como si de un rayo se tratara. Pensó en callar su molestia, pero era algo que le había rondado en la cabeza desde hacía unos días.

—¿Tienes algo que ver con la dueña de la sala de proyecciones?

—¿Adeline? —Luke levantó su cabeza para encontrarse con la cara encabritada de la joven—. Hace un tiempo, pero acabamos...

Heather lo alejó, pero Luke se mantuvo firme sobre su cuerpo. No la dejaría escapar.

—Esa mujer se atrevió a reclamarme que tú eras su hombre.

El vaquero mostró una mueca burlona.

—Me encanta verte celosa.

—No se trata de celos, sino de dignidad. Imagino que ahora cada vez que salga a cualquier lugar del pueblo me encontraré con una examante.

—La verdad es que corres ese riesgo.

Ella le propinó un manotazo en el hombro, pero su cuerpo parecía de piedra porque el hombre no se inmutó.

—Tienes que irte, Luke. Debo regresar al trabajo. —intentó incorporarse.

—Hoy no te daré tregua, Heather Harrison. Te haré mía de todas las maneras que jamás has imaginado. Así que prepárate porque no saldrás de este lugar hasta que quedemos saciados.

La promesa del vaquero agitó su corazón. Para cuando culminó la tarde se dio cuenta de que Luke Montana era un hombre de palabra. Ambos dormían sobre una alfombra, saciados y felices, sin pensar que una pronta tormenta estaba al asecho. Cerca, demasiado cerca.

\* \* \*

**S**us constantes visitas a la oficina del telégrafo le permitieron a Heather conocer otras facetas de Milton Doval. El hombre, quien al final había aceptado el desinterés de la joven hacia su persona, ahora se mostraba amable y respetuoso. Cuando acudía al lugar era él quien la mantenía al tanto de todos los sucesos.

De esa forma se enteró que Jake Cassidy y Reneé Reagan habían fijado fecha de boda. Le alegró la noticia, esos dos se veían que estaban locos el uno por el otro.

De igual forma, Doval la estaba ayudando a dar con el paradero de su tía contactando con otros pueblos en Nuevo México.

—No te desanimes, Heather, todavía quedan demasiados pueblos por contactar—le dijo Milton ese día—. Algo encontraremos.

—Eso espero —dijo ella con un puchero.

—Te tengo la última. Ni el Colorado News lo tiene.

Heather le prestó toda su atención.

—Esta mañana pasé por la delegación y el sheriff me dijo que mataron a James Larousse, el hermano de uno de los hombres que mataron hace un tiempo en el valle de los cheyennes. Se cree que se trata del asesino de su hermano que, al verse atrapado, le quitó la vida en su rancho. Dicen que fue una emboscada que duró días. Un crimen perfecto.

Heather dudaba que Jeff Anderson, el viejo chofer, tuviera las habilidades que acababa de describir el telegrafista. Una fuerte premonición la hizo pensar en que Luke Montana estaba detrás de todo eso.

—Tengo que irme.

—Heather... —gritó el telegrafista al ver a la joven correr despavorida hacia la calle. Frunció el ceño con dudas y regresó a realizar sus tareas.

\* \* \*

**D**urante la travesía hacia La Alamosa a Heather no le quedó duda de que fue una pésima idea alquilar un caballo y atravesar aquella escarpada ruta. Pensaba que había perdido habilidades en la monta de caballos. Cuando vio la estructura de madera quedó fascinada. La cabaña tenía dimensiones

considerables y una fuerte muralla hecha en piedra se prestaba para su protección. Más que una casa parecía una fortaleza. Distinguió a un vigía sobre el muro de entrada. El hombre exhibió un rifle Winchester.

—Diga su intención —le dijo sin dejar de apuntarle.

—Soy... soy Heather Harrison —su voz temblaba—. Vengo a ver a Luke Montana.

—¿Está armada?

—No.

—¿Me permite cerciorarme?

—Sí.

El hombre bajó desde su posición y caminó hacia el caballo. Después de registrar su bolso, tomó las riendas del caballo y la guio hasta el interior. En la cabaña la recibió una mujer de algunos cincuenta años, de cabello rojo y rostro amargado.

—Otra más. Luke no se cansa —dijo después de observar a la joven con desprecio—. Espere aquí.

La llevó a una sala y desapareció. Una gran chimenea construida con esmero ocupaba una pared. Heather observó que el mobiliario no era ostentoso, pero había sido esculpido con delicadeza. Le agradó el calor de hogar que expelía el lugar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Luke cuando entró.

—Lo siento —dijo ella con timidez—. Necesitaba hablar contigo.

—¿Ha pasado algo? ¿Tu hermana? ¿Perkins?

—No. Todo está bien.

No entendía por qué la frialdad exhibida por el vaquero. Tal vez le incomodaba su presencia porque sentía que invadía algo sagrado en su vida. Recordó que, pese a sus últimos encuentros, Luke se había mantenido hermético.

—Acabo de enterarme de la muerte de James Larousse.

Luke se sirvió un poco de *whisky*.

—Y quiero saber si tú estás involucrado.

Permitió que al acercarse Luke le acariciara la barbilla, pero no permitiría que el vaquero se valiera de sus encantos para librarse de su confesión.

—Un día te dije que no dejaría que nadie nos separara.

Heather retrocedió un par de pasos con su rostro compungido.

—¿Có... cómo...?

—Ese hombre se estaba convirtiendo en algo peligroso, Heather.

—Pero, ¿no entiendes? Pueden acusarte.

—He hecho cosas peores —dijo después de acabar con su *whisky* de un solo sorbo—. Voy a protegerte de quien quiera hacerte daño sin importar lo que tenga que hacer.

Ella le dio la espalda para apoyarse en la superficie de la chimenea. Sentía que no podía evitar las arcadas.

—Lo siento, Heather —le dijo muy cerca a su espalda—. Este soy yo. A veces ángel, a veces demonio. James Larousse debía varias, solo hice que las pagara.

—Dios santo, eso no me ayuda a sentirme menos culpable, Luke.

—Heather, aquí la vida es muy dura. Sobrevivir es una batalla continua. No sé cómo fue tu vida en el rancho de tus padres, pero esto es real. Mataré a quien sea con tal de cuidarte.

—No quiero eso.

Luke la abrazó por la espalda para apoyar su barbilla en la coronilla de la joven.

—Te amo tanto que no voy a permitir que nada te pase.

La confesión desprevenida del vaquero le restó fuerzas a su ímpetu. Jamás pasó por su mente que le diría aquellas palabras tan sinceras.

—Y espero que tú sientas lo mismo porque si no estoy fastidiado.

La giró para que lo enfrentará.

—¿Qué sientes por mí?

—A veces quisiera matarte.

—¿Podrías vivir con eso?

—Sabes que no.

Lo abrazó para apoyar su cara en su pecho.

—Me da miedo todo esto —confesó ella—. No quiero sufrir, Luke.

—Yo tampoco quiero que sufras. Quiero que me ames de la misma forma que te amo.

—Creo que te amé desde la noche en que me sedujiste.

Luke sonrió y le levantó el mentón para que lo mirara.

—¿Te seduje? Mi mejor recuerdo es el de una joven hermosa en un camisón transparente, quitándome mis pistolas y mi cinto, atándome a la cama con una soga y aprovechándose de mí.

Heather le quitó el vaso de *whisky* de la mano.

—Creo que no deberías beber más.

Luke le mordió el cuello.

—Tal vez podamos recrear la escena tal y como acabo de describirla.

Sonrió con malicia y la tomó de la mano para arrastrarla hasta su habitación. Un recinto muy masculino, pero acogedor.

—Quiero que me ates a la cama, señorita Harrison, y me castigues por lo malo que he sido —le dijo al finalizar de besarla.

—Tendrás que quitarme los broches de mi vestido y el corsé.

Luke fingió dolor.

—Cuando seas mi esposa olvídate de los dichosos vestidos y el corsé. Te quiero en camisón. Haré un perímetro para que mis hombres no se acerquen a la cabaña, le daré vacaciones indefinidas a Marta y no permitiré la entrada de nadie a esta casa.

—¿Prisionera?

—Amantes. Cásate conmigo y hazme el hombre más feliz.

Heather bajó la mirada con serias dudas de si aquella locura no la catapultaría hacia un grave error.

—No me contestes ahora, cariño —le dijo Luke para no presionarla—. Mejor hazme el amor y mátame de deseo.

# Capítulo Diecisiete

*Los creek*

Luke Montana detuvo el galope de su caballo de forma abrupta para contemplar a distancia el funesto infierno que los indios *creek* habían desatado en Monroe Park. Agradeció la diligencia con que el vigía manejó el asunto. Hacía apenas unos minutos que Arthur Macoy había irrumpido en su rancho La Alamosa sobre la grupa de su caballo para dejarle saber al vaquero de la trágica acción de los indios. Según el centinela, había aparecido una manada de hombres con sus rostros cubiertos tras extraños dibujos y sus cabelleras emplumadas para asediar el pueblo. No conforme con eso, los bárbaros les prendieron fuego a varias residencias y asesinaron a un puñado de hombres que intentó repeler el ataque.

El vaquero clavó sus espuelas en la panza de Sombra y el caballo galopó a su mejor velocidad hacia la llamarada infernal que se levantaba hasta casi alcanzar el cielo. A su llegada, sacó sus armas con la intención de acabar con los enemigos sin importar las consecuencias. Fue de esta forma que fue eliminando a los hombres de cabellera emplumada sin piedad.

—Luke, se metieron en la posada. —Al ver el rostro aterrado del notario con aquella noticia le sobrevino el terror.

Atravesó el umbral del mesón en tres zancadas. Los gritos histéricos provenientes de la segunda planta lo alertaron. De inmediato, subió las escaleras para dejarse guiar por los alaridos de varios hombres que parecían disfrutar de un festín. Se trataba de la habitación de Heather, abrió la puerta de una patada y sin mediar palabra disparó al primer comanche entre las cejas. El segundo le lanzó una pequeña hacha que el vaquero tuvo la suerte de esquivar. Sin clemencia Luke le disparó en el pecho. El tercer hombre tenía un afilado cuchillo presionando la garganta de Heather.

—Dejas huir a mí, no la mataré —dijo el indio.

—No negociaré contigo, maldito indio. —Luke no bajó su arma en ningún momento pese a los ruegos y el lloriqueo de Heather, quien para ese momento buscaba esconder sus pechos tras su bata desgarrada—. Si la matas, me encargaré de torturarte, si la dejas ahora tal vez te mate de un solo disparo. Prometo que tu larga cabellera la exhibiré en mi rancho como un trofeo.

El rostro del indio se tornó en un gesto pálido, sin embargo, se aferró aún más a su cuchillo. Luke se recostó de una de las paredes como si tuviera todo el tiempo del mundo, sacó un cigarro y aspiró el humo con fuerza. Cuando le pareció que la espera se extendía y que la joven no sería capaz de aguantar más tensión, empuñó su revólver favorito, un modelo Peacemaker, calibre cuarenta y cinco, y sin pensarlo le clavó una bala en la boca al indio. El riesgo asumido fue lo suficientemente terrible como para que la joven cayera desmayada.

Luke se aseguró de que el trío de crápulas estuviera muerto y caminó hasta donde Heather. Se compadeció de ella, quien para ese momento había perdido el color de sus labios y un leve temblor la hacía tiritar.

—¿Estás bien?

El vaquero intentó que volviera en sí después que la acomodó sobre el colchón, pero al no lograrlo, la zarandeó un poco tomándola por los hombros.

—¿Me escuchas?

La joven abrió los ojos e intentó incorporarse.

—Todo está bien, cariño. —Luke intentó apaciguar su lloriqueo—. Ya estás a salvo.

—¡Betty! —gritó con histeria—. Los indios se llevaron a mi hermana.

\* \* \*

**K**id Curry aprovechó la confusión que desató el ataque indio para huir de la cárcel. Antes de dejar el recinto, el líder de Los Invencibles le había pedido que lo liberara de su celda, pero después de reflexionar sobre lo temible que era ese hombre, decidió que era conveniente que permaneciera encerrado. Había escuchado que Tom Clement mataba por su vicio de ver a los hombres perder la respiración.

El pelirrojo tomó un gorro y un abrigo para disimular su identidad. Cuando salió a la calle pensó que era más segura la prisión, pues más de cien indios habían sitiado el pueblo y aunque los vecinos habían intentado repeler el ataque, los aguerridos hombres los superaban en técnicas y violencia.

Se ocultó detrás de una columna de madera cuando vio al hijo del sheriff batallar con media docena de indios que lo asediaban. Pensó en huir y dejar que Cassidy corriera la suerte de su destino, pero un sentimiento incomprensible lo llevó a intervenir. Para ese momento Jake había recibido el primer flechazo en su hombro y un plomazo en su muslo que le impedía ponerse de pie para disparar.

Tan ágil como solía ser Kid, hizo un movimiento que le permitió tomar el revólver de Cassidy. De esta forma mató a los primeros dos indios. El tercero fue un golpe de suerte que le acertó uno de los vecinos y los restantes salieron corriendo ante el ataque del bandido.

—Mi padre me había dicho que eras el mejor con la pistola, pero no lo creía.

El joven le sonrió a Jake y le devolvió su revólver. Le ayudó a incorporarse y sin miramientos lo cargó en su hombro para llevarlo hasta la parroquia de San Agustín, uno de los pocos lugares seguros que quedaban en Monroe Park.

\* \* \*

**A** medida que se adentraban en el territorio indio, después de un periplo arriesgado de una semana, Luke y sus hombres agudizaban sus sentidos. La espesa arboleda, junto a las estrategias que utilizaban los *creek*, los delatarían de un momento a otro. Acostumbrados a emboscar a sus enemigos, esta tribu era una de las más peligrosas. Su única esperanza era la presencia de su hombre de confianza, Roig Buchanan. Con seguridad su pelo lacio y su piel cobriza, en combinación con su nariz aguileña y su vasto conocimiento del dialecto de la tribu, serviría para aplacar sus aguerridas tácticas.

Se detuvieron cuando precisamente Roig levantó su mano. La calma y la quietud del ambiente presagiaban el ataque oportuno. Con sigilo el vaquero preparó su rifle Winchester y empuñó su revólver Peacemaker.

Un alarido estruendoso provino del bosque y de inmediato fueron rodeados de una docena de pieles rojas armados con arco, flechas, hachas y rifles. El indio con mayor pelaje y con su rostro oculto tras variedad de colores, se paseó entre los hombres. Entre tanto Roig intentaba iniciar una conversación, pero Luke advirtió problemas cuando el líder de los *creek* le hizo señas de que se callara.

Entonces, el líder escrutó los rostros de los hombres blancos con total escepticismo y gran desprecio.

—Vinimos por la joven —dijo Roig de forma imprudente y el líder le apuntó con su rifle.

—Joven ser ahora *creek*. Princesa de la Pradera.

Luke se acomodó inquieto sobre la grupa de Sombra, que para ese momento comenzaba a impacientarse y relinchaba con mayor frecuencia. El vaquero intentó calmar al animal acariciándole la crin. El caballo dio varios taconeos sonoros, resopló y al fin se calmó. Parecía advertir el peligro.

—Necesitamos hablar con el jefe de la tribu —dijo Roig en el dialecto de la tribu.

—El jefe solo atenderá a hombres pacíficos —contestó el líder en el mismo dialecto.

Luke estaba atento al desarrollo de la conversación con la esperanza de poder entender algún detalle, pero resultaba imposible. Los siete hombres a su alrededor estaban callados y quietos, listos para ejecutar las órdenes del vaquero.

Después de un corto intercambio de palabras, los indios accedieron a llevarlos hasta el campamento, pero antes tuvieron que entregarles sus armas, asunto que no complació del todo al vaquero, pero que al final tuvo que aceptar. Si quería ayudar a Betty era mejor mostrarse cooperador. Recordó el llanto de Heather en la habitación suplicándole para que le ayudara a encontrar a su hermana y la frustración que sintió al verse vulnerable frente ante la situación.

Cuando esa misma madrugada regresó a La Alamosa para hacerse con sus mejores armas y activar a un grupo de sus mejores hombres, Roig le había comentado que conocía muy bien a los *creek*.

Fue de esa manera que supo que, pese a que eran una tribu pacífica, solían ser muy despiadados a la hora de defender a su pueblo y a su gente. Incluso, ambos hombres coincidieron de que algo grave le había hecho alguien en Monroe Park para que se desatara aquel ataque tan despiadado en el cual habían arrasado con más de veinte hombres e incendiado una centena de casas. Todo eso sin contar que algunos indios vejaron a varias damas sin importar que esto fuera en contra de sus valores como tribu y raza.

El campamento quedaba en una planicie bastante extensa que alcanzaba el río Blanco, esencial para la subsistencia del poblado. A su llegada se toparon con mujeres de largos cabellos amarrados en trenza que velaban a sus hijos a la vez que preparaban los alimentos. Más allá de las tiendas cónicas hechas en pieles, conocidas como *tipi*, se encontraba un grupo de hombres sentados en una formación circular en medio de un acto ceremonial. El más anciano tenía su cabellera blanca y un tocado de plumas de múltiples colores lo distinguía como jefe supremo de la tribu. Al ver a los hombres se mantuvo sereno. Tras una conversación con el líder que los había interceptado en el camino fueron invitados a unirse a la ceremonia.

Tan pronto acabó el acto Roig se le acercó al anciano.

—Princesa de la Pradera ahora estar bien. Era promesa de la Luna. La esperábamos —dijo el jefe con una sonrisa que dejó ver una mella en su boca—. No regresar a pueblo, esta ser su casa. Princesa quedar con nosotros.

Luke agradecía que al menos el anciano balbuceaba en su idioma, así sería más fácil convencerlo.

—Tenemos que llevarla a casa —añadió Luke.

—Tú no hablar con Gran Amigo del Sol —dijo el anciano en referencia a sí mismo—. Tú no como nosotros.

El vaquero comprendió que la relación entre Roig y sus congéneres era la que les permitía estar allí y que era preferible que fuera él quien intentara convencer al jefe.

—Gran Amigo del Sol, queremos a la Princesa de la Llanura —dijo Roig—. Su familia la espera.

—Aquí estar su familia. Su esposo.

En ese momento Roig fijó su mirada en el suelo en señal de impotencia, guardó silencio y al rato

insistió:

—Princesa no tiene esposo.

—Gran Águila, esposo de Princesa de la Llanura.

Roig se giró hacia Luke para decirle:

—Casaron a Betty con el hijo del jefe. No podemos llevarla con nosotros. Para sacarla de aquí tendríamos que masacrar a toda la tribu, eso si conseguimos sobrevivir.

\* \* \*

Tres semanas después Heather seguía sin noticias de Luke y de sus hombres. A medida que pasaba el tiempo su angustia aumentaba. Llevaba varios días en vilo, observando por la ventana del despacho de Cooper cuando llegaba alguna diligencia con noticias o cuando acudía al pueblo algún forastero. Para esos días sus visitas al telégrafo las hacía con bastante frecuencia. Perdió el apetito y cualquier interés y, aunque se esmeraba en hacer bien su trabajo, le costaba concentrarse, pero el notario se había comportado de forma comprensiva.

Solo de Cooper y de Margot recibía palabras de consuelo, pero comenzaba a hartarse de los “tranquila, estarán bien” o de los “debes confiar en la providencia divina”. Estaba a punto de alquilar unos cuantos hombres y emprender ella misma camino hacia no sabía qué parte. No se podía imaginar su existencia sin Luke y sin su hermana.

Ese viernes intentaba registrar la correspondencia que acababa de llegar cuando vio a Emile de Tours atravesar la puerta con el aire enigmático que siempre le rodeaba.

—Buenos días, señorita Harrison.

—Buenos días, señor.

—¿No se ha enterado?

—¿Sobre qué?

—El sheriff acaba de recibir la noticia de la desgracia. Aparenta ser que Luke y sus hombres fueron masacrados en la senda de Castle Cap.

La correspondencia se le cayó de las manos por la impresión. Tuvo que sentarse para no desvanecerse. Se llevó su mano al pecho porque sintió que una aguda punzada le atravesaba el corazón. Entendió que Emile de Tours, tal y como se imaginaba, disfrutaba al ver su sufrimiento. El gesto facineroso en su cara era su mayor delator.

—Me da tanta pena que el vaquero haya terminado de esta forma —añadió con tono burlesco—. Cada cual tiene lo que se merece.

—¡Márchese!

—Miss Harrison, solo quería que estuviera enterada. Siento haberle causado tanto disgusto. —Sacó una fruta seca de su bolsillo y la dejó sobre el escritorio—. Esto puede ayudarle.

Decidida a deshacerse del nomo, tomó el pisapapeles para arrojárselo. Gracias a la habilidad de Emile no terminó con la cabeza mutilada. Corrió a la salida y desapareció.

Heather regresó a su silla para llorar la tragedia.

Ese mismo día, en horas de la tarde, el señor Cooper regresó con nuevas noticias, pues al enterarse había acudido a las autoridades tanto locales como a las del condado. Su cara enjuta y entristecida era el presagio de los fatales acontecimientos.

—Acabo de regresar de La Alamosa y coincidí con la llegada de uno de los hombres que fue participe de la expedición —dijo Cooper mientras sostenía su sombrero en las manos para calmar

los nervios—. Aparenta ser que cuando regresaban fueron interceptado por un grupo comanche para robarle los caballos. Le hicieron frente, pero en la reyerta hirieron a la mayoría de los hombres. De Roig y de Luke no se sabe nada. Se cree que estén muertos.

Heather se giró para soltar un grito ahogado. Sintió la mano del notario en su hombro en señal de empatía.

—Hija, escucha. Todavía hay una esperanza.

—¿Y Betty?

El prolongado silencio de Cooper la aterró.

—Tu hermana decidió permanecer con los creek.

—¡Eso es imposible! —Se levantó como un resorte.

Heather comenzó a pasearse por la oficina buscando una forma de recuperar la serenidad.

—Aparenta ser que se casó con el hijo del jefe de la tribu.

—¡La obligaron! La tienen secuestrada, Cooper. Por Dios, tengo que hacer algo. —lloriqueó desesperada.

El hombre la retuvo por el brazo.

—No hay nada que puedas hacer. Escucha. Los creek no la hubiesen retenido en contra de su voluntad. Algo tuvo que suceder para que se mantuviera con ellos. Debes tratar de serenarte. Es demasiada información para procesarla en tan poco tiempo.

Heather regresó a su silla con la sensación de soledad más demoledora. Si lo que el notario acababa de decir resultaba cierto, se había quedado sin ninguno de sus mayores afectos. Quería llorar, gritar hasta que se le secara la garganta, maldecir, buscar venganza, sin embargo, se mantuvo allí quieta, muda, en una parálisis que ni tan siquiera le permitía pensar con claridad.

Es que tampoco quería pensar, lo que deseaba era morir.

# Capítulo Dieciocho

*Sobrevivir o morir*

**R**efugiados en los lomos de sus caballos jadeantes, por haber cabalgado toda la noche, Luke y Roig buscaban la manera de ponerse a salvo del ataque de los comanches, quienes los habían asechado a su salida del territorio de los *creek*. Sin embargo, para su mala suerte llegaron a un reducido recodo en donde los esperaban sus enemigos. De inmediato escucharon las pesuñas de caballos a galopes que se les acercaban por el oeste. Alrededor de cincuenta aguerridos indios gritando como posesos los emboscaron.

Antes de que el dúo pudiera ponerse a cubierto, un primer disparo hirió a Roig en un muslo y un segundo proyectil fulminó a su caballo. Entre tanto, Luke se bajó del lomo de Sombra y lo azuzó para que tomara en dirección al monte, con eso aseguraba la vida de su caballo y su oportuno transporte de regreso, si es que al final sobrevivía. Tomó su rifle Winchester e inició un ataque mediante el cual consiguió eliminar a tres indios y derribar a varios caballos.

—¿Estás bien, Roig? —le preguntaba a su hombre de confianza a la vez que cargaba el rifle parapetados tras el caballo muerto—. Recuerda que prometimos morir en una cama y no en el campo como animales. Los hombres hacen promesas para cumplirlas.

—¡Sí, maldita sea! —le gritó Roig con cara de dolor.

El vaquero detuvo de momento la carga para aplicarle un torniquete que detuviera la hemorragia.

—¿No te han dicho que eres muy mal médico, Luke?

—Sí, en la guerra logré salvar a pocos.

Sonrieron recostados del animal, relajados, como si esperar la muerte segura no les causara ningún pavor.

Los comanches incrementaron su ataque. Luke decidió no malgastar las balas hasta que los enemigos estuvieran suficientemente cerca. La estrategia surtió efecto pues en el acto de repeler a los indios el vaquero logró eliminar a seis comanches y varios caballos. Tras esas bajas los indios se retiraron de momento para reorganizarse. La agresión se volvió intermitente y a distancia, acción que Luke decidió no contestar. Sabía que con la llegada de la noche los indios se retirarían pues su astucia les indicaba que un ataque nocturno los pondría en desventaja.

Entonces, Luke ayudó a Roig a levantarse.

—Tenemos que conseguir agua —dijo el vaquero.

La debilidad de su amigo era patente porque apenas podía sostenerse de pie, así que lo cargó en su hombro por un largo trecho hasta que alcanzaron la orilla del río Blanco. Allí, después de saciar su sed, Luke descubrió que la punta de una flecha se le había incrustado en su hombro. Intentó arrancarla, pero la intensidad del dolor le indicó que requeriría una abertura en la herida para extraerla. Sin ninguna herramienta que le ayudara, ignoró su propia herida para concentrarse en Roig, quien para ese momento se veía muy desmejorado. El pobre hombre desfallecía en medio de sus delirios.

Se parapetaron en un banco de arena para pasar la noche, pero con la luz del alba, Luke decidió que, si querían sobrevivir, era preferible dejar a Roig en ese escondite seguro e ir por ayuda. De momento el camino no era seguro, por eso optó por el río.

—Regresaré, Roig. Te lo prometo.

El hombre le sonrió mostrando una mueca en su rostro paliducho. El vaquero se adentró en las gélidas aguas del río Blanco en dirección al siguiente pueblo. Antes se ató sus botas al cuello y se quitó la ropa, pues era preferible nadar en ropa interior. Quinientos metros después de luchar con las bravías aguas y de sucumbir varias veces a la corriente, Luke alcanzó la ribera de Calson City antes de perder el conocimiento.

\* \* \*

Tres días más tarde, Heather se afanaba en hacer su equipaje con la ayuda de Cathie Coleman. Intentaba no dejarse convencer por todos para que permaneciera en Monroe Park.

Había tomado la decisión esa mañana frente a la tumba simulada de Luke Montana, con el sermón del reverendo retumbando en sus oídos y las palabras de consuelos de algunos vecinos. Le desagradó la cara de burla de Emile de Tours y quiso reclamarle, pero el dolor era tan desgarrador, que al final lo ignoró. En cambio, recibir la muestra de cariño de los amigos que había logrado en Monroe Park la reconfortaron.

Frente a un ataúd de madera que llevaba en su interior unas cuantas piedras, un sombrero Stetson de Luke, que la ama de llaves de La Alamosa había traído, Heather se convenció de que lo mejor era dejar el pueblo e irse con sus tías maternas a Misuri. Allí comenzaría una nueva vida, lejos de todo ese dolor que le acarreaba la pérdida de su hermana y del vaquero. Jugó con el borde de su chal y se contuvo de no abrazar la caja.

Las esperanzas de que Luke y Betty aparecieran se habían esfumado esa misma madrugada con la llegada de su caballo, Sombra, a La Alamosa. Señal inequívoca de que no lo habían logrado.

—Eres una mujer fuerte —el comentario de Cathie la sacó de sus pensamientos—. Y te admiro. No sé si yo hubiese podido soportar todo lo que te ha pasado.

—Tú también eres fuerte, Cathie —Heather le acarició la cabeza con cariño—. Estaba pensando en recomendarte con el señor Cooper.

La chica rehusó, se levantó de la cama en la habitación de la posada con dificultad para apoyarse en la cómoda.

—Claro que no. Ni tan siquiera sé leer bien.

—El notario es un hombre muy paciente. Aprenderás mucho.

—No, olvídale. Yo sirvo solo para limpiar.

—Déjame intentarlo.

—Te dije que no, Heather Harrison. No insistas.

En ese momento se escucharon golpes ansiosos tras la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Heather.

—Eugene.

El semblante de la cocinera al abrir le indicó a Heather que algo grave estaba ocurriendo.

—¿Qué sucede?

—Han traído a Luke.

En un inicio Heather no pudo reaccionar.

—¡Está vivo, Heather! —dijo Eugene dando pequeños saltos de alegría.

Heather salió a toda prisa.

—Lo llevaron al hospital.

**H**eather caminó despacio tras la señal del doctor Elwood. Intentó mantenerse serena, aunque en su interior lo que quería era correr hacia los brazos del vaquero.

—Le he proporcionado un brebaje para que descanse —le dijo el médico—. Cuando llegó estaba muy ansioso.

El rostro de Luke era una masa amorfa cubierta por cardenales. La joven no pudo disimular la impresión al verlo tan frágil y vulnerable.

—¿Puedo? —le preguntó al galeno.

—Claro.

Se le acercó despacio para rozarle los labios, con cariño le acarició la frente y su cabello lleno de sangre seca.

—¿Cómo lo encontraron? —preguntó ella con su rostro lloroso.

—Las personas que lo trajeron indicaron que unos agricultores dieron con su cuerpo en la orilla del río Blanco. Estaba débil, pero se encargó de que fueran a rescatar al capataz de su rancho y de que lo trajeran hasta aquí.

—¿Y cómo está el capataz?

—Convalece en La Alamosa, pero lo logrará.

—¿Y Luke? —preguntó Heather, temerosa a la respuesta del médico.

—Es un hombre joven. Creo que tiene mucho porqué luchar. No dejaba de llamarla a su llegada, señorita Harrison. Así que con su ayuda y la voluntad de Luke, lograremos que se recupere.

Le agradó el entusiasmo de aquel hombre.

—¿Esas personas no dijeron nada de mi hermana?

—No, pero lo que escuché de Roig es que ella decidió permanecer con los *creek*.

De nuevo escuchó lo que aún no lograba asimilar. ¿Qué había ocasionado que Betty tomara aquella ilógica decisión?

**D**os semanas después el pueblo se entregaba en la vorágine de la celebración de elecciones para escoger a un nuevo sheriff. Jake Cassidy se recuperaba poco a poco de la herida en su pierna bajo los cuidados esmerados de Reneé, quien desde el ataque indio no se apartaba del joven.

Por su parte, el alcalde y el juez continuaban con sus iniciativas de culminar la construcción del patíbulo y el tribunal para ajusticiar a los ciudadanos de conducta reprochable. De forma paulatina el pueblo se iba recuperando de la agresión de los *creek* y se iban cicatrizando las heridas.

—No terminaré de agradecerle a Dios que hubieses aparecido —decía Heather recostada sobre el pecho desnudo del vaquero—. Cuando me dijeron que habías muerto quise morirme.

Acababan de hacer el amor en la habitación de la posada.

—Y después dices que no sabes lo que sientes por mí. —Luke la besó en la frente—. Admítelo, se te cayeron las enaguas por mis espuelas desde que me viste en la posada por primera vez.

—¡Claro que no!

—Mentirosa. Temblabas como una hoja.

—Bueno... En un principio me dio miedo tu aspecto intimidante. Pensé que eras un bandido.

—Y yo pensé en secuestrarte de inmediato para llevarte a mi cama. Desde que te conocí quedé

prendado de ti.

Hubo un silencio corto, pero muy revelador.

—Cuando estuviste con los *creek*, ¿cómo trataron a mi hermana?

Luke soltó un suspiro.

—Cuando llegamos estaba en la tienda del hijo del jefe de la tribu. Se veía distinta, como si hubiese llegado a su hogar. Se había recogido su cabello en un par de trenzas a cada lado de la cabeza y llevaba la ropa típica de las mujeres de la tribu. La tratan como a una diosa. Recuerda que algún día será la esposa del gran jefe cuando el jefe actual se muera y su esposo herede la posición.

—Es que no entiendo cómo se quedó tan tranquila. Betty tiene tres veces mi carácter. Hubiese luchado por regresar.

—Cariño, hay algo que no te he dicho.

Heather se apartó un poco para mirarlo con su rostro contrariado.

—Dice mi amigo Roig que hay una leyenda sobre los *creek*. Dicen que son hombres muy viriles.

—¿Muy viriles?

—Sí, viriles, cariño. O sea, son muy esmerados con brindarle afectos a sus mujeres en la cama.

—Pero mi hermanita...

—Se veía radiante, Heather. Créeme que hasta yo mismo me sorprendí. Además, el hombre con quien se casó tiene muy buena apariencia. Es apuesto, grande, saludable y le decía todo el tiempo que era su más tierna flor. La bautizaron como la Princesa de la Llanura.

—Si mis padres vivieran se morirían. Solo de pensar que está celebrando culto a otros dioses.

Luke se acomodó en el colchón.

—¿Ya pensaste si te quieres casar conmigo, Heather Harrison?

Ella titubeó en su contestación pues no esperaba aquella petición del hombre en medio de esa conversación.

—Sabes que no siempre me comporto como un caballero, pero si quieres me arrodillo.

Cuando el vaquero iba a levantarse, Heather se lo impidió al colocarse sobre él. Movi6 su cuerpo lentamente hasta que sintió el fibroso cuerpo masculino contorsionarse de deseo.

—¿Esto es un sí? —preguntó él con la voz ronca de deseo.

—Tal vez, pero al final, según sea tu esmero, te contesto.

—Quedas advertida. No pararé hasta que grites un sí tan sonoro que se escuche en los cuatro puntos del pueblo.

El vaquero la atrapó entre sus brazos para disfrutar de su boca a la vez que movía sus caderas. Buscaba excitarla, volverla loca de deseo y que en medio de ese frenesís salvaje Heather Harrison al fin se entregara.

Cuando estuvieron a punto de cruzar el umbral para alcanzar el límite de su deseo, Luke insistió:

—¿Te casas conmigo?

—Sí, pero por favor, no pares ahora.

Luke sonrió complacido y le entregó todo el placer contenido en un frenesís de movimientos y besos, acompañado de gemidos placenteros que hicieron sentir a Heather la mujer más plena y deseada.

Dudaba que los indios *creek* fueran tan viriles como Luke Montana, quien tenía la habilidad de enloquecerla y agitarla hasta hacerla perder la certeza de su propia existencia.

**T**ras un conteo de votos que duró varios días, debido a las discrepancias, Cassidy salió airoso contra un contrincante que solo acaparó un veinticinco por ciento de los participantes. La celebración con motivo de su triunfo no se hizo esperar y el pueblo se desbordó de alegría.

Ese día el juez aprovechó para anunciar que, debido a la súbita enfermedad de uno de sus hijos, regresaba al este para apoyar a su familia. Noticia que el pueblo también tomó con júbilo.

—Qué poco le duró el reinado al juez —decía Luke Montana desde la ventana del despacho de Cooper. Se deleitaba al ver al magistrado abordando la diligencia.

—Todavía nos queda el alcalde —se lamentó Cooper—. No creas, es un hueso duro de roer.

—Cuando estuve con los *creek* me enteré de algo —dijo Luke al rato.

El notario interrumpió la lectura de un documento para prestarle toda su atención al vaquero.

—A quien estaban buscando era al líder de Los Intocables. Esos malnacidos habían atacado el campamento indio hacía unos meses. Violaron a varias mujeres de la tribu y los *creek* estaban cegados por la venganza.

—Mientras no pare esta violencia esto seguirá sucediendo.

—Al final el jefe indio nos pidió perdón. Están muy arrepentidos de lo que hicieron en el pueblo y grabaron el nombre de Monroe Park en una de sus piedras sagradas para recordar que somos sus amigos. —Luke tenía una profunda expresión de reflexión—. Cooper, le juro que no quería regresar a esta llamada civilización. Si regresé fue por Heather.

—Eso he escuchado. A veces juzgamos sus maneras.

—Me llevaron a ver el sacrificio del líder de Los Intocables. —El vaquero se acarició la mandíbula—. Para ser un pueblo pacífico aplican muy bien la justicia. Lo tenían estacado en un árbol con sus miembros cercenados. Dejaron que se desangrara y que las aves de rapiña le comieran los ojos. Jamás había presenciado un acto como aquel.

—Lamento que la hermana de Heather haya sido víctima de todo esto.

—Yo también, pero al final encontró su destino.

—¿Y cómo vas con Heather?

Luke se paseó por la oficina antes de continuar.

—Nos casaremos el sábado.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Es que hasta hace unas horas no había obtenido una respuesta. —Luke hizo una pausa—. Creo que no estaba muy segura. Esa mujer es tan extraordinaria que a veces dudo que me la merezca.

Cooper le palmeó el hombro al vaquero.

—Tú también eres un hombre extraordinario. Creo que serán felices.

—Eso espero.

Lo que ambos no pudieron advertir fue que el peligro que se cernía sobre sus cabezas llegaría de forma intempestiva y de manera tan brutal que tal vez serían incapaces de salir airosos.

# Capítulo Diecinueve

## Venganza

A John Cassidy se le hizo sospechosa la presencia del alcalde en la delegación. Su expresión sombría y la torcedura de su boca tras su abundante bigote convencieron al sheriff de que algo se traía entre manos ese hombre. Se saludaron en medio de la recepción con un fuerte apretón de mano ante los ojos atónitos de Reneé, quien disimulaba organizar unos documentos. La chica esperaba que alguno de los dos sacara su pistola y entonces comenzara la acción, pero no fue eso lo que sucedió.

Como buenos amigos se dirigieron a la oficina de Cassidy a petición de Wilson. Cuando estuvieron en el interior del recinto el sheriff le sirvió un vaso de *whisky*.

—Es lamentable que el juez se haya ido, ¿no crees, Cassidy? —comentó Wilson cuando se arrellanó en la silla—. No era mala persona. Estricto, pero no mala persona.

—Sí, es una pérdida para el pueblo.

—No seas hipócrita, sheriff. Este pueblo lo odiaba y tú más que nadie.

—También tenía sus fanáticos.

Wilson mostró cuatro dedos de su mano derecha.

—Charles Goodnight, William Sherman, Nelson, el sastre; y Alder Gulch.

—Olvidas a tus secuaces.

—¿A quién te refieres?

—Emile de Tours, Virginia Mason y Ellen Trent. ¿Cómo se te ocurrió urgir a Trent para que me retara en el puesto de sheriff? Es uno de los hombres menos favorecidos.

Wilson cambió de posición en la silla y encendió un cigarro.

—Creo que, pese a todo me gustas que seas el hombre fuerte en Monroe. Me parece que con el tiempo sobrepasemos la rivalidad de Rose Mary.

El sheriff sonrió al recordar la historia de la más linda de las mujeres en toda la Frontera. La conoció en Abilene cuando apenas tenía veintiocho años. Para ese momento lo habían reclutado como ayudante del sheriff del pequeño pueblo. Allí también Wilson, quien pretendía tener amores con Rose Mary, regentaba para ese momento un bar y un burdel.

Desde que los hombres se dieron cuenta de que amaban a la misma mujer se declararon la guerra. Con los años se dieron cuenta de que su enemistad había sido totalmente inútil, una conducta que rayaba en lo pueril, pues al final la chica se fue con un rico lugarteniente de Texas.

—Era hermosa —evocó Cassidy después de disfrutar de un sorbo de su *whisky*. —Las mejores piernas del oeste. Sin exceptuar su cara —dijo Wilson con ensoñación.

—Lo mejor es que se fuera con el tejano porque hubiese terminado matándote si le hubieses puesto tus asquerosas manos encima, Wilson. Ella era una flor y tu escoria.

—Lo mismo pensaba de ti, Cassidy. Me asqueaba pensar que la chica intimara con un hombre tan taimado como tú.

—Perdimos los dos.

—No, tú ganaste. Tuviste una linda familia. Elena, tu esposa, era una dama. Además, tuviste a tu hijo. —El hombre hizo una pausa—. En cambio, yo he recorrido trece ciudades de la Frontera y nunca hice familia. De prostíbulo en prostíbulo. Solicitando los favores de cualquier mujer dispuesta a cambio de dinero.

—No debe ser tan malo cuando aún no te has casado.

—La soledad es mala Cassidy. Me estoy poniendo viejo.

—Hombre, pero no te pongas así. Ya lograrás conseguir una mujer.

Wilson resopló.

—Además, no vine para que me compadecieras —dijo el alcalde a la vez que se levantaba—.

¿Has visto al cura?

El sheriff tragó con dificultad. No había visto al padre Isidro Benítez desde hacía semana, pero sabía muy bien su paradero. A esa hora el cura debería estar cruzando la frontera entre Estados Unidos y México para llevar a Kid Curry hasta un lugar seguro.

—Tu cara te delata, Sheriff. Claro que sabes, pero no voy a instigarte para que me lo digas. Me imagino que anda en una de sus hazañas, protegiendo a algún delincuente.

—No sé de lo qué hablas. —Cassidy se hizo el tonto.

—Eres muy malo fingiendo, Sheriff. Hablaremos luego.

Wilson caminó hasta la puerta para salir, se giró para decirle una última cosa.

—Esta mañana di la orden para que removieran el patíbulo. —El sheriff lo observó atónito—. Te veo luego, comisario.

No sabía que esa sería la última vez que hablaría con Cassidy de manera tan amena. La próxima vez su encuentro sería en el cementerio.

\* \* \*

**R**ichard Perkins disfrutaba de su baño semanal en la orilla del río Pecos con algunos de sus hombres. Esa semana, para distraer a las autoridades, habían decidido dispersarse, por lo que solo le acompañaban tres de sus hombres, entre ellos, el joven Jesse. Las últimas semanas se había dedicado afanosamente a buscar el paradero de las hermanas Harrison, pero era como si la tierra se las hubiera tragado.

Después de constatar que nadie daba fe de que las hubiesen visto en la región, se dedicó a buscar en otras zonas cercanas sin ningún éxito. Sabía que la Frontera era inmensa más no infinita, así que era cuestión de tiempo para toparse con Heather y Betty.

Había planificado en su mente cómo quería torturarlas. Primero, buscaría la forma de secuestrarlas, las llevaría hasta un lugar recóndito, y después de que él y sus hombres se saciaran con sus cuerpos, las desollaría lentamente hasta que la infección las consumiera. Al final haría arder sus cuerpos en una gran fogata. Su idea era desaparecerlas de la faz de la tierra. Solo de esa forma lograría saciar su anhelo de venganza. Quería escarmentar a Heather. Se lo había advertido en infinidad de ocasiones después de sus golpizas: “Nunca jamás te atrevas a dejarme”. Si ella no había entendido su advertencia, tendría que allanarse a su escarmiento.

—Jefe. —En eso apareció uno de sus secuaces, al cual llamaban Smoky Hill, un hombre larguirucho que jamás se separaba de su cigarro.

—¿Qué quieres? ¿No ves que me estoy bañando?

Se suponía que Smoky hubiese ido al pueblo más cercano a robar alimentos para el desayuno.

—Fui al encargo que me dijo, pero estando en ese pueblo me enteré de algo.

—¿De qué te enteraste?

—Mataron a Manny en un bar.

Richard se espabiló al escuchar el nombre de su hombre de confianza. Salió del agua desnudo

para vestirse con rapidez ante aquella tragedia.

—Aparenta ser que tuvo un problema con una de las chicas en un bar y el dueño del lugar le disparó.

Richard apercibió al resto de los hombres que le acompañaban para que se apuraran.

—¿Dónde fue que ocurrió?

—Según lo que se comentaba es en un pueblo en el condado de Fremont, al sur. Se llama Monroe Park.

Poco le importaba el nombre de ese inmundo lugar. Si alguien había osado en matar a su mejor hombre no sabía la guerra que había desatado. El cuatrero revisó sus armas y se montó en su caballo.

—No habrá tregua con ese asesino y si hay que matar a todo el pueblo, eso haremos, pero la muerte de Manny no se quedará sin venganza.

El grupo de jinetes partió a toda prisa dejando una estela de polvo en el camino.

\* \* \*

**L**uke batallaba para salvarle la vida a la chica, pero su herida en el lado derecho del abdomen hacía difícil su resolución. Agradecía que al menos contaba con la diligente asistencia de Heather y de Cathie. De vez en cuando observaba de reojo la cara de terror de ambas cuando la sangre salía a borbotones.

En principio, cuando un chico le dio la voz de alerta en La Alamos pensó en negarse para no quedar al descubierto frente al pueblo, pero ante la ausencia del médico no se perdonaría negar su ayuda para retener una vida. Además, se trataba de su amiga Juanita, la hija de Eladio. Tomó su viejo maletín y de un salto montó a Sombra. Cuando llegó a Monroe Park se topó con el gentío alrededor del cadáver de un hombre.

Después se enteró de que aquel facineroso de poca monta había irrumpido en el bar de Eladio para solicitar los servicios de Juanita, pero cuando subieron la escalera para ingresar al cuarto de la chica, el bandido le había instigado a realizar actos con los que la chica no estuvo de acuerdo. Fue de esa forma que el cobarde sacó su revólver para disparar. No la alcanzó en el primer intento, pero en el segundo chance logró herirla en el abdomen. Sin oportunidad de un tercer disparo, cayó muerto cuando Eladio fue al rescate de su hija con su rifle.

Fue el propio Eladio quien sacó a la escoria hasta la calle como si de excremento de caballo se tratase. Los hombres dentro del bar se activaron para llevar a la joven hasta el hospital, con tan mala fortuna de que el médico estaba fuera del pueblo.

Ante esa desgraciada situación, Noah Cooper le pagó a un mozo para que fuera a La Alamosa a avisarle al vaquero.

—¿Crees que se salve? —le preguntó Heather cuando terminaron de extraer la bala. Estaban fuera de la habitación limpiando los utensilios mientras Cathie se encargaba de limpiar la sangre derramada en el interior.

—No lo sé. Ha perdido mucha sangre. —Luke se limpió el sudor de la frente con la manga de su camisa—. Esperemos que no se presente una infección, pero al menos sacamos la bala.

Heather lucía aprensiva, como si una enorme brecha se hubiera abierto entre ellos. Un abismo insalvable.

—Jane —añadió Luke en referencia a Juanita Valverde—, es fuerte y goza de buena salud. Debe

lograrlo.

—¿Cuántas balas has extraído en tu vida?

La pregunta de Heather lo tomó de forma imprevista. En principio se sintió algo abrumado, pero después de inspirar decidió enfrentarla.

—Las suficientes para saber que esta vez la bala que extraje no le hizo daño a ninguno de sus órganos.

—Eres doctor, ¿verdad?

—Heather... Creo que no es el momento para...

—¿Y cuándo vas a decirme quién eres en realidad? ¿Cómo pretendes que me case con un hombre al que no conozco?

El vaquero se rascó la cabeza. Podía entender perfectamente lo que ella sentía, pero no podía decirle sobre su verdadera identidad, eso acabaría por separarlos.

—Confía en mí, por favor.

—Me pides algo muy difícil, Luke.

Heather evitó que le tomara la mano y se giró para regresar a la habitación.

\* \* \*

Cuando Richard Perkins atravesó los lindes de Monroe Park lo hizo con la intención de acabar con la vida del hombre que había asesinado a Manny Thomas, pero primero debería montar una guardia que le permitiera saber el movimiento de ese pueblo repugnante.

Después de vencer su primer obstáculo con la eliminación del viejo atalaya que pretendió montar su caballo para poner al pueblo sobre aviso, los bandidos se apostaron en lo alto de una colina para alcanzar una vista privilegiada del lugar. Como experimentados bandidos sabían que, si querían eliminar al dueño del bar, saquear las arcas del banco y tomar algunas mujeres, tendrían que actuar con astucia y esperar la noche.

—Ese pueblo será nuestro, muchachos —les dijo Richard—. Muerte, sangre, dinero, mujeres y caballos. ¡A eso vamos!

—¡No pueden pararnos, no! —Todos coreaban su canción insigne—. ¡No! ¡Seremos más rápidos que el ferrocarril y más temibles que una estampida de búfalos! Sí, sí, sí. —continuaron cantando su terrorífica melodía con la armónica de Smoky de fondo.

# Capítulo Veinte

## *Infierno desatado*

**H**eather estaba ayudando en el cuidado de Juanita, la hija de Eladio, en la parte superior del bar. A instancias de Luke se dieron a la tarea de trasladarla a su habitación. Según el vaquero era preferible sacarla de en medio de otras condiciones de salud que pudieran empeorarla en el hospital. Además, estando en la comodidad de su cama y su entorno se recuperaría con mayor rapidez, al menos eso aseguraba el vaquero.

—Me quedaré para cuidarla —le dijo Heather a Luke.

—No creo que sea una buena idea con todos esos hombres ahí abajo. —El vaquero lucía cansado. Había sido un día largo—. Me quedaría más tranquilo si duermes en la pensión.

Él aprovechó para acariciarle el rostro con cariño.

—Ve a descansar a tu rancho. No pasará nada, Luke. Además, no podemos dejarla sola, al cuidado de Eladio.

El vaquero hizo una mueca, pero recogió su sombrero y su abrigo.

—Pase lo que pase no abras la puerta.

Heather asintió. Antes de dejar la habitación el hombre se aseguró de cerrar la ventana.

—Quisiera quedarme, pero mañana tengo una entrega muy temprano.

Ambos apoyaban sus frentes uno contra el otro.

—Un día te contaré mi historia, Heather. Dame tiempo para encontrar la mejor oportunidad.

—No quiero que te sientas presionado.

Se besaron despacio en una caricia tierna.

—Si ves que se complica o le sube la temperatura, mandas a buscarme —dijo él desde la puerta—. Buenas noches. Soñaré contigo.

—Que descanses.

Tal y como el vaquero le había indicado, se aseguró de que la puerta estuviera cerrada y se sentó en la mecedora al lado de la joven. Lamentó la suerte de aquella chica que con tan solo dieciséis años había vivido una vida llena de rechazos, penas y sinsabores. Se convenció de que las mujeres de la Frontera tenían vidas muy difíciles.

\* \* \*

**R**ichard Perkins y sus hombres amarraron sus caballos frente al *Paradise Saloon*. Antes de entrar, el cuatrero se agachó para observar el suelo frente a la entrada. Las manchas de sangre seca lo acabaron de convencer que haría arder el infierno en ese lugar. Como sabían que a su llegada llamarían la atención de los clientes, se dividieron. Cuatro de sus hombres montarían guardia frente a la entrada y tres le acompañarían.

A su entrada, el cuatrero clavó su mirada hacia el hombre que atendía el bar. Tuvo que contener el impulso de sacar su revólver y tomar venganza de forma rápida, pero sabía que podían ocurrir dos cosas: los clientes lo lincharían junto a sus hombres o las autoridades del pueblo lo atraparían. Sorteando sus opciones caminó hasta la barra para ocupar un taburete.

—*Whisky* —pidió Richard.

Eladio se giró para servir un vaso.

—Este va por la casa —le dijo el mexicano cuando dejó la bebida en la superficie.

—Dicen que este pueblo tiene el mejor *whisky* y no exageran —dijo el cuatrero después del primer sorbo—. Estoy buscando a un hombre y tal vez puedas ayudarme.

—¿Por qué mejor no te diriges a la delegación? En mi bar tenemos reglas: no delatas, no denuncias, no ves ni oyes, y mucho menos hablas.

Richard sonrió a la vez que pasaba su dedo por el borde del vaso. Para ese momento sus hombres se habían apostados en diferentes lugares, unos en las mesas de billar y otros en las de póker. Sería fácil controlar a la media docena de borrachos que no sospechaban el infierno que pronto se desataría.

—Interesante tus reglas, pero insisto. ¿No sabes nada del incidente de ayer?

La cara de Eladio se transformó. Con disimulo intentó agarrar su rifle, pero la astucia del cuatrero fue más rápida, por eso le clavó su cuchillo en la mano. Los gritos del mexicano no se hicieron esperar. Utilizó el mismo cuchillo para amedrentarlo al colocarlo en su garganta a la vez que le hablaba al oído.

—Ese hombre era como un hermano para mí, infeliz. Me había salvado la vida incontables veces.

—Quería violar a mi hija. Tuve que matarlo.

—Me importa un bledo tu hija. Debe ser una cualquiera.

El mexicano agarró a Richard por el cuello. Una batalla se desató frente a la mirada atónita de los clientes que para ese momento eran amenazados por las armas de los hombres de Richard. En la Frontera había una regla, nadie intervenía a menos que se tratara de un abuso y hasta el momento el mexicano y el cuatrero se veían a la par.

—¿Me vas a matar? —le preguntó Eladio—. Pues es mejor que aproveches ahora porque si no saldrás por esa puerta como tu amigo.

Richard tomó su revólver y le dio un primer balazo en la frente. Tan pronto el cuerpo de Eladio cayó tras la barra, el cuatrero brincó el mostrador para rematarlo en el piso. Luego oyó unos pasos ligeros proveniente de la segunda planta. Le hizo señas a sus hombres de que mantuvieran a los clientes vigilados.

Subió las escaleras con extrema cautela hasta acceder a un pasillo. La primera puerta era la de una habitación vacía, la segunda de un cuarto que servía de almacén y la última estaba cerrada. Seguro de que fue de su interior que provino el ruido, golpeó un par de veces, pero no recibió respuesta.

Insistió, pero al no lograr escuchar nada pateó la puerta un par de veces. Decidió dispararle a la cerradura y entonces logró acceso inmediato, pero grande fue su impacto al encontrarse con el rostro de Heather Harrison mirándolo aterrada.

Era un hombre afortunado, al fin lograría su venganza.

Sonrió con malicia ante la figura débil y temblorosa de su exmujer.

—¿Me extrañaste, querida?

\* \* \*

**L**uke Montana acababa de montarse en su caballo cuando escuchó varias detonaciones. Aguardó en silencio hasta convencerse de que los tiros provenían del bar. Entonces haló la brida de su caballo

para regresar a la calle principal. Tan pronto vio a los cuatro hombres apostados frente a la puerta del bar de Eladio supo que algo no estaba bien.

Con sigilo se bajó de su caballo para subir por una de las columnas de un edificio aledaño. Caminó por el techo sorteando el riesgo de caer, hasta que llegó a la puerta trasera del segundo piso del *Paradise Saloon*. Su único interés era asegurarse de que Heather estuviera bien, pero tendría que actuar con gran astucia sino quería exponerla. Alcanzó a entrar después de luchar unos minutos con la vieja cerradura.

Sus temores se hicieron patentes cuando escuchó a la joven discutiendo con un hombre. Recorrió el pasillo con el revólver en la mano. Se apostó cerca del umbral de la puerta entre abierta para observar lo que ocurría en el interior.

Un hombre de cabello rubio le apuntaba a Heather en el rostro. Tras un escrutinio inicial se percató de que se trataba de Richard Perkins. Soltó una maldición en la mente y se tocó la cartuchera para corroborar que tenía su otro revólver. Sabía que la guerra que le esperaba no sería fácil, pero tenía un único fin, proteger a Heather.

—No sabes cuánto espere este momento, querida. Me muero por poseerte —le decía el cuatrero a la joven con su voz cargada de lujuria.

—No te atrevas a tocarme.

—Prefieres que te dispare entonces.

—Richard, por favor —suplicó Heather.

—De rodillas. Te quiero ver suplicarme de rodillas. ¡Vamos! ¡Muévete! ¿Qué esperas?

La joven no tuvo más remedio que obedecer mientras Luke buscaba el momento para intervenir. Juanita se mantenía serena en su cama debido al brebaje que acababa de tomar.

—¿Te acuerdas cuándo me dabas placer de rodillas? Pues quiero que una vez más lo hagas, maldita perra.

Heather lloriqueaba frente al hombre. Su terror era palpable por el leve movimiento de su cuerpo. Luke veía sus trémulas manos intentar quitarle el cinturón al hombre.

El vaquero cerró los ojos para contener toda la ira y la repulsión que le provocaba la escena, pero sabía que debía controlar su indignación para actuar con maña.

La mujer le bajó la cremallera al bandido con su cara llena de asco y sus manos titubeantes. Tomó su miembro para acariciarlo con repulsión.

—Eres buena en esto, Heather. Te extrañé tanto.

El hombre le acarició el rostro a la joven.

—Ahora con la boca y no se te ocurra morderme maldita perra porque te mato.

Luke no aguardó, entró de un solo movimiento y le apuntó al hombre en la nuca.

—¿Cómo te atreves a intervenir en la intimidad de un hombre con su mujer? —preguntó el cuatrero con una calma diabólica.

—Porque la mujer que quieres que te dé placer me pertenece —dijo el vaquero sin apenas abrir la boca.

El bandido intentó girarse, pero Luke presionó con más fuerza sobre su nuca.

—Suelta el arma y tal vez te perdone la vida, maldito —dijo Perkins—. ¿Cómo te atreves a ofender así a mi esposa?

—Déjala ir y arreglemos tu y yo —dijo el vaquero.

—¿Dejarla ir? Si apenas la encuentro. No sé quién eres, pero de seguro eres demasiado imbécil para pensar que te dejaré a mi mujer. Heather, ¿es cierto lo que dice este miserable?

La mujer se mantuvo en silencio de rodillas.

—Esta mujer es mía —dijo Richard de forma jactanciosa—. No sabes las veces que he disfrutado de su cuerpo. Fui su primer hombre y el único que podrá tenerla.

Luke sabía que no era el momento para sacarlo de su equivocación, así que se desprendió de su orgullo para no arruinar aún más la situación. Se fijó en que Heather estaba en un estado de angustia que comenzaba a sofocarla.

Entonces, Richard aprovechó el corto descuido del vaquero para apretar el gatillo hiriendo a Heather en el hombro y en la mano. Luke luchó con el cuatrero hasta que contempló a la joven desplomarse, momento que Richard aprovechó para acceder al pasillo.

Luke fue tras él. Le disparó antes de que alcanzara las escaleras, pero el cuatrero brincó el pasamano y se lanzó hacia el primer piso sin pensarlo. El vaquero le disparó desde el rellano de la escalera hiriéndolo en una pierna. En eso se desató un tiroteo entre los hombres de Richard y el vaquero.

Buscaban salvar a su jefe, por eso lo rodearon hasta que lograron llegar a la puerta para huir.

\* \* \*

Cassidy dejó la delegación cargando su rifle Winchester. Había llegado a su oficina tras escuchar una ráfaga de disparos. Sus nuevos ayudantes lo acompañaban. Al llegar frente al bar de Eladio Valverde se encontró con el grupo de delincuentes. Se percató de que los forajidos cargaban con el cuerpo de un hombre herido. Les dio el alto, pero el grupo pareció no darse por enterado. Fue en ese momento que uno de los novatos soltó un desafortunado disparo.

El tiro que inició la peor masacre registrada en el pueblo, pues Cassidy tuvo que defenderse contra aquellos bandidos. Una lucha que duró por más de veinte minutos. Parapetado detrás de un barril frente al bar logró asesinar a un par de aquellos desalamados, pero al ver que sus dos ayudantes habían caído, el sheriff se desesperó y luchó contra el resto descargando las balas de su Winchester, sin embargo, la potencia del grupo logró socavar su lucha y de esa forma cayó de rodillas con un primer disparo en su abdomen. Un segundo disparo en la cara lo llevó directo al suelo.

La mayoría de los bandidos que libraron aquella batalla salieron ilesos, excepto el más joven de la banda que también cayó al lado del sheriff. Montaron el cuerpo herido de su jefe sobre la grupa de su caballo y dejaron el pueblo al rápido galope de sus jamelgos.

Había caído uno de los hombres buenos de Monroe Park. Un personaje legendario que formaría parte de los anales de la historia de ese pacífico pueblo del sur de Colorado, en donde, sin duda, se servía el mejor *whisky* de toda la Frontera.

Fue según su voluntad, lejos de la mirada de su único hijo, pues Jake Cassidy hacía una hora que había abandonado, junto a su esposa Reneé, a Monroe Park para establecerse en Knorville. Pensó que gracias a su tenaz voluntad pudo salvar a su hijo de lo que él había presagiado, que moriría en la calle principal de ese pueblo de la Frontera batallando con los malos, con las escorias que le querían quitar la paz a la mejor ciudad, de lo que en un futuro se conocería como el Salvaje Oeste Americano.

# Capítulo Veintiuno

*Regresaré*

—¡Llévatela, Luke! —le decía el reverendo al vaquero en medio de la histeria desatada. Ambos hombres luchaban por detener la hemorragia producto de la herida en el hombro de la joven. Utilizaban una de las habitaciones del bar de Eladio.

—Esos hombres deben estar cerca y volverán para asecharla. Estará más segura en La Alamosa. Allí tú y tus hombres podrán protegerla. Aquí está muy expuesta.

Luke culminó de aplicar toda la presión que pudo sobre la herida después de extraer la bala. Tuvo que valerse de toda la fuerza moral necesaria para poder operar a Heather. Escuchar sus gritos iniciales y verla desvanecerse del dolor lo agobiaron, pero al final pudo salvarle la vida, aunque era muy prematuro para celebrar la victoria.

Faltaba lo peor, que la herida no se infectara. Agradecía que, al menos, la otra lesión en su mano resultó solo en un rasguño. En ese momento luchaba por tomar la mejor decisión. Llevarse a Heather a La Alamosa sería manchar su reputación para siempre. Sabía lo que se decía entre la gente del pueblo cuando una mujer convivía con un hombre sin casarse.

—Olvídate lo que diga la gente —le decía Didier—. Buscaremos la manera de que se casen pronto. Por el momento, lo importante es sacarla de aquí antes de que ese hombre regrese por ella.

Al amanecer Luke preparó una carreta para trasladar a Heather. La cargó en brazos para sacarla hasta la calle. Junto a él también se encontraban el notario y la dueña de la posada.

—Es mejor que te la lleves, hijo —le dijo Cooper mientras le palmeaba el hombro.

—Luke, no dejes que le pase nada —le decía Margot con su rostro entristecido. La mujer se aseguró de acomodar todas las cosas de Heather en la carreta.

—¿Se ha sabido algo de Cassidy? —preguntó Luke, pero al ver la cara del notario y su silencio supo que era mejor no indagar—. Tienen que atrapar a esos malnacidos.

Luke se subió al pescante, se tocó la punta de su sombrero y arreó a los caballos. Se aseguraría de que su fortaleza en el medio de la llanura fuera un refugio suficientemente seguro para Heather. Luego dedicaría su tiempo, dinero y esfuerzo para dar con Perkins. No descansaría hasta cavar su tumba.

\* \* \*

*Un mes después:*

Luke botó todo el aire de sus pulmones para volverlos a llenar. Se sentía exhausto, pero feliz, complacido. Removió el cabello de Heather de su cara y la dejó acomodarse desnuda sobre su cuerpo. Acarició su espalda despacio, deleitándose con el contacto de sus dedos con su piel, suave como la seda. Acababan de hacer el amor.

Era lo único que hacían desde hacía una semana, desde que el reverendo los casó frente a un altar improvisado a la entrada del nuevo potrero en La Alamosa. Reunidos con los más allegados, se habían jurado fidelidad y amor hasta que la muerte los separara en medio de un jardín de margaritas.

Desde que habían huido de Monroe Park, superaron una serie de sucesos alarmantes por la debilitada salud de la joven, pero al susto inicial le siguió la tenacidad de Luke por retenerla a su lado y la voluntad de Heather por permanecer con el vaquero.

Recordó que el día de la boda ella se había vestido con un traje amarillo de volantes y encajes. Llevaba sus hombros desnudos y su larga cabellera recogida en su nuca, dejando solo unos rizos que cubrían su espalda. Estaba hermosa y radiante del brazo del notario. Cathie y Margot se encargaban de ayudarle con las flores, el vestido y la delicada corona de flores que adornaba su cabeza.

Escuchó sus ronquidos apenas perceptibles contra su pecho y se sintió recompensado por la vida, premiado con esa maravillosa mujer que ahora dormía en sus brazos, segura y amada. Después de cinco años de huir, sobrevivir y disimular, Luke sentía que había llegado a puerto seguro.

Claro, todavía tenía que acabar con la pesadilla de Richard Perkins, pero el vaquero estaba más que seguro que muy pronto eso finalizaría.

—Te amo, Heather Harrison —le dijo, aunque fue consciente de que la joven no lo escucharía desde su profundo sueño—. Eres mi vida.

Cuando Luke estuvo a punto de dormirse, escuchó unos golpes en la puerta.

—¡Luke! —Era Marta, la ama de llaves—. Te buscan unos hombres.

El vaquero maldijo su suerte. Tendría que separarse de Heather y atender a los idiotas que venían a interrumpirlo en plena faena amorosa. Se puso su pantalón y su camisa, y se calzó con sus botas después de lanzar varias palabrotas.

Antes de dejar la habitación le besó la espalda a su esposa y la cubrió con la manta.

—Vuelvo enseguida, cariño.

La joven ronroneó y se acomodó en el colchón. Al llegar al pasillo se topó con la cara desfigurada de la ama de llaves.

—¿Qué pasa, Marta? —preguntó Luke.

—Es un regimiento. Están interrogando a todos los hombres. Tienen a Roig detenido en uno de los corrales.

Luke se puso su sombrero y salió hasta la puerta de entrada. Dos hombres vestidos con uniformes azules lo esperaban, uno de ellos con un pergamino en la mano.

—Venimos con una orden del juez James O'Riley —dijo el que cargaba el pergamino—. Buscamos a Jimmy Fitzgerald

—Aquí no vive ese hombre. —La voz le tembló un poco.

El mismo hombre le mostró una foto de sí mismo, con el cabello corto y sin barba. Una imagen de cuando estuvo destacado en la guerra.

—Me imagino que sabe quién es este hombre —dijo—. Ahórrenos la molestia de hacerlo de una forma más brusca. —El hombre sacó unos grilletes—. Se le acusa de juego sedicioso en el Mississippi y de haber asesinado a cinco hombres, entre ellos un congresista de esta nación.

Luke hizo silencio. El momento que tanto temía había llegado. Chascó la lengua cuando escuchó a Heather acercarse y se giró para mirarla. El rostro desfigurado y ansioso de su esposa lo mortificó.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella, confundida—. ¿Qué significa todo esto?

—No te angustie, cariño. —El guardia que esperaba por ponerla los grilletes apuró al vaquero—. Confía en mí. Regresaré.

—Luke...

Los sollozos de Marta inundaban la sala. El soldado colocó los grilletes en las muñecas de Luke y entre ambos lo escoltaron hasta un caballo para ayudarlo a subirse. Lo último que vio el vaquero, antes de perderse en la inmensa llanura, fue a Heather parada bajo el umbral de la puerta de la

cabaña con su rostro anegado en lágrimas.

Volvería, claro que Luke Montana regresaría por ella...

*—Fin del primer libro de la bilogía Amor en la Frontera—*

## Referencias

Abella, Rafael. *La conquista del Oeste*. Barcelona: Planeta, 1990.

Brown, Dee. *The Wild West*. Warner Books.

Davis, William C. *La conquista del oeste: Pioneros, colonos y vaqueros. 1800-1899*. Libsa, 1994.

Doval, Gregorio. *Breve Historia de los Cowboys*. Nowtilus, 2009.

Saludos queridos lectores:

Gracias por darme la oportunidad de presentarles la historia de Heather y del vaquero Luke Montana. Otra historia que he disfrutado muchísimo al escribirla por su esencia de aventura y acción, y sobre todo porque he recordado la afición de mi padre por las películas y las novelas de vaqueros del Viejo Oeste Americano. Ahora entiendo mucho mejor su interés por estas fantásticas historias.

Me gustaría que dejaran su comentario en Amazon porque me ayuda a mejorar y a reforzar lo que les ha gustado. Para eso pueden pulsar el siguiente link: <http://relinks.me/B01NBT9XP1>

Los comentarios de nuestros lectores son la mejor gasolina que tenemos los escritores. Es una extraordinaria forma de apoyarnos.

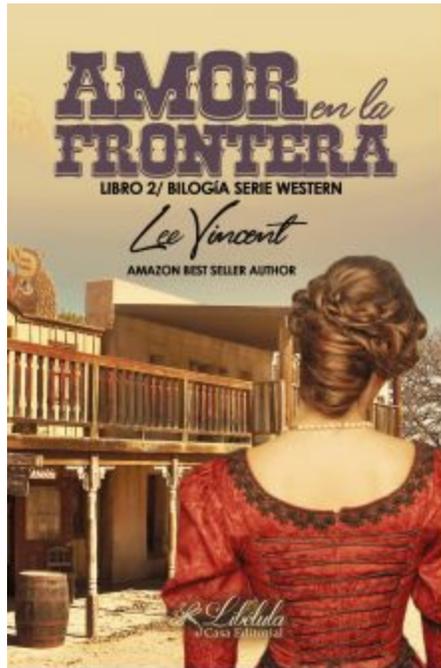
De otra parte, si les ha gustado la obra, compartan su experiencia con otros y anímenlos a adquirirla. También eso nos ayuda para que otras personas nos conozcan.

No quiero despedirme sin decirles que este pasado mes lo he dedicado a hacer de esta novela una buena historia, cuyo último fin era que se divirtieran. Y con honestidad, espero haberlo logrado. Recuerden que tiene una segunda parte que espero esté publicada en los próximos meses. Así que pendiente para que conozcan de primera mano el desenlace de esta historia.

Gracias por dejarme entrar en su imaginación. Hasta la segunda parte de Amor en la Frontera.

Reciban un caluroso saludo de mi parte,

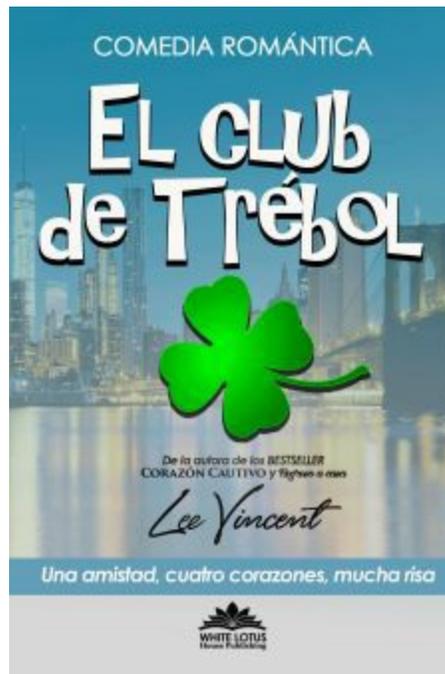
The image shows a handwritten signature in black ink that reads "Lee Vincent". The signature is written in a cursive, flowing style.



## **Amor en la Frontera**

### **Libro 2/ Biología Serie Western**

¿Podrán Heather y el vaquero Luke Montana reunirse de nuevo?  
¿Habrà sido la rendición y ajusticiamiento de Richard Perkins?  
Un nuevo pueblo, una nueva vida y un nuevo hombre le espera a Heather  
en esta segunda y última parte de Amor en la Frontera.



## El Club de Trébol

Trébol jamás imaginó que un viaje junto a sus tres amigas le cambiaría la vida para siempre. Solo le bastó conocer al irresistible Liam Farrell, un hombre extremadamente sexy y fanfarrón, para descubrir que a veces el amor se presenta como una trampa.

¿Podrá Trébol resistirse ante un Liam Farrell decidido a conquistarla?

Acompaña a este club de amigas en varias situaciones caóticas que te harán morir de la risa. ¿Te gustaría ser parte de **El Club de Trébol**? Requisitos: Estar desajustada mentalmente y tener unas ganas intensas de vivir.

Disponible en formato digital y papel: <http://relinks.me/B01M2XHPL2>



## Regreso a casa

¿Qué harías si el destino te pone cara a cara con tu primer amor? Eso es lo que le sucede a **Claire Roberts** cuando un inesperado suceso la obliga a regresar a casa de su madre después de siete años. Allí tendrá que enfrentarse a sentimientos que creía enterrados, al rechazo despiadado de su madre, a varios secretos dolorosos, y al gran amor que aún siente por **John Curtis**, un apuesto granjero, obstinado en seducirla y que no escatimará esfuerzos en reconquistarla.

En medio de ese torbellino de emociones, Claire se verá involucrada en una red de corrupción gubernamental, bajo la amenaza de un enemigo que se jugará todo con tal de preservar su poder, y un hostil adversario que no escatimará esfuerzos hasta ponerla frente a frente a la muerte.

¿Lograrán John y Claire anteponer las viejas heridas y el falso orgullo que los caracteriza para que el amor resurja? ¿Serán capaces de reencontrar el camino? ¿Sobrevivirá su amor entre tanta adversidad? Una historia recreada en el hermoso estado de Kansas, donde el amor, el perdón y la redención serán protagonistas.

Disponible en formato digital y papel:

<http://relinks.me/B01JJRMIBI>



## Corazón Cautivo: Una pasión tan candente como el desierto

¿Alguna vez has sentido una pasión tan candente como el mismo desierto? Esto es lo que **Rania Manzur** experimentará cuando se vea obligada a viajar a **Badra**, un país en el corazón de **Medio Oriente**, para cumplir una promesa hecha hace casi veinte años, ser la princesa de un reino de costumbres milenarias. Lo que no pudo prever es que quedaría cautiva del heredero al trono, el príncipe **Abdul Alí Al Salim Arafat**. Un hombre que se valdrá de todo con tal de retenerla. Presa del canto de las dunas y de los místicos paisajes del desierto ¿Rania será capaz de escapar del amor, la pasión, el odio y la traición? ¿Aprenderán a amarse?

Su amor tendrá que batallar contra varios enemigos motivados por la ambición de poder y por las ansias de verlos separados. Un reino amenazado por un adversario sin rostro, un secreto que no debe ser descubierto y un hecho del pasado que puede destruir un corazón. Para lograr salvar el reino, el amor de ambos tendrá que imponerse ante la adversidad. ¿Lo lograrán?

Disponible en formato digital y papel: <http://relinks.me/B01AYCJFMM>

# Datos de la autora

**LEE VINCENT** es una escritora independiente que desde muy temprana edad se hizo aficionada a la novela romántica, relatos autobiográficos y del género de la ficción. Estudió relaciones públicas y publicidad, lo que le ha permitido desarrollar su pasión por la escritura de novelas y relatos cortos. Actualmente cursa una Maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón. Cabe destacar que la autora creó su propio sello editorial con el nombre **White Lotus House Publishing**, bajo el cual publicó su primera novela **Corazón Cautivo**, obra que en sus primeros 30 días de ventas logró colocarse #1 en ventas en Amazon en las categorías Romance, Contemporáneo y Suspenso. Entre sus historias se encuentra **Regreso a casa** (novela romántica que salió publicada en julio de 2016), y próximamente publicará **Tú, mi mejor regalo** (novela romántica con motivo de navidad). De igual forma ha incursionado en la plataforma Wattpad con su novela **No, no acepto**, historia que ha tenido una excelente acogida. En la actualidad vive con su esposo, sus tres perros y su gata en un pueblo del noreste, en su natal Puerto Rico.

## CONTACTO DE LA AUTORA:

Email: [leevincentauthor@gmail.com](mailto:leevincentauthor@gmail.com)

Twitter: [@AutoraVincent](https://twitter.com/AutoraVincent)

Facebook; Lee Vincent (Escritora)

“Para mí es muy importante saber de ti, querido lector.  
Por eso, no dejes de contactarme”— Lee Vincent